
ASSASSIN'S
CREED
REVELACIONES
OLIVER BOWDEN


ASSASSIN'S
CREED
REVELACIONES
OLIVER BOWDEN

Mayor, más sabio y letal que nunca, el Maestro Asesino Ezio Auditore se embarca en un viaje épico para encontrar la biblioteca perdida de Altaïr, una biblioteca que tal vez tenga la clave para derrotar a los Templarios de una vez por todas. Sin embargo, le aguarda un horrible descubrimiento.

La biblioteca no solo contiene conocimiento oculto sino el secreto más inquietante que el mundo jamás haya conocido; un secreto que los Templarios esperan usar para controlar el destino de la humanidad. Se necesitan cinco llaves para acceder a la biblioteca y para encontrarlas Ezio debe viajar a la agitada ciudad de Constantinopla, donde un ejército de Templarios cada vez mayor amenaza con desestabilizar el Imperio otomano.

Siguiendo los pasos de su predecesor, Altaïr, Ezio debe derrotar a los Templarios por última vez. Nunca había habido tanto en juego y lo que empezó como una peregrinación se ha convertido en una carrera contra reloj…



Oliver Bowden

Assassin’s Creed: Revelaciones

Assassin’s Creed-4

ePub r1.3

Titivillus 16.12.17

Título original: *Assassin's Creed. Revelations*
Oliver Bowden, 2013
Traducción: Noemí Risco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





perio otomano en el siglo XVI

PRIMERA PARTE

A mitad del camino de la vida,
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.
¡Ah, pues decir cuál era es cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte
que en el pensar renueva pavura!

El Infierno de Dante



CAPÍTULO 1

Un águila elevó el vuelo hacia el cielo claro y duro.

El viajero, maltrecho y cubierto por el polvo del camino, apartó los ojos de él y se acercó a un muro bajo y áspero, donde se quedó inmóvil un momento, examinando la escena con ojos entusiastas. Las escarpadas montañas nevadas cercaban el castillo, protegiéndolo y rodeándolo mientras se alzaba sobre la cima de su propia altura, la torre abovedada del homenaje, que reflejaba la cúpula menor de la cercana prisión de la torre. Unas rocas de hierro se aferraban como garras a la base de sus abruptos muros grises. No era la primera vez que lo veía. El día anterior había echado el primer vistazo, al anochecer, desde un promontorio un par de kilómetros al oeste, al que había subido. Construido como por brujería en aquel terreno impracticable, se unía en armonía con las rocas y los riscos.

Había llegado a su meta, finalmente. Tras doce agotadores meses de viaje. Un viaje larguísimo, de caminos profundos y tiempo severo.

Se agachó, por si acaso, y se quedó quieto mientras por instinto comprobaba sus armas y continuaba alerta. Ninguna señal de movimiento. Ninguna.

Ni un alma en las almenas. Solo ráfagas de nieve que se enroscaban en el viento cortante. Pero ni rastro de ningún hombre. Aquel lugar parecía desierto. Tal y como esperaba según lo que había leído. Pero la vida le había enseñado que siempre era mejor asegurarse. Se quedó quieto.

No se oía nada salvo el viento. Entonces, hubo algo. ¿Un chirrido? A su izquierda, sobre él, un puñado de guijarros bajaron por una pendiente pelada. Se puso tenso, se incorporó ligeramente y levantó la cabeza entre los hombros agachados. Entonces una flecha alcanzó su hombro derecho, aunque estaba cubierto con la armadura.

Se tambaleó un poco, hizo una mueca de dolor y llevó la mano a la flecha, alzó la cabeza y miró con detenimiento un enredijo de una pendiente en las rocas, un pequeño precipicio, de unos seis metros de altura, que se alzaba ante la parte delantera del castillo y servía como una muralla exterior natural. En su cresta apareció en aquel momento un hombre, vestido con una túnica de color rojo apagado, cubierto con ropajes grises y armadura. Ostentaba la insignia de capitán. Llevaba la cabeza al descubierto y prácticamente rapada, y una cicatriz le marcaba la cara, de derecha a izquierda. Abrió la boca con una expresión que en parte era un gruñido, en parte una sonrisa de triunfo, y mostró unos dientes atrofiados e irregulares, marrones como las lápidas de un cementerio descuidado.

El viajero tiró del asta de la flecha. Aunque la afilada cabeza se había enganchado a la armadura, solo había penetrado el metal, y la punta apenas había atravesado la carne. Se quitó el asta y la lanzó a un lado. Al tiempo que lo hacía vio a más de cien hombres armados, vestidos de forma similar, con las alabardas y las espadas preparadas, alineados en la cima, a ambos lados de la cabeza rapada del capitán. Unos cascos con protector de nariz ocultaban sus rostros, pero el emblema del águila negra en sus túnicas reveló al viajero quiénes eran, y supo qué podía esperar de ellos si le cogían.

¿Se estaba haciendo viejo al haber caído en una trampa tan simple? ¡Había tomado todas las precauciones!

Y aun así no había tenido éxito.

Retrocedió para prepararse, mientras ellos bajaban como un alud hacia la accidentada plataforma de tierra sobre la que estaba y se abrían en

abanico para rodearlo, manteniendo la longitud de sus alabardas como distancia entre ellos y su presa. Percibía que a pesar de superarle en número, le temían. Su reputación era famosa y hacían bien en ser cautelosos.

Observó las puntas de las alabardas. Eran de dos tipos: hacha y pica.

Flexionó los brazos y de las muñecas salieron sus dos hojas finas, grises, ocultas y mortales. Se preparó para desviar el primer golpe y al instante se dio cuenta de que había sido vacilante. ¿Pretendían llevárselo vivo? Entonces empezaron a atacarle con sus armas desde todos los flancos, para intentar ponerle de rodillas.

Se dio la vuelta y con dos movimientos limpios cortó los mangos de las alabardas más próximas. Mientras la cabeza de uno volaba por los aires, retrajo una de las hojas ocultas y agarró la parte superior de la alabarda rota antes de que cayera a tierra. Cogió lo que quedaba de la moharra y hundió la hoja de hacha en el pecho de su anterior propietario.

Entonces se acercaron a él, y le dio tiempo a agacharse justo antes de que una ráfaga de aire indicara que una alabarda pasaba por encima de él como una hoz; por unos centímetros no rozó su espalda inclinada. Se volvió salvajemente para liberarse y después clavó su hoja oculta izquierda en las piernas del atacante que estaba enfrente de él. Con un alarido, el hombre cayó.

El viajero agarró la alabarda del suelo, que hacía unos instantes casi había acabado con él, la hizo girar en el aire y cortó las manos de otro de sus agresores. Las manos se arquearon en el aire y los dedos se doblaron como suplicando piedad, seguidos de un rastro de sangre, como la curva de un arco iris rojo.

Se detuvieron durante un momento, pero aquellos hombres habían visto cosas peores, y el viajero tuvo tan solo un breve respiro antes de que se acercaran otra vez. Giró la alabarda y clavó su hoja en el cuello de un hombre que, hacía un instante, se estaba preparando para derrotarle. El viajero soltó su alabarda y retrajo su otra hoja oculta, para dejar libres las manos y agarrar a un sargento que empuñaba un sable, al que lanzó a la fuerza contra un puñado de sus soldados, al tiempo que le arrebataba la espada. Calculó su peso, notó cómo se le tensaban los bíceps al cogerla con

ambas manos y la alzó justo a tiempo de partir el yelmo de un alabardero, que venía esta vez de atrás, por su izquierda, con la esperanza de que no le viera.

La espada era buena. Mejor para este trabajo que la ligera cimitarra que llevaba en el costado, adquirida para su viaje, o las hojas ocultas que servían mejor para luchar de cerca. Nunca le habían defraudado.

Otra marea de hombres salía ahora del castillo. ¿Cuántos harían falta para dominar a aquel solo hombre? Le presionaron, pero se dio la vuelta y saltó para confundirlos; buscó librarse de su presión arrojándose sobre la espalda de un hombre, se colocó, se preparó, desvió el golpe con la muñequera de duro metal que llevaba en el brazo izquierdo y se volvió para llevar su propia espada hacia el costado del atacante.

Pero entonces… una tregua momentánea. ¿Por qué? El viajero se detuvo a recuperar el aliento. Hubo un tiempo en que no habría necesitado coger aire. Alzó la vista. Todavía estaba cercado por las tropas de cota de malla gris.

Pero entre ellas, el viajero de pronto vio a otro hombre.

Otro hombre. Caminando rodeado de ellas. Inadvertido, calmado. Un joven vestido de blanco. Con el mismo atuendo que el viajero, con la misma capucha cubriéndole la cabeza, como la suya, en punta por delante, como el pico de un águila. Los labios del viajero se entreabrieron por la sorpresa. Todo parecía en silencio. Todo parecía tranquilo, salvo por el joven vestido de blanco, que caminaba. Con paso seguro, con calma, impasible.

El joven parecía caminar entre la batalla como un hombre atravesaría un campo de maíz, como si no le rozara ni le afectara en absoluto. ¿Era esa la misma hebilla que abrochaba el equipo del viajero? ¿Con la misma insignia? ¿La insignia que habían grabado en la conciencia del viajero y en su vida durante más de treinta años, seguramente tanto tiempo como la marca de su anillo?

El viajero parpadeó y cuando abrió los ojos, la visión —si es que había sido eso— había desaparecido, y el ruido, los olores, el peligro, todo volvió a envolverle, a rodearle, hileras e hileras de un enemigo que sabía que no podría vencer ni huir de él.

Pero por algún motivo ya no se sentía tan solo.

No había tiempo para pensar. Se estaban acercando mucho y daban tanto miedo como la ira que reflejaban. Los golpes llovieron, demasiados para esquivarlos. El viajero luchó con todas sus fuerzas, derrotó a cinco más, diez. Pero estaba combatiendo contra una hidra de mil cabezas. Apareció un espadachín enorme y cargó sobre él una hoja de nueve kilos. Alzó su brazo izquierdo para desviarlo con la muñequera, se dio la vuelta y dejó caer su pesada espada al tiempo que volvía a poner en juego sus hojas ocultas. Pero su atacante tenía suerte. Desvió el impulso del golpe con la muñequera, pero era demasiado potente para que rebotara del todo. Se deslizó por la muñeca izquierda del viajero, entró en contacto con la hoja oculta en la mano izquierda y la rompió. En ese preciso instante, el viajero perdió el equilibrio, tropezó con una roca suelta a sus pies y se torció el tobillo. No pudo evitar caer de cara al suelo pedregoso. Y allí se quedó tumbado.

Encima de él, se cerró el círculo de hombres y mantuvieron la longitud de sus alabardas como distancia entre ellos y su presa; seguían tensos, asustados, sin atreverse aún a cantar victoria. Pero las puntas de sus picas le tocaban la espalda. Si se movía, estaba muerto.

Y todavía no estaba preparado para eso.

Oyó el crujido de unas botas sobre la roca. Un hombre se acercaba. El viajero giró la cabeza ligeramente y vio sobre él al capitán con la cabeza rapada. La cicatriz cruzaba lívida su rostro. Se inclinó lo suficiente para que el viajero oliera su aliento.

El capitán retiró la capucha del viajero lo justo para ver su cara y sonrió, pues se confirmaron sus sospechas.

—Ah, el Mentor ha llegado. Ezio Auditore da Firenze. Te estábamos esperando, como, sin duda, te habrás percatado. Debe de haberte sorprendido ver la vieja fortaleza de tu Hermandad en nuestras manos. Pero tenía que pasar. A pesar de todos vuestros esfuerzos, estábamos destinados a prevalecer.

Se quedó erguido, se volvió hacia los soldados que rodeaban a Ezio, doscientos hombres, y les dio una orden.

—Llevadlo a la celda de la torrecilla. Maniatadle antes, fuerte.

Pusieron de pie a Ezio y le ataron a toda prisa, nerviosos.

—Es un paseo corto, pero con muchas escaleras —dijo el capitán—, y después será mejor que reces. Te colgaremos por la mañana.

Por encima de sus cabezas, el águila continuaba la búsqueda de su presa. Nadie se había percatado de su presencia. De su belleza. Su libertad.



CAPÍTULO 2

El águila seguía dando vueltas en el cielo. Un cielo azul claro, blanqueado por el sol, aunque ahora el sol estaba un poco más bajo. El ave de presa, una silueta oscura, que daba vueltas sin cesar, pero ahora con un propósito. Su sombra cayó sobre las rocas peladas allá abajo y la partieron al pasar por encima.

Ezio miró por la estrecha ventana —no era más que un corte en la gruesa piedra— y sus ojos estaban tan agitados como los movimientos del pájaro. Su mente también estaba inquieta. ¿Había viajado tan lejos y durante tanto tiempo solo para acabar así?…

Apretó los puños y sus músculos notaron la ausencia de las hojas ocultas, que durante tanto tiempo le habían sido tan útiles.

Pero imaginaba dónde habían guardado sus armas tras haberle tendido una emboscada, someterle y llevarle hasta allí. Una sonrisa torva se dibujó en sus labios. Aquellas tropas, sus viejos enemigos, ¡menuda sorpresa debían de haberse llevado al ver que un viejo león aún podía dar mucha guerra!

Y conocía ese castillo. Por mapas y gráficos. Los había estudiado tan bien que estaban impresos en su mente.

Pero allí estaba, en una celda de una de las torres más altas de la gran fortaleza de Masyaf, la ciudadela que una vez había sido el bastión de los Asesinos, abandonada durante mucho tiempo, y ahora en manos de los Templarios. Allí estaba, solo, desarmado, hambriento y sediento, con las ropas mugrientas y rasgadas, esperando las pisadas de sus verdugos. Pero no iba a marcharse sin hacer ruido. Sabía por qué los Templarios estaban allí; tenía que detenerlos.

Y aún no le habían matado.

Mantuvo la vista clavada en el águila. Podía ver todas sus plumas, sus alas, el timón de la cola, abierto en abanico, moteado de marrón negruzco y blanco, como su barba. El extremo de las alas de un blanco puro.

Recordó. Trazó la ruta que le había llevado hasta allí, a aquello.

Otras torres, otras almenas. Como las de Viana, donde arrojó a Cesare Borgia hasta el fin de sus días. Había sucedido en el Año de Nuestro Señor 1507. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? Cuatro años. Bien podría haber sido hacía siglos, ahora le parecía muy lejano. Y mientras tanto otros villanos, otros que pretendían ser los dueños del mundo, habían ido y venido, en busca del Misterio, en busca del Poder, y él, un prisionero finalmente, había seguido batallando para hacerles frente.

La batalla. Su vida entera.

El águila revoloteaba y daba vueltas, ahora con movimientos más continuados e intensos. Ezio la observaba, sabía que había localizado una presa y estaba centrando su atención en ella. ¿Qué tipo de vida podía haber ahí abajo? El pueblo que sostenía el castillo, agazapado e infeliz bajo su sombra, tendría ganado y hasta un pedacito de tierra cultivada por los alrededores. Una cabra, quizás, allí abajo, entre las rocas grises derruidas que salpicaban el entorno de colinas bajas; ya fuera joven, demasiado inexperta; o vieja, demasiado cansada, o herida. El águila volaba contra el sol y por un momento la luz incandescente tapó su silueta; y entonces, ella estrechó el círculo, planeó y se colocó, por fin, en la vasta palestra azul antes de descender en picado, atravesar el cielo como un rayo y desaparecer de la vista.

Ezio se apartó de la ventana y echó un vistazo a la celda. Había una cama, de madera dura y oscura, con tan solo los tablones, sin sábanas, un taburete y una mesa. Ningún crucifijo en la pared y nada más salvo el sencillo cuenco y la cuchara de peltre que contenía las gachas todavía intactas que le habían dado. A pesar de la sed y el hambre, Ezio temía que las drogas pudieran debilitarle, que le dejaran imposibilitado cuando llegara el momento. Y era muy probable que los Templarios hubieran puesto alguna droga en la comida y la bebida que le habían dado.

Se dio la vuelta en la estrecha celda, pero las rugosas paredes de piedra no le daban consuelo ni esperanza. Allí no había nada que pudiera utilizar para escapar. Suspiró. Había otros Asesinos, otros en la Hermandad que conocían su misión, que habían querido acompañarle, aunque él se empeñaba en viajar solo. Tal vez, cuando no les llegaran noticias, aceptarían el reto. Pero entonces, quizá, sería demasiado tarde.

La pregunta era: ¿cuánto sabían ya los Templarios? ¿Qué parte del secreto tenían ya en sus manos?

Su búsqueda, que ahora se había detenido de repente en el momento de completarse, había comenzado justo después de su regreso a Roma, donde se había despedido de sus compañeros, Leonardo da Vinci y Nicolás Maquiavelo, el día de su cuadragésimo octavo cumpleaños, en el solsticio de verano, hacía cuatro años. Nicolás volvería a Florencia y Leonardo, a Milán. Leonardo había comentado que aceptaría la oferta insistente de un mecenazgo que le era muy necesario, por parte de Francisco, presunto heredero al trono de Francia, y una residencia en Amboise, junto al río Loira. Al menos, eso era lo que habían revelado las cartas que le enviaba a Ezio.

Ezio sonrió al recordar a su amigo. Leonardo, cuya mente siempre estaba abarrotada de nuevas ideas, aunque siempre tardaba un poco en encontrar tiempo para llevarlas a cabo. Pensó con tristeza en la hoja oculta, que se había roto en la pelea de la emboscada. Leonardo —¡cuánto le echaba de menos!—, el único hombre en el que podía confiar para que la reparara. Pero al menos Leonardo le había enviado los planos que había

hecho para un nuevo artefacto, denominado «paracaídas». Ezio lo había hecho fabricar en Roma y estaba entre sus cosas, aunque dudaba que los Templarios supieran para qué servía. Él le daría un buen uso en cuanto tuviera la oportunidad.

Si tenía la oportunidad.

Se quitó de encima aquellos oscuros pensamientos.

Pero no había nada que hacer, no había modo de escapar, hasta que vinieran a por él, a colgarlo. Entonces tendría que planear qué hacer. Se imaginó que, como a menudo en el pasado, tendría que improvisar. Mientras tanto, intentaría descansar el cuerpo. Se había entrenado antes del viaje para asegurarse de estar en forma y el mismo viaje le había endurecido. Pero estaba contento —incluso en esas circunstancias— de poder descansar después de aquella pelea.

Todo había empezado con una carta.

Bajo la benévola mirada del Papa Julio II, que le había ayudado a derrotar a la familia Borgia, Ezio había reconstruido y reestructurado la Hermandad de los Asesinos en Roma, y establecido allí su zona de influencia.

Durante un tiempo, al menos hasta ahora, los Templarios habían cesado su actividad, y Ezio dejó la gestión de las operaciones en las competentes manos de su hermana Claudia; pero los Asesinos permanecían atentos. Sabían que los Templarios se reagruparían, en secreto, en otra parte, insaciables en su búsqueda de los instrumentos gracias a los que por fin podrían controlar el mundo, según sus sombríos principios.

Les habían vencido de momento, pero la bestia no había muerto.

Ezio se consoló y obtuvo satisfacción pensando —solo compartía este oscuro conocimiento con Maquiavelo y Leonardo— que la Manzana del Edén, a su cuidado, que había provocado tanta muerte y angustia en la lucha por su posesión, estaba enterrada y escondida en la cripta de la basílica de San Nicola in Carcere, en una cámara secreta, sellada, cuya ubicación habían señalado solo con los símbolos sagrados de la Hermandad, por lo que tan solo un futuro Asesino sería capaz de distinguirlos, por no decir

descifrarlos. El más fabuloso Fragmento del Edén estaba guardado fuera del ambicioso alcance de los Templarios; Ezio creía que para siempre.

Después del daño que los Borgia causaron a la Hermandad, tuvieron que recuperar y poner en orden muchas cosas, y Ezio se había dedicado en cuerpo y alma a esa tarea, sin quejarse, aunque él prefería el aire libre y la acción antes que enfrascarse con papeles en archivos polvorientos. Aquel era un trabajo más adecuado para el último secretario de su padre, Giulio, o para un ratón de biblioteca como Maquiavelo; pero por aquel entonces este último estaba ocupado al frente de la milicia florentina y Giulio hacía mucho tiempo que había muerto.

Aun así, meditó Ezio, si no se hubiera cargado con la responsabilidad de lo que para él era una tarea aburrida, tal vez nunca habría encontrado la carta. Y si hubiera caído en manos de otro, esa persona quizá no habría deducido su significado.

La carta, que descubrió en una cartera de piel, quebradiza por el paso de los años, era del padre de Ezio, Giovanni, para su hermano Mario, el hombre que enseñó a Ezio el arte de la guerra y lo inició en la Hermandad hacía ya tres décadas. Mario. Ezio se estremeció por el recuerdo. Mario, que había muerto a manos del cruel y cobarde Cesare Borgia, tras la batalla de Monteriggione.

Mario hacía mucho tiempo que había sido vengado, pero la carta que Ezio encontró abrió otro capítulo, y su contenido le brindaba la oportunidad de una nueva misión. Fue en 1509 cuando la descubrió, acababa de cumplir cincuenta años, y sabía que pocas veces se presentaba la oportunidad de una nueva misión a hombres de su edad. Además, la carta le daba esperanza y le ofrecía el reto de cerrar las puertas a los Templarios para siempre.

Palazzo Auditore
Firenze
Iv febbraio MCDLVIII

Querido hermano:

El ejército enemigo está fortaleciéndose y hay un hombre en Roma, al frente de nuestros adversarios, que tal vez tenga el mayor poder al que tú y yo nos tengamos que enfrentar. Por esta razón te comunico, bajo el sello de suma confidencialidad, la siguiente información. Si el destino me alcanzase, asegúrate —con tu vida, si es necesario— de que esta información nunca caiga en manos de nuestros enemigos.

Como sabes, hay un castillo en Masyaf, Siria, que tiempo atrás fue la sede de nuestra Hermandad. Allí, hace unos dos siglos, nuestro Mentor, Altaïr ibn-La'Ahad, el más grande de nuestra Orden, creó una biblioteca en las profundidades de la fortaleza.

No diré más por ahora. La discreción dicta que el resto de lo que tengo que contarte deba ser mediante una conversación y nunca por escrito.

Es una búsqueda que me habría gustado realizar yo solo, pero no hay tiempo. Nuestros enemigos nos presionan y no podemos hacer otra cosa salvo defendernos.

Tu hermano,

Giovanni Auditore

Junto a esa carta había otro trozo de papel, un fragmento tentador. Sin duda era la letra de su padre, pero tampoco cabía duda de que no lo había

escrito él. Era una traducción del documento mucho más antiguo que lo acompañaba, escrito en un pergamino que coincidía rigurosamente con el texto original de las páginas del Códice, descubierto por Ezio y sus compañeros hacía casi treinta años. Y decía lo siguiente:

Llevo ya días con el artefacto. ¿O han sido semanas? ¿Meses? Los demás vienen de vez en cuando para ofrecerme comida o distracción, y aunque en mi corazón sé que debería apartarme de estos oscuros estudios, cada vez me resulta más difícil asumir mis responsabilidades habituales. Malik me ha apoyado mucho, pero ahora incluso su voz recupera aquel viejo tono. Aun así, mi trabajo debe continuar. Esta Manzana del Edén tiene que entenderse. Su función es simple. Hasta elemental: Dominio. Control. Pero el proceso..., los métodos y los medios que utiliza... son fascinantes. Es la tentación encarnada. A aquellos expuestos a su resplandor se les promete todo lo que desean. Tan solo pide una cosa a cambio: total y completa obediencia. ¿Y quién puede negarse? Recuerdo mi propio momento de debilidad cuando me enfrentaba a Al Mualim, mi Mentor, y mi confianza se tambaleó ante sus palabras. Él, que había sido como un padre, resultaba ser mi mayor enemigo. Para entrar en mi mente lo único que le hacía falta era la más mínima duda. Pero derroté a sus fantasmas —recuperé la confianza en mí mismo— y terminé con su vida. Me liberé de su control. Pero ahora me pregunto si es verdad. Puesto que aquí estoy, desesperado por comprender lo que quise destruir. Percibo

que es más que un arma, una herramienta para manipular las mentes de los hombres. ¿O no? Tal vez tan solo siga su plan: mostrarme lo que más deseo. Conocimiento... Siempre rondando el filo. Justo fuera del alcance. Haciendo señas. Prometiendo. Tentando...

El viejo manuscrito se acababa ahí, el resto estaba perdido, y es que el pergamino estaba tan dañado por el paso del tiempo que las esquinas se desmenuzaban al tocarlas.

Ezio comprendió muy poco, pero algunas partes le resultaban tan familiares que se le puso la piel de gallina, incluso en el cuero cabelludo, al acordarse. Y lo mismo le volvió a ocurrir ahora, mientras Ezio recordaba, sentado en la celda de la prisión en la torre de Masyaf, observando cómo se ponía el sol en el que sería su último día en la Tierra.

Visualizó el antiguo manuscrito. Eso fue, más que nada, lo que le animó a viajar al este, a Masyaf.

La oscuridad se impuso rápidamente. El cielo era azul cobalto. Las estrellas ya lo moteaban.

Sin ningún motivo en especial los pensamientos de Ezio volvieron al joven de blanco. El hombre que creyó ver en la tregua de la batalla. Que había aparecido y desaparecido de forma tan misteriosa, como una visión, pero que, de algún modo, había sido real y se había comunicado en cierta manera con él.



CAPÍTULO 3

Los preparativos del viaje le habían ocupado a Ezio el resto del año y se habían extendido al siguiente. Cabalgó hacia el norte, a Florencia, para consultarle a Maquiavelo, aunque no le dijo todo lo que sabía. En Ostia visitó a Bartolomeo d'Alviano, que le atiborró de buena comida y vino, pero estaba más fiero que nunca, pese a que ahora era padre de familia. Pantasilea y él habían tenido tres hijos y hacía un mes, una hija. ¿Qué había dicho?

—¡Es hora de continuar, Ezio! Todos nos estamos haciendo viejos.

Ezio había sonreído. Barto era más afortunado que nadie.

Ezio lamentó no tener más tiempo para alargar su viaje y seguir al norte, hasta Milán, pero tenía sus armas a buen recaudo —las hojas, la pistola, la muñequera— y no le quedaba tampoco tiempo para convencer a Leonardo de que las mejorara. De hecho, el mismo Leonardo había dicho, tras revisarlas por última vez el año anterior, que ya no se podían mejorar más.

Eso quedaba por ver la próxima vez que las pusiera a prueba.

Maquiavelo le había dado otra noticia en Florencia, una ciudad que aún pisaba con tristeza, pues estaba cargada de los recuerdos de la familia que

había perdido y de su herencia devastada. Su amor, también. El primero y tal vez el único verdadero de su vida, pensó. Cristina Calfucci. Doce años. ¿Podían haber pasado tantos años desde que murió a manos de los fanáticos de Savonarola? Y ahora otra muerte. Maquiavelo se la había notificado, no muy convencido. La desleal Caterina Sforza, que había arruinado la vida de Ezio tanto como Cristina la había colmado de bendiciones, acababa de morir, una anciana echada a perder, de cuarenta y seis años, pobre y olvidada, cuya vitalidad y confianza en sí misma hacía tiempo que habían desaparecido.

Conforme avanzaban los años, Ezio empezó a pensar que la mejor compañía que jamás tendría era la suya propia.

Pero no tenía tiempo de entristecerse ni de amargarse. Los meses pasaban volando, no tardó en llegar la Navidad, y aún quedaba mucho por hacer.

Por fin, a principios del año nuevo, en la festividad de San Hilario, estaba preparado, y se estableció una fecha para salir de Roma, vía Nápoles, hacia el puerto sur de Bari, con una escolta organizada por Bartolomeo, quien le acompañaría.

En Bari cogería un barco.



CAPÍTULO 4

—Que Dios vaya contigo, hermano —le dijo Claudia su última mañana en Roma.

Se habían levantado antes del alba. Ezio saldría con las luces del amanecer.

—Deberás ocuparte de todo aquí, en mi ausencia.

—¿Dudas de mí?

—Ya no. ¿Sigues sin perdonármelo?

Claudia sonrió.

—Hay una gran bestia en África denominada «elefante». Dicen que nunca olvida. A las mujeres nos sucede lo mismo. Pero no te preocupes, Ezio. Me ocuparé de todo hasta que vuelvas.

—O hasta que nos haga falta un nuevo Mentor.

Claudia no respondió a aquello. Su rostro reflejó preocupación.

—Esta misión… —dijo—. ¿Por qué vas solo? ¿Por qué has hablado tan poco de su trascendencia?

—«El que viaja solo, viaja más rápido» —citó Ezio a modo de respuesta —. En cuanto a los detalles, he dejado los documentos de nuestro padre a tu

cuidado. Ábrelos si no regreso. Y ya te he dicho todo lo que tenías que saber de Masyaf.

—Giovanni era también mi padre.

—Pero me confió a mí su responsabilidad.

—La has asumido, hermano.

—Soy un Mentor —se limitó a decir—. Es mi responsabilidad.

Se lo quedó mirando.

—Bien, buen viaje. Escríbeme.

—Lo haré. De todos modos, no tienes por qué preocuparte por mí hasta que llegue a Bari. Barto me acompañará todo el camino.

Seguía pareciendo preocupada. Ezio se emocionó al ver que la dura mujer en la que su hermana se había convertido todavía albergaba ternura hacia él en su corazón. En su viaje por tierra cruzaría algunas zonas del sur de Italia, que estaban controladas por la Corona de Aragón. Pero el rey Fernando no había olvidado su deuda con Ezio.

—Si busco acción —le dijo al leer sus pensamientos—, no la conseguiré hasta que zarpe el barco. Y navego rumbo al norte, así que no tendré que preocuparme por los corsarios de Berbería. Nos pegaremos a la costa griega después de Corfú.

—Me preocupa más que cumplas lo que te has propuesto hacer. No es que no me importes tú personalmente…

—¿En serio? Muchas gracias.

Su hermana sonrió con burla.

—Ya sabes a qué me refiero. Según lo que has dicho, y Santa Verónica es testigo de que me has contado bien poco, es importante para nosotros obtener un buen resultado.

—Por eso voy ahora. Antes de que los Templarios puedan recuperar fuerzas.

—¿Quieres tomar la iniciativa?

—De eso se trata.

Le cogió la cara con las manos. Él se la quedó mirando por última vez. A los cuarenta y nueve años, aún era una mujer de una belleza despampanante, sus cabellos oscuros seguían siendo del mismo color, como su fogosa naturaleza, insaciable. A veces se lamentaba de que no hubiera

encontrado otro hombre tras la muerte de su marido, pero estaba dedicada a sus hijos y a su trabajo, y no ocultaba que le encantaba vivir en Roma, una ciudad que, bajo el Papa Julio, había recuperado su sofisticación internacional y se había convertido en una meca artística y religiosa.

Se abrazaron y Ezio subió a su caballo, al frente de la corta cabalgata que le acompañaba: quince jinetes armados bajo las órdenes de Barto, que ya había montado y su robusto caballo piafaba el polvo, impaciente por marcharse, junto a un carro donde llevaban las provisiones. En cuanto a Ezio, todo lo que necesitaba se hallaba en dos alforjas de cuero negro.

—Ya buscaré comida sobre la marcha —le dijo a Claudia.

—Se te da bien eso —respondió su hermana con una sonrisa irónica.

Alzó la mano al colocarse encima de la silla, dio la vuelta con el caballo y tras acercar Barto su corcel, comenzaron su camino por la ribera este del río, lejos del cuartel general de los Asesinos en la isla Tiberina, hacia las puertas de la ciudad y el largo camino del sur.

Tardaron quince días en llegar a Bari y, una vez allí, Ezio se despidió a toda prisa de su viejo amigo para no perder la primera pleamar. Cogió un barco que pertenecía a una flota mercante turca dirigida por Piri Reis y su familia. Una vez instalado en el camarote posterior del gran *dhow* de vela latina, el *Anaan* —un buque de carga en el que él era el único pasajero—, Ezio tuvo la oportunidad de comprobar —una vez más— el equipo esencial que llevaba consigo. Dos hojas ocultas, una para cada muñeca, la muñequera para el antebrazo izquierdo, para desviar los golpes de espadas, y la pistola a resorte que Leonardo había hecho para él, junto con todos los demás armamentos especiales, sacados de los antiguos diseños encontrados en las páginas del Códice de los Asesinos.

Ezio viajaba con el mínimo de equipaje. La verdad era que esperaba encontrar Masyaf desierta, si tenía éxito en su búsqueda. Al mismo tiempo, reconocía que estaba inquieto por la escasez de información que tenían los Asesinos sobre los movimientos templarios en aquel presente de aparente o, al menos, relativa paz.

En cuanto a esa segunda etapa del viaje, que le llevaría a Corfú, sabía que no debía temer. Piri Reis era un gran capitán otomano y él mismo antes había sido pirata, así que sus hombres sabrían cómo manejar la situación si no bastaba con el nombre de Piri para mantenerlos a raya. Ezio se preguntó si algún día conocería al gran hombre. En tal caso, esperaba que Piri, conocido no precisamente por tener un trato fácil, hubiera olvidado la época en que la Hermandad se vio obligada a «liberar» algunos valiosos mapas de sus manos.

Los mismos otomanos ahora dominaban Grecia y buena parte del este de Europa. De hecho, sus territorios prácticamente lindaban con los de Venecia al oeste. No todo el mundo estaba contento con esa situación ni con la presencia de tantos turcos en Europa; pero Venecia, tras un *impasse*, había continuado comerciando con sus vecinos musulmanes, y la Serenísima se había hecho con el control de Corfú, Creta y Chipre. Ezio no creía que aquella situación durase —los otomanos ya habían hecho avances hostiles hacia Chipre—, pero de momento la paz se mantenía y el sultán Bayezid estaba demasiado preocupado con las riñas internas de su familia para prestar atención a occidente.

El barco de amplios baos, con su gran vela de blanca lona, atravesaba las aguas más como un sable que como un cuchillo, pero iban bien a pesar del viento en contra, y la corta travesía por la desembocadura del Adriático no les llevó más de cinco días.

Tras la bienvenida del gobernador de Corfú, un italiano gordo llamado Franco, al que le gustaba que le llamaran Spiridon, como el santo patrón local, y que sin duda había abandonado la política por la holgazanería, Ezio tuvo una charla con el capitán del barco mientras estaban en un balcón que daba a la villa del gobernador y a unas palmeras en el puerto que se acurrucaba bajo un cielo de terciopelo azul. A cambio de otra bolsa de *soldi* venecianos, acordaron que Ezio continuara hasta Atenas.

—Ese es nuestro destino —le dijo el capitán—. Nos acercaremos a la costa, he hecho el viaje veinte veces, no habrá problemas ni peligro alguno. Y desde allí será fácil coger una embarcación a Creta, incluso a Chipre. De hecho, te presentaré a mi cuñado Ma'Mun cuando lleguemos a Atenas. Es agente marítimo. Se ocupará de ti.

—Te lo agradezco —dijo Ezio.

Esperó no equivocarse al confiar en aquel hombre. El *Anaan* llevaba a Atenas una importante carga de especias y Ezio recordaba suficiente su juventud, cuando su padre ostentaba un alto cargo en la banca de Florencia, para saber que ese cargamento convertiría al *Anaan* en un blanco tentador para cualquier pirata, sin importar el miedo que les produjera el nombre de Piri Reis. Si se lucha en un barco, hay que moverse rápido y con agilidad.

A la mañana siguiente, fue a un armero de la ciudad y, tras regatear, compró una cimitarra bien templada por 100 *soldi*.

—Por prevención —se dijo a sí mismo.

Al día siguiente al alba, la marea estaba lo bastante alta para que pudieran comenzar el viaje, y aprovecharon el fresco viento del norte que hinchó sus velas de inmediato. Bordearon la costa hacia el sur, con la orilla a un par de kilómetros a babor. El sol brillaba en las olas azul acero y el cálido viento les acariciaba el cabello. Tan solo Ezio no conseguía relajarse.

Habían alcanzado un lugar al sur de la isla de Zante cuando sucedió. Se habían adentrado más en el mar para aprovechar bien el viento, y el agua se había vuelto más oscura y picada. El sol descendía hacia el horizonte occidental y no se podía mirar en aquella dirección sin entrecerrar los ojos para ver algo. Los navegantes estaban arrojando un tronco a estribor para coger velocidad y Ezio los observaba.

Después no supo qué atrajo su atención. Algún ave marina, tal vez, que pasaba junto al barco. Pero no fue ningún pájaro. Fue un velero. Dos. Dos galeras de alta mar, que salían del sol, cogiéndoles por sorpresa y echándoseles encima. Los corsarios se habían colocado al lado casi antes de que el capitán tuviera tiempo de llamar a su tripulación a las armas y a sus puestos de combate. Los piratas lanzaron los arpeos en cuerdas por el lateral del *Anaan* y no tardaron en intentar subir a bordo, al tiempo que Ezio corría a popa para prepararse. Por suerte, para entonces ya tenía la cimitarra en el costado y la probó por primera vez despedazando a cinco marineros bereberes mientras luchaba para conseguir su objetivo.

Respiraba con dificultad cuando se colocó la muñequera a toda prisa y cogió su pistola. Tenía fe suficiente en la cimitarra por ahora para prescindir de las hojas ocultas, que guardaba en el camarote. Consideró que la muñequera y la pistola serían mejores armas para aquel combate.

Saltó hacia la refriega, le rodeaba el familiar sonido de las armas al chocar, y ya olía a sangre. Se había provocado un fuego más adelante, y el viento, que había escogido aquel instante para cambiar de dirección, amenazaba con extenderlo a lo largo de todo el arco, hasta la popa. Ordenó a dos marineros otomanos que con unos cubos recogieran agua del depósito en la embarcación. En aquel momento, un pirata se lanzó de las jarcias hacia los hombros de Ezio. Uno de los marineros le avisó con un grito. Ezio se dio la vuelta, flexionó los músculos de su muñeca derecha y su arma saltó del mecanismo atado a su antebrazo, hacia la mano. Rápidamente, sin tiempo para apuntar, disparó y de inmediato retrocedió para permitir que el cuerpo que aún caía pasara de largo hacia la cubierta.

—Llenadlos enseguida y apagad las llamas antes de que se extiendan —gritó—. El barco estará perdido si el fuego se propaga.

Se abrió camino a machetazos cuando tres o cuatro bereberes corrieron hacia él al notar enseguida que era el único hombre a bordo que debían neutralizar si querían tener éxito en su ataque. Entonces se vio frente al capitán de los corsarios, un fornido animal con un alfanje inglés en cada mano; sin duda, un botín de alguna desafortunada víctima anterior.

—¡Ríndete, perro veneciano! —gruñó el hombre.

—Tu primer error —respondió Ezio—. Nunca confundas a un florentino con un veneciano.

La reacción del capitán fue intentar propinar un violento golpe con el brazo izquierdo sobre la cabeza de Ezio, pero este lo esperaba y levantó su brazo izquierdo, lo cual permitió que la hoja del alfanje rozara la muñequera sin causar daños y se desviara al aire. El capitán se llevó una sorpresa y perdió el equilibrio. Ezio le puso la zancadilla y salió volando de cabeza al depósito de la bodega.

—¡Socorro, efendi! ¡No sé nadar! —farfulló el capitán al salir a la superficie.

—Pues haber aprendido —le dijo Ezio y se dio la vuelta hacia dos piratas más que estaban casi encima de él.

Por el rabillo del ojo vio que sus dos marineros habían podido bajar los cubos en cuerdas hacia el depósito y ahora, ayudados por un puñado de camaradas equipados de forma similar, comenzaban a controlar el fuego.

Pero el enfrentamiento más violento se había trasladado a la parte trasera del barco, y allí los otomanos estaban perdiendo. Ezio advirtió que los bereberes no deseaban que el *Anaan* ardiera, pues así no conseguirían su premio; de modo que permitían que los marineros de Ezio siguieran con el trabajo de sofocar las llamas, mientras ellos se concentraban en tomar el barco.

Su mente se movió a toda prisa. Les superaban en número con creces y sabía que la tripulación del *Anaan*, aunque eran hombres duros, no estaba formada por luchadores entrenados. Se volvió hacia una pila de antorchas apagadas, guardadas bajo una escotilla a proa. Saltó por encima, cogió una, la lanzó hacia las llamas que se apagaban y en cuanto se encendió, la arrojó con todas sus fuerzas al barco bereber que estaba más lejos de los dos que tenían al lado. Después cogió otra y repitió la acción. Cuando los bereberes a bordo del *Anaan* se dieron cuenta de lo que estaba pasando, sus dos embarcaciones ya estaban en llamas.

Era un riesgo calculado, pero merecía la pena. En vez de luchar por el control de su presa y advertir que no se veía al capitán por ninguna parte, los piratas, dominados por el pánico, regresaron a la borda, mientras los otomanos, entusiasmados, renovaban sus esfuerzos y lanzaban un contraataque, arremetiendo con palos, espadas, hachas, cabillas y todo lo que tenían a mano.

En quince minutos habían hecho retroceder a los bereberes a sus barcos para soltar amarras. Cortaron los arpeos con hachas y usaron mástiles para apartarse de las galeras en llamas. El capitán otomano espetó un número rápido de órdenes y el *Anaan* no tardó en quedar despejado. En cuanto se restableció el orden, la tripulación se puso a limpiar la sangre de las cubiertas y a amontonar los cadáveres. Ezio sabía que iba en contra de su religión arrojar un muerto por la borda. Tan solo esperaba que el viaje no durara mucho.

Al capitán bereber lo sacaron del depósito empapado de agua y se quedó en la cubierta, desdichado y chorreando.

—Será mejor que desinfectéis el agua —le dijo Ezio al capitán del *Anaan*, cuando se llevaban al jefe de los piratas con los grilletes puestos.

—Tenemos suficiente agua potable en barril para nuestras necesidades. Nos bastará hasta Atenas —contestó el capitán. Luego sacó un pequeño monedero de cuero de la bolsa que llevaba en el costado—. Esto es para ti —dijo.

—¿Qué es?

—Estoy devolviéndote el billete —respondió el capitán—. Es lo menos que puedo hacer. Y cuando lleguemos a Atenas, me encargaré de que conozcan tu proeza. En cuanto al resto de tu viaje, descansa tranquilo porque lo tendrás todo organizado.

—No deberíamos relajarnos —dijo Ezio.

El capitán se lo quedó mirando.

—Tienes razón. Tal vez no deberíamos relajarnos nunca.

—Exacto —asintió Ezio, tristemente.



CAPÍTULO 5

Atenas prosperaba bajo el dominio de los turcos, aunque mientras caminaba por las calles y visitaba los monumentos y los templos de la Edad de Oro Griega, ahora redescubierta y venerada en su propio país, y veía con sus propios ojos las estatuas y los edificios que inspiraban a sus amigos Miguel Ángel y Bramante en Roma, Ezio comprendió en parte el orgulloso resentimiento que brillaba sin lugar a dudas en los ojos de varios hombres y mujeres de la población local. Pero fue agasajado por Ma'Mun, el cuñado del capitán otomano, y por su familia, que le colmaron de regalos y le animaron a quedarse.

En cualquier caso, su estancia fue más larga de lo que quería, puesto que se habían comenzado a formar unas tormentas impropias de aquellos meses en el Egeo, al norte de Serifos, que azotaron el grupo de islas al sur de Atenas y cerraron el puerto de Piraeus durante un mes o más. Nunca se habían visto esas tempestades en esa época del año. Los profetas de las calles inevitablemente mascullaban sobre el fin del mundo, un tema del que se hablaba mucho a mitad del milenio en 1500. Mientras tanto, Ezio, al que no le interesaban esas cosas y solo le irritaba su retraso, le daba vueltas a

los mapas y las notas que había llevado consigo, e intentaba en vano recoger información sobre los movimientos de los Templarios en la zona y en la región sur y este de Grecia.

En una celebración en su honor conoció a una princesa dálmata y tuvo un devaneo con ella, pero no fue más que eso, un escarceo amoroso, y su corazón permaneció tan aislado como estaba desde hacía tanto tiempo. Había dejado, se dijo a sí mismo, de buscar el amor. Un hogar propio, un hogar de verdad, y una familia no tenían lugar en la vida de un Mentor Asesino. Ezio había leído algo, aunque poco había entendido, de la vida de su lejano antepasado en la Hermandad, Altaïr ibn-La'Ahad. Él había pagado caro tener una familia. Y aunque el padre de Ezio lo había conseguido, también tuvo que pagar un precio amargo al final.

Pero por fin —no demasiado pronto para el impaciente Ezio— los vientos y los mares se calmaron y fueron sustituidos por el buen tiempo de primavera. Ma'Mun había hecho todos los preparativos para su viaje a Creta, y el mismo barco lo llevaría más allá, a Chipre. Aquella nave era un buque de guerra, un *kogge* de cuatro mástiles, la *Qutaybah*, con una de sus cubiertas más bajas armada con una fila de diez cañones a cada lado, y más en el casco, a proa y a popa. Además de las velas latinas, tenía aparejo de cruz, al estilo europeo, en el mástil principal y los palos de mesana; y bajo los cañones había una cubierta de remos, con treinta a cada lado.

Encadenado a uno de ellos estaba el capitán bereber con el que había lidiado Ezio en el *Anaan*.

—No tendrás la necesidad de defenderte en esta embarcación, efendi —le dijo Ma'Mun a Ezio.

—La admiro. Tiene algo de diseño europeo.

—A nuestro sultán Bayezid le fascina la elegancia y la practicidad de vuestra cultura —contestó Ma'Mun—. Podemos aprender mucho los unos de los otros, si lo intentamos.

Ezio asintió.

—La *Qutaybah* lleva a nuestro enviado de Atenas a una conferencia en Nicosia, y atracaremos en Lárnaca dentro de veinte días. El capitán solo parará en Heraclión para coger agua y provisiones. —Hizo una pausa—. Y tengo algo para ti…

Se sentaron a beber *sharbat* en el despacho de Ma'Mun del puerto. El turco se volvió hacia un enorme arcón de hierro que estaba apoyado en la pared del otro extremo y sacó de él un mapa.

—Es muy valioso, como todos los mapas, pero este es un regalo especial que voy a hacerte. Es un mapa de Chipre, trazado por el mismo Piri Reis. Tendrás tiempo allí. —Alzó las manos mientras Ezio comenzaba a oponerse de la forma más educada posible. Por lo visto, cuanto más al este viajabas, menos importaba la urgencia y el tiempo—. ¡Lo sé! Soy consciente de tu impaciencia por llegar a Siria, pero el *kogge* no te llevará tan lejos y debemos organizarnos para transportarte desde Lárnaca. No temas. Salvaste el *Anaan*. Te lo agradeceremos como es debido. Nadie te llevará a tu destino más rápido que nosotros.

Ezio desenrolló el mapa y lo examinó. Era una obra minuciosa, magnífica. Pensó que si se veía obligado a pasar un tiempo en aquella isla —sabía, por los datos que ya había recogido de los archivos de su padre, que Chipre no había pasado desapercibida para los Asesinos, en la historia de su eterna lucha con los Templarios—, allí podría encontrar pistas que podrían ayudarle.

Le sacaría partido a la estancia en Chipre, pero esperaba no tener que permanecer allí mucho tiempo, ya que estaba bien controlada por los Templarios, aunque parecía más bien lo contrario.

Pero iba a ser un viaje más largo de lo que nadie había previsto. Apenas habían zarpado de Creta después de su breve desembarco en Heraclión —no más de tres días— cuando los vientos comenzaron a rugir de nuevo. Del sur esta vez, fuertes y cálidos aún, tras su largo recorrido desde el norte de África. La *Qutaybah* los combatió con valor, pero poco a poco la obligaron a retroceder hacia el norte del Egeo y luchó contra esa retirada por el laberinto de islas del Dodecaneso. Pasó una semana antes de que se calmaran las tormentas, no sin antes cobrarse la vida de cinco marineros y un número incontable de prisioneros en galeras, que murieron ahogados en los remos. El barco recaló finalmente en Quíos para que lo repararan. Ezio secó sus cosas y limpió su equipo para que no se oxidase. El metal de sus armas especiales nunca había mostrado el más mínimo signo de oxidación

en todos los años que las había tenido. Una de sus muchas propiedades misteriosas, que Leonardo había intentado explicarle sin éxito.

Tres preciosos meses se habían perdido antes de que la *Qutaybah* por fin entrara en el puerto de Lárnaca. El enviado, que había perdido nueve kilos en el viaje, por las náuseas y los vómitos, y que se había perdido la conferencia, enseguida hizo los preparativos para regresar a Atenas por la ruta más directa y viajar por tierra lo máximo posible.

Ezio no desperdició tiempo en buscar al agente de Lárnaca, Bekir, cuyo nombre conocía gracias a Ma'Mun. Bekir fue cordial e incluso deferente. Ezio Auditore da Firenze. ¡El famoso salvador de barcos! Ya era la comidilla de Lárnaca. El nombre del efendi Auditore estaba en boca de todos. Ah, la cuestión del viaje a Tortosa. El puerto más próximo del continente a Masyaf en Siria. Sí, sí, por supuesto. Los preparativos estarán bajo control de inmediato, ¡este mismo día! Si el efendi tiene paciencia, mientras se ponen las cosas necesarias en marcha… El mejor alojamiento posible estará a su disposición…

La habitación que le habían dado a Ezio realmente era espléndida: un aposento grande y luminoso en una mansión construida en una colina sobre la ciudad, con vistas a ella y al mar cristalino que había más allá. Pero pasó demasiado tiempo, y se le empezó a agotar la paciencia.

—Son los venecianos —explicó el agente—. Toleran la presencia otomana, pero tan solo en un sentido civil. Las autoridades militares, lamentablemente, no se fían de nosotros. Creo que —el hombre bajó la voz — si no fuera por la reputación de nuestro sultán, Bayezid, cuya autoridad llega muy lejos y tiene un tremendo poder, no nos soportarían en absoluto. —Se animó—. Tal vez podríais ayudar a vuestra propia causa, efendi.

—¿De qué manera?

—Pensé que tal vez, como sois veneciano…

Ezio se mordió el labio.

Pero era un hombre que no dejaba pasar el tiempo sin hacer nada. Mientras esperaba, estudió el mapa de Piri Reis, y algo que medio recordaba haber leído le llevó a alquilar un caballo y bajar a la costa, a Limassol.

Una vez allí, se puso a deambular por el foso y el patio interior del castillo desierto de Guy de Lusignan, construido durante las cruzadas, pero ahora abandonado, como esa herramienta que una vez fue útil y que su dueño ha olvidado tirar a la basura. Mientras caminaba por sus pasillos vacíos a merced de las corrientes de aire y contemplaba las flores silvestres que crecían en sus patios, y la *buddleia* que se aferraba a los baluartes en ruinas, los recuerdos —al menos parecían ser recuerdos— le indujeron a realizar una exploración más exhaustiva, a ahondar en las entrañas de la torre del homenaje y la cripta que había debajo.

Aquí, envueltos en la penumbra crepuscular, encontró los restos vacíos y desolados de lo que sin duda había sido un vasto archivo. Sus pisadas solitarias retumbaron en el oscuro laberinto de estanterías vacías y podridas. Los únicos ocupantes eran ahora las ratas que correteaban, cuyos ojos resplandecientes le observaban con recelo, desde rincones oscuros, antes de escabullirse entre malévolas miradas de soslayo. Y ellas no podían contarle nada. Buscó tan a fondo como pudo, pero no halló ni rastro de lo que se había conservado allí.

Desanimado, salió de nuevo al sol. La presencia de una biblioteca allí le recordó la que él buscaba. Algo le alentaba, aunque no podía concretar lo que era. Por terquedad, permaneció en el castillo dos días más. Los habitantes de la ciudad miraban de forma extraña al extranjero moreno y entrecano que vagaba por sus ruinas.

Entonces Ezio se acordó. Tres siglos antes, Chipre había sido propiedad de los Templarios.



CAPÍTULO 6

Era evidente que las autoridades venecianas —o alguien que se ocultaba tras ellas— le impedían que siguiera su viaje. Le resultó obvio en cuanto se enfrentó a estas. Puede que los florentinos y los venecianos hubieran sido rivales, puede que se menospreciaran entre ellos, pero compartían el mismo país y la misma lengua.

Aquello le daba igual al gobernador. Doménico Garofoli era como un lápiz: largo, delgado y gris. No obstante, su túnica negra, cortada de manera exquisita en el damasco más costoso, colgaba de él como los harapos de un espantapájaros. Los pesados anillos de oro, engarzados con rubíes y perlas, repiqueteaban sueltos en sus dedos huesudos. Sus labios eran tan estrechos que era como si no estuvieran, y cuando cerraba la boca, no se veía dónde estaban.

Fue, por supuesto, indefectiblemente cortés —las gestas de Ezio habían contribuido mucho a acercar a los otomanos y venecianos de la región—, pero claramente él no estaba dispuesto a hacer nada. La situación al este del continente, más allá de las ciudades costeras que se aferraban a la orilla del Mediterráneo como las yemas de un hombre que cuelga de un precipicio,

era muy peligrosa. La presencia otomana en Siria era potente y se temía que la ambición otomana les llevara hacia el oeste. Cualquier misión no sancionada por la diplomacia oficial podía desencadenar un incidente internacional de proporciones terribles. Al menos, esa era la excusa de Garofoli.

Allí no había manera de que Ezio encontrara aliados entre sus compatriotas.

Ezio escuchó, y escuchó, sentado correctamente, con las manos en las rodillas, mientras el gobernador le lanzaba una perorata con voz seca. Y decidió encargarse del asunto él mismo.

Esa misma tarde hizo el primer reconocimiento a los muelles. Había embarcaciones amarradas en abundancia, *dhows* de Arabia y del norte de África que chocaban contra los barcos pesqueros, *roccafortes*, galeras y carabelas venecianas. Un filibote holandés parecía prometedor, y había hombres trabajando a bordo, cargando gruesos fardos de seda bajo una guardia armada. Pero en cuanto Ezio hubo identificado la mercancía, supo que el filibote iría rumbo a casa, no al extranjero, y lo que él necesitaba era un barco que navegara hacia el este.

Siguió paseando un rato más, manteniéndose en las sombras; una forma oscura, tan ágil y sigilosa como un gato. Pero su búsqueda no le aportó nada nuevo.

Pasó varios días y noches reconociendo el terreno. Siempre llevaba consigo todo su equipo esencial por si tenía un golpe de suerte y podía marcharse enseguida. Pero cada incursión terminaba con el mismo resultado. La notoriedad de Ezio le había marcado y tuvo que hacer lo imposible para conservar su identidad en secreto. Incluso cuando lo conseguía, no encontraba a ningún capitán de barco que fuera en la dirección que él quería, o por alguna razón no estaban dispuestos a llevarle, sin importarles lo cuantioso que fuera el soborno que les ofrecía. Pensó en regresar a Bekir, pero al final se contuvo. Bekir ya sabía demasiado sobre sus intenciones.

La quinta noche se halló de nuevo en los muelles. Ahora había menos embarcaciones y nadie por allí, aparte de los Vigilantes Nocturnos y su personal, que pasaba pocas veces, con los faroles balanceándose en largos

palos y las espadas o cachiporras siempre preparadas. Ezio se dirigió al muelle más distante, donde estaban atracadas naves más pequeñas. El continente no estaba tan lejos. Tal vez si podía… conseguir… un bote, podría navegar él solo las setenta y cinco leguas.

Con cuidado pisó un embarcadero de madera, cuyos tablones negros resplandecían con el agua del mar, y donde cinco pequeños *dhows* de una vela estaban colocados en fila. Eran barcos pesqueros a juzgar por el olor, pero resistentes, y dos de ellos tenían todo el equipo almacenado a bordo, según veía Ezio.

Entonces se le erizó el vello de la nuca.

Era demasiado tarde. Antes de que a Ezio le diera tiempo a darse la vuelta, le cayó en plena cara el peso de un hombre que se le había tirado encima. Se trataba de un grandullón, eso podía sentirlo. Enorme. Sujetaba a Ezio contra el suelo solo con el tamaño de su cuerpo; era como forcejear bajo un enorme edredón de músculos. Ezio soltó su mano derecha para poder accionar la hoja oculta, pero al instante una mano de hierro le agarró la muñeca. Por el rabillo del ojo advirtió que la mano que le sujetaba la muñeca llevaba un grillete del que colgaban dos eslabones de cadena rotos.

Ezio hizo acopio de fuerza, se giró violenta y repentinamente hacia su izquierda para clavar el codo bien fuerte en una parte del edredón, que confiaba en que fuera sensible. Tuvo suerte. El hombre que le inmovilizaba gruñó de dolor y le soltó un poco. Fue suficiente. Ezio levantó el hombro y consiguió quitarse el cuerpo de encima. Como un rayo, se levantó sobre una rodilla, con la mano izquierda en la garganta de su oponente y la derecha, lista para atacar.

El momento triunfal de Ezio fue breve. El hombre le apartó la mano de un golpe con el grillete de hierro de la mano izquierda, adornado de forma similar, con un par de eslabones. Le dio en la muñeca y le causó un gran dolor, a pesar de la protección que le ofrecía la dureza de la hoja oculta. Volvió a inmovilizar la muñeca izquierda de Ezio que, lenta pero inexorablemente, se vio obligado a soltar el cuello del hombre.

Dieron vueltas por el suelo, cada uno tratando de sujetar mejor al otro, golpeándose allí donde podían, pero aunque su agresor era corpulento, también era rápido, y la hoja de Ezio nunca alcanzaba su objetivo. Al final

se separaron, se pusieron de pie, gruñeron, sin aliento, encorvados, el uno frente al otro. El hombre iba desarmado, pero los grilletes de hierro podían hacer mucho daño si se usaban como armas.

Entonces, a poca distancia, hubo un destello de luz que provenía de un farol y se oyó un grito.

—¡La Vigilancia! —exclamó el hombre—. ¡Agáchate!

Por instinto, Ezio siguió su ejemplo, se metieron en el *dhow* más cercano y se pegaron al fondo. La mente de Ezio daba vueltas. Con el destello de luz del farol había visto el rostro del hombre y lo había reconocido. ¿Cómo podía ser?

Pero no había tiempo de preocuparse por eso ahora. Oían las pisadas del vigilante corriendo hacia el embarcadero.

—Nos han visto, que Alá los deje ciegos —dijo el hombre—. Será mejor que nos encarguemos de ellos. ¿Preparado?

Estupefacto, Ezio asintió en silencio a oscuras.

—Acabaré contigo en cuanto nos hayamos encargado de ellos —añadió el hombre.

—Yo no me haría ilusiones.

No hubo tiempo para más conversación puesto que ya tenían encima a los cinco hombres de la Vigilancia. Por suerte, estos vacilaron antes de lanzarse al oscuro pozo del bote donde ahora estaban Ezio y su insólito aliado, y se conformaron con seguir en el embarcadero, agitando sus armas y gritando amenazas.

El grandullón se los quedó mirando.

—Carne fácil —dijo—. Pero será mejor que ataquemos ahora, antes de que llamen demasiado la atención.

Como respuesta, Ezio se preparó, agachado, y saltó hacia el embarcadero. Se agarró al borde y subió con un movimiento no tan ágil como antaño. En aquel momento tuvo que aguantar la respiración, tenía a tres vigilantes encima, que comenzaban a aporrearle con pesadas cachiporras, mientras que un cuarto se acercaba, blandiendo una espada corta, pero con mal aspecto. La levantó para el golpe de gracia, pero en aquel instante le alzaron por el pescuezo desde atrás y, en medio de alaridos, tiraron de él hacia atrás y hacia arriba, hasta dejarle caer con un

gran estrépito mucho más allá del embarcadero, donde se quedó gimiendo, con varios huesos rotos.

Como los otros tres atacantes estaban distraídos, Ezio se puso de pie de un salto, sacó su hoja oculta y cortó a dos con un par de rápidos y eficientes movimientos. Mientras tanto, el grandullón estaba luchando con el que sujetaba la lámpara, otro gigante, que había tirado el palo a un lado para sacar una enorme Damasco, que agitaba de forma amenazadora sobre la cabeza de su oponente, quien le sujetaba el cuerpo con una llave de luchador. Ezio vio que en cualquier momento la gruesa hoja iría directa a la ancha espalda del grandullón. Se maldijo a sí mismo por no haberse atado la pistola, pero ya era demasiado tarde. Cogió una cachiporra que se había caído y tras apartar con el codo al vigilante que quedaba, la arrojó a la cabeza del hombre del farol.

Acertó, ¡gracias a Dios! La cachiporra le dio al hombre del farol entre los ojos y este retrocedió tambaleándose antes de caer de rodillas. Luego Ezio notó un dolor punzante en el costado. El miembro superviviente de la Vigilancia había sacado un puñal y se lo había clavado. Cayó y, antes de que el mundo se volviera negro, vio al grandullón corriendo hacia él.



CAPÍTULO 7

Cuando Ezio volvió en sí, estaba tumbado boca arriba en algún sitio y el mundo se sacudía bajo él. No violentamente, sino a un ritmo constante. Era casi reconfortante. Se quedó un momento donde estaba, con los ojos aún cerrados, sintiendo la brisa en la cara, sin querer volver a cualquier realidad a la que tuviera que enfrentarse, oliendo el aire del mar.

¿El aire del mar?

Abrió los ojos. El sol estaba alto y veía una extensión ininterrumpida de cielo azul. Después una forma oscura se interpuso entre el cielo y él. Una cabeza y unos hombros. Un rostro preocupado que le miraba.

—Has vuelto. Bien —dijo el grandullón.

Ezio comenzó a incorporarse y, al hacerlo, le dolió la herida. Gruñó y se puso una mano en el costado. Notó los vendajes.

—Es una herida reciente. No es muy profunda. No hay que exagerar.

Ezio se levantó. En lo siguiente que pensó fue en su equipo. Miró a su alrededor enseguida. Allí estaba, cuidadosamente guardado en su bolsa de cuero y aparentemente no lo habían tocado.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—¿Dónde crees? En el mar.

Dolorido, Ezio se puso de pie y miró a su alrededor. Estaban en uno de los *dhows* pesqueros, atravesando las aguas a un ritmo constante, con la vela encima de sus cabezas, inflada por el viento. Se dio la vuelta y vio Lárnaca, una mota en la costa de Chipre, en el lejano horizonte detrás de ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Me salvaste la vida y yo te salvé la tuya.

—¿Por qué?

—Es la Ley. Aunque es una lástima. Después de lo que me hiciste, merecías morir.

El hombre le daba la espalda mientras manejaba el timón, pero se volvió hacia Ezio. Por primera vez pudo ver su cara y lo reconoció al instante.

—Destrozaste mis barcos, maldito seas. Llevaba días acechando el *Anaan*. Con ese premio habría vuelto a Egipto como un hombre rico. En cambio, gracias a ti, me convertí en un galeote. ¡Yo!

El grandullón estaba indignado.

—¿A Egipto? Entonces, ¿no eres un bereber?

—Malditos sean los bereberes. Soy un mameluco, aunque no lo parezca vestido con estos harapos. En cuanto lleguemos me daré un gusto con una mujer, un plato decente de *kofta* y me pondré ropa buena.

Ezio volvió a mirar a su alrededor, se tambaleó y luego recuperó el equilibrio cuando una ola inesperada cortó al sesgo la proa.

—El mar no es lo tuyo, ¿verdad?

—Prefiero las góndolas.

—¿Las góndolas? ¡Bah!

—Si querías matarme…

—¿Me culpas? Era la única razón por la que perdía el tiempo en esa cloaca de puerto veneciano después de escapar. Cuando te vi no podía creer que hubiera tenido tanta suerte. Estaba a punto de rendirme. Yo también fui ahí abajo buscando un modo de largarme.

Ezio sonrió abiertamente.

—No te culpo.

—¡Me tiraste a un tanque para que me ahogara!

—Sabías nadar bien. Eso era evidente para cualquiera.

Ahora le tocaba sonreír al grandullón.

—¡Ah! Tenía que haber sabido que no despertaría tu compasión fingiendo que no sabía.

—Pagaste tu deuda, me salvaste la vida. Pero ¿por qué me has traído contigo?

El grandullón extendió las manos.

—Estabas herido. Si te hubiera dejado, habrían ido a por ti, no hubieras pasado de aquella noche. ¡Y qué pérdida de esfuerzo habría sido para mí! Además, puedes hacer algo útil en esta chalana, aunque seas marinero de agua dulce.

—Puedo cuidarme solo.

La mirada del grandullón se puso seria.

—Ya lo sé, efendi. Quizá solamente quería tu compañía, Ezio Auditore.

—Conoces mi nombre.

—Eres famoso. Vencedor de piratas. Aunque eso no te hubiera salvado después de matar a un grupo de vigilantes e intentar escapar.

Ezio reflexionó sobre aquello y después dijo:

—¿Cómo te llamas?

El grandullón se puso de pie. Su dignidad no casaba con los harapos de galeote que aún llevaba.

—Soy al-Scarab, azote del mar Blanco.

—Oh —dijo Ezio con ironía—. Perdonad, señor.

—Temporalmente en declive —añadió al-Scarab con pesar—. Pero no por mucho tiempo. Cuando lleguemos allí, tendré nuevo barco y tripulación en una semana.

—¿Cuando lleguemos a dónde?

—¿No te lo he dicho? El puerto más cercano vale la pena y está también en manos mamelucas: Acre.



CAPÍTULO 8

Había llegado la hora.

Le costaba marcharse, pero su misión era imperativa y le obligaba a seguir adelante con urgencia. El tiempo que había pasado en Acre le había servido para descansar y recuperarse, había tenido que ser paciente mientras se le curaba la herida, puesto que sabía que no conseguiría nada si no estaba en plenas condiciones para llevar a cabo su búsqueda. El hecho de encontrarse con al-Scarab habría sido desastroso si las cosas hubieran salido de forma diferente, pero resultó que él tenía un ángel de la guarda, si es que existían.

El gran pirata, a quien había vencido en la batalla a bordo del *Anaan*, había demostrado ser más que una salvación. Al-Scarab tenía familia en Acre y recibieron a Ezio como el salvador de su primo y su compañero de armas. Al-Scarab no dijo nada sobre su derrota en el incidente del *Anaan* e impuso su autoridad para que Ezio siguiera su ejemplo, so pena de un castigo innombrable. Pero la huida de Lárnaca se convirtió en una pelea de proporciones épicas.

—Eran cincuenta… —decía al-Scarab al empezar su relato, y la décima vez que narró la historia, el número de pérfidos agresores venecianos contra los que se vieron obligados a luchar se había multiplicado por diez.

Boquiabiertos y con los ojos como platos, sus primos escuchaban, embelesados, sin musitar ni una palabra sobre las incoherencias que se colaban. Al menos no incluyó un monstruo marino, pensó Ezio, secamente.

Lo que no era una invención fue la advertencia que le hizo a Ezio la familia de al-Scarab sobre estar preparado ante los peligros que le aguardaban en su viaje. Se esforzaron por convencerle para que se llevara una escolta armada, pero Ezio se negó rotundamente. Continuaría solo su camino. No sometería a otros a los peligros a los que sabía que debía enfrentarse.

Poco después de su llegada a Acre, Ezio tuvo la oportunidad de escribir la carta que desde hacía tiempo le debía a su hermana. Eligió las palabras con cuidado, consciente de que aquella podría ser la última vez que se comunicara con ella.

Acre
XX noviembre MDX

Mi queridísima hermana Claudia:

Ya llevo una semana en Acre, a salvo y animado, pero listo para lo peor. Los hombres y mujeres que me han alimentado y dado cobijo aquí también me han advertido de que el camino a Masyaf está plagado de mercenarios y bandidos, no originarios de ese país. Temo pensar en lo que eso significa.

Cuando partí de Roma hace diez meses, lo hice con un solo propósito: descubrir lo que no pudo nuestro padre. En la carta

que conoces, escrita el año antes de mi nacimiento, él hace una sola mención a una biblioteca oculta bajo los suelos del antiguo castillo de Altaïr. Un santuario lleno de sabiduría inestimable.

Pero ¿qué encontraré al llegar? ¿Quién me recibirá? ¿Una hueste de Templarios impacientes, como más temo? ¿O únicamente el silbido de un viento frío y solitario?

Hace casi trescientos años que Masyaf dejó de ser la sede de los Asesinos. ¿Nos recuerda? ¿Seguiremos siendo bienvenidos?

Ah, estoy harto de esta lucha, Claudia... No estoy harto porque esté cansado, sino porque nuestros esfuerzos parecen moverse únicamente en una sola dirección..., hacia el caos. Hoy tengo más preguntas que respuestas. Por eso he llegado tan lejos: para hallar la claridad. Para encontrar el conocimiento que dejó el gran Mentor y porque así tal vez comprenda mejor el propósito de nuestra lucha, y mi lugar en ella.

Si me pasara algo, querida Claudia..., si mis habilidades me fallaran, o la ambición me descarriara, no busques venganza ni castigo en mi memoria; has de seguir luchando por la búsqueda de la verdad para que todos puedan beneficiarse. Mi historia es una de tantos miles y el mundo sufrirá si termina demasiado pronto.

Tu hermano,

Mientras se equipaba para sus nuevas aventuras, al-Scarab también se encargó de que a Ezio le atendieran los mejores médicos, los mejores sastres, los mejores chefs y las mejores mujeres que Acre podía ofrecer. Pusieron a punto y afilaron sus hojas, le limpiaron y repararon todo el equipo, que se sustituyó cuando fue necesario y se puso a punto concienzudamente.

Cuando se acercó el día para que Ezio se marchara, al-Scarab le regaló dos buenos caballos.

—Es un obsequio de mi tío. Se dedica a criarlos. Pero en mi oficio no sé muy bien qué hacer con ellos.

Eran monturas árabes, menudas y fuertes, con bridas de piel suave y una magnífica silla labrada, de categoría. Ezio continuó rechazando cualquier tipo de escolta, pero aceptó provisiones para el viaje, que le llevaría por tierra a través de lo que una vez, hacía mucho tiempo, había sido el Reino Cruzado de Jerusalén.

Y ahora había llegado la hora de partir. La última etapa de un largo viaje, y Ezio no tenía manera de saber si se completaría o no. Pero para él solo existía el viaje. Tenía que hacerlo.

—Ve con tu dios, Ezio.

—*Baraq Allah feeq*, amigo mío —respondió Ezio y le dio la mano al gran pirata.

—Nos volveremos a encontrar.

—Sí.

Ambos se preguntaron en sus corazones si sería cierto, pero las palabras les consolaban. No importaba. Se miraron a los ojos y supieron que, cada uno a su modo, formaban parte de la misma compañía.

Ezio montó el más grande de los dos caballos, el zaino, y giró la cabeza.

Sin mirar atrás salió de la ciudad, hacia el norte.



CAPÍTULO 9

Masyaf estaba a trescientos kilómetros de Acre, en línea recta. El terreno desértico, aparentemente amable, entre los dos puntos estaba muy lejos de serlo. La enorme ofensiva otomana, desde su centro original, había continuado sin cesar durante doscientos años y había culminado con la conquista de Constantinopla por parte del sultán Mehmed II en 1453, cuando este tenía veinte años. Aun así, los tentáculos turcos se extendían hacia el oeste, a Bulgaria y más allá; y al sur y al este, hacia Siria y lo que anteriormente había sido Tierra Santa. La franja costera oriental del mar Blanco, con sus puertos vitales y su acceso por agua al oeste, era una joya de la corona, pero allí la garra otomana era frágil. No eran quimeras las batallas a las que se tendría que enfrentar Ezio en su camino solitario al norte. Siguió la costa la mayor parte del trayecto, manteniendo el mar brillante a la izquierda, subió por los altos riscos y los destrozados matorrales que los remataban; viajaba al alba y al atardecer, se ocultaba cuatro horas cuando el sol estaba en su punto más álgido y volvía a descansar cuatro horas por la noche, bajo las estrellas.

Viajar solo tenía sus ventajas. Podía pasar desapercibido más fácilmente que si hubiera llevado escolta, y su buena vista anticipaba lo suficiente los peligros tanto para eludirlos como para esperar a que hubieran pasado. Aquel era un país de bandidos, donde vagaban grupos de mercenarios ociosos, mal disciplinados, que se mataban entre ellos y a los viajeros para ver qué podían conseguir, sobreviviendo, en opinión de Ezio, tan solo porque sí, en un paisaje que todavía no se había recuperado tras siglos de guerra. Los hombres se volvían salvajes, ya no pensaban, no tenían esperanza ni sentimientos; eran hombres que habían perdido cualquier sentido de la conciencia. Despiadados y temerarios, y tan crueles como implacables.

Había peleas cuando no podían evitarse y eran todas inútiles, tan solo servían para dejar unos cuantos muertos más a los buitres y los cuervos, las únicas criaturas que realmente proliferaban en aquella tierra baldía, olvidada de Dios. En una ocasión, Ezio salvó de unos maleantes a una aldea asustada, y en otra, a una mujer de la tortura, la violación y la muerte. Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Y qué sería de ellos cuando se marchara? No era Dios, no podía estar en todas partes y parecía que aquí, por donde Cristo un día había caminado, Dios no cuidaba de los suyos.

Cuanto más al norte cabalgaba Ezio, mayor era el peso que sentía en el corazón. Tan solo la pasión de la búsqueda le mantenía en el camino. Ató broza a la cola de sus caballos para borrar sus huellas al pasar, y por la noche, esparcía ramas de espino sobre las que descansar para no dormirse del todo. Esa eterna vigilancia no era solo el precio de la libertad, sino el de la supervivencia. Aunque el paso del tiempo le había robado parte de su fuerza, la compensaba con experiencia, y nunca había desdeñado el fruto del entrenamiento que le habían inculcado Paola y Mario hacía tanto tiempo en Florencia y Monteriggioni. Aunque a veces Ezio sentía que no podía continuar, que no continuaría, continuaba.

Trescientos kilómetros en línea recta. Pero era un invierno duro y había muchos rodeos y retrasos en el camino.

El Año de Nuestro Señor 1511 ya había comenzado y llegó la festividad de San Hilario otra vez, cuando Ezio vio las montañas alzándose ante él.

Inspiró hondo el aire frío.

Masyaf estaba cerca.

Tres semanas más tarde, Ezio divisó su objetivo. Ahora iba a pie, puesto que los dos caballos habían muerto en los puertos helados que había dejado a la espalda, y sobre su conciencia, pues habían sido unos compañeros más fieles e incondicionales que muchos hombres.

Un águila volaba alto en el cielo despejado.

Maltrecho por el viaje, Ezio apartó de ella la mirada, se irguió contra un muro bajo y áspero, y allí se quedó, inmóvil por un momento, examinando la escena con ojos penetrantes.

Había llegado a Masyaf tras doce fatigosos meses de trayecto. Un viaje largo, de caminos profundos y clima crudo.

Agachado ahora, por prudencia, y manteniendo la calma mientras por instinto comprobaba sus armas, Ezio siguió buscando cualquier señal de movimiento. Cualquiera.

No apareció ni un alma en las almenas. Los copos de nieve se retorcían en el viento cortante. Pero no había ni rastro de ningún hombre. El lugar parecía desierto. Tal y como esperaba, según lo que había leído. Pero la vida le había enseñado que siempre era mejor asegurarse. Permaneció quieto.

No se oía nada, salvo el viento. Entonces… hubo algo. ¿Un roce? A la izquierda, delante de él, un puñado de piedrecitas bajó la pendiente pelada. Se puso tenso y se levantó un poco, con la cabeza alzada entre los hombros agachados. Entonces apareció una flecha de no se sabe dónde, atravesó la armadura y le dio en el hombro derecho.



CAPÍTULO 10

El amanecer era frío y gris. En su quietud, Ezio ahuyentó los recuerdos y se concentró en el presente al oír las pisadas de los guardias sobre las losas, acercándose a su celda. Aquel era el momento.

Fingiría estar débil, lo cual no era nada difícil de lograr. Tenía más sed de la que había tenido en mucho tiempo, y estaba hambriento, pero el vaso y la comida permanecían intactos sobre la mesa. Se tumbó en el suelo boca abajo, con la capucha sobre el rostro.

Oyó que abrían la puerta de su celda y los hombres entraron. Le cogieron por debajo de los hombros y le medio incorporaron para sacarle a rastras al pasillo de piedra gris que había fuera. Con la vista clavada en el suelo mientras le transportaban, Ezio vio una marca en una piedra más oscura, el gran símbolo de los Asesinos, su insignia desde tiempos inmemoriales.

El pasillo daba a un espacio más amplio, una especie de sala, abierta a un lado. Ezio notó el penetrante aire fresco en su rostro, que le reanimó. Alzó la cabeza un poco y vio en lo alto unas aberturas, delimitadas por

estrechas columnas, y al otro lado una vista panorámica de las implacables montañas. Seguían en lo alto de la torre.

Los guardias le pusieron de pie y él se los quitó de encima. Se apartaron un poco, con las alabardas preparadas, apuntándole. De cara a Ezio, con la espalda al vacío, estaba el capitán del día anterior. Sostenía una soga en la mano.

—Eres un hombre tenaz —dijo el capitán— al venir desde tan lejos para echar un vistazo al castillo de Altaïr. Demuestra que tienes corazón.

Le hizo unas señas a sus hombres para que retrocedieran más y dejaron a Ezio solo. Después prosiguió:

—Pero ahora eres un perro viejo. Mejor dejar de ser un misterio que verte gimotear hasta un triste final.

Ezio se dio un poco la vuelta para dirigirse directamente al hombre. Aquel minúsculo movimiento, advirtió para su satisfacción, bastó para que se estremecieran los alabarderos, que sujetaban sus armas contra él.

—¿Una última palabra antes de que te mate? —preguntó Ezio.

El capitán estaba hecho de una pasta más dura que sus hombres. Se mantuvo firme y se echó a reír.

—Me pregunto cuánto tardarán las auras en limpiar tus huesos cuando tu cuerpo cuelgue de esos parapetos.

—Hay un águila por ahí arriba que mantendrá alejadas a las auras.

—Eso te irá muy bien. Acércate ¿o temes morir? No querrás que te lleven a rastras a la muerte, ¿verdad?

Ezio avanzó despacio, con todos los sentidos alerta.

—Muy bien —dijo el capitán y Ezio notó cierta relajación de inmediato.

¿De verdad creía aquel hombre que iba a rendirse? ¿Tan vanidoso era? ¿Tan estúpido? En cualquier caso, mucho mejor. Pero tal vez, después de todo, ese hombre desagradable, que olía a sudor y a carne cocida, tenía razón. La muerte tenía que llegar en algún momento.

Más allá de la amplia ventana, entre las columnas, una estrecha plataforma sobresalía en el vacío, tendría unos tres metros de largo y uno de ancho, construida con seis tablones rugosos. Parecía antigua e insegura. El capitán hizo una reverencia como un gesto irónico de invitación. Ezio volvió a avanzar, mientras esperaba su momento, pero al mismo tiempo

preguntándose si llegaría. Los tablones crujieron de forma alarmante bajo su peso y el aire se enfrió a su alrededor. Miró hacia el cielo y las montañas. Entonces vio el águila volando, quince o treinta metros más abajo, con sus alas blancas extendidas, y de algún modo le dio esperanza.

Luego sucedió algo más.

Ezio advirtió otra plataforma similar, que sobresalía de la torre a la misma altura, a unos cuatro metros a su derecha. Y, sobre ella, solo, avanzando sin temor, estaba ahora el joven con capucha, vestido de blanco, que había visto en la batalla. Mientras Ezio observaba, se le cortó la respiración; el hombre parecía estar volviéndose hacia él y comenzaba a hacerle señas…

Y entonces, de nuevo, la visión se desvaneció, y no le acompañó nada más que el viento y ráfagas esporádicas de nieve. Hasta el águila se había esfumado.

El capitán se acercó con la soga en la mano. Ezio notó fugazmente que la cuerda estaba muy floja y arrastraba por detrás.

—Yo no veo ningún águila —dijo el capitán—. Apuesto a que las auras no tardarán más de tres días.

—Ya te avisaré —contestó Ezio, sin alterarse.

Había aparecido un puñado de guardias detrás del capitán, pero fue el mismo capitán, que estaba detrás de Ezio, muy cerca, quien le bajó la capucha, deslizó la soga por la cabeza y la tensó alrededor de su cuello.

—¡Ahora! —exclamó el capitán.

—¡Ahora!

En el instante en que sintió las manos del capitán sobre sus hombros, dispuesto a empujarle al olvido, Ezio levantó su brazo derecho, lo dobló, y llevó el codo hacia atrás, de forma violenta. Cuando el capitán cayó de espaldas con un grito y tropezó con sus compañeros, Ezio cogió la cuerda restante, que aún estaba sobre el entablado, esquivó a los tres hombres, se dio la vuelta y colocó la soga alrededor del cuello del capitán, que se movía a trompicones. Luego saltó de la plataforma al vacío.

El capitán había intentado retroceder, pero era demasiado tarde. Cayó a los tablones por el impacto del peso de Ezio. Las tablas se zarandearon cuando las golpeó con la cabeza. La cuerda se tensó y prácticamente rompió

el cuello del capitán, que se puso azul y se llevó las manos al cuello, al tiempo que pataleaba y forcejeaba contra la muerte.

Dijo todas las palabrotas que sabía, los guardias desenvainaron sus espadas y avanzaron rápido para cortar la cuerda y liberar a su oficial. Cuando lo consiguieran, el maldito Ezio Auditore habría caído en picado en las rocas, a ciento cincuenta metros, y mientras estuviera muerto, ¿qué importaba cómo hubiera sido?

En el extremo de la cuerda, girando en el espacio, Ezio tenía ambas manos entre la soga y el cuello, y se esforzaba por evitar que le cortara la tráquea. Examinó la escena que tenía debajo. Colgaba cerca de los muros. Tenía que haber algo a lo que aferrarse para detener su caída. Pero si no lo había, aquella era mejor manera de toparse con la muerte que no de un modo sumiso.

Arriba, sobre la plataforma que se balanceaba peligrosamente, los guardias por fin lograron romper la cuerda, que para entonces ya estaba dejando el cuello del capitán sin sangre. Y Ezio se halló cayendo, cayendo…

Pero en cuanto notó que la cuerda se soltaba, balanceó el cuerpo para acercarse a los muros del castillo. Masyaf estaba construido para los Asesinos por Asesinos. No le abandonaría. Había visto un trozo de andamiaje roto que sobresalía de la pared quince metros más abajo. Condujo su cuerpo hacia allí mientras caía en picado. Se agarró e hizo un gesto de dolor, pues el brazo por poco se le salió del sitio. Pero el andamiaje estaba sujeto, él se enganchó y, apretando los dientes por el esfuerzo, se subió hasta que pudo aferrarse con ambas manos.

Pero aún no había terminado. Los guardias se asomaron a ver qué había pasado y comenzaron a coger cualquier cosa que pudieran lanzar para sacarlo de allí. Le llovieron encima rocas, piedras y pedazos irregulares de madera rota. Ezio miró a su alrededor, desesperadamente. A su izquierda, una escarpa subía por el muro, tal vez a unos seis metros de donde estaba ahora. Si podía balancearse desde el andamiaje y conseguir suficiente impulso para cubrir esa distancia, existía una remota posibilidad de que pudiera bajar rodando por la escarpa. Al pie, vio la parte superior de un acantilado, del que salía un puente de piedra desmoronado, que se extendía

sobre un abismo, hasta llegar a un sendero estrecho que recorría el lateral de la montaña de enfrente.

Agachado bajo la lluvia de escombros que caía de arriba, Ezio comenzó a balancearse atrás y adelante. Sus manos resbalaban por la madera del andamiaje, lisa como el hielo, pero se aferró y pronto consiguió el impulso. El momento llegó cuando sintió que ya no podía sujetarse más y tuvo que arriesgarse. Reunió toda su energía en un último balanceo hacia atrás y se lanzó al espacio cuando su cuerpo se movió hacia delante, con las piernas y los brazos abiertos en el aire para volar hacia la escarpa.

Aterrizó pesadamente, mal, y quedó sin aliento. Antes de que le diera tiempo a recuperar el equilibrio, cayó por la pendiente y rebotó en el suelo lleno de baches, pero poco a poco fue capaz de guiar su cuerpo maltrecho en dirección al puente. Sabía que era vital, puesto que si no acababa en el punto exacto, caería por el precipicio, y sabía Dios el vacío que había ahí abajo. Iba demasiado rápido, pero no controlaba la velocidad. De algún modo, mantuvo la calma y por fin se detuvo a tres metros del puente tembloroso.

De repente se preguntó cuántos años tendría aquel puente. Era estrecho, de un solo tramo, y mucho, mucho más abajo oyó el agua rompiendo, furiosa, en las rocas, invisible en las profundidades del negro abismo. El impacto de su peso encima había sacudido el puente. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie lo cruzaba? La mampostería ya se estaba desmoronando, debilitada por el paso del tiempo, y la argamasa estaba echada a perder. Al ponerse de pie, vio horrorizado que se abría una grieta a un metro y medio de él. La grieta pronto se ensanchó y la mampostería de cada lado comenzó a caer de forma vertiginosa hacia el oscuro abismo.

Mientras observaba, Ezio tuvo la sensación de que el tiempo se ralentizaba. Ahora ya no había vuelta atrás. Enseguida se dio cuenta de lo que iba a suceder. Se dio la vuelta y empezó a correr, pidiendo a cada músculo de su cuerpo cansado un último esfuerzo. Corría al otro extremo del puente cuya estructura se rompía, desplomándose detrás de él. Le faltaban veinte metros, diez… Podía sentir cómo la mampostería caía en picado mientras sus talones la abandonaban. Y por fin, con el pecho casi partido por el esfuerzo de respirar, quedó derecho, apoyado en la roca gris

de la ladera de la montaña, con la mejilla haciendo presión, los pies seguros en el estrecho sendero, incapaz de pensar ni de hacer nada más, escuchando los sonidos de las piedras del puente al caer al torrente de abajo, escuchando el sonido bajando y bajando, hasta que no se oyó nada salvo el viento.



CAPÍTULO 11

Poco a poco, la respiración de Ezio se fue calmando y estabilizando, y el dolor en los músculos, olvidado durante la crisis, regresó. Pero había mucho que hacer antes de darle a su cuerpo el descanso que necesitaba. Tenía que alimentarlo. No había comido ni bebido nada desde hacía casi veinticuatro horas.

Se vendó las manos arañadas lo mejor que pudo con un pañuelo que sacó de su túnica para partirlo en dos. Ahuecó la palma para recoger el hilo de agua que salía de la roca contra la cual colocó la mejilla. En parte saciado, se apartó de la superficie en la que se había apoyado y se examinó. No tenía ningún hueso roto, un ligero esguince en el costado izquierdo, donde le habían herido, pero nada más, nada grave.

Contempló la escena. Aparentemente nadie había salido en su busca, pero habrían visto cómo había bajado por la escarpa y cómo había cruzado corriendo el puente que se derrumbaba. Tal vez no habían advertido que lo había logrado. Tal vez se habían limitado a suponer que no lo había conseguido. Pero no podía descartar la posibilidad de que hubieran enviado grupos de búsqueda, aunque solo fuera para recuperar su cadáver. Los

Templarios querrían asegurarse de que el Mentor de sus archienemigos estaba muerto de verdad.

Miró la ladera de la montaña junto a él. Era mejor trepar que seguir el sendero. No sabía adónde llevaba y era demasiado estrecho para maniobrar si tenía que luchar. Parecía que se podía escalar. Por lo menos podría llegar hasta la nieve y saciar de verdad su sed. Se sacudió con un gruñido, y emprendió la marcha.

Se alegró de ir vestido con colores oscuros, así no tenía que esforzarse en pasar desapercibido por la pared rocosa que estaba subiendo. Al principio fue fácil encontrar lugares donde asirse con manos y pies, aunque a veces tenía que estirarse mucho, a veces los músculos gritaban en señal de protesta, y en una ocasión un fragmento de roca le cayó en la mano y casi le hace descender los treinta metros que ya había trepado. Lo peor —y lo mejor— era la fina pero constante corriente de agua que caía sobre él desde arriba. Peor, porque las rocas mojadas eran resbaladizas; mejor, porque una cascada significaba que había un riachuelo o, al menos, un arroyo ahí arriba.

Pero media hora de escalada le llevó a la cima de lo que no resultó ser una montaña sino un risco, puesto que el terreno al que por fin subió era llano y estaba cubierto de matojos de hierba. Un prado alpino árido, limitado en dos lados por más paredes de roca negra y gris, pero abierto al oeste, hasta donde alcanzaba la vista de Ezio. Un desfiladero, si no fuera porque, detrás de él, no conducía a ninguna parte. Tal vez antes, hacía mucho tiempo, sí. Un antiguo terremoto podía haber provocado los precipicios que acababa de escalar, y el barranco al que había caído el puente.

Ezio se acercó corriendo al pequeño valle para reconocer el terreno. Donde había puertos, donde había agua, también podía haber personas. Esperó, casi sin moverse, otra media hora antes de aventurarse más allá y sacudió los músculos para calentarlos, porque habían empezado a agarrotarse tras un largo periodo de inmovilidad. Estaba empapado, estaba cogiendo frío. No podía estar mucho más tiempo ahí fuera. Había conseguido escapar de los Templarios, pero su esfuerzo no serviría de nada si se convertía en víctima de la Naturaleza.

Se acercó más al riachuelo, que localizó por el sonido del agua. Se agachó junto a la orilla y bebió todo lo que fue capaz sin saciarse. Lo siguió. Unos cuantos arbustos leñosos comenzaron a aparecer en la orilla y no tardó en llegar a un bosquecillo junto a una charca. Allí hizo una pausa. Sería un milagro si hubiera algún ser vivo allí arriba, tan lejos de la aldea amparada por el castillo de Masyaf; no habría ningún animal que pudiera cazar para comérselo; pero si había una charca, también cabía la mínima posibilidad de que hubiera peces.

Se arrodilló y echó un vistazo a las profundidades del agua oscura. Quieto como una garza pescando, se obligó a tener paciencia. Y entonces, por fin, vio una onda, una muy débil, que desapareció en cuanto alteró la superficie del agua, pero bastó para demostrarle que allí había algo vivo. Siguió vigilando. Unas pequeñas moscas volaban bajo sobre la charca. Algunas le acosaron, atraídas por el calor de su cuerpo. No se atrevió a espantarlas, sino que soportó sus cosquillas y sus diminutos y despiadados mordiscos.

Entonces lo vio. Se trataba de un cuerpo grande y gordo, del color de un cadáver, que se movía lentamente a diez centímetros bajo la superficie. Mejor de lo que había esperado. Parecía una carpa, quizás, o algo similar. Mientras observaba, otro, mucho más oscuro, le acompañó, y luego un tercero con las escamas doradas y cobrizas.

Ezio esperó a que hicieran lo que esperaba que hicieran: sacar el morro a la superficie para coger aire. Aquel sería el momento. Concentrado al máximo, tensó el cuerpo y preparó las manos.

El pez oscuro se movió y unas burbujas surgieron al aparecer una boca gruesa.

Ezio saltó.

Y retrocedió, eufórico, mientras el pez enorme se retorcía en su puño, incapaz de salir. Lo dejó en el suelo a su lado y lo despachó con una piedra.

No había manera de cocinarlo. Tendría que comérselo crudo. Pero entonces volvió a mirar la piedra que había usado para matarlo y recordó la esquirla que se había descascarillado en su mano durante la escalada. ¡Pedernal! Con suerte, podría encender un fuego para secarse la ropa y también poder cocinar. El pescado crudo no le molestaba; además, había

leído que en algún país inimaginable, muy al este, había gente que lo consideraba un manjar. Pero la ropa mojada era otra cosa. En cuanto al fuego, se arriesgaría. Por lo que había visto, probablemente era el único ser humano que aparecía por aquel valle en mil años y sus elevadísimas laderas impedían que se viera desde la distancia.

Recogió un poco de maleza del bosquecillo y después de intentarlo un par de veces, consiguió crear un diminuto resplandor rojo en un puñado de hierba. Con cuidado, lo colocó bajo unas ramitas y se quemó cuando las llamas ardieron de inmediato. Ardía bien, no despedía mucho humo, este era fino y ligero, y enseguida se disipaba por la brisa.

Por primera vez desde que había divisado Masyaf, Ezio sonrió.

A pesar del frío y para ahorrar tiempo, se quitó la ropa para secarla junto al fuego sobre un rudimentario armazón de broza mientras el pescado se cocía en un sencillo asador. En menos de una hora, el fuego se había apagado y sus restos se dispersaron. Notó un calorcillo en el estómago y, poco después, pudo ponerse las prendas que, aunque no estaban recién lavadas, sí calientes y suficientemente secas como para sentirse cómodo. Ya terminarían de secarse cuando las llevara puestas. En cuanto al cansancio, tendría que aguantarse. Había resistido el deseo de dormir junto al fuego y la charca, y fue una lucha tan dura como cualquiera de las que había vivido en el camino, pero ahora se consideraba recompensado al sentir renovadas fuerzas.

Se sentía capaz de regresar al castillo. Necesitaba su equipo y tenía que desentrañar los secretos de aquel lugar para que su búsqueda tuviera algún significado.

Conforme volvía sobre sus pasos, advirtió, poco después de llegar al precipicio que había escalado, que en la cara sur del valle había otro sendero que llevaba hacia arriba, por la cara rocosa de la montaña. ¿Quién había abierto aquellos senderos? ¿Los hombres, en el principio de los tiempos? Ezio no podía detenerse a reflexionar sobre aquello, pero agradeció que estuviera allí. Subía abruptamente hacia el este, en dirección a Masyaf. Ezio comenzó a avanzar.

Después de ascender unos ciento cincuenta metros, el sendero terminaba en un estrecho promontorio, donde unos cimientos testimoniaban

la presencia hacía mucho tiempo de una atalaya, desde la que los guardias habrían podido examinar los alrededores para avisar al castillo con antelación de cualquier ejército o caravana que se acercara. Miró al este y hacia abajo. Tras él se extendía el gran complejo de Masyaf, con sus muros elevados y sus torres con cúpula. Ezio se concentró mucho y su vista, tan buena como la de un águila, empezó a distinguir los detalles que le ayudarían a regresar.

Mucho más abajo, vio un puente de cuerda que cruzaba el mismo abismo por el que antes se extendía el de piedra que había atravesado corriendo. Por lo que veía desde donde estaba, no había otro modo de acceder al castillo, pero al otro lado del puente, el camino estaba relativamente despejado. Bajar al puente por aquel lado era otra cuestión. Una pura cascada de roca negra, suficiente para intimidar a la cabra montesa con las patas más firmes. Y se veía perfectamente desde el puesto de vigilancia del castillo que daba al puente.

Ezio miró al sol. Acababa de pasar el cenit. Calculó que tardaría cuatro o cinco horas en llegar al castillo. Tenía que estar dentro antes de que cayera la noche.

Bajó con dificultad del promontorio y comenzó a descender, tomándoselo con calma, con cuidado de no desplazar el revoltijo de rocas sueltas para que no cayeran por la ladera de la montaña y alertaran a los Templarios que vigilaban el puente. Era un trabajo delicado, pero el sol se pondría a su espalda y por lo tanto daría en los ojos a los vigilantes de abajo; Ezio dio gracias por contar con esa protección. Llegaría abajo antes del ocaso.

Por fin llegó a un gran peñasco que le ofrecía seguridad y un escondite a nivel del suelo, a unos cincuenta metros del lado oeste del puente. Hacía más frío que antes y se había levantado viento. El puente —de cuerda negra, alquitranada, con listones estrechos de madera para pasar— se balanceaba y vibraba. Mientras Ezio vigilaba, dos guardias salieron del puesto y caminaron un poco de un lado a otro, pero no se aventuraron a cruzar el puente. Iban armados con ballestas y espadas.

La luz era tenue, apagada, costaba calcular las distancias. Pero para Ezio era una ventaja que hubiera menos luz, porque así no destacaba tanto

del entorno. Como una sombra, agachado, se acercó al puente, pero en cuanto lo pisara estaría desprotegido, e iba desarmado.

Se detuvo otra vez a unos tres metros para observar a los guardias. Parecían helados y aburridos, advirtió Ezio para su satisfacción. No estarían atentos. Nada más había cambiado, excepto la lámpara que había encendido alguien dentro del puesto, por lo que supo que eran más de dos.

Necesitaba algún tipo de arma. Durante el descenso y la aproximación final estaba demasiado preocupado por no alejarse de su posición como para buscar algo, pero no había olvidado que la pared de la montaña era pedernal y que tenía muchísimos fragmentos a sus pies. Brillaban negros bajo la luz mortecina. Escogió uno, un trozo con forma de hoja de unos treinta centímetros de largo y cuatro de ancho. Lo cogió y, al hacerlo, fue demasiado rápido y otras piedras sonaron al chocar entre sí. Se quedó paralizado. Pero no hubo reacción. El puente estaba a treinta metros. Podía estar a medio camino antes de que los guardias advirtieran su presencia. Pero tenía que moverse ya. Se preparó, se levantó y se lanzó hacia delante.

Las cosas se complicaron en cuanto pisó el puente. Se balanceaba y crujía de forma alarmante a causa del viento despiadado. Tuvo que agarrarse a las cuerdas guía para mantener el equilibrio. Todo aquello significaba tiempo perdido. Y los guardias le habían visto. Le desafiaban a gritos, lo cual le dio uno o dos segundos, pero al verle avanzar, descolgaron sus arcos, colocaron las flechas y dispararon. Mientras lo hacían, cinco guardias más, con los arcos ya preparados, salieron corriendo del puesto.

La mala luz afectó a su puntería, pero pasaron bastante cerca de Ezio, que tuvo que agacharse y esquivarlas. En algún punto en medio del puente, un viejo tablón se partió y le atrapó el pie, pero logró soltarlo antes de que la pierna se le hundiera en el hueco; en tal caso, habría estado perdido. También tuvo suerte de evitar más de un proyectil que le pasó rozando el cuello y le atravesó la capucha. Notó el calor en la piel.

Ya habían dejado de disparar y estaban haciendo otra cosa. Ezio se esforzó en ver de qué se trataba.

¡Tornos!

Había mucha cuerda suelta en los tornos y se estaban preparando para soltarla, y dejar que girara como un trompo en cuanto soltaran los tornos y

los dejaran rotar libremente. Después de arrojarle por el abismo, volverían a levantar el puente.

«*Merda* —pensó Ezio, corriendo a trompicones—. ¡Dos veces en un día!».

Aún le quedaban cinco metros. Se lanzó al aire cuando el puente cayó bajo sus pies, saltó hacia delante y aterrizó sobre un guardia, que tumbó a otro. Clavó la hoja de pedernal en el cuello del hombre y trató de volver a sacarla rápidamente, pero se partió allí mismo; debía de habérsele enganchado en el hueso. Se puso de pie, se dio la vuelta, tiró bruscamente hacia sí al segundo guardia, que no se había recuperado todavía, y enseguida desenvainó la espada del hombre para clavársela.

Los otros tres abandonaron sus arcos, sacaron las espadas y lo rodearon para dejarle de espaldas al precipicio. Ezio pensó deprisa. No había visto más hombres por allí, nadie había dado la alarma. Tenía que acabar con aquellos tres allí mismo y luego meterse en el castillo antes de que descubrieran algo. Pero aquellos hombres eran grandes y no habían estado de guardia; estaban frescos y descansados.

Ezio alzó la espada en su mano y miró una cara tras otra. Pero ¿qué vio en sus ojos? ¿Miedo? ¿Era miedo?

—¡Perro Asesino! —soltó uno de ellos por una boca que temblaba—. ¡Debes de estar aliado con el Diablo!

—Si el Diablo existe, está con vosotros —gruñó Ezio y se lanzó hacia delante, pues sabía que podía aprovecharse del miedo que tenía su oponente a que él estuviera lleno de una fuerza sobrenatural. *Se solo!*

Se acercaron y le insultaron a viva voz, tanto que Ezio tuvo que darse prisa en liquidarlos, en silenciarlos. Sus estocadas eran salvajes y nerviosas, por lo que terminó pronto el trabajo. Arrastró los cuerpos hasta el puesto de vigilancia, pero no había tiempo de volver a levantar el puente; además, un hombre solo era imposible que lo lograra. Por un momento, consideró cambiarse la ropa con uno de los guardias, pero habría malgastado un tiempo precioso y la creciente oscuridad estaba de su parte.

Ezio comenzó a subir el camino que llevaba al castillo y agradeció las sombras que habían empezado a acumularse en sus laterales. Alcanzó la base de sus muros en un lado oculto, sin problemas. El sol se había puesto,

tan solo se veía un resplandor rojo detrás de las montañas y los riscos distantes, al oeste. Hacía frío y el viento era insistente. Como el castillo era antiguo, tenía la piedra erosionada y disponía de suficientes lugares donde asirse con pies y manos para un escalador que sabía lo que estaba haciendo. Ezio, con el plano de la fortaleza que había estudiado en Roma en mente, recurrió a las últimas reservas de energía y comenzó el ascenso. Unos treinta metros, calculó, y estaría en el santuario externo. Sabía que después de aquello, estaban las puertas que conectaban con las fortificaciones interiores, las torres y el torreón.

La subida era más difícil de lo que había pensado. Le dolían los brazos y las piernas, y deseó tener algún tipo de instrumento para sujetarse mejor, algo que se agarrara a los asideros inexorablemente, y aumentara la fuerza de sus manos. Pero se obligó a seguir subiendo y mientras desaparecían los últimos rescoldos de la puesta de sol tras las murallas negras de la montaña, dando paso a las primeras estrellas pálidas, Ezio se lanzó a una pasarela colocada unos cuantos metros por debajo de las almenas del muro exterior. A ambos lados, a unos cincuenta metros, se hallaban las atalayas, pero los guardias que había allí miraban hacia abajo. Había un alboroto, que apenas oía, procedente del puesto de vigilancia junto al puente.

Alzó la vista hacia la torre del homenaje. Habrían guardado su equipo —sus valiosas alforjas con las armas— en la segura bodega que había debajo.

Bajó de la pasarela al suelo, siempre manteniéndose en las sombras. Torció a la izquierda, hacia donde sabía que estaba la puerta por donde accedería al torreón.



CAPÍTULO 12

Caminando tan sigiloso como un puma y buscando siempre la ruta más oscura, Ezio llegó a su meta sin más confrontaciones. Menos mal, porque lo último que quería era otra pelea ruidosa. Si le encontraban de nuevo, no le dejarían quedarse mucho tiempo, ni le darían la más mínima oportunidad de escapar; lo matarían allí mismo, lo ensartarían como a una rata. No había muchos guardias, los que había visto en las almenas. Debían de estar todos fuera, buscándolo bajo la inestable luz pálida que ofrecía la multitud de estrellas. Y la melé en el puesto de vigilancia les habría hecho redoblar los esfuerzos, pues aquello probaba sin lugar a dudas que no estaba muerto.

Había dos guardias templarios más viejos, sentados a una mesa de madera rugosa, cerca de la entrada a la bodega. Sobre la mesa había una jarra de peltre grande, llena de lo que parecía ser vino tinto, y dos vasos de madera. Los dos guardias tenían la cabeza y los brazos en la mesa. Estaban roncando. Ezio se acercó con extrema precaución, al ver las llaves colgando en el costado de uno de los hombres.

No había olvidado las habilidades de carterista que la Asesina *madame* Paola le había enseñado cuando era joven, en Florencia. Con mucho

cuidado para evitar que las llaves hicieran ruido —pues el más mínimo sonido despertaría a los hombres y podría significar su muerte—, levantó el aro y con la otra mano, torpemente, desató la correa de cuero que estaba sujeta al cinturón del guardia. En algún punto, el nudo suelto se enganchó, y al esforzarse por soltarlo, tiró demasiado fuerte y el hombre se despertó. Ezio se convirtió en una estatua, observando, vigilante, con ambas manos enlazadas, e incapaz de realizar ningún movimiento para coger alguna de las armas del guardia. Pero el hombre tan solo resopló, continuó durmiendo y arrugó la frente, incómodo, tal vez por algún sueño.

Por fin el llavero estaba en manos de Ezio, y este recorrió a hurtadillas el pasillo iluminado por la luz de las antorchas, más allá de los guardias, al tiempo que miraba las pesadas puertas de madera, acorazadas, que había a cada lado.

Tenía que ir rápido, pero tardaría en comprobar qué llave del gran aro de acero abría cada cerradura, y a su vez tenía que asegurarse de que las llaves no hacían ningún ruido mientras las manipulaba. En la quinta puerta tuvo suerte. Dio con un auténtico arsenal: había armas de varios tipos bien amontonadas en estanterías de madera que recorrían toda la pared.

Había cogido una antorcha de un arbotante junto a la puerta y gracias a la luz no tardó en encontrar sus bolsas. Un rápido inventario indicó que no le faltaba nada, ni siquiera, según veía, las habían tocado. Suspiró, aliviado, porque lo que menos deseaba era que los Templarios les pusieran las manos encima. Los Templarios tenían a varias mentes hábiles trabajando para ellos y habría sido un desastre si hubieran sido capaces de copiar las hojas ocultas.

Las examinó brevemente. Había viajado con lo que consideraba su equipo fundamental, y comprobó, después de revisarlo dos veces, que todo lo que había llevado consigo estaba en su sitio. Se colocó la cimitarra y la desenvainó para asegurarse de que la hoja aún estaba afilada, luego la metió en la funda, con un gesto firme. Se ató la muñequera al brazo izquierdo y en la muñeca, la cuchilla que no se había roto. La hoja rota y el arnés los guardó en la bolsa, no se los iba a dejar a los Templarios, ni siquiera en su estado actual; siempre cabía la posibilidad de que la repararan. Ese problema lo resolvería cuando llegara el momento. Metió la pistola con

resorte y las municiones en las bolsas, y se arriesgó a dedicar cierto tiempo a revisar que el paracaídas no se hubiera dañado. El paracaídas era nuevo, un invento de Leonardo que todavía no había utilizado. Pero las pruebas que había realizado habían demostrado con creces su potencial. Dobló bien la estructura, parecida a una tienda, y la guardó con el resto del equipo. Se echó las bolsas al hombro, ató bien la correa y volvió por donde había venido, pasando junto a los guardias que seguían durmiendo. Una vez fuera, comenzó a trepar.

Localizó una posición estratégica protegida en una torrecilla alta de la torre del homenaje. Había escogido el sitio porque daba al jardín trasero de Masyaf, bajo el que, si su investigación de los planos del castillo había sido correcta, los Templarios estarían concentrando todos sus esfuerzos para localizar la biblioteca del gran Mentor Asesino, Altaïr, quien había dirigido la Hermandad hacía tres siglos. Era la biblioteca legendaria de los Asesinos, y la fuente de toda su fuerza y conocimiento, si es que la carta de su padre era fiable.

Ezio ya no tenía ninguna duda de que tal hallazgo explicaría la presencia de los Templarios en aquel lugar.

En el borde de la torrecilla del muro exterior, que daba al jardín, se hallaba la gran estatua de piedra de un águila, con las alas plegadas, pero tan real que parecía estar a punto de echarse a volar y abatirse sobre alguna presa desprevenida. Examinó la estatua. A pesar de su peso, se balanceó un poco cuando ejerció presión sobre ella.

Perfecto.

Ezio se colocó junto a la estatua y se dispuso a pasar en calma el resto de la noche, a sabiendas de que nada sucedería antes del amanecer. Si no aprovechaba aquella oportunidad para descansar, no sería capaz de actuar con eficacia cuando llegara el momento. Puede que los Templarios le hubieran tomado por una especie de semidemonio, pero él sabía demasiado bien que era tan solo un hombre, como cualquier otro.

Pero antes de ponerse a descansar, le asaltó una duda repentina y echó un vistazo al jardín inferior. No había rastro de excavaciones. ¿Acaso se había equivocado?

Recurrió a las lecciones que había aprendido y a la fuerza que había desarrollado en el entrenamiento. Concentró la vista para adquirir el poder de un águila y examinó minuciosamente el terreno que tenía debajo. Se concentró mucho, y por fin fue capaz de distinguir un pálido resplandor que emanaba de una parte del mosaico del suelo, de una glorieta, antes ornamental y ahora cubierta de maleza. Satisfecho, sonrió y se relajó. El mosaico representaba la imagen de la diosa Minerva.

El sol apenas había rozado las almenas al este cuando Ezio, como nuevo tras breves horas de sueño y alerta, agachado junto al águila de piedra, supo que el momento había llegado. También sabía que debía actuar rápido. Cada segundo que pasaba allí aumentaba el riesgo de que le descubrieran. Los Templarios no habrían perdido la esperanza de atraparlo y le atacarían con odio. Su huida, cuando le tenían en las garras de la muerte, les había dejado sedientos de venganza.

Ezio calculó las distancias y los ángulos y, cuando quedó satisfecho, colocó la bota en el águila de piedra y empujó la estatua con fuerza. Se balanceó en su pedestal y luego cayó sobre el parapeto, dando volteretas hacia el suelo de mosaico de abajo. Ezio la observó apenas un segundo para verificar su curso antes de lanzarse al aire detrás de ella con un Salto de Fe. Hacía tiempo que no llevaba uno a cabo y sintió de nuevo la antigua euforia. Cayeron hacia abajo, primero el águila y luego Ezio en picado, en la misma trayectoria, cinco metros por encima. Hacia lo que parecía un suelo muy sólido.

Ezio no tuvo tiempo de rezar para no haber cometido un error. Si lo hacía, el tiempo para rezar —para todo— pronto se acabaría.

El águila aterrizó antes, en el centro del mosaico.

Por una fracción de segundo pareció como si el ave se hubiera roto en pedazos, pero era el mosaico el que se había roto y revelaba una gran abertura debajo, que se adentraba en la tierra, por la que el águila y Ezio cayeron. Enseguida se deslizó por una rampa, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al suelo. Primero cayó con los pies, guiándose con los brazos al tiempo que oía el estruendo del águila de piedra, recorriendo su camino delante de él, hasta que, con un fuerte plaf, cayó a un gran estanque subterráneo. Ezio la siguió.

Cuando salió a la superficie, vio que el estanque estaba en medio de una gran antecámara de algún tipo. Una antecámara porque su centro arquitectónico era una puerta. Una puerta verde oscuro, pulida por el paso del tiempo.

Ezio no estaba solo. Un grupo de cinco Templarios en el terraplén de granito del lago, cerca de la puerta, se había dado la vuelta al oír la estrepitosa intrusión, y le estaban esperando, gritando, con las espadas preparadas. Les acompañaba un hombre vestido con ropa de trabajo, con un delantal de lona polvoriento alrededor de la cintura y una bolsa de cuero para las herramientas en el cinturón. Un picapedrero, por su aspecto. Mientras observaba boquiabierto, sostenía en las manos un martillo y un cincel grande.

Ezio se dirigió al terraplén cuando los guardias templarios avanzaron apresuradamente para propinarle una lluvia de golpes, pero el Asesino los esquivó lo suficiente para ponerse de pie. Se preparó para enfrentarse a ellos.

Volvió a sentir su miedo y se aprovechó de su vacilación transitoria para atacar primero. Desenvainó su cimitarra firmemente, con la mano derecha, y sacó la hoja oculta debajo de su izquierda. Con dos golpes rápidos a izquierda y derecha, derribó a los dos hombres que se hallaban más cerca. Los demás le rodearon, fuera de su alcance, y se turnaban para dar repentinas estocadas, como víboras contundentes, que esperaban desorientarlo. Pero sus esfuerzos no estaban lo bastante coordinados. Ezio logró golpear con un hombro a uno de ellos y lo lanzó al estanque. Se hundió casi inmediatamente y las aguas oscuras cortaron su angustioso grito de ayuda. Ezio se dio la vuelta, todavía agachado, y arrojó a un cuarto hombre por encima de su espalda sobre el granito. Su casco salió volando y se le rompió el cráneo contra la piedra dura como el diamante, con un ruido parecido al de un disparo.

El quinto hombre superviviente, un cabo templario, espetó una orden desesperada al trabajador, pero este no hizo nada, estaba demasiado petrificado para moverse. Entonces, al ver que Ezio se volvía hacia él, el cabo retrocedió, con la boca babeando, hasta que la pared que tenía detrás detuvo su retirada. Ezio se acercó, con la mera intención de dejar

inconsciente al Templario. El cabo, que había estado esperando aquel momento, llevó una traicionera daga a la entrepierna de Ezio, pero este la esquivó y agarró al hombre por el hombro, cerca del cuello.

—Te iba a perdonar la vida, amigo, pero no me dejas otra opción. —Con un golpe rápido de la afilada cimitarra, Ezio le cortó la cabeza al hombre—. *Requiescat in Pace* —dijo en voz baja.

Y luego se volvió hacia el picapedrero.



CAPÍTULO 13

El hombre tenía aproximadamente la edad de Ezio, pero estaba entrado en carnes y no en muy buena forma. En aquel momento temblaba como un chopo gigantesco.

—¡No me matéis, señor! —suplicó el hombre, encogido de miedo—. No soy más que un trabajador. Tan solo un pobre don nadie, con una familia que cuidar.

—¿Tienes nombre?

—Adad, señor.

—¿Qué tipo de trabajo haces para esta gente?

Ezio se agachó para limpiar sus hojas en la túnica del cabo muerto y las guardó. Adad se relajó un poco. Seguía sujetando el cincel y el martillo, y Ezio no les había quitado el ojo de encima, pero el picapedrero parecía haber olvidado que los tenía en las manos.

—Cavar, sobre todo. Es un trabajo espantoso, señor. En todo un año solo he encontrado esta cámara. —Adad examinó el rostro de Ezio, pero si estaba buscando compasión, no la iba a encontrar. Tras unos instantes de

silencio, continuó—: Llevo los tres últimos meses intentando atravesar esta puerta.

Ezio se apartó del hombre y examinó la puerta.

—No has avanzado mucho —comentó.

—¡Ni siquiera he hecho una muesca! Esta piedra es más dura que el acero.

Ezio pasó una mano por la piedra lisa como el cristal. La seriedad de su expresión se agudizó.

—Dudo que alguna vez lo consigas. Esta puerta guarda objetos más valiosos que todo el oro del mundo.

Ahora que la amenaza de muerte había pasado, los ojos del hombre brillaron de forma involuntaria.

—¡Ah! ¿Os referís a piedras preciosas?

Ezio se lo quedó mirando con sorna. Después volvió su mirada a la puerta y la examinó detenidamente.

—Aquí hay ojos de cerradura. Cinco. ¿Dónde están las llaves?

—A mí no me cuentan casi nada. Pero sé que los Templarios encontraron una bajo el palacio del sultán otomano. En cuanto al resto, supongo que se lo dirá el librito que tienen.

Ezio le miró con acritud.

—¿En el palacio del sultán Bayezid? ¿Y qué libro es ese?

El mampostero se encogió de hombros.

—Un diario de algún tipo, creo. Ese capitán desagradable, el que tiene la cara llena de cicatrices, lo lleva consigo a todas partes.

Ezio entrecerró los ojos. Pensó rápido. Después, pareció relajarse y sacó una pequeña bolsa de lino de su túnica para tirársela a Adad. Tintineó cuando la cogió el hombre.

—Vete a casa —dijo Ezio—. Busca otro trabajo, con hombres honestos.

Adad parecía contento y, luego, dudoso.

—No sabéis cuánto me gustaría. Me encantaría dejar este lugar. Pero estos hombres me matarán si lo intento.

Ezio se volvió ligeramente y miró por la rampa detrás de él. Bajaba un fino rayo de luz.

Miró de nuevo al mampostero.

—Empaqueta tus herramientas —dijo—. Ahora no tienes nada que temer.



CAPÍTULO 14

Siguiendo las escaleras y los pasillos menos frecuentados del castillo, Ezio llegó a las altas almenas ocultas, con el aliento dibujado en el aire frío. Las rodeó hasta un lugar que daba a la aldea de Masyaf, bajo la sombra del castillo. Sabía que no podría abandonar la fortaleza por ninguna de las puertas sumamente vigiladas, pero tenía que localizar al capitán con cicatrices y la cabeza rapada. Supuso que el hombre estaría fuera, supervisando la búsqueda tras su huida. Los Templarios estarían dando una batida por el campo, lo que explicaba la relativa ausencia de hombres en los límites de la fortaleza. En cualquier caso, Ezio sabía que el siguiente paso de su misión se encontraba más allá de las murallas de Masyaf, pero antes tenía que abandonar el lugar.

En cuanto vio bien la aldea, advirtió que los guardias templarios iban de casa en casa, interrogando a los habitantes. Se aseguró de tener el sol a la espalda, evitando que le pudieran ver desde abajo. Desató las correas de sus bolsas y sacó el paracaídas para desplegarlo y prepararlo lo más rápido posible, con el cuidado que requería, puesto que su vida dependía de ello.

Había mucha distancia y el descenso era demasiado peligroso incluso para el más osado Salto de Fe.

El paracaídas tomó la forma de una tienda rectangular, o una pirámide, de seda fuerte, sujeta por unas riostras de fino acero. Ezio amarró las cuerdas de sus cuatro esquinas a un arnés de liberación rápida, que se enrolló al cuerpo; luego, hizo una pausa para evaluar el viento y tras asegurarse de que nadie abajo estaba mirando hacia arriba, se lanzó al vacío.

Habría sido una sensación excitante si hubiera dispuesto de tiempo para disfrutarla, pero se concentró en guiar el aparato, al tiempo que utilizaba las corrientes de convección y térmicas lo mejor que podía, imitando a un águila, para llegar a salvo a tierra, a unos doce metros del edificio más cercano. Guardó el paracaídas a toda prisa y entró en el pueblo.

Como era de esperar, los Templarios estaban ocupados hostigando a los aldeanos, zarandeándolos y golpeándolos sin piedad, si mostraban la más mínima señal de no responder con claridad y al instante. Ezio se mezcló entre la gente del pueblo para escuchar y observar.

Un anciano estaba pidiendo misericordia mientras un Templario bravo estaba ante su silueta encogida de miedo.

—¡Ayudadme, por favor! —suplicaba a cualquiera que le escuchara, pero nadie lo hacía.

—¡Habla, perro! —gritó el Templario—. ¿Dónde está?

En otra parte, dos matones pegaban a un hombre más joven, mientras él les imploraba que se detuvieran.

Otro gritaba: «¡Soy inocente!», mientras lo aporreaban en el suelo.

—¿Dónde se esconde? —gruñeron sus atacantes.

No solo a los hombres trataban con crueldad. Otros dos cobardes Templarios sujetaban a una mujer mientras un tercero le daba patadas sin clemencia, ahogando sus gritos, mientras ella se retorcía en el suelo, rogando lastimeramente que pararan.

—¡No sé nada! ¡Por favor, perdonadme!

—Tráenos al Asesino y no sufrirás más daño —dijo con desdén el torturador y acercó la cara a la suya—. De lo contrario…

Ezio observó, ansioso por ayudar, pero se obligó a seguir concentrado en buscar al capitán. Llegó a la puerta principal del pueblo justo a tiempo de ver el objeto de su búsqueda, montado en un carro tirado por caballos. El capitán tenía tanta prisa por marcharse que sacó al conductor de su asiento y lo tiró al suelo.

—¡Fuera de mi camino! —bramó—. *Fíye apó brostá mou!* —Agarró las riendas y miró con hostilidad a sus tropas—. Que ninguno de vosotros se vaya hasta que el Asesino esté muerto. ¿Me entendéis? ¡Encontradle!

Ezio advirtió que había hablado en griego. Antes había oído básicamente italiano y árabe. ¿Acaso el capitán era un bizantino a cargo de una cuadrilla de Templarios? ¿Un descendiente de los exiliados cuando Constantinopla fue conquistada por la espada del sultán Mehmed hacía sesenta y cinco años? Ezio sabía que los exiliados se habían establecido en el Peloponeso poco después, y que, tras la derrota que les infligieron allí los triunfantes otomanos, algunos sobrevivieron en Asia Menor y Oriente Próximo.

Avanzó, a la intemperie.

Los soldados le miraron, nerviosos.

—¡Señor! —dijo uno de los sargentos más atrevidos—. Al parecer nos ha encontrado.

Como respuesta, el capitán sacó la fusta del hueco junto al asiento del conductor y azotó a los caballos al tiempo que gritaba:

—¡Arre, arre!

Ezio, al ver aquello, echó a correr. Las tropas templarias trataron de impedírselo, pero desenvainó su cimitarra y les cortó el camino, impaciente. Se abalanzó hacia el carro que desaparecía con rapidez, no consiguió alcanzarlo, pero sí agarró una cuerda que colgaba de él. El carro frenó un instante y luego salió con fuerza hacia delante, arrastrando a Ezio consigo.

Con mucho esfuerzo, Ezio comenzó a subir por la cuerda hacia el carro, mientras oía detrás el ruido atronador de los cascos. Un par de soldados habían montado en sus caballos y le pisaban los talones, con las espadas levantadas, esforzándose por acercarse lo suficiente para matarlo. Mientras cabalgaban, gritaban advertencias al capitán, que fustigaba a sus caballos

para que galoparan a una velocidad vertiginosa. Entretanto, otro carro, más ligero, se había puesto a perseguirles y les estaba alcanzando con rapidez.

Chocando con el terreno lleno de baches, Ezio continuó subiendo por la cuerda. Estaba a medio metro de la puerta trasera del carro cuando dos jinetes detrás de él se acercaron. Agachó la cabeza, esperando un golpe, pero se precipitaron demasiado al concentrarse más en su presa que en los caballos. Sus montas chocaron a escasos centímetros de Ezio y cayeron en un caos de gritos de caballos, maldiciones de jinetes y polvo.

Ezio hizo un último gran esfuerzo con los brazos doloridos. Respirando con dificultad, colocó como pudo el último pie en el carro, al que se aferró por un instante, inmóvil, con la cabeza dándole vueltas, mientras recuperaba el aliento.

Entretanto, el segundo carro se había mantenido al lado del primero, y el capitán hacía señas desesperadamente a los hombres que lo llevaban para que lo acercaran más. En cuanto lo consiguieron, el capitán saltó de su carro al de ellos y sacó al conductor de su asiento. Con un grito sordo, el hombre cayó al suelo del vehículo que iba a toda velocidad y se dio un golpe atroz contra una roca y rebotó, antes de quedar inerte, con la cabeza retorcida en un ángulo antinatural.

El capitán recuperó el control de los caballos que se precipitaban y se marchó corriendo. Ezio, por su parte, se colocó enseguida en la parte delantera del carro en el que estaba y cogió las riendas. Los músculos de sus brazos protestaron mientras tiraba para estabilizar sus dos caballos, salpicados de espuma, con la mirada enloquecida, y la sangre acumulándose en los bocados. Pero aun así seguían al galope y Ezio continuó la persecución. Al ver aquello, el capitán se dirigió hacia una vieja puerta abierta en el camino, sostenida por unas columnas de ladrillo que se desmoronaban. Consiguió rozar una de ellas sin dificultar su avance y la columna cayó en un galimatías de mampostería, justo enfrente de Ezio. En aquel instante, Ezio tiró de las riendas para guiar a sus caballos hacia la derecha y el carro salió del camino y chocó con unos matorrales en el borde. Se esforzó por llevar a los caballos hacia la izquierda para volver al camino. Volaban por todas partes polvo y piedrecillas, que cortaban las

mejillas de Ezio y le obligaban a entornar los ojos para protegerlos y seguir concentrado en su presa.

—¡Vete al infierno, maldito seas! —chilló el capitán por encima del hombro.

Ezio ahora veía a los soldados que se agarraban precariamente a la parte trasera del otro carro mientras preparaban granadas para lanzárselas. Zigzagueando lo mejor que pudo para evitar las explosiones, que estallaban a ambos lados y detrás de él, Ezio se esforzó al máximo para mantener el control de sus aterrados caballos en estampida en aquel momento. Pero las bombas no alcanzaron su objetivo y él mantuvo su curso.

El capitán probó una táctica distinta, peligrosa.

De repente aminoró la marcha para quedar atrás, de modo que Ezio se pusiera a su nivel antes de que pudiera contraatacar. El capitán viró bruscamente de inmediato para que su carro chocara de costado con el de Ezio.

Ezio vio el blanco de los ojos medio enloquecidos del capitán, la cicatriz amoratada en su rostro crispado, cuando se fulminaron mutuamente con la mirada, entre los remolinos del aire.

—¡Muere, bastardo! —gritó el capitán.

Entonces miró hacia delante. Ezio siguió su mirada y vio una torre de vigía; más allá, había otro pueblo. Era más grande que Masyaf y estaba parcialmente fortificado. Un distante bastión templario.

El capitán se las apañó para que sus caballos salieran al galope de nuevo y mientras se alejaba con un grito de triunfo, sus hombres lanzaron dos bombas más. En esta ocasión una explotó bajo la rueda trasera de la izquierda del carro de Ezio. La carga lo lanzó por los aires. Ezio salió despedido, al tiempo que los caballos gemían como almas en pena y se salían del camino hacia unos matorrales, arrastrando los restos del carro maltrecho. El terreno desapareció abruptamente a la derecha del camino y Ezio cayó seis metros por un barranco, donde una masa enorme de arbustos espinosos interrumpió su caída y lo ocultó.

Estaba boca abajo, mirando el implacable suelo gris a escasos centímetros de su cara, incapaz de moverse, incapaz de pensar, pero

sabiendo que tenía rotos todos los huesos del cuerpo. Cerró los ojos y esperó el final.



CAPÍTULO 15

Mientras se hallaba en una especie de sueño, Ezio oyó voces, muy lejos. Creyó volver a ver al joven vestido de blanco, pero no estaba seguro. Era alguien que ni le había ayudado, ni le había puesto obstáculos, pero que aparentemente estaba de su lado. Aparecieron y desaparecieron otros: sus hermanos, muertos hacía ya tiempo, Federico y Petruccio; Claudia; su padre y su madre; y el hermoso y cruel rostro de Caterina Sforza, lo que fue inesperado y superfluo.

Las visiones se desvanecieron, pero las voces se quedaron, más fuertes ahora, conforme sus otros sentidos volvían. Notó tierra en la boca y olió el suelo en el que tenía apoyada la mejilla. El dolor que sentía en todo el cuerpo también regresó. Pensó que no volvería a ser capaz de moverse.

Las voces no eran muy claras, venían de arriba. Se imaginó que los Templarios se estarían asomando por el borde del pequeño precipicio por el que había caído, pero se dio cuenta de que no podían verle. Los espesos arbustos debían de ocultar su cuerpo. Como no le veían, los Templarios organizaron un equipo de búsqueda. Más tarde, el capitán se enfurecería cuando regresaran sin ningún informe concluyente.

Esperó un rato, hasta que las voces por fin dejaron de oírse y cayó el silencio. Entonces, vacilante, flexionó las manos y los pies, luego los brazos y las piernas, mientras escupía tierra, agradecido. Por lo visto no se había roto nada. Despacio, dolorido, consiguió salir de los matorrales y se levantó. Después, con cuidado, y poniéndose a cubierto, volvió trepando al camino.

Llegó justo a tiempo de ver al capitán templario cruzando la entrada de las murallas del pueblo fortificado, a unos doscientos metros. A un lado del camino, donde crecían los arbustos y pudo esconderse, se limpió y comenzó a caminar hacia el pueblo, pero parecía como si cada músculo de su cuerpo se quejara.

—Esto antes era más fácil —murmuró para sus adentros, arrepentido.

Pero se obligó a seguir adelante y, al bordear la muralla, encontró un sitio por donde podía trepar.

Metió la cabeza por el parapeto para comprobar que no le vigilaban, se dio impulso y cayó al otro lado. Fue a parar a un corral, vacío excepto por un par de vaquillas que se apartaron y le miraron con cautela. Esperó, por si había perros, pero, al cabo de un minuto, atravesó la portezuela del corral y, siguiendo el sonido de las voces que se alzaban, cruzó el pueblo aparentemente desierto para llegar hasta ellas. Cerca de una plaza, vio al capitán y se escondió detrás de un cobertizo. El capitán, que estaba en la parte superior de una torre baja en una de las esquinas de la plaza, reprendía a dos sargentos descontentos. Más allá, los habitantes del pueblo reunidos estaban en completo silencio. Las palabras del capitán tan solo se vieron interrumpidas por el chop-chop de una noria que había al otro lado, que funcionaba gracias al arroyo que atravesaba el pueblo.

—Por lo visto soy el único por aquí que sabe cómo llevar un caballo —estaba diciendo el capitán—. Esta vez, hasta que nos aseguremos de que está muerto, os ordeno que no bajéis la guardia ni un momento. ¿Entendéis?

—Sí, señor —respondieron los hombres hoscamente.

—¿Cuántas veces habéis fracasado en el intento de matarlo, hmm? —continuó el capitán, enfadado—. Escuchadme bien: ¡si no veo su cabeza rodando por el polvo a mis pies dentro de una hora, le sustituiréis vosotros!

El capitán se calló, se dio la vuelta y contempló el camino desde su posición estratégica. Ezio vio que estaba nervioso. Jugueteaba con la palanca de su ballesta.

Ezio se había mezclado entre la multitud de habitantes del pueblo durante la diatriba del capitán. No le resultaba difícil pasar desapercibido con su aspecto maltrecho y vapuleado. Pero la multitud ya se estaba disolviendo para volver al trabajo. La gente estaba tensa, y cuando un hombre delante de él tropezó de pronto, y empujó a otro, el segundo se dio la vuelta, irritado, y dijo bruscamente:

—¡Eh, apártate de mi camino, muévete!

El capitán, atraído por el alboroto, le echó un vistazo a la muchedumbre y al instante vio a Ezio.

—¡Tú! —gritó.

Al momento montó su arco y colocó la flecha para disparar.

Ezio la esquivó con agilidad y le pasó volando para incrustarse en el brazo del hombre que había hablado antes.

—¡Ayyy! —gritó este, agarrándose el bíceps destrozado.

Ezio salió disparado en busca de refugio cuando el capitán volvió a cargar.

—¡No te marcharás de aquí vivo! —vociferó el capitán y lanzó otra flecha.

Esta vez el proyectil se clavó, sin herir a nadie, en el marco de madera de una puerta tras la que se había escondido Ezio. Pero no se trataba de que el capitán tuviera mala puntería. Hasta ahora Ezio había tenido suerte. Tenía que marcharse, y deprisa. Dos flechas más pasaron silbando a su lado.

—¡No hay escapatoria! —exclamó el capitán tras él—. Da la vuelta y enfréntate a mí, viejo perro miserable.

Disparó otra vez.

Ezio respiró hondo y saltó para cogerse al dintel de otra puerta, se balanceó y llegó al tejado plano de arcilla de una vivienda. Lo atravesó corriendo mientras otra flecha pasaba silbando junto a su oreja.

—Quédate ahí y muere —chilló el capitán—. ¡Te ha llegado la hora y tienes que aceptarlo, aunque estés muy lejos de tu repugnante perrera en Roma! ¡Así que ven a encontrarte con el que va a matarte!

Ezio vio cómo los soldados corrían a la parte trasera del pueblo para cortarle la retirada. Pero habían dejado al capitán solo con sus dos sargentos, y tenía la aljaba de flechas vacía.

Los habitantes del pueblo se habían dispersado y hacía tiempo que habían desaparecido.

Ezio se agachó bajo el muro que rodeaba el tejado, desató las correas de las bolsas que llevaba a la espalda y deslizó la pistola por su muñeca derecha.

—¡¿Por qué no te rindes?! —dijo el capitán al desenvainar la espada.

Ezio se puso de pie.

—Nunca aprendí cómo —respondió con voz clara, alzando la pistola.

El capitán miró el arma levantada durante un momento de pánico y miedo, y después les gritó a sus acompañantes: «¡Apartaos de mi camino!». Los empujó y saltó de la torre al suelo. Ezio disparó y la bala que le alcanzó la rodilla izquierda impactó en mitad del salto. Con un alarido de dolor, el capitán cayó al suelo, y estrelló la cabeza contra una piedra angulosa antes de seguir rodando. Los sargentos huyeron.

Ezio cruzó la plaza desierta. No volvió a ver a ningún soldado. O les había convencido el miedo que les daba Ezio porque les parecía un ser sobrenatural o el amor por su capitán había resultado no ser tan fuerte. Se hizo el silencio salvo por el constante traqueteo de la noria y el quejido agonizante del capitán.

El capitán miró a Ezio a los ojos al acercarse.

—Oh, maldita sea —dijo—. Bueno, ¿a qué esperas? ¡Adelante, mátame!

—Tienes algo que necesito —le dijo Ezio con calma y recargó su pistola para tener las dos cámaras preparadas.

El capitán miró el arma.

—Veo que el viejo chucho aún muerde —dijo con los dientes apretados.

La sangre fluía de su pierna y de una herida más grave en la sien izquierda.

—El libro que llevas. ¿Dónde está?

El capitán parecía astuto.

—¿Te refieres al antiguo diario de Nicolás Polo? ¿Lo conoces? Me sorprendes, Asesino.

—Estoy lleno de sorpresas —contestó Ezio—. Dámelo.

Al ver que no podía evitarlo de ninguna manera, el capitán, gruñendo, sacó de su jubón el viejo libro encuadernado en piel, de unos treinta centímetros por quince. Le temblaba la mano y lo dejó caer al suelo. El capitán lo miró, con una risa que se convirtió en un gorjeo en su garganta.

—Cógelo —dijo—. Hemos extraído todos sus secretos y ya hemos encontrado la primera de las cinco llaves. Cuando tengamos el resto, el Gran Templo y todo el poder que alberga será nuestro.

Ezio le miró con desdén.

—No te lleves a engaño, soldado. No hay ningún templo antiguo en Masyaf. Tan solo una biblioteca, repleta de sabiduría.

El capitán le miró.

—Tu antecesor Altaïr tuvo la Manzana del Edén bajo su control durante sesenta años, Ezio. Consiguió mucho más de lo que tú llamas sabiduría. ¡Lo aprendió… todo!

Ezio reflexionó sobre aquello por un momento. Sabía que la Manzana estaba a salvo, enterrada en la cripta de una iglesia en Roma. Maquiavelo y él se habían encargado de eso. Pero inmediatamente volvió a prestar atención ante el fuerte grito de dolor que emitió el capitán. Había estado perdiendo sangre sin parar por las heridas abiertas mientras habían estado hablando. Ahora el hombre tenía la palidez de la muerte. Una curiosa expresión de paz se reflejó en su rostro y quedó tumbado boca arriba mientras un último gran suspiro se escapaba de sus labios.

Ezio le observó un momento.

—Eras un verdadero *bastardo* —dijo—. Pero aun así: *Requiescat in Pace*.

Se agachó y, con cuidado, le cerró los ojos al hombre con su mano enguantada.

La noria seguía martilleando. De lo contrario, hubiera habido silencio.

Ezio cogió el libro y le dio la vuelta en sus manos. En la cubierta vio un símbolo en relieve, aunque hacía tiempo que había perdido el dorado. El

emblema de la Hermandad Asesina. Sonrió un poco y lo abrió por la página del título.

LA CROCIATA SEGRETA

Nicolás Polo

MASYAF, giugno, MCCLVII
COSTANTINOPOLI, gennaio, MCCLVIII

Al leer, Ezio contuvo la respiración.

«Constantinopla —pensó—. Claro…».



CAPÍTULO 16

La brisa arreció y Ezio apartó los ojos del libro de Nicolás Polo, abierto en su regazo. Estaba sentado bajo un toldo, en la cubierta de popa del grande y ancho *baghlah*, mientras atravesaba el agua clara y azul del mar Blanco, con las dos velas latinas y el foque desplegados para aprovecharse completamente del viento favorable.

El largo viaje desde Latakia en la costa siria le había llevado primero de vuelta a Chipre. El siguiente puerto de escala había sido Rodas, donde le llamó la atención la llegada a bordo de un nuevo pasajero, una hermosa mujer de unos treinta años, que llevaba un vestido verde, en perfecta armonía con su pelo rubio cobrizo. Luego pasó por el norte del Dodecaneso hacia los Dardanelos y, por último, al mar de Mármara.

El viaje estaba llegando a su fin. Los marineros se llamaban unos a otros mientras los pasajeros se colocaban en fila en la borda para ver cómo, a un par de kilómetros de distancia, reluciendo bajo la intensa luz del sol, la gran ciudad de Constantinopla se alzaba sobre el puerto a proa. Ezio trató de identificar partes de la ciudad en el mapa que había comprado en el puerto sirio antes de embarcar. A su lado había un joven vestido con ropas

caras, probablemente aún adolescente, un otomano, aunque también estaba claro que la ciudad le resultaba familiar. El joven, con quien no se había relacionado mucho, estaba ocupado con un astrolabio de marinero, tomando medidas y notas en un cuaderno con tapas de marfil, que colgaba de una cuerda de seda atada a su cinturón.

—¿Dónde está eso? —preguntó Ezio, señalando.

Quería tener tanta información del lugar como fuera posible antes de atracar. La noticia de su huida de los Templarios en Masyaf no tardaría en llegar y tenía que trabajar rápido.

—Ese es el barrio de Bayezid. La gran mezquita que ves fue construida por el sultán hace unos cinco años. Y más allá se ven los tejados del Gran Bazar.

—Lo tengo —dijo Ezio, entornando los ojos por el sol, para enfocar, deseando que Leonardo hubiera encontrado el momento de hacer aquel instrumento del que siempre estaba hablando, una especie de tubo extensible con lentes, que hacía parecer cercanas las cosas distantes.

—Vigila tu monedero cuando vayas al Bazar —le aconsejó el joven—. Hay personas de todo tipo por allí.

—Como en cualquier zoco.

—*Evet*. —El joven sonrió—. Por allí, donde están las torres, está el Distrito Imperial. Esa gran cúpula que ves es la antigua iglesia de Hagia Sofia. Ahora es una mezquita, por supuesto. Y más allá, hay un edificio amarillo largo y bajo. La verdad es que es un complejo de edificios, con dos cúpulas bajas juntas y un chapitel. Eso es Topkapi Sarayi. Uno de los primeros que se levantaron tras la conquista, y todavía estamos trabajando en él.

—¿Es la residencia del sultán Bayezid?

El rostro del joven se oscureció ligeramente.

—Debería serlo, pero no, no lo es. No de momento.

—Tengo que visitarlo.

—¡Será mejor que te asegures de que te hayan invitado primero!

La brisa amainó y las velas ondearon. Los marineros recogieron el foque. El capitán viró un poco la proa y vieron otro ángulo de la ciudad.

—¿Ves la mezquita allí? —continuó el joven como si estuviera ansioso por apartar la conversación del palacio de Topkapi—. Esa es la Fatih Camii, lo primero que construyó el sultán Mehmed para celebrar su victoria frente a los bizantinos. Aunque no quedaba mucho de ellos cuando llegó aquí. Su imperio hacía ya mucho tiempo que estaba muerto. Pero quería su mezquita para superar Hagia Sofia. Como puedes comprobar, no lo consiguió.

—No fue por no intentarlo —dijo Ezio diplomáticamente mientras los ojos examinaban el magnífico edificio.

—Mehmed se picó —continuó el joven—. La historia cuenta que le hizo cortar el brazo al arquitecto como castigo. Pero, por supuesto, no es más que una leyenda. Sinan era un arquitecto demasiado bueno como para que Mehmed quisiera hacerle daño.

—Has dicho que el sultán no vive ahí —apuntó Ezio con tacto.

—¿Bayezid? No. —La expresión atribulada del joven apareció de nuevo—. Un gran hombre, el sultán, aunque el sosiego y la devoción han sustituido a la pasión de su juventud. Pero, ¡ay!, está en desacuerdo con uno de sus hijos, Selim, lo que ha provocado una guerra entre ellos, que lleva años cociéndose a fuego lento.

El *baghlah* navegaba bajo los muros del sur de la ciudad y no tardó en doblar la esquina norte hacia el Bósforo. Poco después, una gran ensenada se abría a babor, y el barco se metió por allí, por encima de la gran cadena que colgaba en la entrada. Ahora estaba baja, pero podía levantarse para cerrar el puerto en momentos de emergencia o en una guerra.

—La cadena no se usa desde la conquista —observó el joven—. Después de todo, no detuvo a Mehmed.

—Pero es una medida de seguridad útil —respondió Ezio.

—Lo llamamos el Haliç —dijo el joven—. El Cuerno de Oro. Y en la parte norte está la Torre de Gálata. Tus compatriotas genoveses la construyeron hace ciento cincuenta años. Eso sí, la llamaron Christea Turris. Pero lo hicieron, ¿no? ¿Eres de Génova?

—Soy florentino.

—Ah, bien, no tiene remedio.

—Es una buena ciudad.

—*Affedersiniz*. No conozco muy bien esa parte tuya del mundo. Aunque muchos de tus compatriotas viven aquí todavía. Los italianos llevan aquí siglos. Tu famoso Marco Polo. Su padre, Nicolás, también comerció aquí hace más de doscientos años, con su hermano. —El joven sonrió al ver la cara de Ezio. Entonces volvió su atención a la Torre de Gálata—. Tiene que haber un modo de poder llegar arriba. Podemos convencer a los de seguridad. Desde allí se contemplan las mejores vistas de la ciudad.

—Eso sería… muy gratificante.

El joven lo miró.

—Probablemente habrás oído hablar de otro famoso compatriota tuyo, que sigue viviendo aquí, creo. ¿Leonardo da Vinci?

—Ese nombre me trae algunos recuerdos.

—Hace menos de una década, nuestro sultán le pidió a *Sayin* da Vinci *bey* que construyera un puente que cruzara el Cuerno.

Ezio sonrió al recordar que Leonardo una vez se lo había mencionado de pasada. Podía imaginarse el entusiasmo de su amigo por aquel proyecto.

—¿Y qué pasó? —preguntó—. No veo ningún puente.

El joven extendió las manos.

—Me dijeron que el diseño era bonito, pero, por desgracia, nunca se aprobó el plano. El sultán al final decidió que era demasiado ambicioso.

—*Non mi sorprende* —dijo Ezio, en parte para sus adentros. Luego señaló otra torre—. ¿Es eso un faro?

El joven siguió su mirada hacia un islote a popa.

—Sí, uno muy viejo. Tiene once siglos o más. Se llama el Kiz Kulesi. ¿Qué tal tu turco?

—Flojo.

—Entonces lo traduciré. La llamaríais la Torre de la Doncella. La llamamos así por la hija de un sultán que murió por la mordedura de una serpiente.

—¿Por qué vivía en un faro?

El joven sonrió.

—El plan era evitar las serpientes —respondió—. Mira, ahora se ve el Acueducto de Valente. ¿Ves la doble fila de arcos? Esos romanos sí que saben construir. Antes, cuando era niño, me encantaba trepar por allí.

—No debía de ser nada fácil.

—¡Parece como si quisieras intentarlo!

Ezio sonrió.

—Nunca se sabe —dijo.

El joven abrió la boca como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión y la volvió a cerrar. Miró a Ezio con un gesto poco amable y Ezio supo exactamente lo que estaba pensando: era un viejo intentando huir de su edad.

—¿De dónde vienes? —preguntó Ezio.

El joven pareció adoptar una actitud desdeñosa.

—Oh, de Tierra Santa —contestó—. Bueno, nuestra Tierra Santa. La Meca y Medina. Se supone que todo buen musulmán debe hacer el viaje una vez en su vida.

—Lo has cumplido pronto.

—Puede decirse que sí.

Contemplaron en silencio la ciudad al pasar, mientras subían por el Cuerno hacia su anclaje.

—No existe ninguna ciudad en Europa con unos edificios así —comentó Ezio.

—Ah, pero este lado está en Europa —respondió el joven—. Por allí… —Señaló al este por el Bósforo—. Ese lado es Asia.

—Hay algunas fronteras que ni los otomanos pueden mover —observó Ezio.

—Muy pocas —respondió enseguida el joven y Ezio pensó que sonaba a la defensiva. Después cambió de tema—. Has dicho que eres italiano, de Florencia —continuó—. Pero tus ropas no lo reflejan. Y, perdóname, pero es como si las hubieras llevado mucho tiempo. ¿Llevas viajando mucho?

—*Sí, da molto tempo*. Dejé Roma hace doce meses para buscar… inspiración. Y esa búsqueda me ha llevado hasta aquí.

El joven le echó un vistazo al libro que Ezio sujetaba en la mano, pero no dijo nada. Ezio no quería revelar más de su propósito. Se apoyó en la barandilla y miró las murallas de la ciudad, y los otros barcos de todos los países del mundo apiñados en los amarraderos mientras su *baghlah* pasaba despacio a su lado.

—Cuando era niño, mi padre me contaba historias de la caída de Constantinopla —dijo Ezio al final—. Tuvo lugar seis años antes de que yo naciera.

El joven guardó con cuidado su astrolabio en una caja de cuero, colgada de una correa que tenía echada al hombro.

—Llamamos a la ciudad Kostantiniyye.

—¿No es lo mismo?

—Ahora la gobernamos nosotros, pero tienes razón. Kostantiniyye, Bizancio, Nova Roma, la Manzana Roja, ¿qué diferencia hay? Dicen que Mehmed quería rebautizarla como Islam-bul (donde florece el Islam), pero esa deducción es otra leyenda. Aun así, la gente usa ese nombre. Aunque, por supuesto, las personas cultas saben que debería ser Istan-bol (a la ciudad). —El joven hizo una pausa—. ¿Qué historias te contaba tu padre? ¿Sobre valientes cristianos aplastados por turcos malvados?

—No, en absoluto.

El joven suspiró.

—Supongo que la moral de cualquier historia se corresponde con el carácter del hombre que la cuenta.

Ezio se irguió. La mayoría de sus músculos se habían recuperado durante aquel largo viaje, pero seguía teniendo dolor en el costado.

—En eso estamos de acuerdo —apuntó.

El joven sonrió de forma afectuosa y sincera.

—*Güzel!* ¡Me alegro! Kostantiniyye es una ciudad para gente de todo tipo y para todos los credos. Hasta para los bizantinos que quedan. Y los estudiantes como yo, o… los viajeros como tú.

Su conversación fue interrumpida por un matrimonio *seljuk*, que paseaba por la cubierta. Ezio y el joven hicieron una pausa para escuchar qué decían. Ezio, porque cualquier información que pudiera recoger sobre la ciudad le interesaba.

—Mi padre no puede hacer frente a toda esa delincuencia —estaba diciendo el marido—. Tendrá que cerrar la tienda si empeora la situación.

—Pasará —contestó la esposa—. Quizá cuando vuelva el sultán.

—¡Ja! —replicó el hombre con sarcasmo—. Bayezid es débil. Hizo la vista gorda a los advenedizos bizantinos y mira en qué ha resultado.

Kargasha!

Su esposa le mandó callar.

—¡No deberías decir esas cosas!

—¿Por qué no? Solo digo la verdad. Mi padre es un hombre honrado y los ladrones le están dejando sin nada.

Ezio los interrumpió.

—Perdonad, no he podido evitar oíros.

La mujer le lanzó una mirada a su marido: «¿Ves?».

Pero el hombre se volvió hacia Ezio para dirigirse a él:

—*Affedersiniz, efendim*. Veo que sois un viajero. Si vais a quedaros en la ciudad, por favor, visitad la tienda de mi padre. Sus alfombras son las mejores de todo el imperio y os hará un buen precio. —Hizo una pausa—. Mi padre es un buen hombre, pero los ladrones han destruido su negocio.

El marido habría dicho más, pero su mujer le apartó a toda prisa de un tirón.

Ezio intercambió una mirada con su compañero, que acababa de aceptar un vaso de *sharbat*, que le había traído lo que parecía ser un ayudante de cámara. Levantó el vaso.

—¿Quieres uno? Es muy refrescante y aún falta un rato para que atraquemos.

—Sería perfecto.

El joven le hizo una seña con la cabeza a su sirviente y este se retiró.

Pasó un grupo de soldados otomanos de camino a casa tras una misión en el Dodecaneso, hablando de la ciudad a la que volvían. Ezio les saludó con la cabeza y se unió a ellos un momento, mientras el joven apartaba la cara y permanecía distante, tomando notas en su pequeño libro encuadernado en marfil.

—Lo que quiero saber es qué es lo que quieren esos matones —dijo uno de los soldados—. Ya tuvieron su oportunidad una vez y por poco destruyen esta ciudad.

—Cuando llegó el sultán Mehmed, había menos de cuarenta mil personas viviendo aquí, y en la miseria —intervino otro.

—*Aynen oyle* —dijo un tercero—. ¡Exacto! Y mira ahora la ciudad: trescientos mil habitantes y próspera de nuevo por primera vez en siglos.

Nosotros hemos cumplido nuestra parte.

—Hemos hecho que esta ciudad vuelva a ser fuerte —replicó el primero —. Ellos no causan más que problemas siempre que pueden.

—¿Cómo puedo reconocerlos? —preguntó Ezio.

—Apártate de cualquier mercenario que veas con una vestimenta basta y rojiza —dijo el primer soldado—. Son bizantinos. Y no juegan limpio.

Al ordenarles un suboficial que se prepararan para el desembarco, los soldados se marcharon. El joven de Ezio descansaba apoyado en el codo. En ese mismo momento, su sirviente reapareció con el *sharbat* de Ezio.

—Ya lo verás —dijo el joven—. A pesar de toda su belleza, al fin y al cabo, Kostantiniyye no es el lugar más perfecto del mundo.

—¿Acaso existe un lugar perfecto? —respondió Ezio.



CAPÍTULO 17

Su barco había atracado, y los pasajeros y la tripulación iban de un lado a otro, y chocaban unos con otros, mientras lanzaban las amarras a los hombres del muelle y bajaban las pasarelas.

Ezio había vuelto a su camarote para recoger las alforjas, todo lo que llevaba. Ya se las apañaría para obtener lo que necesitaba en cuanto bajara a tierra. El sirviente de su joven compañero había colocado tres baúles de cuero en la cubierta, y esperaban a que los mozos los llevaran a tierra. Ezio y su nuevo amigo se dispusieron a despedirse.

El joven suspiró.

—Me espera mucho trabajo, pero aun así me alegro de volver a casa.

—¡Eres demasiado joven para estar preocupado por el trabajo, *ragazzo*!

Le distrajo la aparición de la pelirroja vestida de verde, ocupada con un paquete enorme que parecía pesado. El joven siguió su mirada.

—Cuando yo tenía tu edad, me interesaba… principalmente… —Ezio dejó de hablar y siguió observando a la mujer. Para mirar cómo se movía con aquel vestido. Ella alzó la mirada y él creyó que le había visto—. *Salve!* —exclamó.

Pero al final resultó que no había advertido su presencia y Ezio volvió a su compañero, que le había estado contemplando, divertido.

—Increíble —señaló el joven—. Me sorprende que hayas conseguido hacer algo.

—A mi madre también.

Ezio le devolvió la sonrisa, con cierto arrepentimiento.

Finalmente las puertas en la borda se abrieron y el gentío de pasajeros que esperaba avanzó en tropel.

—Ha sido un placer conocerte, *beyfendi* —dijo el joven y le hizo una reverencia a Ezio—. Espero que encuentres algo que te interese durante tu estancia.

—Tengo fe en que así será.

El joven se apartó, pero Ezio se entretuvo mirando a la mujer que se esforzaba por levantar el paquete —que no estaba dispuesta a confiar a ningún mozo—, y se disponía a desembarcar. Estaba a punto de acercarse a ella para ayudarla, cuando vio que el joven se le había adelantado.

—¿Puedo ayudaros, señora? —le preguntó.

La mujer miró al joven y sonrió. Ezio pensó que aquella sonrisa era más letal que cualquier flecha de ballesta. Pero no iba dirigida a él.

—Gracias, joven —dijo, y el muchacho, haciéndole una señal a su sirviente con la mano para que se apartara, levantó personalmente el paquete para ponérselo al hombro y la siguió por la escalera de cámara hasta el muelle.

—Erudito y caballero —le dijo Ezio—. Estás lleno de sorpresas.

El joven se volvió y sonrió de nuevo.

—Muy pocas, amigo mío. Muy pocas. —Levantó una mano—. *Allaha ismarladik!* ¡Que Dios te bendiga!

Ezio contempló cómo la mujer, seguida del joven, desaparecía entre la multitud. Advirtió la presencia de un hombre que se hallaba un poco apartado y le miraba. Un hombre fuerte, de treinta y tantos, con una sobreveste blanca, un fajín rojo y unos pantalones oscuros metidos en unas botas amarillas. Tenía el pelo largo y oscuro, llevaba barba, y cuatro cuchillos arrojadizos en una funda atada en lo alto del hombro izquierdo. También llevaba una cimitarra, y tenía el antebrazo derecho protegido por

una triple coraza de acero. Ezio se puso tenso, se fijó aún más, y pensó, aunque no estaba seguro, que podía detectar el arnés de la hoja oculta que llevaba el hombre en la mano derecha. La sobreveste tenía capucha, pero no la llevaba puesta, y un pañuelo ancho y amarillo contenía su pelo rebelde.

Ezio bajó despacio por la plancha hacia el muelle y el hombre se acercó. Cuando estaban a dos pasos uno del otro, el hombre se detuvo, sonrió con cautela y le hizo una reverencia.

—¡Bienvenido, Hermano! A menos que la leyenda sea mentira, vos sois el hombre que siempre he tenido ganas de conocer. El famoso Maestro y Mentor, Ezio Auditore da… —Se interrumpió y abandonó la solemnidad—. ¡La-la-la! —terminó.

—*Prego?* —A Ezio le hizo gracia.

—Perdonadme, me cuesta bastante adaptar mi lengua al italiano.

—Soy Ezio da Firenze. Mi ciudad natal.

—Lo que me convertiría a mí en… ¡Yusuf Tazim da Estambul! ¡Me gusta!

—Estambul. ¡Ah, así es como llamáis a la ciudad!

—Es el nombre favorito de los de aquí. Señor, dejadme que os lleve el equipaje.

—No, gracias.

—Como deseéis. ¡Bienvenido, Mentor! Me alegro de que por fin hayáis llegado. Os mostraré la ciudad.

—¿Cómo sabíais de mi llegada?

—Vuestra hermana nos escribió desde Roma para avisar a la Hermandad de aquí. Y un espía en Masyaf nos informó de vuestras hazañas. Así que llevamos vigilando el puerto desde hace semanas aguardando vuestra llegada. —Yusuf se percató de que Ezio seguía desconfiando. Parecía curioso—. Vuestra hermana, Claudia, nos escribió. ¿Veis? Conozco su nombre. Puedo enseñaros la carta. La he traído conmigo. Sabía que erais un hombre que no se lo creería todo al pie de la letra.

—Veo que llevas una hoja oculta.

—¿Quién si no un miembro de la Hermandad tendría acceso a una?

Ezio se relajó un poco. De pronto Yusuf adoptó una actitud solemne.

—Venid.

Puso una mano en el hombro de Ezio y lo guio a través de la ingente multitud. Cada lado de las atestadas calles por las que le llevaba estaba lleno de puestos que vendían toda clase de productos bajo un caleidoscopio de toldos de colores, y también, al parecer, con gente de todas las nacionalidades y razas del planeta. Cristianos, judíos y musulmanes estaban ocupados haciendo trueques entre sí; los gritos en turco se mezclaban con otros en griego, franco y árabe. En cuanto al italiano, Ezio ya había reconocido el acento de Venecia, Génova y Florencia antes de haber recorrido una manzana. Y había otras lenguas que medio identificaba o suponía que eran armenio, búlgaro, serbio y persa. Y una lengua gutural que hablaban unos hombres altos, de piel blanca, con la barba y los cabellos rojos y largos, que no tenía ni idea de dónde eran.

—Bienvenido al Distrito de Gálata. —Yusuf sonrió abiertamente—. Durante siglos ha sido el hogar de los huérfanos de Europa y Asia. No encontrarás más variedad en otro sitio de la ciudad. Y por esa misma razón, los Asesinos tenemos aquí nuestro cuartel general.

—Muéstramelo.

Yusuf asintió con impaciencia.

—*Kesinlikle*, Mentor. ¡Enseguida! ¡La Hermandad de aquí está ansiosa por conocer al hombre que puso a los Borgia fuera de combate!

Se rio.

—¿Los demás saben que ya estoy aquí?

—Envié a un chico en cuanto te localicé. Y de todas maneras, tu pelea en Tierra Santa con los Templarios no pasó desapercibida. ¡Para aquello no necesitamos a nuestro espía!

Ezio reflexionó un momento.

—Cuando me puse en camino, no tenía en mente recurrir a la violencia. Tan solo buscaba conocimiento. —Miró a su nuevo teniente—. El contenido de la biblioteca de Altaïr.

Yusuf volvió a reírse, aunque menos.

—¿No sabías que llevaba sellada dos siglos y medio?

Ezio se rio un poco para sus adentros.

—No. Como mucho, lo suponía. Pero debo admitir que no esperaba encontrarme a los Templarios vigilándola.

Yusuf se puso serio. Estaban llegando a calles menos populosas y aflojaron el paso.

—Es muy perturbador. Hace cinco años la influencia templaria aquí era mínima. Tan solo había una pequeña facción que soñaba con restaurar el trono de Bizancio.

Habían llegado a una pequeña plaza, y Yusuf llevó a Ezio a un lado para señalar a un grupo de cuatro hombres reunidos en un rincón oscuro. Llevaban armaduras grises y mates sobre unos jubones y unas túnicas rojas de lana gruesa.

—Ahí hay un grupo de ellos —dijo Yusuf, bajando la voz—. No mires hacia allí. —Echó un vistazo a su alrededor—. Cada día que pasa son más numerosos. Y saben lo que todos sabemos, que el sultán Bayezid se va. Están vigilando, esperando su momento. Creo que intentarán algo drástico.

—Pero ¿no hay heredero al trono otomano? —preguntó Ezio, sorprendido.

—Ese es el problema, hay dos. Dos hijos furiosos. Es el patrón familiar de los miembros de la realeza. Cuando el sultán tose, los príncipes desenvainan sus espadas.

Ezio caviló sobre aquello y recordó lo que le había dicho el joven del barco.

—Entre los Templarios y los otomanos, estaréis ocupados —dijo.

—¡Ezio, *efendim*, si te digo la verdad, apenas tengo tiempo de limpiar mi espada!

Justo entonces, se oyó un disparo, y una bala se incrustó en la pared, a unos centímetros a la izquierda de la cabeza de Yusuf.



CAPÍTULO 18

Yusuf se metió detrás de una fila de barriles de especias con Ezio pegado a sus espaldas.

—¡Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! —exclamó Yusuf, que se quedó mudo al levantar la cabeza y ver al pistolero recargando al otro lado de la plaza.

—Por lo visto nuestros amigos bizantinos no se han tomado muy bien que los estuviéramos mirando.

—Yo me ocuparé del hombre con el mosquete —dijo Yusuf, y calculó la distancia entre él y su objetivo, mientras echaba la mano hacia atrás para coger uno de sus cuchillos arrojadizos de la funda que llevaba a la espalda.

Lo lanzó con un movimiento limpio y atravesó la plaza a toda velocidad, girando tres veces antes de encontrar su objetivo. El arma se clavó en la garganta del hombre, justo cuando este alzaba su pistola para volver a disparar. Entretanto, sus amigos salieron corriendo hacia ellos, con las espadas desenvainadas.

—No hay escapatoria —dijo Ezio, y desenvainó su propia cimitarra.

—Es tu bautismo de fuego —dijo Yusuf—. Y acabas de llegar. *Çok üzüldüm*.

—No te preocupes —contestó Ezio, divertido. Había aprendido turco suficiente para saber que su compañero de armas estaba disculpándose.

Yusuf desenvainó su espada y los dos salieron de su escondite para enfrentarse al enemigo que se aproximaba. Iban más ligeros que sus tres oponentes, lo que les dejaba peor protegidos, pero con mayor movilidad. En cuanto se acercó el primer bizantino, Ezio enseguida se percató de que se enfrentaba a un luchador muy bien entrenado.

Yusuf continuó bromeando mientras luchaban. Pero estaba acostumbrado a aquel enemigo y era al menos quince años menor que Ezio.

—La ciudad entera se ha despertado para darte la bienvenida. Primero los regentes como yo, ¡y ahora las ratas!

Ezio se concentró en el manejo de la espada. Al principio no se le dio muy bien, pero enseguida se adaptó al arma ligera y flexible que estaba utilizando, y notó que la curva de su hoja mejoraba increíblemente su estocada. Yusuf, con un ojo en su Mentor, le gritó un par de instrucciones, pero terminó lanzándole una mirada de soslayo de admiración.

—*Inanilmaz!* ¡Todo un maestro!

Pero se había distraído demasiado y uno de los bizantinos le cortó la tela de la manga izquierda, haciéndole un tajo en el antebrazo. Mientras caía hacia atrás de forma involuntaria y el agresor se aprovechaba de esta ventaja, Ezio apartó a su oponente de un fuerte empujón y fue a ayudar a su amigo. Se metió entre Yusuf y el bizantino, y desvió el que habría sido un golpe fatal con la muñequera del brazo izquierdo. Aquel movimiento pilló desprevenido al bizantino justo el tiempo suficiente para que Yusuf pudiera recuperar el equilibrio y, a su vez, esquivar a otro mercenario que se acercaba por la espalda de Ezio. Le propinó un golpe mortal al mismo tiempo que Ezio terminaba con el segundo hombre. El único bizantino que quedaba, un grandullón con una mandíbula como una roca, parecía dudoso por primera vez.

—*Tesekkür ederim* —dijo Yusuf, respirando con dificultad.

—*Bir sey degil*.

—¿No tienen fin tus habilidades?

—Bueno, al menos aprendí «gracias» y «de nada» a bordo de aquel *baghlah*.

—¡Cuidado!

El enorme bizantino se cernía sobre ellos, rugiendo, con una espada enorme en una mano y un mazo en la otra.

—¡Por Alá, creía que había huido! —exclamó Yusuf, esquivándolo para que fallara el golpe y que, llevado por su propio impulso, cayera hacia delante, sobre uno de los barriles de especias, de cabeza a un montón aromático de polvo amarillo, donde se quedó inmóvil.

Ezio, después de mirar a su alrededor, limpió su espada y la guardó. Yusuf hizo lo mismo.

—Tienes una técnica curiosa, Mentor. Haces amagos y no luchas. Pero cuando atacas…

—Pienso como una mangosta. Mi enemigo es la cobra.

—Una expresión sorprendente.

—Eso intento.

Yusuf volvió a mirar a su alrededor.

—Será mejor que nos marchemos. Creo que hoy ya nos hemos divertido bastante.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando otro pelotón de mercenarios bizantinos, atraídos por el sonido de la pelea, llegó bullendo a la plaza.

Ezio enseguida se puso alerta y volvió a desenvainar la espada.

Pero entonces el otro lado de la plaza se llenó de más tropas, con un uniforme diferente, túnicas azules y unos gorros cónicos, de fieltro oscuro.

—¡Espera! —gritó Yusuf cuando los recién llegados se volvieron para atacar a los mercenarios, lo que enseguida hizo que se retiraran y salieran corriendo detrás de ellos hasta desaparecer de la plaza—. Eran tropas otomanas —dijo Yusuf en respuesta a la mirada inquisidora de Ezio—. No jenízaros. Ellos son el regimiento de élite. Los reconocerás en cuanto los veas. Pero todos los soldados otomanos tienen una aversión especial a los matones bizantinos, lo cual es una gran ventaja para los Asesinos.

—¿Cómo de grande?

Yusuf extendió las manos.

—Oh, no mucho. También te matan si los miras de un modo que no les gusta, igual que los bizantinos. La diferencia es que los otomanos se sentirán peor después.

—Qué conmovedor.

Yusuf sonrió abiertamente.

—No es tan malo, de verdad. Por primera vez en décadas, los Asesinos tenemos una fuerte presencia aquí. No siempre ha sido así. Bajo los emperadores bizantinos, nos perseguían y nos mataban en el acto.

—Será mejor que me lo cuentes —dijo Ezio mientras se ponían de nuevo en camino hacia el cuartel general de la Hermandad.

Yusuf se rascó la barbilla.

—Bueno, el antiguo emperador, Constantino, el décimo primero con ese nombre, tan solo reinó tres años. Nuestro sultán Mehmed se encargó de eso. Pero, según dicen, Constantino no era tan malo. Fue el último emperador romano, de un linaje milenario.

—Ahórrame la clase de historia —le interrumpió Ezio—. Quiero saber a qué nos enfrentamos ahora.

—La cosa es que cuando Mehmed tomó esta ciudad casi no quedaba nada de ella, ni del antiguo Imperio bizantino. Hasta decían que Constantino estaba tan arruinado que tuvo que sustituir las piedras preciosas de sus túnicas por copias de cristal.

—Qué lástima me da.

—Era un hombre valiente. Rechazó la oferta de salvar la vida a cambio de entregar la ciudad y continuó luchando. Pero sus dos sobrinos no compartían esa opinión. Uno de ellos ya murió hace unos años, pero el otro…

Yusuf se calló, pensativo.

—¿Está en contra nuestra?

—Oh, puedes apostar a que sí. Y también en contra de los otomanos. Bueno, de cualquier gobernante.

—¿Dónde está ahora?

Yusuf parecía distraído.

—¡Quién sabe! ¿En algún sitio en el exilio? Pero si sigue vivo, estará maquinando algo. —Hizo una pausa—. Dicen que hubo una época en que

estaba a partir un piñón con Rodrigo Borgia.

Ezio se puso tenso al oír aquel nombre.

—¿El español?

—El mismo. Con el que al final acabaste.

—Fue su propio hijo quien lo hizo.

—Bueno, nunca fueron precisamente la Sagrada Familia, ¿no?

—Continúa.

—Rodrigo también era íntimo de un *seljuk* llamado Cem. Era todo muy secreto y ni siquiera los Asesinos supimos nada hasta mucho más tarde.

Ezio asintió. Había oído esas historias.

—Si mal no recuerdo, Cem era un tanto vividor.

—Era uno de los hermanos del actual sultán, pero le tenía el ojo echado al trono, así que Bayezid lo echó. Terminó en una especie de arresto domiciliario en Italia, y él y Rodrigo se hicieron amigos.

—Recuerdo —dijo Ezio, reanudando la historia— que Rodrigo pensaba que podía usar las ambiciones de Cem para obtener Constantinopla. Pero la Hermandad logró asesinar a Cem en Capua hace quince años y aquello puso fin a aquel pequeño plan.

—No nos lo agradecieron mucho.

—No realizamos nuestra tarea para que nos den las gracias.

Yusuf bajó la cabeza.

—Estoy aprendiendo, Mentor. Pero fue un golpe maestro, debes admitirlo.

Ezio se quedó callado, y al cabo de un momento, Yusuf prosiguió:

—Los dos sobrinos que he mencionado eran los hijos de otro hermano de Bayezid, Tomás. Ellos también fueron al exilio con su padre.

—¿Por qué?

—No lo creerías: Tomás iba también detrás del trono otomano. ¿Te suena familiar?

—Esa familia no se llamaría Borgia, ¿no?

Yusuf se rio.

—Paleólogo. Pero tienes razón, es casi lo mismo. Tras la muerte de Cem, ambos sobrinos fueron a Europa. Uno se quedó allí e intentó formar un ejército para quedarse Constantinopla; pero fracasó, por supuesto, y

murió, como he dicho, hace siete u ocho años sin heredero y pobre. Pero el otro…, bueno, regresó, renunció a cualquier ambición imperial, le perdonaron, y de hecho se alistó en la marina durante un tiempo. Después, por lo visto, se acomodó a una vida de lujo y mujeres.

—Pero ¿ahora ha desaparecido?

—Nadie sabe dónde anda.

—Y ¿no sabemos cómo se llama?

—Se le conoce por muchos nombres, pero no hemos sido capaces de localizarlo.

—Pero está tramando algo.

—Sí. Y tiene relaciones con los Templarios.

—Un hombre que se debe vigilar.

—Si vuelve, lo sabremos.

—¿Cuántos años tiene?

—Se dice que nació en el año de la conquista de Mehmed, lo que le convertiría en un hombre unos cuantos años más viejo que tú.

—Entonces aún puede dar guerra.

Yusuf le miró.

—Si lo dices por ti, mucha. —Volvió a mirar a su alrededor. Su paseo les había llevado al centro de la ciudad—. Ya casi hemos llegado. Por aquí.

Se metieron en una calle estrecha, oscura, algo fría a pesar del sol que intentaba, y no conseguía, penetrar en el estrecho espacio entre los edificios al otro lado. Yusuf se detuvo ante una puerta aparentemente insignificante, pintada de verde, y levantó la aldaba de latón. Golpeó según un código, tan flojito que Ezio se preguntó si lo oiría alguien dentro. Pero al cabo de unos segundos, abrió la puerta una chica de espaldas anchas y caderas estrechas, que llevaba el emblema de los Asesinos en la hebilla del cinturón de la túnica.

Ezio se vio en un patio espacioso, con enredaderas verdes que trepaban por los muros amarillos, y donde se había congregado un pequeño grupo de jóvenes. Miraron a Ezio con un respeto reverencial cuando Yusuf, con un gesto histriónico, se volvió hacia él y dijo:

—Mentor, saluda a tu extensa familia.

Ezio dio un paso hacia delante.

—*Salute a voi, Assassini*. Es un honor encontrar amigos tan rápidamente, estando tan lejos de casa.

Se dio cuenta con horror de que se le habían saltado las lágrimas. Quizá la tensión de las últimas horas ahora le pasaba factura; y seguía cansado por el viaje.

Yusuf se volvió hacia sus compañeros de la demarcación de Constantinopla de la Hermandad de los Asesinos.

—¿Veis, amigos? Nuestro Mentor no teme llorar enfrente de sus alumnos.

Ezio se secó las mejillas con una mano enguantada y sonrió.

—No os preocupéis, no lo convertiré en una costumbre.

—El Mentor no lleva en la ciudad más que unas horas y ya hay noticias —continuó Yusuf con cara seria—. Nos atacaron de camino. Al parecer los mercenarios vuelven a estar por aquí, así que —señaló a tres hombres y a dos mujeres— vosotros, Dogan, Kasim y Heyreddin; y vosotras, Evraniki e Irini, ¡quiero que peinéis la zona ahora!

Los cinco se levantaron en silencio y le hicieron una reverencia a Ezio al marcharse.

—El resto, volved al trabajo —ordenó Yusuf y los demás Asesinos se dispersaron.

Cuando se quedaron solos, Yusuf se volvió hacia Ezio con una mirada de preocupación.

—Mi Mentor, creo que tus armas y tu armadura necesitan renovarse; y tus ropas, perdóname, pero están en un estado lamentable. Te ayudaremos, pero tenemos muy poco dinero.

Ezio sonrió.

—No temas. No necesito nada. Y prefiero cuidarme yo solo. Es hora de que explore la ciudad solo, para tomarle el pulso.

—¿No descansarás antes? ¿No quieres comer algo?

—Ya descansaré cuando la misión esté cumplida. —Ezio hizo una pausa. Desató las correas de sus bolsas y sacó la hoja oculta que estaba rota —. ¿Hay un herrero o un armero lo bastante hábil y digno de confianza como para arreglar esto?

Yusuf examinó los daños y luego, despacio y con pesar, negó con la cabeza.

—Sé que esta es una de las hojas originales que se crearon siguiendo las instrucciones de Altaïr que aparecen en el Códice que encontró tu padre; y lo que pides puede que sea imposible de conseguir. Pero si no se puede arreglar, nos aseguraremos de que no te vayas sin las debidas armas. Deja estas conmigo, las que no necesites llevar ahora, y me encargaré de limpiarlas y ponerlas a punto. Y tendrás ropa limpia preparada para cuando regreses.

—Te lo agradezco.

Ezio se dirigió hacia la puerta. Al acercarse, la joven guardiana rubia bajó la vista, con modestia.

—Azize será tu guía, si quieres que te acompañe, Mentor —sugirió Yusuf.

Ezio se dio la vuelta.

—No, iré solo.



CAPÍTULO 19

A decir verdad, Ezio buscaba estar solo. Necesitaba aclarar las ideas. Fue a una taberna en el barrio genovés, donde había vino, y se tomó una botella de Pigato y unos simples *maccaroin in brodo*. Pasó el resto de la tarde conociendo a fondo el Distrito de Gálata y evitando problemas, mezclándose entre la gente cada vez que se encontraba con patrullas otomanas o grupos de mercenarios bizantinos. Tenía el mismo aspecto que muchos peregrinos mugrientos por el viaje, que vagaban por las pintorescas, sucias, caóticas y emocionantes calles de la ciudad.

En cuanto estuvo satisfecho, volvió al cuartel general, justo cuando encendían las primeras luces en los oscuros interiores de las tiendas y ponían las mesas en las *lokantas*. Yusuf y algunos de los suyos le estaban esperando.

El turco se acercó a él enseguida, parecía contento consigo mismo.

—¡Alabado sea el cielo, Mentor! Me alegro de volver a verte, y a salvo. ¡Temíamos haberte perdido en los vicios de la gran ciudad!

—¡Qué exagerado eres! —dijo Ezio y sonrió—. Y en cuanto a los vicios, ya estoy contento con los míos, *grazie*.

—Espero que apruebes los planes que hemos hecho en tu ausencia.

Yusuf llevó a Ezio a una cámara interior, donde se había dispuesto todo un nuevo equipo para él. Al lado, bien colocadas sobre una mesa de roble, estaban sus armas, afiladas, engrasadas y pulidas; brillaban como nuevas. Se había añadido una ballesta al conjunto.

—Hemos guardado la hoja oculta rota en lugar seguro —dijo Yusuf—. Pero hemos advertido que no tienes una hoja gancho, así que te hemos buscado una.

—¿Una hoja gancho?

—Sí, mira.

Yusuf se remangó para enseñar lo que Ezio antes había tomado por una hoja oculta. Pero cuando Yusuf la activó y saltó hacia delante, vio que era una variante más compleja. La hoja telescópica de la nueva arma terminaba en un gancho curvo de acero bien temperado.

—Fascinante —dijo Ezio.

—¿Nunca habías visto una? Yo crecí con ellas.

—Enséñame.

Yusuf cogió una hoja gancho nueva de uno de los Asesinos presentes, que la tenía preparada, y se la lanzó a Ezio. Él pasó la hoja oculta de la muñeca derecha a la izquierda, bajo la muñequera, y se ató la hoja gancho en la derecha. Notó un peso que no le era familiar y la soltó y la recogió varias veces para practicar. Deseó que Leonardo hubiera estado allí para verlo.

—Será mejor que me hagas una demostración.

—Enseguida, si estás preparado.

—Como siempre.

—Pues sígueme y mira bien lo que hago.

Salieron y recorrieron la calle bajo la luz del crepúsculo, hasta llegar a un lugar desierto entre un grupo de altos edificios de ladrillo. Yusuf escogió uno, cuyas elevadas paredes estaban decoradas con unas plataformas horizontales de teja, que sobresalían a intervalos de tres metros. Salió corriendo hacia el edificio y saltó sobre un par de barriles de agua colocados cerca. Brincó hacia arriba, soltó su hoja gancho y la usó para agarrarse a la primera plataforma de tejas que sobresalía, se impulsó con el

gancho para engancharse a la de arriba hasta que estuvo sobre el tejado del edificio. Toda la operación no le llevó más que unos segundos.

Ezio respiró hondo e hizo lo mismo. Consiguió los dos primeros pasos sin dificultad, e incluso le pareció una experiencia excitante, pero estuvo a punto de no poder agarrarse a la tercera hilera y se quedó colgando peligrosamente un momento, hasta que rectificó sin perder el impulso y poco después llegó al tejado junto a Yusuf.

—No dejes de pensar —le dijo Yusuf—. Utiliza el instinto y deja que el gancho haga el trabajo. Creo que con otro par de subidas como esa, ya lo tendrás dominado. Aprendes rápido, Mentor.

—A la fuerza.

Yusuf sonrió. Extendió de nuevo su propia hoja y le enseñó a Ezio el detalle.

—La hoja gancho otomana normal tiene dos partes, ¿ves? El gancho y la hoja. Para poderlas usar una independientemente de la otra. Un diseño elegante, ¿no?

—Es una lástima que no tuviera una de estas en el pasado.

—Tal vez no la necesitaste. ¡Ven!

Saltó por los tejados y Ezio le siguió, al tiempo que recordaba los días lejanos en que perseguía a su hermano Federico por los tejados de Florencia. Yusuf le llevó a lugares donde pudo practicar un poco más, lejos de miradas curiosas. En cuanto Ezio logró subir tres veces, cada vez con más confianza, Yusuf se volvió hacia él y dijo, con brillo en los ojos:

—Todavía falta para que anochezca. ¿Qué tal si probamos un desafío mayor?

—*Va bene*. —Ezio sonrió abiertamente—. Vamos.

Yusuf salió corriendo de nuevo, por las calles vacías, hasta que llegaron al pie de la Torre de Gálata.

—En época de paz no apostan a los guardias hasta que las antorchas están encendidas en los parapetos. No nos molestarán. Vamos.

Ezio alzó la vista hacia la enorme altura de la torre y tragó saliva.

—No pasará nada. Sígueme, coge carrerilla y déjate ir. Tan solo lánzate. Y repito, deja que el gancho haga el trabajo duro. Hay muchos rincones y ranuras en la mampostería. Tendrás sitios de sobra para engancharte.

Yusuf rio despreocupado para animarle, y se puso en marcha. Utilizaba la hoja con tanta habilidad que parecía que estaba caminando —corriendo, incluso— por la pared de la torre. Unos instantes más tarde, Ezio, jadeando pero triunfal, se unió a él en el tejado y miró a su alrededor. Como había dicho el joven del barco, las vistas de la ciudad eran sensacionales. Ezio no tuvo que esperar el permiso de un burócrata para contemplarlas. Identificó todos los edificios famosos que el joven le había señalado desde la cubierta del *baghlah* y aprovechó la oportunidad para familiarizarse con la distribución de la ciudad. Otra parte de su mente se limitó a empaparse de su belleza bajo la luz dorada y rojiza de la puesta de sol. Aquella luz le recordaba el color del pelo de la hermosa mujer que viajaba en el barco y que le había ignorado.

—Bienvenido a Estambul, Mentor —dijo Yusuf, observando su rostro—. La Encrucijada del Mundo.

—Ahora entiendo por qué la llaman así.

—Muchas generaciones de hombres han gobernado esta ciudad, pero nunca la han sometido. De cualquier yugo que le coloquen al cuello, de cualquier abandono o saqueo que le inflijan, ella siempre se rehace.

—Parece un buen hogar.

—Lo es.

Al cabo de uno o dos minutos, Yusuf se acercó al borde de la torre y miró hacia abajo. Se volvió hacia Ezio otra vez.

—¿Una carrera hasta el final? —preguntó, y, sin esperar respuesta, se tiró del parapeto en un increíble Salto de Fe.

Ezio observó cómo caía en picado como un halcón, y para aterrizar sano y salvo en un carro de heno que ya había escogido, a cincuenta y tres metros de distancia. Ezio suspiró e hizo una pausa para contemplar con asombro, una vez más, la ciudad que se extendía a sus pies. La Gran Ciudad. La Primera Ciudad. La heredera de la Antigua Roma. Constantinopla tenía miles de años y había sido el hogar de cientos de miles de habitantes en otra época, en un pasado no tan lejano, en el que Roma y Florencia no eran más que meras aldeas en comparación. Había sido saqueada y devastada, y sabía que su belleza legendaria del pasado ya no

volvería; pero siempre había sobrecogido a sus atacantes y a los que querían reducirla; y, como Yusuf había dicho, nunca la habían dominado de verdad.

Ezio miró a su alrededor por última vez, examinó el horizonte con su vista certera, y reprimió la profunda tristeza que inundaba su corazón.

Entonces, le llegó el momento de dar su propio Salto de Fe.



CAPÍTULO 20

A la mañana siguiente, Ezio y Yusuf estaban sentados en el patio del cuartel general de los Asesinos, estudiando minuciosamente unos mapas que había extendidos sobre la mesa, planificando cuál sería su próximo movimiento. Sus mentes no albergaban la menor duda de que los mensajeros de los Templarios en Masyaf llegarían muy pronto, si no lo habían hecho ya, lo cual obligaba a anticiparse a un ataque coordinado de los Templarios.

—La organización templaria es como una hidra —rumió Ezio—. Si le cortas una cabeza, salen dos.

—No en Roma, Mentor. Ya lo has visto.

Ezio permaneció callado. Con el pulgar tocó el filo de la hoja gancho que estaba engrasando.

—Me ha impresionado mucho esta arma, Yusuf. Mis hermanos en Roma le sacarían provecho si la tuvieran como parte de su equipo.

—No es un diseño difícil de copiar —respondió Yusuf—. Las cosas como son.

—Necesito practicar más —dijo Ezio, sin darse cuenta de que lo conseguiría pronto, puesto que en aquel momento la puerta de la calle se

abrió de par en par antes de que Azize tuviera tiempo de alcanzarla y Kasim, uno de los tenientes de Yusuf, entró corriendo con los ojos desorbitados.

—Yusuf *bey*, ¡ven rápido!

Yusuf se puso de pie enseguida.

—¿Qué pasa?

—¡Un ataque en ambos frentes! En nuestra guarida de Gálata y en el Gran Bazar.

—Esto no acaba nunca —dijo Yusuf, enfadado—. Todos los días, las mismas malas noticias. —Se volvió hacia Ezio—. ¿Podría ser este el gran ataque que temías?

—No tengo modo de saberlo, pero tendremos que hacernos cargo.

—Por supuesto. ¿Tienes ganas de manejar la espada?

—Creo que ya conoces la respuesta. Haré lo que haga falta.

—¡Así me gusta! ¡Ha llegado el momento de poner en práctica tu hoja gancho! ¡Vamos!



CAPÍTULO 21

En cuestión de segundos, echaron a correr por los tejados en dirección a la guarida de Gálata. Conforme se acercaban, descendieron a la calle para llamar menos la atención a los ballesteros bizantinos. Pero encontraron el camino bloqueado por una unidad de mercenarios, armados hasta arriba, que les ordenaron, amenazadoramente, que volvieran sobre sus pasos. Fingieron retroceder un poco y hablaron entre ellos.

—Usa tu hoja gancho, Mentor —dijo Yusuf—. Hay una manera segura de pasar por delante de esos matones con la máxima velocidad y el mínimo alboroto.

—Me parece bien.

—Mira. Lo llamamos un gancho y vuelta.

Sin más preámbulos, Yusuf se colocó de cara a la fila de hombres desplegados por la calle. Escogió uno y corrió hacia él a gran velocidad. Antes de que el hombre o cualquiera de sus compañeros pudiera reaccionar, Yusuf saltó inmediatamente en el aire enfrente de su objetivo, proyectando su cuerpo hacia delante con la hoja gancho accionada y el brazo derecho hacia abajo para clavar el gancho en la parte de atrás del cinturón del

hombre. A continuación, Yusuf dio una voltereta por encima del guerrero, al tiempo que soltaba la hoja y seguía corriendo como un rayo para alejarse de los estupefactos mercenarios. Antes de que les diera tiempo a reagruparse del todo, Ezio siguió el ejemplo de Yusuf. Mientras daba una voltereta sobre el hombre, consiguió agarrarle por el cuello y tirarle al suelo unos pasos detrás de él, y continuó corriendo para reunirse con su compañero.

Pero delante había más guardias a los que enfrentarse y, al hacerlo, Ezio aprendió otra técnica de su amigo *seljuk*. En esta ocasión, Yusuf bajó el gancho y se agachó al acercarse a su objetivo. Llevó el arma alrededor de uno de los tobillos de su oponente y le derribó al pasar. Una vez más, Ezio copió sus movimientos y pronto alcanzó al líder de los Asesinos de Estambul.

—Y eso es lo que llamamos gancho y huida. —Yusuf sonrió—. Pero veo que te sale con naturalidad. Un trabajo excelente.

—Casi tropiezo ahí atrás. Tengo que mejorar.

—Practicarás mucho.

—¡Cuidado, ahí vienen más!

Estaban en la intersección de cuatro calles, vacías en ese momento. La pelea había hecho que los ciudadanos de a pie se escondieran dentro de los edificios y cerraran las puertas. Pero Yusuf y Ezio estaban acorralados. Cuantiosas brigadas de bizantinos avanzaban hacia ellos por todas partes con gran estruendo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ezio, que desenvainó su espada y activó la hoja oculta de su mano izquierda.

—Guárdala, Mentor. Aquí, cuando un Asesino se cansa de correr, se lanza al aire.

Ezio enseguida siguió a Yusuf cuando se puso a escalar la pared más cercana, ayudándose con el gancho, con una destreza cada vez mayor. En cuanto volvieron a estar en los tejados, Ezio advirtió que, en aquella zona, había muchos con resistentes postes verticales de madera, de los que salían unas cuerdas tensas, alquitranadas. Iban hacia arriba y hacia abajo, a otros postes de otros tejados, conectados por una serie de poleas, bloques y aparejos. Uno de aquellos estaba en su tejado, a su lado.

—Introdujimos este sistema para transportar productos de almacén en almacén, de los almacenes a las tiendas —le aclaró Yusuf—. Los hay en varios distritos de la ciudad. Es mucho más rápido que usar las calles, porque son demasiado estrechas y normalmente están abarrotadas. Y para nosotros también es mucho más rápido.

Ezio miró hacia abajo, donde los bizantinos estaban intentando entrar en el edificio donde ellos estaban. Tenían una armadura demasiado pesada para escalar y habían decidido ir a por ellos por el interior.

—Será mejor que nos demos prisa.

—Utiliza la hoja gancho para esto también —dijo Yusuf—. Engánchala a la cuerda, agárrate fuerte y déjate ir. ¡Por supuesto, solo funciona cuesta abajo!

—Estoy empezando a comprender por qué construisteis esta arma. Es perfecta para Constantinopla.

—Y que lo digas. —Yusuf echó un vistazo abajo, a la calle—. Pero tienes razón, debemos apresurarnos.

Examinó brevemente los tejados de alrededor. A unos noventa metros, en el tejado de un edificio más abajo de donde se encontraban, vio a un explorador bizantino, de espaldas a ellos, contemplando la ciudad que se extendía a sus pies.

—¿Ves a ese hombre? —dijo Yusuf.

—Sí.

—Y hay otro, justo allí, a la izquierda, en el tejado contiguo.

—Lo veo.

—Vamos a sacarlos de ahí. —Yusuf extendió su hoja gancho e hizo un corte en la cuerda. Levantó una mano a modo de advertencia cuando Ezio estaba a punto de hacer lo mismo—. No me sigas de inmediato. Deja que te lo enseñe.

—Me alegra conocer las costumbres de tu país.

—Llamamos a esto «tirolina». ¡Mira!

Yusuf esperó hasta que un segundo explorador se puso a mirar en otra dirección y luego dejó que la cuerda soportara su peso. Se tensó un poco, pero aguantó. Después balanceó el cuerpo y en cuestión de segundos estaba deslizándose en silencio, por la cuerda, hacia el primer explorador

desprevenido. En el último momento, accionó la hoja gancho y se lanzó a unos pasos del objetivo para cortar al hombre en el costado. Cogió el cuerpo del explorador caído y lo bajó con cuidado al suelo, antes de guarecerse tras una pequeña edificación anexa en el tejado. Desde allí, dejó escapar un grito ahogado. Esto alertó al segundo explorador, que se volvió rápidamente para mirar en la dirección de la que procedía el sonido.

—¡Ayúdame, compañero! ¡Asesinos! —dijo Yusuf en griego, en tono angustiado.

—¡Aguanta! ¡Ya voy! —gritó el segundo explorador, que echó a correr por el tejado para ayudar a su compañero.

En aquel momento, Yusuf le hizo una seña a Ezio, que pasó como una bala por la cuerda a tiempo de caer fatalmente sobre el segundo explorador, que para entonces estaba de rodillas junto al cuerpo de su compañero caído.

Yusuf se acercó a los dos cuerpos.

—Ni siquiera sudas —dijo Yusuf, riéndose. Después se puso serio inmediatamente y continuó—: Ya veo que puedes cuidarte solo, por lo que creo que ha llegado la hora de separarnos. Será mejor que yo me dirija al Bazar para ver qué ha pasado en nuestra guarida de allí. Ve tú a Gálata para ayudar a los de esa zona.

—Dime el camino.

Yusuf señaló por los tejados.

—¿Ves esa torre?

—Sí.

—La guarida está al lado. No puedo estar en dos lugares a la vez, pero ahora tú estás aquí y no tengo que hacerlo. Gracias a Alá que viniste, Mentor. Sin tu ayuda…

—Lo has hecho muy bien hasta ahora.

Yusuf le cogió de la mano.

—*Haydi rastgele*, Ezio. ¡Buena suerte!

—Buena suerte a ti también.

Yusuf se dirigió al sur mientras Ezio corría por las tejas rojizas de los tejados hasta que encontró otro sistema de cuerdas. Se movió rápido, sin oposición de poste en poste, viajando mucho más deprisa de lo que habría

conseguido a pie, y enseguida llegó a la base de la torre y a su siguiente batalla.



CAPÍTULO 22

Ezio llegó durante una tregua en la pelea y se las arregló para colarse en la guarida sin que le vieran. Allí, lo recibió Dogan, uno de los tenientes Asesinos que había conocido poco antes.

—Mentor, es un honor. ¿No os acompaña Yusuf?

—No, han organizado otro ataque, en vuestra guarida junto al Gran Bazar. Va de camino hacia allí. —Ezio hizo una pausa—. ¿Cuál es la situación?

Dogan se secó la frente.

—Hemos forzado la retirada de la vanguardia, pero tan solo porque están esperando refuerzos.

—¿Están preparados tus hombres?

Dogan sonrió a Ezio con ironía, animado por el entusiasmo y la confianza del Mentor.

—¡Ahora que estáis aquí, sí!

—¿De dónde es probable que venga el próximo ataque?

—Del flanco norte. Creen que es el más débil.

—¡Entonces será mejor que nos aseguremos de que sea el más fuerte!

Dogan reubicó a sus Asesinos según las instrucciones de Ezio y cuando los Templarios lanzaron su contraataque, estaban preparados.

La lucha fue tan encarnizada como breve y terminó con quince mercenarios templarios muertos en la plaza, cerca de la torre donde estaba la guarida. En la tropa asesina había una mujer y dos hombres heridos, pero ninguna víctima mortal. Había sido una derrota aplastante para los Templarios.

—Tardarán en volver —le dijo Dogan a Ezio cuando terminó todo.

—Esperemos que sí. Según mi experiencia con los Templarios, no les gusta que les venzan.

—Pues si lo intentan de nuevo por aquí, tendrán que empezar a acostumbrarse.

Ezio sonrió y le dio unas palmaditas a Dogan en el hombro.

—¡Así me gusta!

Se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vais ahora? —preguntó Dogan.

—Voy a reunirme con Yusuf en la guarida del Gran Bazar. Avísame si se reagrupan los Templarios.

—En ese caso improbable, seréis el primero en saberlo.

—Y atiende a tus heridos. A tu sargento le hicieron un buen corte en la cabeza.

—Le están curando mientras hablamos.

—¿Puedo llegar hasta allí utilizando el sistema de tirolinas?

—En cuanto lleguéis a la orilla sur del Cuerno. Pero debéis cruzarlo en *ferry*. Es la manera más rápida de llegar a la península.

—¿En *ferry*?

—Tenía que haber un puente, pero por alguna razón no lo construyeron nunca.

—Ah, sí —dijo Ezio—. Recuerdo que alguien me lo mencionó. —Le tendió la mano sonriendo—. *Allaha ismarladik* —dijo.

—*Güle güle*.

Dogan le devolvió la sonrisa.

La guarida a la que Ezio debía llegar estaba ubicada no muy lejos del Bazar, en el Distrito Imperial, entre el mismo Bazar y la antigua iglesia de Hagia Sofia, convertida ahora por los otomanos en una mezquita. Pero la pelea tenía lugar a poca distancia, al suroeste, cerca de los muelles de la orilla sur de la ciudad. Se quedó un momento en el tejado, observando la batalla, que crecía en las calles y en los muelles a sus pies. Cerca de él había una cuerda atada a una estaca de madera y que llegaba hasta un punto no muy lejano, donde podía ver a Yusuf, de espaldas a las aguas de la dársena, en plena refriega. Yusuf esquivaba a media docena de fornidos mercenarios y sus compañeros estaban demasiado ocupados para ir en su ayuda. Ezio colgó el gancho en la cuerda y descendió. Saltó de la cuerda desde una altura de tres metros y medio, extendió los brazos y las piernas, con la hoja oculta de la mano izquierda accionada, y cayó sobre la espalda de dos de los atacantes de Yusuf, que terminaron en el suelo despatarrados. Murieron antes de poder reaccionar, y Ezio se colocó encima de ellos mientras los otros cuatro de su grupo se volvían para mirarle, lo que le dio a Yusuf suficiente respiro para acercarse poco a poco a su flanco. Ezio seguía con su hoja gancho extendida.

Mientras los cuatro soldados de caballería se lanzaban sobre Ezio rugiendo, Yusuf se abalanzó sobre ellos desde el lateral, con su propia hoja oculta activada para entrar en juego. Un soldado enorme estaba casi encima de Ezio y le había hecho retroceder hasta la pared de un almacén, cuando el Asesino recordó la técnica del gancho y vuelta, y la usó para escapar y derribar a su oponente. Apuñaló con la hoja oculta el cuerpo del hombre que se contorsionaba para darle el golpe de gracia. Entretanto, Yusuf había despachado a dos de los otros, mientras el superviviente huía.

En otro punto la violenta contienda se calmó cuando la brigada de Yusuf superó a los Templarios, que al final salieron huyendo, maldiciendo, hacia las entrañas de la ciudad, al norte.

—Me alegro de que llegaras a tiempo de conocer a nuestros nuevos compañeros de juegos —comentó Yusuf mientras limpiaba y enfundaba su

espada, y Ezio hacía lo mismo—. Has luchado como un tigre, amigo mío, como un hombre que llega tarde a su propia… boda.

—¿No querrás decir «funeral»?

—No te importaría llegar tarde a eso.

—Bueno, estamos hablando de una boda y yo ya llego veinticinco años tarde para eso. —Ezio apartó el familiar estado de humor ensombrecido y se irguió—. ¿He llegado a tiempo de salvar la guarida del Bazar?

Yusuf se encogió de hombros, con pesar.

—¡Por desgracia, no! Tan solo conseguimos salvar nuestro propio pellejo. Por desgracia, llegué demasiado tarde para recuperarla. Estaban muy bien afianzados.

—No desesperes. La guarida de Gálata está a salvo. Los Asesinos que usamos allí pueden unirse a nosotros aquí.

Yusuf se animó.

—¡Con mi «ejército» duplicado, recuperaremos el Bazar! ¡Vamos! ¡Por aquí!



CAPÍTULO 23

Recorrieron las calles del mercado y el enorme laberinto rutilante del mismo zoco, el espléndido y frenético Gran Bazar dorado y rojo, con sus miles de tiendecitas que vendían de todo, desde perfumes hasta especias, pasando por piel de borrego, costosas alfombras persas de Isfahán y Kabul, muebles de cedro, espadas y armaduras, cafeteras de latón y plata con pitorros que recordaban a serpientes y cuellos alargados, vasos con forma de tulipanes para el té y unos más largos y estrechos para el *sharbat*. Una cornucopia que vendía todo lo del mundo que un hombre pudiera imaginar o desear, en medio de la confusión de las voces de los comerciantes que se alzaban al menos en una docena de idiomas diferentes.

En cuanto salieron del lado noreste, llegaron a calles más cercanas a la guarida. Allí, la presencia templaria era fuerte. De los edificios colgaban sus estandartes y, por lo que vio Ezio, los mercaderes que tenían negocios por esa zona sufrían frecuentemente el acoso o la intimidación de los matones bizantinos.

—Como puedes comprobar —le estaba diciendo Yusuf—, cuando los Templarios toman un distrito, les gusta hacer alarde. Es una pelea constante

mantenerlos a raya, no hay nada que les guste más que darnos en las narices cada vez que disfrutan de una victoria.

—Pero ¿por qué el sultán no hace nada? ¡Esta es su ciudad!

—El sultán Bayezid está muy lejos. Aquí los otomanos no tienen suficientes recursos para mantener la situación bajo control. Si no fuera por nosotros… —Yusuf se calló y continuó desde otro punto de vista—. El sultán está guerreando contra su hijo Selim a muchas leguas al noroeste de la ciudad. Lleva años fuera, al menos desde el gran terremoto de 1509, e incluso antes estaba casi siempre ausente. No quiere ver todos estos conflictos.

—¿El terremoto?

Ezio recordó que aquella noticia había llegado hasta Roma. Más de cien mezquitas habían quedado reducidas a escombros, junto con mil edificios más, y unos diez mil ciudadanos habían perdido la vida.

—Deberías haberlo visto. Lo llamamos el Ensayo del Día del Juicio Final. Las olas gigantescas que creó el mar de Mármara casi derribaron los muros del sur. Pero el sultán mantuvo los ojos cerrados, incluso ante aquella advertencia.

—Ah, pero vuestros ojos sí estaban abiertos, ¿verdad?

—Como platos. Créeme.

Habían llegado a una gran *karesi*, abarrotada de mercenarios templarios, que comenzaron a mirarles con recelo mientras atravesaban la plaza.

—Son demasiados para entablar combate directamente —dijo Yusuf—. Será mejor que utilicemos una de estas.

Hurgó en una bolsa que llevaba en el costado y sacó una bomba.

—¿Qué es eso? ¿Una bomba de humo? —preguntó Ezio—. Hmmm. No estoy seguro de que nos ayude en este caso.

Yusuf se rio.

—¿Una bomba de humo? Querido Ezio, Mentor, ha llegado el momento de que los italianos entréis en el siglo dieciséis. Estas bombas no confunden, sino que distraen. Observa.

Ezio retrocedió cuando Yusuf lanzó la bomba a cierta distancia. Explotó sin causar daños, pero envió al aire una lluvia de, al parecer, pequeñas monedas de oro, que cayeron sobre los mercenarios. Enseguida les llamó la

atención y apartaron la vista de Ezio y Yusuf cuando salieron corriendo a recoger las monedas, apartando a empujones a los civiles que trataban de hacer lo mismo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ezio, asombrado, mientras continuaban su camino, ahora sin temor a ser importunados.

Yusuf sonrió con picardía.

—Eso es lo que llamamos una Bomba de Oro. Está llena de monedas hechas de pirita. Tienen exactamente el mismo aspecto que las monedas de oro, pero su fabricación es muy barata.

Ezio observó cómo los soldados de caballería se dispersaban, ajenos a todo lo que les rodeaba, salvo el Oro de Tontos.

—¿Ves? —dijo Yusuf—. No pueden resistirse. Pero vayámonos antes de que las recojan todas.

—Estás lleno de sorpresas.

—Los explosivos son nuestro nuevo pasatiempo. Sacamos la idea de los chinos. Le ponemos mucha pasión.

—Está claro que me estoy oxidando. Pero un amigo mío una vez hizo unas granadas, en España, hace mucho tiempo, así que conozco algo el tema. Tendrás que enseñarme las nuevas técnicas.

—Con mucho gusto. Pero ¿quién es aquí el Mentor, Ezio? Estoy empezando a preguntármelo.

—¡Cuánto descaro, Asesino!

Ezio sonrió abiertamente y le dio una palmada en el hombro a Yusuf.

La estrecha calle por la que pasaban daba a otra plaza y, aquí de nuevo, en un distrito infestado de Templarios, había otro grupo grande de mercenarios bizantinos. Habían oído el alboroto de la *karesi* de al lado y parecían nerviosos. Yusuf sacó de su bolsa un puñado de bombas pequeñas y se las dio a Ezio.

—Es tu turno —dijo—. Haz que me sienta orgulloso. Tenemos el viento detrás, así que deberíamos acertar.

Los bizantinos estaban preparados para los dos Asesinos, con las espadas desenvainadas. Ezio tiró de las anillas de las tres bombas que sostenía y las lanzó hacia los mercenarios que se aproximaban. Explotaron al entrar en contacto con el suelo, con unos estallidos inofensivos, y por un

momento pareció que no había sucedido nada. Pero los soldados templarios vacilaron y se miraron entre ellos. Comenzaron a sentir náuseas y se frotaron los uniformes, que estaban cubiertos de un líquido viscoso y fétido. Enseguida se batieron en retirada.

—Ahí van —dijo Yusuf—. Pasarán días hasta que sus mujeres les dejen volver a la cama.

—¿Otra de tus sorpresas?

—Bombas de aceite de mofeta. Muy efectivas si calculas el momento y ¡te alejas de la fuerza del viento dominante!

—Gracias por el aviso.

—¿Qué aviso?

—Exacto.

—Deprisa. Ya casi hemos llegado.

Cruzaron la *karesi* hasta llegar a otra calle, más ancha esta vez, pero atiborrada de lo que parecían tiendas cerradas con tablas. Yusuf se detuvo junto a una de ellas y empujó con cuidado la puerta, que se abrió. Más allá había un sencillo y pequeño patio con unos pocos barriles y cajas de embalaje amontonados en la pared del fondo. En medio había una trampilla abierta, con escalones de piedra que llevaban a un piso inferior. Una torre se alzaba en la esquina trasera izquierda del patio.

—Como pensaba —dijo Yusuf, que se volvió hacia Ezio para hablarle con urgencia—. Esta es una de nuestras guaridas clandestinas. Parece desierta, pero abajo los Templarios la tienen bien vigilada. Entre su chusma hay un capitán templario. ¿Puedo pedirte que lo encuentres y lo mates?

—Os devolveré vuestra guarida.

—Bien. Cuando lo hayas hecho, trepa por esa torre y enciende una bengala que encontrarás allí. Es otra de nuestras bombas, una copia de las bengalas que utilizan los Templarios para indicar su retirada.

—¿Y tú?

—Los Templarios de la plaza no tardarán mucho en darse cuenta de lo que ha pasado, así que volveré para encontrar un modo de evitar que nos sigan y que envíen refuerzos a sus amigos. Tengo un par de bombas fósforo sujetas al cinturón de la túnica. Deberían resolver el problema.

—Entonces ¿sigues usando las tradicionales pantallas de humo?

Yusuf asintió.

—Sí, pero estas son bastante asquerosas, así que… —Se tapó la nariz y la boca con un pañuelo—. Y antes de que me vaya, aún tengo guardado en la manga un truquito más que debería sacar a los conejos de su madriguera. No quiero que vayas a la guarida y luches con esos matones en la penumbra. En cuanto aparezcan, deberías ser capaz de derribarlos sin mucho problema. —De su bolsa sacó una última bomba, parecida a una granada, que sopesó un momento—. Accionaré esto ahora y después me marcharé. Tenemos que neutralizar a ambos grupos de Templarios a la vez o estaremos perdidos. Tápate los oídos. Se trata de una bomba-cereza rellena de azufre, así que sonará como un trueno. Les hará vomitar pero no quiero que te estallen los tímpanos.

Ezio hizo lo que le mandaron, retrocedió a una posición estratégica en la parte sombreada del patio, con una buena vista de la trampilla. Cambió la hoja oculta de la mano izquierda por el arnés adaptado a la pistola, ya que prefería quedarse con la hoja gancho para luchar de cerca. Yusuf, junto a la calle, lanzó su bomba-cereza al otro extremo del patio y luego desapareció.

Hizo tanto ruido como un pedo infernal, y Ezio, aunque se había tapado bien las orejas con la capucha, sintió una réplica en la cabeza. La sacudió para aclararla y, mientras lo hacía, diez Templarios, encabezados por un capitán de nariz enrojecida, salieron de la trampilla hacia la luz del sol y miraron a su alrededor, aterrorizados. Ezio se acercó rápidamente y derribó a tres antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Al utilizar la hoja gancho pudo matar a otros tres en el siguiente minuto del combate. Tres más salieron corriendo en cuanto oyeron otras dos explosiones, seguidas poco después por el ligero olor a humo en la brisa.

—Una coordinación perfecta, Yusuf —murmuró Ezio para sus adentros.

El capitán de la cohorte se quedó para enfrentarse a Ezio. Un hombre musculoso, bizco, con unas hombreras negras, muy usadas, sobre su túnica rojo oscuro. Con la mano derecha sostenía una pesada Damasco y con la izquierda, un puñal curvo, de aspecto terrible y con una punta mordaz.

—Romper y rajar —dijo el capitán con voz ronca—. Te clavaré el puñal y te rebanaré el cuello con la espada. Estás muerto, Asesino.

—Ha llegado la hora de que los Templarios lleguéis al siglo dieciséis —respondió Ezio y levantó el brazo izquierdo para correr la pistola hasta su mano. Disparó, pensando que a aquella distancia no podía fallar, aunque fuera con la izquierda, y, como era de esperar, la bala se hundió en el hueso, justo entre los ojos del capitán.

Estaba aún cayendo de rodillas cuando Ezio cruzó el patio, saltó encima de uno de los barriles a la venta, y utilizó la hoja gancho para subir al punto más alto de la torre.

No habían descubierto ni tocado la bengala que le había dicho Yusuf. Había un pequeño mortero y Ezio lo cargó con la bengala. Poco después, salió rápidamente hacia el cielo, dejando el rastro de una llama y humo violeta.

Cuando volvió al pie de la torre, Yusuf le estaba esperando.

—No me extraña que seáis nuestro Mentor —dijo el Asesino *seljuk*—. No podríais haberlo calculado mejor. —Sonrió, triunfante—. Los Templarios se están retirando de todos los frentes.



CAPÍTULO 24

La guarida del Bazar estaba sorprendentemente limpia y ordenada, dada la reciente ocupación de los Templarios.

—¿Ha habido daños? —le preguntó Ezio a Yusuf, mientras su compañero turco tenía la vista clavada en el techo.

—No que yo vea. Los Templarios bizantinos puede que sean malos anfitriones, pero son unos inquilinos excelentes. Cuando se instalan en un sitio, les gusta mantenerlo intacto.

—¿Porque su intención es quedarse?

—¡Exacto! —Yusuf se frotó las manos—. Debemos aprovecharnos de nuestras pequeñas victorias y prepararnos para la lucha contra nuestros amigos griegos —dijo—. Te he enseñado cómo usar algunas de nuestras bombas, pero sería mejor si supieras cómo fabricarlas.

—¿Hay alguien aquí que pueda enseñarme?

—¡Por supuesto! ¡El mismo maestro! Piri Reis.

—¿Piri Reis es… es uno de los nuestros?

—Es una manera de decirlo. Le gusta mantenerse distante. Pero sí, está de nuestro lado.

—Creía que era más bien cartógrafo —dijo Ezio al recordar el mapa de Chipre que Ma’Mun le había dado.

—Cartógrafo, marino, pirata… Aunque está subiendo rápidamente los escalafones de la marina otomana. Se le da bien todo. Y conoce Estambul (Kostantiniyye) como la palma de su mano.

—Bien, porque hay algo que quiero preguntarle sobre la ciudad que tal vez sepa, aparte de cómo hacer bombas. ¿Cuándo podré conocerle?

—No hay mejor momento que el presente. Y no estamos para perderlo. ¿Estás bien tras la última refriega? ¿Necesitas descansar?

—No.

—¡Bien! Te llevaré con él ahora. Su taller no está lejos de aquí.

Piri Reis —el almirante Piri Reis— tenía un pequeño conjunto de habitaciones en un segundo piso de planta abierta, en la zona norte del Gran Bazar, cuyas altas ventanas arrojaban una luz clara y fría sobre un puñado de mesas de mapas, cuidadosamente colocadas sobre el suelo de teca de un estudio estrecho. Del mismo modo, estaban cuidadosamente extendidos sobre las mesas muchos mapas variados que Ezio no había visto nunca y, junto a ellos, había sentados unos cuantos ayudantes que trabajaban con diligencia, en silencio. Las paredes al oeste y al sur del taller estaban adornadas con más mapas, todos ellos sujetos perfectamente, encajados unos con otros. Cinco grandes globos terráqueos, uno en cada rincón y otro en el centro de la habitación, completaban la escena. Los globos también eran trabajos en proceso y la tinta fresca de algunas partes mostraba los últimos descubrimientos añadidos.

La pared al oeste también estaba cubierta con detallados dibujos técnicos, realizados por un experto; pero, cuando Ezio echó un vistazo, comprobó que estos eran diseños de bombas. Mientras cruzaba la estancia hacia donde Piri se hallaba sentado, pudo leer que los dibujos de bombas estaban divididos en categorías: letales, tácticas, de distracción y con cubierta especial. Había un hueco en la pared lo bastante grande como para contener una mesa de trabajo y detrás, dispuestas con precisión, había una serie de herramientas metalúrgicas, colocadas en estanterías.

Aquello contrastaba con el caos en el que le gustaba trabajar a Leonardo, pensó Ezio, sonriendo para sus adentros al recordar a su amigo.

Yusuf y Ezio encontraron a Piri trabajando ante una mesa grande de dibujo, directamente debajo de las ventanas. Tenía seis o siete años menos que Ezio, era un hombre moreno, de piel curtida y figura robusta y saludable. Llevaba un turbante de seda azul y debajo, su rostro fuerte reflejaba en aquel momento una expresión de intensa concentración mientras contemplaba su trabajo con unos ojos penetrantes, de color gris claro. Su exuberante barba castaña, bien recortada, aunque la llevaba larga, le tapaba el cuello alto de la túnica con brocados de plata. Unos pantalones anchos y azules, junto con unos zuecos sencillos de madera, completaban su atuendo.

Evaluó a Ezio con la mirada y el observado le imitó, mientras Yusuf hacía las presentaciones.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó Piri.

—Ezio. Ezio Auditore da Firenze.

—Ah, sí. Por un momento pensé que Yusuf había dicho «Tenorio». No oí la diferencia.

Miró a Ezio y este habría jurado ver un brillo en sus ojos. ¿Le precedía su reputación, al menos en una cosa? Pensó que le iba a gustar aquel hombre.

—He visto tu trabajo, tus mapas —comenzó a decir Ezio—. Me regalaron una copia de uno que hiciste para Chipre.

—¿Ah, sí? —respondió el marinero con brusquedad. Estaba claro que no le gustaba que interrumpieran su trabajo. O al menos esa era la impresión que quería dar.

—Pero es otro aspecto de tu pericia sobre el que vengo hoy a buscar tu consejo.

—El mapa de Chipre es bueno —dijo Piri, ignorando el comentario de Ezio—. Pero lo he mejorado. Enséñame el tuyo.

Ezio vaciló.

—Ya no lo tengo —confesó—. Se lo di a un amigo.

Piri alzó la vista.

—Muy generoso por tu parte —dijo—. ¿Sabes cuánto valen mis mapas?

—Sí. Pero le debía a aquel hombre mi vida. —Ezio volvió a vacilar—. Es marinero, como tú.

—Hmm. ¿Cómo se llama? A lo mejor he oído hablar de él.

—Es un mameluco. Se le conoce por el nombre de al-Scarab.

Piri de repente sonrió.

—¡Ese viejo bribón! Bueno, espero que le dé buen uso. Al menos ha aprendido a no engañarnos. —Se volvió hacia Yusuf—. ¡Yusuf! ¿Qué haces todavía ahí? ¿No tienes nada mejor que hacer? Quítate de en medio y déjame a solas con tu amigo. Me encargaré de que tenga todo lo que necesita. ¡Los amigos de al-Scarab son amigos míos!

Yusuf sonrió abiertamente y se dispuso a marcharse.

—Sabía que te dejaba en buenas manos —dijo.

Cuando se quedaron solos, Piri se puso más serio.

—Sé quién eres, Ezio, y me hago una idea de por qué estás aquí. ¿Quieres algo de beber? Tenemos café, si te apetece.

—Al final le cogí el gusto.

—¡Bien!

Piri dio una palmada para avisar a uno de sus ayudantes, que asintió y fue a la parte trasera del taller, para volver poco después llevando una bandeja de latón con una cafetera jaspeada, unas tazas diminutas y un plato de dulces blandos, color ámbar, que Ezio jamás había probado.

—Recuerdo a al-Scarab de mis días de corsario —dijo Piri—. Luchamos codo con codo en las batallas de Lepanto, hace unos doce años o así, bajo la bandera de mi tío Kemal. Sin duda habrás oído hablar de él.

—Sí.

—Los españoles lucharon contra nosotros como tigres, pero no pienso lo mismo de los genoveses o los venecianos. Eres florentino, ¿no?

—Sí.

—Entonces eres marinero de agua dulce.

—Mi familia eran banqueros.

—¡Sí, en apariencia! Pero debajo había algo mucho menos noble.

—Como ves, el oficio de banquero no corre por mis venas como el de marino por las tuyas.

Piri se rio.

—¡Bien dicho! —Bebió de su café e hizo un gesto de dolor al quemarse los labios. Después se levantó del taburete, se desperezó y dejó la pluma—. Basta de cháchara. He visto que estabas mirando los dibujos en los que estoy trabajando. ¿Los entiendes?

—Veo que no son mapas.

—¿Acaso son mapas lo que buscas?

—Sí y no. Hay una cosa que quiero preguntarte, sobre la ciudad, antes de que nos pongamos a hablar de otra cosa.

Piri extendió las manos.

—Adelante.

Ezio sacó de la bolsa en su costado el libro de Nicolás Polo, *La cruzada secreta*, y se lo enseñó a Piri.

—Interesante —dijo el marinero—. Desde luego que conozco todo sobre la familia Polo. He leído el libro de Marco. Aunque exagera un poco, en mi opinión.

—Se lo cogí a un Templario en Masyaf. Yusuf lo conoce y también la información que contiene.

—¿Masyaf? Así que has estado allí.

—Menciona las cinco llaves de la biblioteca de Altaïr. Según lo que he leído, Altaïr le confió las llaves a Nicolás, y él las trajo aquí para esconderlas.

—¿Y los Templarios lo saben? Entonces es una carrera contrarreloj.

Ezio asintió.

—Ya han encontrado una, oculta en las bodegas del palacio de Topkapi. Tengo que recuperarla y encontrar las otras cuatro.

—Y… ¿por dónde empezarás?

—¿Sabes dónde está ubicado el antiguo establecimiento comercial de los Polo?

Piri le miró.

—Puedo decirte exactamente dónde estaba. Ven aquí. —Le llevó hasta un mapa de Constantinopla, sumamente detallado, que colgaba en una pared, en un sencillo marco dorado. Lo ojeó un instante y después dio unos golpecitos con el dedo índice sobre un lugar—. Está aquí. Justo al oeste de Hagia Sofia. No está muy lejos. ¿Por qué? ¿Hay alguna relación?

—Tengo un presentimiento que debo seguir.

Piri le miró.

—Ese libro es muy valioso —dijo, despacio.

—Sí. Muy valioso, si estoy en lo cierto.

—Bueno, pues asegúrate de que no caiga en manos equivocadas. —Se quedó callado un buen rato, pensando—. Ten cuidado cuando encuentres el antiguo establecimiento comercial de los Polo —le advirtió—. Puede que halles más de lo que habías tenido en cuenta.

—¿Ese comentario requiere una pregunta?

—En tal caso, es una pregunta de la que no tengo respuesta. Tan solo te pido que seas precavido, amigo mío.

Ezio vaciló antes de depositar más confianza en Piri.

—Creo que mi búsqueda empezará en ese lugar. Estoy seguro de que tiene que haber algo escondido allí, que me dará la primera pista.

—Es posible —dijo Piri sin revelar nada—. Pero haz caso a mi advertencia.

Entonces, se animó y se restregó las manos con energía, como si ahuyentara a los demonios.

—Y ahora que hemos resuelto ese asunto, ¿en qué más puedo ayudarte?

—Estoy seguro de que lo has adivinado. Estoy aquí por una misión asesina, tal vez la más importante que jamás haya existido, y Yusuf me dijo que estabas preparado para enseñarme cómo hacer bombas. Las especiales que has desarrollado aquí.

—¡Oh, ese Yusuf es un bocazas! —Piri se puso serio otra vez—. No puedo comprometer mi posición, Ezio. Soy un oficial de navegación, de alto rango, en la marina del sultán y ese es mi trabajo actual. —Señaló con las manos los mapas y entonces guiñó un ojo—. Las bombas son una actividad suplementaria. Pero me gusta ayudar a mis verdaderos amigos en una causa justa.

—Puedes confiar en mi discreción. Así como espero poder confiar en la tuya.

—Bien. Sígueme.

Dicho esto, Piri le llevó hasta un espacioso hueco en la pared oeste.

—Las bombas en realidad son también parte de un proyecto de investigación naval —continuó—. Al servir como soldado, obtuve nociones de artillería y explosivos, y eso le ha venido muy bien a los Asesinos. Nos da ventaja.

Señaló con la mano unos dibujos técnicos.

—He desarrollado muchos tipos de bombas y algunas las reservo tan solo para el uso de tu Hermandad. Como puedes ver, están divididas en cuatro categorías principales. Por supuesto son caras, pero la Hermandad siempre lo ha comprendido.

—Yusuf me dijo que los Asesinos de aquí no tienen muchos fondos.

—La mayoría de las buenas causas están en su misma situación —respondió Piri—, pero Yusuf también está lleno de recursos. Deduzco que sabes cómo usar estas armas.

—Me dieron un curso intensivo.

Piri le miró desapasionadamente.

—Bien. Bueno, como es evidente que te prometió Yusuf, si quieres fabricar tus propias bombas, puedo enseñarte.

Dio la vuelta a la mesa y cogió dos piezas de un metal extraño que había encima. Ezio se inclinó hacia delante, curioso, y cogió una tercera.

—¡Ah, ah, ah! ¡No lo toques! —le advirtió Piri—. ¡Un mal movimiento y BANG! El edificio se viene abajo.

—¿Lo dices en serio?

Piri se rio.

—¡Qué cara has puesto! Te lo enseñaré.

Durante las siguientes horas, Piri Reis le enseñó a Ezio los pasos básicos que entrañaba la fabricación de cada clase de bomba y le dijo los materiales que necesitaba.

Ezio aprendió que cada bomba o granada contenía el ingrediente fundamental de la pólvora, pero no todo estaba diseñado para ser letal. Ya había experimentado las granadas letales cuando había atacado a Cesare Borgia en su huida, en Valencia, hacía cuatro años. Yusuf le había enseñado cómo utilizar bombas de distracción que creaban pantallas de humo, truenos, olores terribles y monedas falsas caídas del cielo. Entre las bombas con efectos letales estaban las que usaban carbonilla, que añadía un fuerte

poder detonador a la pólvora, y las bombas de fragmentación, cuya metralla mataba desordenadamente, abarcando una amplia zona. Las bombas que contenían bolsitas de sangre de cordero dispersaban al oponente, pues creía que le habían herido y le entraba el pánico. Otro tipo de granada no letal, útil para obstaculizar a los perseguidores, era la bomba abrojo, que lanzaba un montón de clavos retorcidos en el camino del enemigo que se acercaba. Tal vez las más desagradables eran las bombas que usaban polvo de datura o belladona.

—La datura y la belladona son dos de las plantas que llamamos «hierbas de las brujas», junto al beleño y la mandrágora —le explicó Piri con cara seria—. No me gusta utilizarlas salvo en casos muy extremos y peligrosos. Cuando explotan en medio de las tropas enemigas, la datura provoca delirio, trastorna el cerebro y causa la muerte. Es tal vez la peor de todas. La belladona produce un gas venenoso que es igual de mortal.

—Los Templarios no dudarían en usarlas contra nosotros, si pudieran.

—Esa es una de las paradojas morales con las que luchará la humanidad hasta el día que se civilice de verdad —respondió Piri—. ¿El mal usa el mal para combatir el mal? ¿Aceptar ese argumento es tan solo una mera justificación para algo que ninguno de nosotros debería hacer?

—Por ahora —dijo Ezio—, no disponemos de tiempo para reflexionar sobre esas preguntas.

—Encontrarás los ingredientes para esas bombas en lugares de la ciudad que Yusuf te indicará —dijo Piri—. Así que mantén los ojos abiertos y la nariz hacia el suelo mientras vagues por las calles.

Ezio se levantó para marcharse. Piri extendió una mano de color nuez.

—Vuelve cuando necesites más ayuda.

Ezio le estrechó la mano y no le sorprendió su firmeza.

—Espero que nos volvamos a ver.

—Oh —dijo Piri con una sonrisa enigmática—, no lo pongo en duda.



CAPÍTULO 25

Siguiendo las instrucciones de Piri Reis, Ezio se dirigió una vez más al Bazar e ignoró los insistentes halagos de los comerciantes, hasta que llegó a la parte oeste de la enorme Hagia Sofia. Casi se perdió en el laberinto de calles y callejones de alrededor, pero al final llegó a un punto que, estaba seguro, era el que le había indicado Piri en el mapa.

Una librería. Con un nombre veneciano sobre la puerta.

Entró y, para su sorpresa y placer apenas contenido, se encontró cara a cara con la joven que había viajado en su barco. Le saludó afectuosamente, pero enseguida se dio cuenta de que tan solo le recibía como un cliente potencial. No había señal de reconocimiento en su rostro.

—*Buon giorno! Merhaba!* —dijo, cambiando automáticamente de italiano a turco—. Por favor, entrad.

Estaba trasteando entre sus existencias y, al volverse, tiró una pila de libros. Ezio echó un vistazo a la tienda y vio que era la antítesis del estudio tan bien ordenado de Piri Reis.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. Perdonad el desorden. No he tenido tiempo de arreglar todo esto desde mi viaje.

—Salisteis desde Rodas, ¿no?

Le miró, sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo sabéis?

—Íbamos en el mismo barco. —Le hizo una pequeña reverencia—. Me llamo Ezio Auditore.

—Y yo soy Sofía Sartor. ¿Nos conocíamos?

Ezio sonrió.

—Ahora sí. ¿Puedo echar un vistazo?

—*Prego*. La mayoría de mis mejores ejemplares están en la parte trasera, por cierto.

Con el pretexto de mirar los libros, amontonados en el aparente caos del laberinto de estanterías que se tambaleaban, Ezio hurgó más allá, en los oscuros confines de la tienda.

—Es agradable conocer a otro italiano en este barrio —dijo Sofía, mientras le seguía—. La mayoría de nosotros se queda en el Distrito Veneciano y en Gálata.

—Yo también me alegro de conoceros. Pero creo que la guerra entre Venecia y el Imperio otomano se ha llevado a muchos italianos. Al fin y al cabo, fue hace solo siete u ocho años.

—Pero Venecia tiene el control de sus islas en el mar Blanco y todos llegaron a un acuerdo —contestó—. Al menos, de momento.

—¿Por eso os quedasteis?

Ella se encogió de hombros.

—Vivía aquí con mis padres cuando era pequeña. Es cierto que cuando comenzó la guerra nos echaron, pero siempre supe que regresaría. —Vaciló —. ¿De dónde sois?

—De Florencia.

—Ah.

—¿Es un problema?

—No, no. He conocido a florentinos muy simpáticos.

—No veo por qué os sorprende tanto.

—Perdonadme. Si tenéis alguna pregunta sobre los libros, avisadme.

—*Grazie*.

—Hay más en el patio de atrás si estáis interesado. —Parecía un poco atribulada—. Por lo visto más de los que soy capaz de vender, para ser sincera.

—¿Qué os llevó a Rodas?

—Los Caballeros de Rodas están inquietos. Saben que los otomanos no han olvidado la idea de tomar la isla. Creen que es cuestión de tiempo. Philippe Villiers de l'Isle Adam estaba vendiendo parte de su biblioteca. Así que era un viaje de compras, por así decirlo. Aunque no tuve mucho éxito. ¡Menudos precios!

—De l'Isle Adam es un buen Gran Maestro y un hombre valeroso.

—¿Lo conocéis?

—Tan solo su reputación.

La mujer le miró mientras curioseaba.

—Mirad, es agradable charlar con vos, ¿seguro que no os puedo ayudar? Parecéis un tanto perdido.

Ezio decidió poner las cartas sobre la mesa.

—La verdad es que no quiero comprar nada.

—Bien —respondió la mujer, con cierta sequedad—. No os voy a dar nada gratis, *Messer*.

—Perdonadme. Quedaos conmigo un poco más. Os lo compensaré.

—¿Cómo?

—Estoy pensándolo.

—Bueno, debo decir…

Pero Ezio la acalló con un gesto. Había movido a pulso una estantería de la pared del fondo del patio cubierto. Comprobó que aquella pared era más gruesa que las demás y advirtió una grieta que en realidad no lo era.

Era parte del marco de una puerta, oculta con maña.

—*Dio mio!* —exclamó Sofía—. ¿Quién ha puesto eso ahí?

—¿Había movido alguien alguna vez estas estanterías?

—No. Han estado ahí desde antes de que mi padre se hiciera cargo de la tienda, y antes, llevaba años sin utilizarse; décadas, incluso.

—Entiendo.

Ezio quitó de la puerta el polvo y los restos acumulados aparentemente durante varias décadas, pero no encontró ni pomo ni ningún otro medio para

abrirla. Entonces recordó la puerta secreta que le llevó a la cripta en Monteriggione, en la fortaleza de su tío, y palpó en busca de un pestillo oculto. Al poco, la puerta se abrió hacia dentro. En el ancho de la pared, unos escalones bajaban hacia la negrura.

—Esto es increíble —dijo la mujer, asomándose por encima del hombro de Ezio, y este olió el suave aroma de sus cabellos, de su piel.

—Con vuestro permiso, averiguaré adónde conduce —dijo con firmeza.

—Os iré a buscar un poco de luz. Una vela.

Volvió enseguida con una vela y una caja de yesca.

—¿Quién sois, *Messer*? —preguntó, mirándole a los ojos.

—El hombre más interesante de vuestra vida.

Ella sonrió, rápidamente.

—¡Ah! ¡Presuntuoso!

—Quedaos aquí. No dejéis que nadie entre en la tienda. Estaré de vuelta antes de que os deis cuenta.

La dejó y descendió por los escalones del túnel a sus pies que llevaban a las entrañas de la Tierra.



CAPÍTULO 26

Ezio se hallaba en un sistema de cisternas subterráneas. Con la débil luz de la vela, pudo distinguir los tejados de bóveda de cañón, sostenidos por varias hileras superpuestas de ligeras columnas, decoradas en sus capiteles con una variedad de símbolos, entre los que Ezio reconoció unos ojos. Curiosamente, en las bases de algunas se veían las cabezas invertidas de monstruosas gorgonas.

Ezio dedujo el lugar en que debía de hallarse, la Yerebatan Sarnici. El gran sistema de cisternas construido bajo Constantinopla. Nicolás Polo lo mencionaba en su libro. Lo había construido Justiniano hacía mil años, como sistema para filtrar el agua. Pero esa información no lo convertía en algo menos escalofriante. Le intimidaba aquel extenso espacio cavernoso a su alrededor, que supuso, por el eco de los movimientos que hacía, tan grande como una catedral. Pero recordaba que Nicolás había dado alguna indicación en *La cruzada secreta* de cómo podían encontrarse las llaves. Las instrucciones eran deliberadamente confusas, pero Ezio decidió intentar seguirlas, y se concentró en recordar los detalles.

Era difícil no hacer ruido al moverse por el agua poco profunda que cubría el suelo de la cisterna, pero con práctica Ezio consiguió reducirlo al mínimo. Además, cualquier sonido que hacía no tardaba en apagarlo el ruido de las personas desprevenidas que oyó más adelante. Era evidente que no estaba solo en la búsqueda y se recordó a sí mismo que, antes de poseerlo, el libro había estado en manos de los Templarios.

También había luces más adelante. Ezio apagó la vela y avanzó sigilosamente hacia ellas. No tardó en distinguir las siluetas de dos soldados templarios de infantería, sentados junto a una pequeña hoguera en un pasillo oscuro. Ezio se acercó aún más. Su griego era lo bastante bueno para entender la mayoría de lo que estaban diciendo.

El que hablaba estaba de mal humor, y no temía demostrarlo. De hecho, parecía al borde de la histeria.

—*Ti distihìa!* —decía con tono ofendido—. ¡Qué suplicio! ¿Sabes cuánto tiempo llevamos buscando esa mugrienta cisterna?

—Yo llevo semanas aquí —contestó su amigo, más callado.

—¡Eso no es nada! ¡Imagínate durante trece meses! ¡Desde que nuestro Gran Maestro encontró la maldita llave! —Se calmó un poco—. Pero no tiene ni idea de lo que hace. Lo único que sabe —el soldado adoptó un tono sarcástico— es que están «en algún sitio de la ciudad».

Al oír esto, el otro soldado se irritó aún más y dijo, abrumado ante el panorama que les esperaba:

—Esta ciudad es muy grande…

—¡Lo sé! Eso es lo que he dicho para mis adentros.

Fueron interrumpidos por la llegada de un sargento.

—¡Continuad con vuestro trabajo, vagos! ¿Creéis que os pagan para que estéis todo el día rascándoos las narices?

Los hombres refunfuñaron y volvieron a su tarea. Ezio les siguió de cerca, con la esperanza de obtener más información. Los hombres se reunieron con otro montón de soldados, que estaban igual de sucios y descontentos. Pero Ezio tenía que andar con pies de plomo. Puede que los soldados estuvieran cansados y malhumorados, pero estaban bien entrenados y alerta.

—¡Petros! —llamó uno—. Asegúrate de que tenemos suficientes antorchas para la excavación. Estoy harto de ir tropezando en la oscuridad.

Ezio aguzó el oído ante la palabra «excavación», pero, al avanzar otra vez, la vaina de su espada rozó una de las columnas, y el leve sonido retumbó y se amplificó por los tejados abovedados.

El hombre llamado Petros se volvió a toda prisa para mirar tras de sí.

—¡Hay alguien aquí abajo con nosotros! —dijo entre dientes—. Mantened los ojos abiertos y las manos firmes.

Los soldados se pusieron al instante alerta y se dijeron entre sí con voces quedas:

—¿Ves algo?

—¡Buscad en todos los rincones!

Ezio retrocedió aún más en las sombras y esperó, paciente, a que el pánico hubiera disminuido. Al mismo tiempo, anotó mentalmente que debía tener mucho más cuidado con aquella acústica exagerada.

Poco a poco, los guardias reanudaron la búsqueda. Mientras observaba, vio que sus acciones parecían no conducir a nada, y ellos lo sabían. Pero continuó observando, con la esperanza de detectar un patrón, al tiempo que escuchaba su desganada conversación.

—Aquí abajo huele fatal.

—¿Qué esperabas? Es una alcantarilla.

—Me iría bien un poco de aire fresco.

—¡Paciencia! ¡Hay cambio de turno dentro de tres horas!

—¡Tú, baja la voz! —espetó el sargento cuando volvió a acercarse—. Y mantén los oídos abiertos. Sabe Dios por qué os escogieron a vosotros para una misión tan delicada como esta.

Ezio avanzó, pasó por delante de los hombres y llegó a un muro de contención de piedra, en el que estaban dos oficiales subalternos junto a un brasero. Escuchó su conversación.

—Vamos un paso por delante de los Asesinos, lo sé muy bien —le estaba diciendo uno al otro.

—El Gran Maestro ha ordenado que nos demos prisa. Puede que estén más cerca de lo que creemos.

—Debe de tener sus razones. Bueno, ¿cómo son esas llaves?

—Como la que descubrimos debajo de Topkapi. Se supone.

El otro teniente se revolvió.

—Ocho horas de esta mugre. *Apistefto!*

—Estoy de acuerdo contigo. No me había aburrido tanto en toda mi vida.

—Sí. Pero tenemos que encontrar pronto las llaves.

—Eso ni lo sueñes.

Pero el primer teniente que había hablado de repente se dio la vuelta.

—¿Qué ha sido eso?

—Lo más seguro es que haya sido una rata. Dios sabe que hay muchas aquí abajo.

—Parece que todas las sombras se muevan.

—Es la luz de la lumbre.

—Hay alguien ahí. Lo noto.

—Ten cuidado o enloquecerás.

Ezio pasó lentamente a su lado, tan despacio como pudo, a pesar de las ganas que tenía de echar a correr, pero no se atrevía a provocar más que leves ondas en el agua que le rodeaba las pantorrillas. Por fin llegó más allá de los dos oficiales y del resto de los Templarios, guiándose con la mano por la pared del pasillo frío y húmedo, mucho más bajo y estrecho que aquellos con columnas por los que acababa de pasar. De algún modo eso le iba bien. En cuanto la luz y el ruido de los Templarios desaparecieron completamente a sus espaldas se sintió lo bastante seguro como para volver a encender la vela, que sacó de su bolsa junto con la caja de yesca, y rezó para que no se le cayera ninguna de las dos cosas mientras hacía malabares a fin de conseguir una chispa para encenderla.

Por fin estaba preparado. Se detuvo un momento para asegurarse de que no le seguían y continuó por el pasillo que se retorcía y serpenteaba, y para su consternación, se dividía en pasadizos separados y alternativos. Alguna que otra vez escogió el equivocado y dio con una pared. Retrocedió sobre sus pasos para encontrar el camino correcto y empezó a preguntarse si no estaba en alguna especie de laberinto. Se adentró más y más en la oscuridad, rezando por recordar el camino de vuelta y haber acertado confiando en la propietaria de la librería, hasta que fue recompensado por

un tenue resplandor ante sí. No era más que la luz de una luciérnaga, pero bastaba para guiarle.

Siguió el pasadizo hasta que desembocó en una pequeña cámara semicircular, cuyo tejado abovedado se perdía sombras más arriba. Una serie de medias columnas cubría las paredes a intervalos regulares y no se oía nada salvo el agua goteando.

En medio de la cámara había un pequeño atril de piedra, sobre el que estaba apoyado un mapa. Ezio lo abrió y resultó ser un mapa de Constantinopla sumamente detallado, con el sello del establecimiento de los hermanos Polo claramente marcado en el centro. Cuatro líneas dividían el mapa y cada sección delimitada mostraba un monumento histórico de la ciudad. En los márgenes del mapa estaban escritos los títulos de doce libros, pero, de estos doce títulos, cuatro estaban situados sobre cada una de las secciones en que se dividía el mapa. Estos cuatro libros tenían los títulos resaltados en verde, azul, rojo y negro.

Ezio volvió a plegar con cuidado el mapa y lo guardó en su cartera. Después volvió a fijarse en lo que había en el centro del atril de piedra.

Se trataba de un disco de piedra tallada, de no más de diez centímetros de diámetro. El disco era fino, se estrechaba en los bordes exteriores, y estaba hecho de una piedra que podría haber sido obsidiana. En el centro exacto tenía un agujero perfectamente circular, de un centímetro y medio de diámetro. Su superficie estaba cubierta de dibujos, y Ezio reconoció algunos de ellos porque aparecían en las páginas del Códice de la colección de su padre y su tío: un sol cuyos rayos terminaban en unas manos que se extendían hacia el mundo; extrañas criaturas humanoides de sexo indeterminado, con barrigas, frentes, labios y ojos exagerados; y lo que parecían abstrusos símbolos y cálculos matemáticos.

De allí emanaba el resplandor que parecía provenir de una luciérnaga.

Con cuidado, casi con reverencia, Ezio lo tomó en sus manos. No había experimentado tal sensación de respeto desde la última vez que había tocado la Manzana, y ya parecía saber lo que estaba sosteniendo.

Al darle la vuelta en sus manos, brilló con intensidad.

«*Che sucede?* —pensó Ezio—. ¿Qué pasa…?».

Mientras lo contemplaba, el resplandor aumentó y la cámara se convirtió en un huracán de luz que le obligó a taparse los ojos.



CAPÍTULO 27

De algún modo Ezio estaba y no estaba allí. No estaba seguro de si soñaba o si había caído en alguna especie de trance. Pero sabía exactamente cuándo y dónde estaba —siglos antes de su nacimiento—, a finales del siglo XII. La fecha del Año de Nuestro Señor 1189 flotaba en su consciencia, mientras caminaba —o se dejaba llevar— a través de nubes que se arremolinaban, y rayos de luz sobrenatural que se entrecruzaban para después, por fin, separarse y mostrar a lo lejos una imponente fortaleza. Ezio reconoció aquel lugar enseguida: Masyaf. Las nubes parecían acercarle. Se oían sonidos de una encarnizada batalla. Ezio vio soldados de caballería e infantería enzarzados en un combate mortal. Luego oyó los cascos de unos caballos al acercarse a todo galope. Un joven Asesino, vestido de blanco, con capucha, cruzó frenéticamente a caballo la escena.

Ezio observó y, mientras lo hacía, le pareció perderse a sí mismo, perder su propia personalidad… Estaba sucediendo algo que identificaba a medias, que recordaba a medias; un mensaje del pasado del que no sabía nada, pero que aun así le resultaba totalmente familiar…

El joven de blanco, con la espada desenvainada, atravesó las puertas hacia el centro de la refriega. Dos fornidos cruzados estaban a punto de darle el golpe de gracia a un Asesino herido. El joven se inclinó desde la silla de montar para asestarle al primer soldado un golpe limpio, antes de frenar su caballo y bajar de un salto de su montura en un remolino de polvo. El segundo cruzado se había dado la vuelta para enfrentarse a él. En un instante, el joven sacó un cuchillo arrojadizo y apuntó hacia el cruzado, antes de lanzarlo con una precisión infalible para que se clavara en el cuello del hombre, justo debajo del yelmo. El oponente cayó de rodillas y, después, de bruces al suelo.

El joven fue a toda velocidad a ayudar a su compañero, que se había derrumbado junto a un árbol. La espada del hombre herido se le había resbalado de la mano y se inclinó hacia delante, con el arma apoyada en el tronco, agarrándose el tobillo, con una mueca de dolor.

—¿Dónde te has hecho daño? —le preguntó el joven, con premura.

—Me he roto el pie. Has llegado justo a tiempo.

El joven se agachó junto a su compañero y le ayudó a ponerse de pie, rodeándole con un brazo los hombros, para guiarle hasta un banco apoyado en una pared de una edificación anexa de piedra.

El Asesino herido le miró.

—¿Cómo te llamas, hermano?

—Altaïr. Hijo de Umar.

El rostro del Asesino herido se iluminó al reconocerle.

—Umar. Un buen hombre, que murió como vivió, con honor.

Un tercer Asesino se tambaleó hacia ellos desde la parte principal de la batalla, ensangrentado y agotado.

—¡Altaïr! —gritó—. ¡Nos han traicionado! ¡El enemigo ha invadido el castillo!

Altaïr ibn-La'Ahad terminó de vendar la herida a su compañero caído. Le dio unas palmadas en el hombro y le tranquilizó:

—Vivirás. —Luego se dio la vuelta para dirigirse al recién llegado, pero no intercambiaron miradas amistosas—. Noticias graves, Abbas. ¿Dónde está Al Mualim?

Abbas negó con la cabeza.

—Estaba dentro cuando los cruzados entraron. Ya no podemos hacer nada por él.

Altaïr no contestó de inmediato, sino que volvió la cara hacia el castillo, que se alzaba entre unos peñascos rocosos a unos cien metros de distancia. Estaba pensando.

—¡Altaïr! —le interrumpió Abbas—. ¡Tenemos que retroceder!

Altaïr se volvió hacia él con calma.

—Escucha. Cuando cierre las puertas del castillo, flanquea las unidades cruzadas de la aldea y llévalas al cañón al oeste.

—La misma insensatez de siempre —gruñó Abbas, enfadado—. ¡No tienes ninguna posibilidad!

—¡Abbas! —replicó Altaïr con firmeza—. Limítate a no cometer ningún error.

Se montó de nuevo en su caballo y cabalgó hacia el castillo. Mientras avanzaba a medio galope por la familiar calzada, le apenaron las imágenes de destrucción con las que se toparon sus ojos. Los aldeanos avanzaban desordenadamente por el lateral del camino. Una mujer alzó la cabeza al pasar y gritó:

—¡Malditos cruzados! ¡Que todos ellos caigan bajo vuestra espada!

—Deja las oraciones para los sacerdotes, hermana mía.

Altaïr espoleó a su caballo, cuyo avance habían obstaculizado los grupos de cruzados que se dedicaban a saquear y a aprovecharse de los habitantes de Masyaf que intentaban recuperar el pueblo desde la fortaleza asediada. Tres veces tuvo que desperdiciar su precioso tiempo y energía en defender a aquellas personas de los abusos de los hoscos francos que se hacían llamar Soldados de Cristo. Pero las palabras de agradecimiento y ánimo sonaban en sus oídos mientras continuaba cabalgando, y alentaban su propósito.

—¡Bendito seáis, Asesino!

—¡Estaba seguro de que me mataban! ¡Gracias!

—¡Echad a estos cruzados de nuevo al mar, de una vez por todas!

Por fin llegó a la puerta. Se abrió. Altaïr alzó la vista y vio que un compañero Asesino accionaba, desesperado, el cabestrante de la garita,

unos treinta metros más arriba. Una sección de soldados Asesinos a pie se agrupó en la base de una de las torres cercanas.

—¿Por qué está todavía abierta la puerta? —le preguntó Altaïr.

—Los dos cabestrantes están atascados. El castillo está plagado de enemigos.

Altaïr miró al patio y vio a un grupo de cruzados que se dirigía hacia él.

—Ocupa este puesto —le dijo al teniente a cargo de la sección.

Desenvainó la espada, desmontó y comenzó a trepar por la pared exterior de la garita; poco después llegó al lado del camarada que estaba tratando de desbloquear los cabestrantes. Ambos lo intentaron desesperadamente y la combinación de sus fuerzas sirvió al menos para soltar parte de la puerta, que bajó un par de metros, vibrando y crujiendo.

—Ya casi está —dijo Altaïr con los dientes apretados.

Los músculos se le hincharon mientras él y su compañero Asesino se esforzaban por desplazar los piñones del segundo cabestrante. Por fin cedió y la puerta cayó con gran estrépito sobre el tumulto que tenía lugar abajo, entre los Asesinos y los cruzados. Los Asesinos consiguieron quitarse de en medio de un salto, pero los cruzados quedaron divididos por la puerta que había caído; algunos dentro del castillo y otros, atrapados fuera.

Altaïr bajó por los escalones de piedra que llevaban desde la parte superior de la garita al patio central de Masyaf. Los cuerpos esparcidos de Asesinos daban fe de la violenta lucha que había tenido lugar allí. Mientras echaba un vistazo, y examinaba los baluartes y las almenas, se abrió una puerta en la gran torre del homenaje, y de ella salió un grupo de personas que le dejó de golpe sin aliento. Una compañía de soldados cruzados de infantería rodeaba al Mentor de la Hermandad, Al Mualim. El anciano estaba semiconsciente. Le llevaban a rastras dos soldados de aspecto brutal. Les acompañaba una figura con un puñal, que Altaïr reconoció. Se trataba de un hombre fuerte y corpulento, de ojos oscuros, impenetrables, y con una profunda cicatriz que le estropeaba la barbilla. Tenía el cabello ralo, recogido con una cinta negra.

Haras.

Hacía tiempo que Altaïr se preguntaba a quién le era fiel Haras realmente. Un Asesino experto, que nunca parecía estar satisfecho con el

rango que se le asignaba dentro de la Hermandad. Era un hombre que buscaba el camino fácil para llegar a la cima, en vez de uno que recompensara el mérito. Aunque tenía una reputación bien merecida como luchador, camaleónico, siempre conseguía con astucia ganarse la confianza de otras personas adaptando su personalidad para encajar con ellas. Sus ambiciones sin duda habían sacado lo mejor de él y, al ver una oportunidad, se había unido a los cruzados traicioneramente. Ahora, incluso iba vestido con el uniforme cruzado.

—¡Retrocede, Altaïr! —gritó—. ¡Un paso más y vuestro Mentor morirá!

Al oír su voz, Al Mualim se repuso, se irguió y alzó él mismo la voz:

—¡Mata a este desgraciado, Altaïr! ¡No temo a la muerte!

—¡No abandonarás este lugar vivo, traidor! —le dijo Altaïr a Haras.

Haras se rio.

—No. Lo has entendido mal. No soy un traidor. —Cogió un casco que colgaba de su cinturón y se lo puso. ¡Un casco cruzado! Haras volvió a reír —. ¿Ves? No se puede traicionar a los que nunca has querido.

Haras comenzó a caminar hacia Altaïr.

—Entonces eres dos veces desgraciado —dijo Altaïr—, puesto que has estado viviendo una mentira.

Después las cosas sucedieron muy rápido. Haras desenvainó su espada y arremetió contra Altaïr. En ese mismo momento, Al Mualim logró librarse de los guardias y con una fuerza que no dejaba traslucir su edad, le arrebató la espada a uno de ellos y le mató. Altaïr aprovechó el momento de distracción de Haras para accionar su hoja oculta y atacar al traidor. Pero Haras consiguió quitarse de en medio y bajó su espada en un golpe cobarde cuando Altaïr perdió el equilibrio. El Asesino rodó hacia un lado y enseguida se puso de pie de un salto, cuando un puñado de cruzados salió corriendo en defensa de Haras. Por el rabillo del ojo, vio que Al Mualim luchaba contra otro grupo.

—¡Matad a ese cabrón! —gruñó Haras al tiempo que evitaba el peligro.

Altaïr sintió ira. Echó a correr y rebanó el cuello a dos cruzados atacantes. Los demás retrocedieron por miedo y dejaron a Haras solo y petrificado. Altaïr le acorraló donde se juntaban dos paredes. Tenía que darse prisa y terminar aquel trabajo para ir a ayudar a su Mentor.

Haras, al ver que se distraía un momento, le hizo un corte que rasgó la tela de su túnica. Altaïr devolvió la represalia y hundió su hoja oculta justo en la base del cuello de Haras, debajo del esternón. Con un grito ahogado, el traidor cayó hacia atrás, contra la pared. Altaïr se hallaba sobre él.

Haras alzó la vista cuando la figura de Altaïr tapó el sol.

—Depositas demasiada fe en el corazón de los hombres, Altaïr —dijo, sin que apenas le salieran las palabras de la boca, mientras la sangre le salía a borbotones por el pecho—. Los Templarios conocen la verdad. Los humanos son débiles, viles y mezquinos.

No sabía que podía estar describiéndose a sí mismo.

—No, Haras. Nuestro Credo demuestra lo contrario. Intenta volver a él, incluso ahora, en tus últimos instantes de vida. Te ruego por compasión que repares tu error.

—Ya aprenderás, Altaïr. Y lo aprenderás a la fuerza. —No obstante, Haras se detuvo a pensar un momento, y cuando ya la luz de sus ojos poco a poco se iba apagando, se esforzó para hablar—. Tal vez no sea lo bastante sabio para comprender, pero sospecho que la verdad es lo contrario a lo que tú crees. Al menos, sí soy demasiado sensato como para no creer en la basura de la que hablas.

Entonces sus ojos se convirtieron en mármol y su cuerpo se inclinó hacia un lado, al tiempo que se le escapaba un largo suspiro mientras se relajaba hasta morir.

La duda que Haras sembró en la mente de Altaïr no arraigó inmediatamente. Había mucho que hacer y no tenía tiempo para reflexionar. El joven se dio la vuelta para reunirse con su Mentor y lucharon hombro con hombro hasta que echaron al grupo de cruzados, cuyos miembros quedaron despatarrados sobre el polvo ensangrentado o huyeron.

Las señales a su alrededor mostraban que la batalla se había inclinado a favor de los Asesinos. El ejército cruzado se batía en retirada desde el castillo, aunque más allá la lucha continuaba. Pronto llegaron mensajeros que lo confirmaron.

Para recuperar energía, Altaïr y Al Mualim pararon a tomar aliento bajo un árbol, junto a la puerta de la torre del homenaje.

—Le ofreciste una última oportunidad a ese hombre, al desgraciado de Haras, para que salvara su dignidad y reconociera el error que había cometido. ¿Por qué?

Halagado por que su Mentor quisiera saber su opinión, Altaïr contestó:

—Ningún hombre debería marcharse de este mundo sin conocer cierta generosidad, sin que se le brinde la oportunidad de la redención.

—Pero rechazó tu oferta.

Altaïr se encogió de hombros ligeramente.

—Estaba en su derecho.

Al Mualim observó el rostro de Altaïr con detenimiento durante un rato, luego sonrió y asintió. Juntos, comenzaron a caminar hacia la puerta del castillo.

—Altaïr —comenzó a decir Al Mualim—, te he visto crecer de niño a hombre en poco tiempo, y debo decir que esto me llena de más tristeza que orgullo. Pero una cosa es cierta: eres igual que Umar.

Altaïr alzó la cabeza.

—No le conocí como padre, tan solo como Asesino.

Al Mualim colocó una mano en su hombro.

—Tú también naciste en esta Orden, esta Hermandad. —Hizo una pausa —. ¿Lo has lamentado alguna vez?

—Mentor, ¿cómo iba a lamentar la única vida que he conocido?

Al Mualim asintió con sabiduría y levantó la vista un instante para hacer una señal a un vigía Asesino encaramado al muro del parapeto.

—Puede que encuentres otra vida, Altaïr. Y si llega ese momento, dependerá de ti qué camino escoger.

En respuesta a la señal de Al Mualim, los hombres de la garita volvieron a subir la puerta del castillo.

—Vamos, hijo mío —dijo el anciano—, y prepara tu hoja. Esta batalla todavía no se ha ganado.

Juntos, se acercaron a la puerta con grandes zancadas, hasta llegar a la brillante luz del sol que había al otro lado.

Aquel intenso resplandor que emanaba una luz blanca era tan fuerte y abrumador que Ezio estaba deslumbrado. Parpadeó para librar a sus ojos de las formas multicolores que aparecían ante ellos, y sacudió la cabeza con energía para escapar de la visión que se había apoderado de él. Los apretó bien fuerte. Al abrirlos, su corazón había comenzado a latir con normalidad, se hallaba de nuevo en la cámara subterránea y la suave luz había regresado. Aún sujetaba el disco de piedra en la mano y ahora sin lugar a dudas sabía lo que era.

Había encontrado la primera llave.

Miró la vela. Tenía la sensación de haber estado lejos muchísimo tiempo, pero la llama ardía sin cesar y apenas había consumido el sebo.

Guardó la llave con el mapa en su bolsa y se dio la vuelta para regresar al exterior y a Sofía.



CAPÍTULO 28

Entusiasmada, Sofía dejó el libro que estaba intentando leer y corrió hacia él, pero no llegó a abrazarlo.

—¡Ezio! *Salve!* ¡Creí que no ibas a volver!

—Yo también —dijo Ezio.

—¿Encontraste algo?

—Sí. Algo que tal vez te interese.

Se acercaron a una mesa grande, que Sofía despejó de libros mientras Ezio sacaba el mapa que había encontrado y lo desplegaba.

—¡*Mio Dio*, qué bonito! —exclamó la mujer—. Y mira…, ahí está mi tienda. En el medio.

—Sí. Está en un lugar muy importante. Pero mira los márgenes.

Ella sacó unos anteojos y se inclinó para examinar con detenimiento los títulos de los libros.

—Son libros raros. ¿Y qué son esos símbolos que los rodean?

—Eso es lo que espero descubrir.

—Algunos de estos libros son extremadamente singulares. Y algunos de ellos no se ven desde…, bueno, ¡desde hace más de un milenio! ¡Deben de

valer una fortuna!

—Tu tienda está justo en el lugar donde se hallaba el establecimiento comercial de los hermanos Polo, Nicolás y Maffeo. Nicolás escondió estos libros por la ciudad. Este mapa debería decirnos dónde, si es que averiguamos cómo interpretarlo.

La mujer se quitó las gafas y le miró, intrigada.

—Hmmm. Estás empezando a interesarme. Vagamente.

Ezio sonrió y se inclinó hacia delante. Señaló el mapa.

—Por lo que veo, de entre los doce títulos, tengo que encontrar estos tres primero.

—¿Qué hay de los otros?

—Ya se verá. Podrían ser pistas falsas. Pero estoy convencido de que estos son en los que tengo que concentrarme. Puede que tengan pistas sobre la ubicación del resto de estas cosas.

Sacó el círculo de piedra de su bolsa. Ella se volvió a poner las gafas y le echó un vistazo. Después, retrocedió y negó con la cabeza.

—*Molto curioso*.

—Es la llave de una biblioteca.

—No parece una llave.

—Es una biblioteca muy especial. Ya se ha encontrado otra, debajo del palacio de Topkapi. Pero, si Dios quiere, aún habrá tiempo para encontrar las demás.

—¿Quién la ha encontrado?

—Unos hombres que no leen.

Sofía se sonrió abiertamente al oír aquello, pero Ezio permaneció serio.

—Sofía, ¿crees que podrías intentar descifrar este mapa? ¿Ayudarme a encontrar estos libros?

Ella volvió a examinar el mapa unos minutos, en silencio. Entonces se irguió y miró a Ezio, sonriendo, con un brillo en los ojos.

—Hay muchísimos libros de referencia en esta tienda. Con su ayuda, creo que podré desentrañar este misterio. Pero con una condición.

—¿Sí?

—¿Me prestarás los libros cuando los hayas encontrado?

A Ezio pareció hacerle gracia.

—Me atrevería a decir que podremos solucionarlo.

Se fue. Ella observó cómo se marchaba y después cerró la tienda. Regresó a la mesa, después de coger unos cuantos tomos de las estanterías que le sirvieran de ayuda, un cuaderno y unas plumas, acercó una silla y se puso enseguida a examinar el mapa a fondo.



CAPÍTULO 29

Al día siguiente, Ezio se reunió con Yusuf cerca del hipódromo en la zona sureste de la península. Se lo encontró consultando a un grupo de jóvenes colegas sobre un mapa que estaban estudiando. La reunión se terminó al llegar Ezio y Yusuf plegó el mapa.

—Saludos, Mentor —dijo—. Si no me equivoco, nos tenéis reservada una sorpresa agradable. Y si no estoy muerto mañana a estas horas, ambos tendremos historias para intercambiar.

—¿Hay posibilidades de que mueras?

—Hemos oído que los bizantinos traman un plan. Ahora que el joven príncipe Suleiman ha regresado de la *hajj*, tienen pensado infiltrarse en el palacio de Topkapi. Han elegido esta noche para llevarlo a cabo.

—¿Qué tiene esta noche de especial?

—Hay un espectáculo en palacio. Un acontecimiento cultural. Una exposición de cuadros de artistas como los hermanos Bellini y también otros *seljuks*. Y habrá música.

—¿Y cuál es nuestro plan?

Yusuf le miró con gravedad.

—Hermano mío, esta no es tu guerra. No tienes por qué involucrarte en los asuntos otomanos.

—Topkapi me concierne. Los Templarios encontraron debajo una de las llaves de la biblioteca de Altaïr y me gustaría saber cómo.

—Ezio, nuestro plan es proteger al príncipe, no interrogarle.

—Confía en mí, Yusuf. Tan solo dime dónde tengo que ir.

Yusuf no parecía muy convencido, pero dijo:

—La cita es en la puerta principal del palacio. Tenemos planeado hacernos pasar por músicos y entrar con los auténticos artistas.

—Te veré allí.

—Necesitarás un disfraz. Y un instrumento.

—Antes tocaba el laúd.

—Veremos qué podemos hacer. Y será mejor que te pongamos con los músicos italianos porque no pareces lo suficientemente turco como para pasar por uno de nosotros.

Al anochecer, Ezio, Yusuf y el equipo de Asesinos que había elegido, todos ataviados con trajes formales, se habían reunido en la puerta principal.

—¿Te gusta tu vestimenta? —preguntó Yusuf.

—Está bien, pero las mangas son estrechas. No hay espacio para meter armas ocultas.

—No se puede tocar el laúd con mangas anchas. Y eso es lo que eres, un músico que toca el laúd. ¿No es lo que querías?

—Cierto.

—Y nosotros vamos armados. Señala los objetivos y deja que nosotros nos encarguemos. Aquí tienes tu instrumento.

Cogió un magnífico laúd de uno de sus hombres y se lo pasó a Ezio, que lo probó con vacilación.

—¡Por Alá, tendrás que hacerlo sonar mejor que eso! —exclamó Yusuf.

—Ha pasado mucho tiempo.

—¿Estás seguro de que sabes tocar esa cosa?

—Aprendí unos cuantos acordes cuando era joven.

—¿Alguna vez fuiste joven?

—Hace mucho tiempo.

Yusuf tiró de su traje, un modelito de satén, gris y amarillo.

—Me siento ridículo con este disfraz. ¡Estoy ridículo!

—Estás igual que los demás músicos y eso es lo importante. Venga, vamos, la orquesta se está reuniendo.

Cruzaron hasta el lugar donde varios instrumentistas italianos se arremolinaban, impacientes por conseguir entrar en el palacio. Yusuf y sus hombres iban equipados como músicos turcos, con *tanburs, ouds, kanuns* y *kudüms*, instrumentos que podían tocar todos ellos de forma pasable. Ezio los observó mientras les indicaban el camino para que entraran por un lateral.

A Ezio le pareció bien encontrarse entre sus compatriotas otra vez y entabló algunas conversaciones con ellos.

—¿Eres de Florencia? ¡Bienvenido! Será un gran concierto —le dijo uno.

—¿Dices que será un buen concierto? —interrumpió otro que tocaba la viola—. ¡Deberías intentar tocar en Francia! Tienen a los mejores. Estuve allí hace menos de seis meses y oí el *Qui Habitat* de Josquin. Es el coral más hermoso que jamás he escuchado. ¿Conoces su trabajo, Ezio?

—Un poco.

—Josquin —dijo el primer músico, que tocaba el sacabuche—. Sí, es una joya. Sin duda no hay ningún otro hombre en Italia que iguale su talento.

—Ya nos llegará nuestro momento.

—Veo que tocas el laúd, Ezio —le dijo un hombre que llevaba una guitarra—. Últimamente he estado experimentando con distintas afinaciones. Es una manera maravillosa de despertar nuevas ideas. Por ejemplo, he afinado la cuarta cuerda como una tercera menor. Le da un sonido muy sombrío. Por cierto, ¿has traído cuerdas de sobra? Habré roto seis este mes.

—La música de Josquin es demasiado experimental para mí —dijo uno que tocaba la guitarra de fado—. Créeme, la polifonía nunca será popular.

—Por cierto —dijo el guitarrista, ignorando el comentario de su colega—, me gustaría aprender unas cuantas afinaciones orientales antes de marcharnos.

—Buena idea. Debo decir que este es un buen sitio para trabajar. La gente aquí es muy amable también. No como en Verona. Apenas se podía cruzar la calle sin que te atracaran —terció un músico que llevaba un caramillo.

—¿Cuándo avanzaremos? —preguntó Ezio.

—Pronto —contestó el de la guitarra de fado—. Mira, ya están abriendo las puertas.

El hombre de la viola punteó sus cuerdas en tono crítico y luego pareció satisfecho.

—Hace un día espléndido para tocar, ¿no crees, Ezio?

—Eso espero —respondió.

Se dirigieron a la puerta, donde unos oficiales otomanos estaban registrando a la gente.

Por desgracia, cuando le tocó el turno a Ezio, uno de ellos le detuvo.

—Tócanos una canción —dijo—. Me gusta el sonido del laúd.

Ezio observó, impotente, cómo pasaban en fila sus compañeros.

—*Perdonate, buon signore*, pero soy parte del espectáculo para el príncipe Suleiman.

—Cualquier viejo *gerzek* puede ir por ahí con un instrumento y no recordamos haberte visto con este grupo en particular. Así que tócanos una canción.

Ezio respiró hondo y comenzó a tocar una simple *ballata* que recordaba haber aprendido cuando aún tenían el *palazzo* familiar en Florencia. Se le daba fatal.

—Perdóname, pero ¡suena terrible! —dijo el oficial—. ¿O es que se trata de alguna nueva música experimental?

—Con ese jaleo que estás armando parece que estés rasgando una tabla de lavar en vez de unas cuerdas —dijo otro, que se acercó, divertido.

—Suenas como un gato agonizando.

—No puedo trabajar bajo estas circunstancias —dijo Ezio de mal humor —. Dejad que me prepare.

—¡Muy bien! Y afínalo entretanto.

Ezio se dispuso a concentrarse y lo intentó otra vez. Tras unos trompicones iniciales, en esta ocasión consiguió tocar bastante bien una

sencilla pieza antigua de Landini. Al final era un tanto conmovedora y los oficiales otomanos terminaron aplaudiendo.

—*Pekala* —dijo el que primero le había desafiado—. Entra, pues, y molesta a los invitados con ese ruido.

En cuanto estuvo dentro, Ezio se halló en medio de una gran multitud. Un amplio patio de mármol parcialmente cubierto, como un atrio, brillaba de luz y color bajo las ramas de los tamarindos. Los invitados se paseaban mientras los sirvientes caminaban entre ellos con bandejas cargadas de dulces y bebidas refrescantes. Estaban presentes muchos miembros de la alta burguesía otomana, así como diplomáticos, artistas prominentes y hombres de negocios de Italia, Serbia, el Peloponeso, Persia y Armenia. Costaba detectar algún posible infiltrado bizantino en aquella reunión sofisticada.

Ezio decidió que el mejor procedimiento sería volver con el grupo de músicos italianos con el que había estado hablando, pero se tomó su tiempo para tantear el terreno.

Sin embargo, los guardias reales estaban atentos y no tardó mucho en acercársele uno de ellos.

—Disculpadme, señor, ¿estáis perdido?

—No.

—¿Sois músico? Bueno, se os paga por tocar, ¡no para relacionaros con la gente!

Ezio se puso furioso, pero tuvo que contener su enfado para no echar a perder su tapadera. Por suerte para él, le rescató un grupo de ciudadanos ricos, cuatro hombres acicalados y dos hermosas mujeres que quitaban el sentido.

—Tócanos algo —le rogaron y formaron un círculo a su alrededor.

Ezio recurrió de nuevo a Landini, al recordar otras piezas de aquel compositor, y rezó para que su público no las encontrara demasiado pasadas de moda. Pero estaban embelesados. Y Ezio se alegró al ver que, al aumentar su confianza, su maestría musical también mejoraba. Incluso se atrevió a improvisar un poco. Y a cantar.

—*Pek güzel* —comentó uno de los hombres cuando terminó una pieza.

—Sí, muy bonito —estuvo de acuerdo su pareja, en cuyos profundos ojos violeta Ezio habría muerto felizmente.

—Hmmm. La técnica no es precisamente perfecta —comentó otro hombre.

—Oh, Murad, eres un pedante. ¡Piensa en la expresión! Eso es lo que más importa.

—Toca casi de la misma manera que viste —dijo la segunda mujer, echándole un vistazo.

—Es un sonido tan hermoso como el de la lluvia —dijo un tercero.

—Sí, el laúd italiano es tan encantador como nuestro *oud* —reconoció Murad mientras apartaba a su pareja de Ezio—. Pero lamentablemente tenemos que hablar con los demás invitados.

—*Tesekkür ederim, efendim* —dijeron alegremente las mujeres al marcharse.

Al confirmarse sus credenciales, los guardias ya no molestaron más a Ezio y así pudo contactar con Yusuf y su equipo.

—Brillante, Mentor —le dijo Yusuf cuando se reunieron—. Pero que no te vean hablar con nosotros. Levantaría sospechas. Intenta llegar al segundo patio, el interior. Nos encontraremos allí.

—Bien pensado —estuvo de acuerdo Ezio—. Pero ¿qué nos aguarda?

—El círculo íntimo del príncipe, su séquito. Y si tenemos suerte, el mismo Suleiman. Pero estate atento, Mentor. También puede haber peligro.



CAPÍTULO 30

Había mucha más tranquilidad en el segundo patio, pero la decoración, la comida y la bebida, y la calidad de la música y el arte eran un tanto más espléndidas.

Ezio y Yusuf se quedaron al fondo y buscaron con la mirada entre los invitados.

—No veo al príncipe Suleiman —dijo Yusuf.

—¡Espera! —le avisó Ezio.

La orquesta comenzó a tocar las trompetas y los invitados se volvieron, expectantes, hacia la puerta en el centro del muro trasero del patio, cubierto de lujosos tapices. Sobre el suelo, delante, se extendían unas costosas alfombras de seda, procedentes de Isfahán. Unos instantes más tarde, apareció un pequeño grupo de personas apiñadas en torno a dos hombres que las guiaban, vestidos con trajes de seda blanca y unos turbantes, uno sujeto con alfileres de diamante y el otro con esmeraldas. Los ojos de Ezio se sintieron atraídos por el más joven y se le abrió la boca al reconocerlo.

—¿Quién es el joven? —preguntó a su compañero.

—Es el príncipe Suleiman —contestó Yusuf—. El nieto del sultán Bayezid y gobernador de Kefe, y solo tiene diecisiete años.

A Ezio le hizo gracia.

—Le conocí en el barco, de camino aquí. Me dijo que era un estudiante.

—He oído que le gusta viajar de incógnito. También es una medida de seguridad. Regresaba de la *hajj*.

—¿Quién es el otro hombre? ¿El que lleva esmeraldas en el turbante?

—Su tío, el príncipe Ahmet. El hijo preferido del sultán. Se está preparando para la sucesión en este mismo momento.

Los dos príncipes se quedaron de pie mientras les presentaban a invitados privilegiados. Después aceptaron unas copas de un líquido color rubí.

—¿Vino? —preguntó Ezio.

—Zumo de arándanos rojos.

—*Serefe! Sagliginiza!* —dijo Ahmet, alzando la voz con la copa para brindar por la concurrencia.

Tras los brindis formales, Yusuf y Ezio continuaron observando mientras los invitados y los anfitriones se relajaban, aunque, cuando Suleiman se mezcló con la gente, Ezio se dio cuenta de que sus guardias eran discretos, pero estaban continuamente atentos. Aquellos guardias eran altos y ninguno de ellos parecía turco. Llevaban un particular uniforme de túnica blanca y, en la cabeza, un gorro alto, blanco y afilado, como el de un derviche. Todos tenían bigote. Ninguno iba bien afeitado ni tampoco llevaban barba. Ezio conocía bastante las costumbres otomanas como para saber que aquello significaba que eran esclavos. ¿Eran algún tipo de escolta privada?

De repente, Yusuf agarró a Ezio del brazo.

—¡Mira a ese hombre de ahí!

Un joven pálido y delgado, con el pelo fino y claro, y unos ojos marrón oscuro, inexpresivos, se había acercado sigilosamente a Suleiman. Iba vestido con ropa muy cara y podría haber sido un próspero comerciante de armas serbio; en todo caso se trataba de alguien lo suficientemente importante para conseguir entrar en la lista de invitados al segundo patio. Cuando Ezio le echó un vistazo rápido a la multitud, vio otros cuatro

hombres, elegantemente vestidos, ninguno de ellos turco, a juzgar por el aspecto, colocándose en lo que solo podían ser posiciones de refuerzo, y haciéndose señas entre sí, discretamente.

Antes de que Yusuf y Ezio pudieran reaccionar, el joven delgado, que estaba pegado al codo de Suleiman, había sacado, a la velocidad de la luz, un fino y curvo *janbiyah*, y pretendía clavárselo al príncipe en el pecho. En aquel mismo instante, el guardia más cercano a él se dio cuenta y se interpuso en la trayectoria de la hoja.

Se generaron la confusión y el caos de manera instantánea. Los invitados fueron apartados a empujones cuando los guardias corrieron para ayudar a los dos príncipes y al compañero que había caído, mientras cinco Templarios, aspirantes a asesinos, intentaban escapar entre la muchedumbre que ahora se arremolinaba, alborotada y presa del pánico. El joven delgado había desaparecido, pero los guardias habían identificado a sus compañeros y comenzaron a perseguirles sistemáticamente, al tiempo que los conspiradores bizantinos usaban a los invitados confundidos y desorientados como obstáculos entre ellos y sus perseguidores. Las salidas se cerraron, pero los conspiradores intentaron salir del patio trepando. En medio de aquella confusión, el príncipe Ahmet había desaparecido y el príncipe Suleiman se había quedado solo. Ezio vio que había sacado un pequeño puñal, pero se mantenía en calma.

—¡Ezio! —susurró de pronto Yusuf—. ¡Mira aquí!

Ezio siguió con la mirada el punto al que señalaba Yusuf y vio que el joven delgado había regresado. Había surgido de entre la multitud detrás del príncipe y se acercaba a él con el arma a punto.

Ezio estaba mucho más cerca que Yusuf y se percató de que era el único que podía salvarlo a tiempo. ¡Pero no tenía ningún arma! Entonces bajó la mirada al laúd que aún sostenía en las manos y, con un resoplido de arrepentimiento, tomó la decisión de romperlo contra la columna más cercana. Estalló en mil pedazos, pero le dejó en la mano una esquirla afilada de abeto. Inmediatamente, Ezio saltó hacia delante para agarrar al bizantino por su huesuda muñeca y le obligó a retroceder. Justo cuando estaba a punto de asestarle un golpe para matarlo, le clavó al hombre en el ojo izquierdo la esquirla de diez centímetros. El bizantino se detuvo como si se hubiera

quedado paralizado, luego el *janbiyah* se le cayó de la mano para terminar repiqueteando en el mármol. Un instante después se encogió hasta caer al suelo.

La multitud se quedó en silencio, formando un círculo alrededor de Ezio y Suleiman, a una distancia respetuosa. Los guardias intentaron intervenir, pero Suleiman los detuvo con un gesto.

El príncipe envainó su puñal e inspiró. Después dio un paso hacia Ezio, una señal de honor por parte de un príncipe, que la muchedumbre reconoció con un grito ahogado.

—Me alegro de volver a verte, *mio bel menestrello*. ¿Lo he dicho bien?

—Mi apuesto trovador. Muy bien.

—Es una lástima lo de tu laúd. Era mucho más bonito como instrumento que como espada.

—Tienes razón, pero no salva vidas.

—Algunos lo discutirían.

—Tal vez. En otras circunstancias. —Ambos intercambiaron una sonrisa—. He oído que eres gobernador además de príncipe. ¿Hay algo que no hagas?

—No hablo con extraños. —Suleiman hizo una reverencia, tan solo inclinando ligeramente la cabeza—. Soy Suleiman Osman.

—Auditore, Ezio.

Ezio también inclinó la cabeza.

Uno de los guardias vestidos de blanco se acercó entonces. Un sargento.

—Perdonadme, príncipe. De parte de vuestro tío, debemos asegurarnos de que no estáis herido.

—¿Dónde está?

—Os espera.

Suleiman le miró con frialdad.

—Dile que gracias a este hombre no estoy herido. ¡Pero no gracias a ti! ¡Ni a ti! ¡Los jenízaros! La guardia de élite, y me habéis fallado a mí, un príncipe de la casa real. ¿Dónde está vuestro capitán?

—Tarik Barleti se ha marchado… a hacer un recado.

—¿A hacer un recado? ¿De verdad queréis quedar como tan poco profesionales delante de un extraño? —Suleiman se irguió cuando el

guardia, un gigante musculoso que debía de pesar ciento treinta kilos, se puso a temblar ante él—. Llevaos de aquí el cadáver y mandad a los invitados a casa. ¡Después reúnete con Tarik en el Diván!

Suleiman se volvió hacia Ezio cuando el hombre se escabulló rápidamente.

—¡Qué embarazoso! Los jenízaros son la guardia del sultán.

—Pero no de su familia, ¿verdad?

—En esta ocasión, se diría que no. —Suleiman hizo una pausa y le lanzó a Ezio una mirada inquisitiva—. Bueno, no quisiera abusar de tu tiempo, pero me gustaría saber tu opinión sobre un asunto. Algo importante.

Yusuf estaba haciéndole señas a Ezio, desde un lado de la multitud que ahora se dispersaba poco a poco.

—Permíteme antes que me quite este disfraz —dijo Ezio y le hizo un gesto discreto con la cabeza a su amigo.

—Muy bien. De todas formas tengo que preparar una cosa. Reúnete conmigo en el Diván cuando estés listo. Mi séquito te escoltará.

Dio una palmada y se fue por donde había venido.

—Menuda representación —dijo Yusuf mientras salían del palacio en compañía de dos miembros del séquito de Suleiman—. Pero nos habéis ofrecido una presentación con la que nunca habríamos soñado.

—La presentación —le recordó Ezio— ha sido mía.



CAPÍTULO 31

Suleiman ya le estaba esperando cuando Ezio se reunió con él fuera del Diván —la Cámara del Consejo— del palacio un poco después. El joven parecía sereno y alerta.

—He organizado una reunión con mi tío, el príncipe Ahmet, y el capitán Tarik Barleti —anunció sin preámbulos—. Hay algo que debería explicar primero. Los jenízaros son leales a mi abuelo, pero no les ha gustado su elección del siguiente sultán.

—Ahmet.

—Exacto. Los jenízaros apoyan a mi padre, Selim.

—Hmm —dijo Ezio, reflexionando—. Estás en una situación difícil. Pero dime una cosa, ¿qué pintan los bizantinos en todo esto?

Suleiman sacudió la cabeza.

—Esperaba que tal vez tú me dieras alguna pista. ¿Estarías dispuesto a ayudarme a descubrirlo?

—Los estoy investigando. Mientras nuestros intereses no entren en conflicto, sería para mí un honor ayudarte.

Suleiman sonrió enigmáticamente.

—Entonces debo aceptar lo que me ofreces. —Hizo una pausa—. Escucha, hay una trampilla en lo alto de aquella torre. Sube y levanta esa trampilla. Desde allí podrás ver y oír todo lo que se diga en el Diván.

Ezio asintió y se marchó de inmediato, mientras Suleiman se daba la vuelta y entraba en el mismo Diván.

Cuando Ezio llegó a su posición estratégica, la discusión en la Cámara del Consejo a sus pies ya había empezado y se estaba caldeando. Los tres hombres implicados estaban sentados o de pie alrededor de una mesa larga, cubierta con alfombras de Bergama. Detrás de la mesa, colgaba de la pared un tapiz que representaba a Bayezid, con un hijo a cada lado.

Ahmet, un hombre vigoroso de cuarenta y tantos años, con el pelo corto y castaño oscuro, y barba poblada, con la cabeza descubierta ahora y vestido con lujosas prendas de color rojo, verde y blanco, estaba en medio de una diatriba.

—Haz caso a mi sobrino, Tarik. Vuestra incompetencia raya en la traición. ¡Y pensar que a tus jenízaros los ha eclipsado un músico italiano con un laúd! ¡Es ridículo!

Tarik Barleti, con la mitad inferior del rostro, llena de cicatrices por la guerra, oculta por una barba entrecana, tenía un aspecto adusto.

—Un fallo inexcusable, *efendim*. Llevaré a cabo una rigurosa investigación.

—Seré yo el que realice tal investigación, Tarik —le interrumpió Suleiman—. Por razones que deberían ser obvias.

Barleti asintió brevemente.

—*Evet, Shehzadem*. Sin duda tenéis la sabiduría de vuestro padre.

Ahmet le lanzó al capitán una mirada furiosa al oír aquello, mientras Suleiman replicaba:

—Y su impaciencia. —Se dirigió a su tío con tono formal—. *Shehzad* Ahmet, al menos es un alivio ver que estáis a salvo.

—Lo mismo digo, Suleiman. Que Dios te proteja.

Suleiman, según vio Ezio, estaba jugando a un juego conocido. Mientras observaba, el joven príncipe se levantó y se unió a su séquito.

—Ahora me marcho —anunció—. Informaré de este vergonzoso incidente muy pronto, de eso podéis estar seguros.

Acompañado de su comitiva y guardia, abandonó con grandes zancadas el Diván. Tarik Barleti estuvo a punto de seguirle, pero el príncipe Ahmet le detuvo.

—Tarik *bey*, ¿hablamos?

El soldado se dio la vuelta. Ahmet le hizo una seña para que se acercara. Su tono era cordial. Ezio tuvo que aguzar el oído para oír las palabras.

—Me pregunto cuál sería el propósito de ese ataque. ¿Hacer que parezca débil? ¿Mostrarme como un representante incompetente de esta ciudad? —Hizo una pausa—. Si ese era tu plan, mi querido capitán; si tienes algo que ver con este lío, ¡has cometido un terrible error! ¡Mi padre me ha elegido a mí como el próximo sultán, no a mi hermano!

Tarik no contestó inmediatamente y al final dijo con el rostro inexpresivo, y casi aburrido:

—Príncipe Ahmet, no soy lo bastante depravado como para imaginar la conspiración de la que me acusáis.

Ahmet retrocedió un paso, aunque su tono de voz siguió desapasionado y afable.

—¿Qué he hecho para ganarme tal desprecio del cuerpo jenízaro? ¿Qué ha hecho mi hermano por vosotros que no haya hecho yo?

Tarik vaciló y después dijo:

—¿Puedo hablar con libertad?

Ahmet extendió las manos.

—Creo que será lo mejor.

Tarik se volvió hacia él.

—Sois débil, Ahmet. Pensativo en momentos de guerra e inquieto en época de paz. No mostráis entusiasmo por las tradiciones de los *ghazi*, los Guerreros Sagrados, y habláis de fraternidad en compañía de infieles. —Hizo una pausa—. Seríais un filósofo excelente, Ahmet, pero no un buen sultán.

El rostro de Ahmet se ensombreció. Chascó los dedos y su escolta se cuadró detrás de él.

—Puedes retirarte —le dijo al capitán jenízaro con una voz tan fría como el hielo.

Ezio aún estaba observando cuando, unos minutos más tarde, el mismo Ahmet abandonó el Diván. Poco después, Ezio se reunió con el príncipe Suleiman.

—Menuda familia, ¿eh? —dijo el príncipe—. No te preocupes. Yo también estaba escuchando.

Ezio parecía preocupado.

—A tu tío le falta dominar a los hombres sobre los que pronto mandará. ¿Por qué no acabó con ese hombre allí mismo ante tal insolencia?

—Tarik es un hombre duro —respondió el príncipe, extendiendo las manos—. Capaz, pero ambicioso. Y admira muchísimo a mi padre.

—¡Pero no defendió este palacio ante el intento bizantino de quitarte la vida en el sanctasanctórum! Solo eso ya vale la pena investigarlo.

—Precisamente.

—¿Y por dónde empezamos?

Suleiman se lo planteó. Ezio le observó. Una cabeza vieja sobre unos hombros jóvenes, pensó con un respeto renovado.

—Por ahora —contestó Suleiman—, vigilaremos a Tarik y a sus jenízaros. Pasan mucho de su tiempo libre dentro y en los alrededores del Bazar. ¿Puedes ocuparte de eso, tú y tus… socios?

Pronunció aquellas últimas palabras con delicadeza.

En lo profundo de la mente de Ezio estaba el recuerdo de la advertencia de Yusuf sobre no involucrarse en la política otomana, pero de algún modo su propia búsqueda y aquella lucha de poder parecían estar relacionadas. Tomó una decisión.

—A partir de ahora, príncipe Suleiman, ninguno de ellos comprará tan siquiera un pañuelo sin que nos enteremos.



CAPÍTULO 32

Tras asegurarse de que Yusuf y los Asesinos de Constantinopla estuvieran totalmente preparados para seguir de cerca todos los movimientos de los jenízaros fuera de servicio en el Gran Bazar, Ezio, acompañado de Azize, se dirigió a los muelles del sur de la ciudad para recoger los materiales que necesitaba para hacer las bombas de la lista que le había escrito Piri Reis.

Había completado sus compras y las envió con Azize al cuartel general de los Asesinos en la ciudad, cuando advirtió la presencia de Sofía entre la multitud que atestaba los muelles. Se estaba dirigiendo a un hombre que parecía italiano, un hombre tan viejo como él. Al acercarse, no solo vio que parecía más que un poco desconcertada, sino que reconoció con quién estaba hablando. A Ezio le hizo gracia, pero también le sorprendió bastante. La inesperada aparición de aquel hombre le evocó muchos recuerdos y emociones contradictorias.

Sin revelar su presencia, Ezio se acercó aún más.

Era Duccio Dovizi. Hacía décadas, Ezio había estado a punto de romperle el brazo derecho, puesto que Duccio le había puesto los cuernos a Claudia cuando estaban prometidos. Ezio advirtió que el brazo seguía

teniendo algún problema. Duccio había envejecido mal y se le veía demacrado. Pero sin duda aquello no había perjudicado su estilo. Era evidente que estaba colado por Sofía y no hacía más que intentar llamar su atención.

—*Mia cara* —le estaba diciendo—, el Destino nos ha unido. Dos italianos solos y perdidos en Oriente. ¿No sientes el magnetismo?

Sofía, harta y enfadada, respondió:

—Siento muchas cosas, *Messer*; náuseas, sobre todo.

Con una sensación de *déjà vu*, Ezio pensó que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto.

—¿Te está molestando este hombre, Sofía? —preguntó al aproximarse.

Duccio, que echaba humo ante aquella interrupción, se volvió hacia el recién llegado.

—Perdonadme, *Messer*, pero la señora y yo estábamos… —Se calló al reconocer a Ezio—. ¡Ah! ¡*Il diavolo* en persona! —La mano izquierda fue involuntariamente hacia el brazo derecho—. ¡No te me acerques!

—Duccio, un placer volver a verte.

Duccio no respondió, sino que se apartó dando un traspié al tropezar con los adoquines.

—¡Corre, *buona donna*! —gritó—. ¡Corre y sálvate!

Lo vieron desaparecer por el embarcadero. Hubo una pausa embarazosa.

—¿Quién era ese?

—Un perro —le dijo Ezio—. Estuvo prometido con mi hermana hace muchos años.

—¿Y qué sucedió?

—Su *cazzo* estaba comprometido con otras seis.

—Te expresas con mucha franqueza.

Sofía parecía ligeramente sorprendida por que Ezio hubiera usado la palabra «polla», pero no ofendida.

—Perdóname. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Qué haces en los muelles?

—Salí de la tienda para venir a recoger un paquete, pero la gente de aduanas me dice que los papeles no están en regla. Así que estoy esperando.

Ezio echó un vistazo al puerto, que estaba bien vigilado, para tener una idea de su distribución.

—Es un fastidio —continuó Sofía—. Es posible que pierda todo el día aquí.

—Déjame ver qué puedo hacer —dijo—. Conozco un par de maneras de suavizar las normas.

—¿Ah, sí? Debo decir que admiro tus bravuconadas.

—Déjamelo a mí. Nos veremos en la parte trasera de la librería.

—Muy bien. —Rebuscó en su bolso—. Aquí tienes los documentos. El paquete es bastante valioso. Por favor, ten cuidado. Si es que consigues que te lo den.

—Lo haré.

—Pues gracias.

Le sonrió y regresó a la ciudad.

Ezio observó cómo se marchaba durante un rato y después se dirigió al gran edificio de madera donde estaban las aduanas. En el interior, había un largo mostrador y, detrás, unas estanterías con un gran número de paquetes. Cerca de la parte frontal de uno de los estantes inferiores más próximos al mostrador vio un tubo de madera para mapas con una etiqueta que ponía: SOFÍA SARTOR.

—*Perfetto* —se dijo a sí mismo.

—¿Puedo ayudaros? —dijo un funcionario corpulento, que se acercó a él.

—Sí, por favor. He venido a recoger ese paquete de ahí.

Lo señaló y el funcionario miró en aquella dirección.

—Bueno, ¡me temo que es imposible! Todos esos paquetes se han incautado por estar pendientes del despacho de aduanas.

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—No sé qué deciros.

—¿Horas?

El funcionario frunció los labios.

—¿Días?

—Depende. Aunque, claro, por una cantidad… podría arreglarse algo.

—¡Y una mierda!

El funcionario se puso más antipático.

—¿Estás tratando de obstaculizar mis responsabilidades? —espetó—. ¡Quítate de en medio, viejo! ¡Y no vuelvas, si sabes lo que te conviene!

Ezio le apartó de un empujón y saltó por encima del mostrador. Cogió el tubo de madera para mapas y se dio la vuelta para marcharse. Pero el funcionario se había puesto a silbar y varios colegas suyos, algunos de ellos miembros de la guardia del astillero, que iba armada de pies a cabeza, reaccionaron al instante.

—¡Ese hombre —gritó el funcionario— ha intentado sobornarme y, cuando eso no le funcionó, recurrió a la violencia!

Ezio se colocó junto al mostrador cuando los hombres de aduanas fueron a cogerle. Le dio unas vueltas al pesado tubo de madera para darle a unos cuantos cráneos, saltó por encima de las cabezas del resto y corrió hacia la salida, dejando gran confusión a sus espaldas.

—Esa es la única manera de tratar con la mezquina burocracia —se dijo a sí mismo con satisfacción.

Había desaparecido en el serpenteante laberinto de las calles al norte de los muelles antes de que sus perseguidores tuvieran tiempo de recuperarse. Sin los documentos de Sofía, que seguían a salvo en su túnica, no serían capaces de encontrarla.



CAPÍTULO 33

Hacia el mediodía, llegó a la librería al oeste de Hagia Sofia.

Ella alzó la vista cuando entró. Las estanterías estaban mucho más ordenadas ahora que el primer día que había visitado la tienda. En la parte trasera, vio su mesa de trabajo, con el mapa de las cisternas bien extendido junto a unos gruesos libros de referencia.

—*Salute*, Ezio —dijo—. Has sido mucho más rápido de lo que esperaba. ¿Has tenido suerte?

Ezio levantó el tubo de madera para mapas y leyó la etiqueta.

—*Madamigella Sofia Sartor, libraia, Costantinopoli*. ¿Eres tú?

Le entregó el tubo con una sonrisa. Ella lo cogió con mucho gusto, después lo examinó detenidamente y el rostro se le avinagró.

—¡Oh, no! ¡Mira los daños! ¿Acaso se supone que lo han usado para luchar contra piratas?

Ezio se encogió de hombros, con cierta vergüenza. Sofía abrió el tubo y sacó el mapa que había dentro. Lo inspeccionó.

—Bueno, está bien.

Lo llevó a una mesa y lo extendió con cuidado. Era la copia de un mapa del mundo.

—¿No es precioso? —dijo.

—Sí.

Ezio se quedó a su lado y ambos lo estudiaron minuciosamente.

—Es la copia de un mapa de Martin Waldseemüller. Es bastante reciente, lo publicó hace tan solo cuatro años. ¡Y mira aquí, a la izquierda! Las nuevas tierras que el *Navigatore Vespucci* descubrió y sobre las que luego escribió tan solo cuatro o cinco años antes de trazar el mapa.

—Trabajan rápido estos alemanes —dijo Ezio—. Veo que a esas nuevas tierras las han llamado con el nombre cristiano de Vespucio, Amerigo.

—¡América!

—Sí… Pobre Cristóbal Colón. La historia tiene un modo curioso de desarrollarse.

—¿Qué es esa zona de agua aquí?

La mujer señaló los océanos al otro lado de América del Norte y del Sur. Ezio se inclinó hacia delante para mirar.

—¿Un nuevo océano, tal vez? La mayoría de los eruditos que conozco dicen que el tamaño del globo se ha subestimado.

Sofía sonó triste.

—Es increíble. Cuanto más aprendemos del mundo, menos parecemos saber.

Entusiasmados por aquella idea, ambos permanecieron en silencio un rato. Ezio reflexionó sobre el nuevo siglo en el que estaban, el dieciséis. Y tan solo había empezado. Él únicamente podía imaginar qué les deparaba el futuro; sabía que, a su edad, no vería mucho más de aquel siglo. Sin duda, más descubrimientos y más guerras. Pero, en esencia, se repetiría la misma obra, con los mismos actores; pero con distintos trajes y otro *atrezzo* para cada generación que se tragaba a la anterior y que pensaba que lo haría mejor.

—Bueno, has cumplido tu promesa —dijo Sofía—. Y aquí está la mía.

Le llevó a la sala interior y cogió un trozo de papel de la mesa.

—Si estoy en lo cierto, esto debería mostrarte la ubicación del primer libro.

Ezio le cogió el papel y leyó lo que había escrito.

—Debo admitir —continuó Sofía— que me da vueltas la cabeza ante la posibilidad de ver realmente esos libros. Contienen conocimientos que el mundo ha perdido y debería recuperar. —Se sentó en la mesa y apoyó la barbilla en las manos mientras soñaba despierta—. Tal vez podría tener unas copias para distribuirlas yo misma. Una tirada pequeña de unos cincuenta… Eso bastaría.

Ezio sonrió y luego se rio.

—¿De qué te ríes?

—Perdóname. Me alegro de ver a alguien con una pasión tan personal y tan noble. Es… inspirador.

—¡Válgame Dios! —respondió, un poco avergonzada—. ¿De dónde ha salido eso?

Ezio levantó el trozo de papel.

—Tengo la intención de ir a investigarlo inmediatamente —dijo—. *Grazie*, Sofía. Volveré pronto.

—Te estaré esperando —respondió y observó cómo se marchaba con una mezcla de perplejidad y preocupación.

«¡Qué hombre tan misterioso!», pensó mientras la puerta se cerraba tras él, y volvió al mapa de Waldseemüller y a sus propios sueños del futuro.



CAPÍTULO 34

Los cálculos de Sofía habían sido correctos. Escondido tras un panel de madera en un viejo edificio abandonado, en el Distrito de Constantino en la ciudad, Ezio encontró el libro que estaba buscando.

Era una copia antigua pero bien conservada de *Sobre la Naturaleza*, el poema escrito hacía más de dos mil años por el filósofo griego Empédocles, donde resumía sus ideas.

Ezio sacó el libro de su escondite y sopló para quitar el polvo del pequeño volumen. Después, lo abrió por una página en blanco del principio. Mientras observaba, la página comenzó a brillar y, dentro de aquel resplandor, apareció un mapa de Constantinopla. Al mirarlo con más detenimiento y concentración, distinguió una marca en el mapa: señalaba la Torre de la Doncella, el faro al otro lado del Bósforo, un lugar exacto del interior de las bodegas construidas en sus cimientos.

Si todo iba bien, aquel sería el lugar donde se hallaba la segunda llave de la biblioteca de Altaïr en Masyaf.

Se dirigió a toda velocidad por la ciudad atestada, hacia la Torre de la Doncella. Pasó por delante los guardias otomanos y, tras cruzar en una

barca que tomó «prestada», vio una entrada donde unos escalones bajaban a las bodegas. Llevaba el libro en la mano y resultó que le guiaba por un laberinto de pasillos en los que había infinidad de puertas. Parecía imposible que hubiera tantas en un espacio relativamente limitado. Al final llegó a una puerta, idéntica a las demás, pero a través de cuyas grietas parecía emanar una tenue luz. La puerta se abrió al tocarla, y allí, ante él, en un bajo pedestal de piedra, había una piedra circular, fina como un disco. Al igual que la primera que había descubierto, estaba cubierta de símbolos, tan misteriosos como los anteriores, pero distintos. El perfil de una mujer —una diosa, tal vez—, que le resultaba un tanto familiar, unas hendiduras que podían haber sido fórmulas o posibles muescas para encajar en unas clavijas; quizás unas clavijas dentro de la cerradura de la entrada a la biblioteca de Masyaf.

Cuando Ezio tomó la llave en sus manos, la luz que provenía de ella aumentó, y él se preparó para ser transportado —aunque no sabía dónde— mientras lo envolvía y le hacía retroceder siglos. Trescientos veinte años. Al Año de Nuestro Señor 1191.

Masyaf.

El interior de la fortaleza, hacía mucho tiempo.

Unas figuras en un remolino de niebla. De ella salían un joven y un anciano. Estaba claro que el anciano, Al Mualim, había perdido una batalla.

Estaba tumbado en el suelo y el joven, a horcajadas sobre él.

Su mano, que había perdido fuerza, soltó algo que salió rodando de ella hasta el suelo de mármol.

Ezio inspiró al reconocer el objeto. Sin duda era la Manzana del Edén. Pero ¿cómo? Y el joven vencedor, vestido de blanco, con la capucha sobre la cabeza, era Altaïr.

—Has tenido fuego en las manos, anciano —dijo Altaïr—. Debería haberse destruido.

—¿Destruido? —Al Mualim se rio—. ¿La única cosa capaz de terminar las cruzadas y establecer la paz verdadera? Nunca.

—Entonces lo haré yo —dijo Altaïr.

Las imágenes se desvanecieron, se esfumaron, como fantasmas, para ser sustituidas por otra escena.

En el interior de la torre del homenaje en Masyaf, Altaïr estaba solo con uno de sus capitanes. Cerca de ellos, dispuesto con honor sobre un ataúd de piedra, yacía el cuerpo de Al Mualim, en paz, ahora ya muerto.

—¿De verdad ha terminado? —estaba diciendo el capitán asesino—. ¿Está muerto ese hechicero?

Altaïr se volvió para mirar el cadáver y habló con calma, desapasionadamente.

—No era un hechicero. Tan solo un hombre normal bajo la influencia de… ilusiones. —Se volvió hacia su compañero—. ¿Has preparado la pira?

—Sí. —El hombre vaciló—. Pero, Altaïr, algunos de los hombres… no lo tolerarán. Están nerviosos.

Altaïr se inclinó sobre el féretro. Se agachó y cogió en brazos el cuerpo del hombre.

—Deja que me encargue yo. —Se irguió y la túnica ondeó a su alrededor—. ¿Estás bien para viajar? —le preguntó al capitán.

—Lo suficiente, sí.

—Le he pedido a Malik al-Sayf que vaya a Jerusalén para informar sobre la muerte de Al Mualim. ¿Podrías ir a Acre y hacer lo mismo?

—Por supuesto.

—Pues ve y que Dios te acompañe.

El capitán inclinó la cabeza y se marchó.

Con el cuerpo del Mentor en sus brazos, su sucesor salió para enfrentarse a sus compañeros, miembros de la Hermandad.

Cuando apareció, enseguida se oyó un murmullo de voces, que reflejaba el desconcierto de sus mentes. Algunos se preguntaban si estaban soñando. Otros estaban horrorizados al confirmar físicamente el fallecimiento de Al Mualim.

—¡Altaïr! ¡Explícate!

—¿Cómo ha ocurrido esto?

—¿Qué ha pasado?

Un Asesino sacudió la cabeza.

—Mi mente estaba clara, pero mi cuerpo… ¡no se movía!

En medio de la confusión, apareció Abbas. Abbas. El amigo de la infancia de Altaïr. Ahora, aquella amistad no era tan firme. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Abbas, con una voz que reflejaba su sorpresa.

—Nuestro Mentor nos ha engañado a todos —respondió Altaïr—. Los Templarios le corrompieron.

—¿Dónde están las pruebas? —replicó Abbas, con desconfianza.

—Ven conmigo, Abbas, y te lo explicaré.

—¿Y si tus respuestas no me parecen sólidas?

—Entonces hablaré hasta que estés satisfecho.

Comenzaron a caminar, Altaïr todavía con el cadáver de Al Mualim en brazos, hacia la pira funeraria que se había preparado. A su lado, Abbas, sin saber a dónde iban, continuaba malhumorado, tenso y combativo, incapaz de ocultar que no confiaba en Altaïr.

Altaïr conocía el motivo y lo lamentaba. Pero lo haría lo mejor posible.

—¿Recuerdas, Abbas, el artefacto que le quitamos al Templario Robert de Sablé, en el Templo de Salomón?

—¿Te refieres al artefacto que te ordenaron recuperar, pero que otros entregaron por ti?

Altaïr ignoró aquel comentario.

—Sí. Es una herramienta templaria. Se llama la Manzana del Edén. Aparte de otros poderes, puede crear ilusiones y controlar las mentes de los hombres, y la del hombre que cree que la controla. Un arma mortal.

Abbas se encogió de hombros.

—Entonces, no cabe duda de que es mejor que la tengamos nosotros en vez de los Templarios.

Altaïr negó con la cabeza.

—Es lo mismo. Al parecer, corrompe a todo aquel que la utilice.

—¿Y crees que Al Mualim cayó bajo su hechizo?

Altaïr hizo un gesto de impaciencia.

—Sí. Hoy usó la Manzana para intentar esclavizar Masyaf. Lo has visto con tus propios ojos.

Abbas parecía dudoso.

—No sé lo que he visto.

—Escucha, Abbas. La Manzana está a salvo en el estudio de Al Mualim. Cuando termine aquí, te mostraré todo lo que sé.

Habían llegado a la pira y Altaïr subió los escalones para dejar, con respeto, el cuerpo de su antiguo Mentor en la parte superior. Mientras lo hacía, Abbas quedó horrorizado al ver la pira.

—¡No puedo creer que quieras seguir con esto! —exclamó con voz de indignación.

Detrás de él, la Hermandad de Asesinos reunida se mecía como el maíz en la brisa.

—Debo hacer lo que debo hacer —respondió Altaïr.

—¡No!

Pero Altaïr ya había cogido una de las antorchas que estaban encendidas junto a la pira y la tiró en la base del montón de leña.

—Tengo que asegurarme de que no volverá.

—¡Pero no son nuestras costumbres! ¡Está prohibido quemar el cuerpo de un hombre!

Una voz que provenía de detrás de la multitud gritó de repente, furiosa:

—¡Profanador!

Altaïr se volvió hacia la nerviosa multitud que se encontraba a sus pies.

—¡Escuchadme! Este cadáver podría ser otro de los cuerpos fantasmas de Al Mualim. ¡Tengo que asegurarme!

—¡Miente! —gritó Abbas. Cuando las llamas prendieron en la pira, se acercó a Altaïr, alzando la voz para que todos le oyeran con claridad—. ¡Toda tu vida has ridiculizado nuestro Credo! ¡Fuerzas las normas según te conviene, mientras menosprecias y humillas a los de tu alrededor!

—¡Frenad a Altaïr! —gritó un Asesino del grupo.

—¿No has oído lo que ha dicho? —dijo un compañero a su lado—. ¡Al Mualim estaba hechizado!

La primera reacción del Asesino fue darle un puñetazo. A continuación hubo una pelea general que se intensificó tan rápido como se elevaron las

llamas.

Desde el saliente junto a Altaïr, Abbas le empujó violentamente para que cayera en medio de la melé. Mientras Abbas regresaba, furioso, al castillo, Altaïr se esforzaba por tenerse en pie entre los choques de sus compañeros Asesinos, que ahora tenían las espadas desenvainadas.

—¡Hermanos! —gritó, tratando de restablecer el orden—. ¡Parad! ¡Detened vuestras armas!

Pero la lucha continuó y Altaïr, que se había puesto de pie justo a tiempo de ver cómo Abbas volvía a la fortaleza, se vio obligado a pelear contra sus propios hombres, desarmándoles cuando podía y exhortándoles a que desistieran. No supo durante cuánto tiempo estuvo luchando, pero la refriega de pronto se vio interrumpida por un destello de una luz abrasadora, que hizo retroceder a los combatientes, que se taparon los ojos.

La luz provenía del castillo.

Los peores miedos de Altaïr se vieron confirmados.

Allí, en el parapeto de una torre alta, se hallaba Abbas con la Manzana en la mano.

—¿Qué te dije, Altaïr? —le dijo Abbas gritando.

—¡Abbas! ¡Detente!

—¿Qué creías que iba a pasar cuando ataras a nuestro querido Mentor?

—¡Tú eras el que menos afecto le tenía! ¡Le culpabas por todas tus desgracias, hasta por el suicidio de tu padre!

—¡Mi padre era un héroe! —chilló Abbas, desafiante.

Altaïr lo ignoró y se volvió a toda prisa hacia los Asesinos agrupados de manera inquisidora a su alrededor.

—¡Escuchad! —les dijo—. Este no es el momento de ponerse a pelear por lo que ya se ha hecho. ¡Debemos decidir qué vamos a hacer con esa arma!

Señaló hacia donde Abbas estaba alzando la Manzana.

—¡Sea de lo que sea capaz este artefacto, Altaïr —gritó—, no mereces empuñarlo!

—¡Ningún hombre! —replicó Altaïr.

Pero Abbas ya estaba con la vista clavada en el resplandor de la Manzana. La luz, mientras miraba, se intensificaba. Parecía hipnotizado.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo, tan solo lo bastante alto como para que le oyeran.

Entonces se produjo un cambio en él. Se le transformó la expresión de una sonrisa de alegre triunfo a una mueca de horror. Comenzó a sacudirse con violencia mientras el poder de la Manzana entraba en su interior y le dominaba. Los Asesinos que todavía le eran fieles corrieron en su ayuda, cuando el instrumento sobrenatural que sostenía en su mano soltó una onda palpitante y visible, que, salvajemente, les hizo ponerse de rodillas y agarrarse la cabeza por la angustia.

Altaïr corrió hacia Abbas y escaló la torre a una velocidad inhumana, llevado por la desesperación. ¡Tenía que llegar a tiempo! Al acercarse a su antiguo amigo, Abbas empezó a gritar como si le estuviesen arrancando la propia alma. Altaïr dio un último salto hacia delante para incapacitar a Abbas y tumbarlo. Abbas cayó al suelo con un grito desesperado cuando se le escapó de las manos la Manzana, que emitió una última y violenta onda expansiva desde la torre al caer.

Entonces se hizo el silencio.

Los Asesinos desplegados a sus pies poco a poco fueron calmándose y levantándose. Se miraron los unos a los otros, asombrados. Lo que había pasado continuaba resonando en sus cuerpos y en sus mentes. Alzaron la vista hacia los baluartes. No se veía ni a Altaïr ni a Abbas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Están muertos?

Y entonces Altaïr apareció solo en el parapeto de la torre. El viento movía su túnica blanca a su alrededor. Levantó la mano. En ella, a salvo, estaba la Manzana. Crepitaba y palpitaba como si estuviera viva, pero estaba bajo su control.

—Perdóname —suplicó Abbas entre jadeos desde el suelo de piedra detrás de él. Apenas podía balbucear las palabras—. No lo sabía.

Altaïr apartó la mirada del hombre, para depositarla sobre la Manzana que descansaba en su mano. Enviaba sensaciones curiosas, como descargas, por todo su brazo extendido.

—¿Tienes algo que enseñarnos? —preguntó Altaïr, dirigiéndose a la Manzana como si fuera algo sensible—. ¿O nos llevarás a todos a la ruina?

Entonces el viento pareció levantar una tormenta de polvo, ¿o volvía el remolino de nubes que había anunciado esa visión? Venía acompañado de la luz cegadora que le había precedido, que aumentó hasta borrar todo lo demás. Después se atenuó un poco, hasta que solo quedó el brillo suave de la llave en la mano de Ezio.

Agotado, se agachó hasta el suelo y apoyó la espalda en la pared de piedra de la cámara. Fuera, anochecía. Ansiaba descansar, pero no se lo podía permitir.

Al cabo de un rato, volvió a levantarse y, con cuidado, guardó en su bolsa la llave y el ejemplar de Empédocles para luego dirigirse a las calles de arriba.



CAPÍTULO 35

Al amanecer del siguiente día, Ezio se dirigió al Gran Bazar. Había llegado el momento de que viera por sí mismo de lo que iban a hablar los jenízaros, y estaba impaciente por seguirle la pista a su capitán, Tarik Barleti. Pero, una vez allí, fue imposible evitar totalmente a los insistentes comerciantes, que eran todos maestros en el arte de la venta agresiva. Ezio tuvo que hacerse pasar por turista, pues temía levantar sospechas entre los oficiales otomanos y los Templarios bizantinos.

—¡Mirad esta alfombra! —Un comerciante le abordó, tirándole de la manga, como Ezio había descubierto que pasaba con frecuencia allí; se le acercaban e invadían su espacio—. ¡Vuestros pies os amarán más que vuestra esposa!

—No estoy casado.

—Ah —continuó el mercader, sin problemas—, estáis mejor sin. ¡Vamos! ¡Tocadla!

Ezio advirtió la presencia de un grupo de jenízaros no muy lejos de allí.

—¿Has tenido hoy una buena venta? —le preguntó al comerciante.

El hombre extendió las manos y señaló a la derecha, hacia los jenízaros.

—¡No he vendido nada! Los jenízaros me han confiscado la mayoría de mis artículos, tan solo porque eran importados.

—¿Conoces a Tarik Barleti, su capitán?

—Eh, está por aquí, en alguna parte, sin duda. Es un hombre arrogante, pero… —El mercader estaba a punto de continuar, pero se interrumpió, paralizado, antes de volver a su discurso de ventas, con los ojos clavados no en Ezio, sino más allá—. ¡Me insultáis, señor! ¡No puedo aceptar menos de doscientos *akçe* por esto! Esta es mi última oferta.

Ezio se dio un poco la vuelta para seguir la mirada del hombre. Se estaban acercando tres jenízaros y estaban a menos de quince metros.

—Cuando lo encuentre, le preguntaré por tus alfombras —le prometió Ezio al comerciante en voz baja, mientras se volvía para marcharse.

—¡Sois un buen negociador, desconocido! —le dijo el comerciante—. ¿Qué os parecen ciento ochenta? ¡Ciento ochenta *akçe* y quedamos como amigos!

Pero Ezio ya no estaba escuchando. Estaba siguiendo al grupo, a una distancia segura, con la esperanza de que le llevaran hasta Tarik Barleti. No paseaban, sino que más bien parecía que tenían una cita. Pero tenía que estar atento, no solo para no perder de vista a su presa, sino para evitar que le descubrieran, y las calles abarrotadas del zoco le ayudaban y a la vez se lo ponían difícil. El mercader había dicho que el capitán estaría en algún lugar del Bazar, pero el Bazar era muy grande, un confuso laberinto de puestos y tiendas, una pequeña ciudad en sí mismo.

Pero al final mereció la pena tener paciencia y los hombres a los que estaba siguiendo llegaron a un cruce de caminos que se ensanchaba hasta convertirse en una pequeña plaza con un café en cada esquina. Delante de uno estaba el fornido capitán con la barba entrecana. La barba era un distintivo de su rango como su resplandeciente uniforme. Estaba claro que no era un esclavo.

Ezio se acercó sigilosamente todo lo que pudo para oír lo que decían.

—¿Estáis preparados? —preguntó a sus hombres, que asintieron con la cabeza—. Esta es una reunión importante. No me están siguiendo.

Volvieron a asentir, se dividieron y desaparecieron en el Bazar en direcciones diferentes. Ezio sabía que buscarían cualquier rastro de

Asesinos entre la multitud, y por un instante en el que se le paró el corazón, uno de los soldados pareció verle, pero entonces aquel momento pasó y el hombre se fue. Esperó todo lo que fue capaz y salió detrás del capitán.

Barleti no avanzó mucho antes de encontrarse con otro jenízaro, un teniente que a simple vista habría parecido un hombre que miraba el escaparate de una tienda de armaduras. Ezio ya se había percatado de que los jenízaros eran las únicas personas a las que los comerciantes no molestaban.

—¿Traes noticias? —preguntó Barleti al acercarse al soldado.

—Manuel acepta reunirse contigo, Tarik. Está esperando junto a la Puerta del Arsenal.

Ezio aguzó el oído ante aquel nombre.

—Es una rata impaciente, ¿no? —dijo Tarik de forma cansina—. Vamos.

Se pusieron en marcha y salieron del Bazar hacia las calles de la ciudad. Había un largo camino hasta el Arsenal, que estaba situado en la cara norte del Cuerno de Oro, allá al oeste, pero por lo visto no iban a tomar ningún tipo de transporte, así que Ezio les siguió a pie. Un par de kilómetros más allá, cuando cogieran el *ferry* para cruzar el Cuerno, debía tener cuidado. Pero su tarea la facilitaba el hecho de que los dos hombres estaban enfrascados en una conversación, que pudo oír Ezio en gran parte. No costaba pasar desapercibido en aquellas calles abarrotadas de gente de todos los sitios de Europa y Asia.

—¿Cómo estaba Manuel? ¿Nervioso? ¿Se mostraba cauto? —preguntó Tarik.

—Como de costumbre. Impaciente y descortés.

—Hmm. Supongo que lo tiene bien merecido. ¿Ha habido algún parte del sultán?

—Las últimas noticias llegaron hace una semana. La carta de Bayezid era breve y estaba llena de tristes novedades.

Tarik negó con la cabeza.

—No me imagino estar así, enfrentado con mi propio hijo.



CAPÍTULO 36

Ezio siguió a los dos jenízaros hasta un edificio cerca de las Puertas del Arsenal. Esperando a Tarik y a su teniente había un hombre corpulento, entrado en carnes y vestido lujosamente, de unos cincuenta y tantos; lucía una barba poblada y entrecana y un bigote torneado. Su turbante con plumas tenía joyas incrustadas y en cada uno de sus rechonchos dedos llevaba un anillo con piedras preciosas. Su compañero era más delgado, enjuto, y a juzgar por su vestimenta, provenía de Turkmenistán.

Ezio, que había elegido un lugar apropiado para ser invisible, se escondía discretamente entre las pesadas ramas de un tamarindo que crecía por allí cerca, y prestaba atención mientras ellos se intercambiaban los saludos preliminares. Se enteró de que el dandi entrado en carnes era, tal y como había sospechado, Manuel Paleólogo. Según lo que había oído a Yusuf sobre las ambiciones de Manuel, sería interesante escuchar aquella conversación. El compañero de Paleólogo era también su escolta, como resultó evidente tras las presentaciones, y se llamaba Shahkulu.

Ezio había oído hablar de él. Shahkulu era un rebelde contrario a los gobernantes otomanos de su país, y se rumoreaba que fomentaba la

revolución entre la gente. Pero también se le conocía por su extrema crueldad y por el bandolerismo.

Sí, aquella reunión iba a ser, sin duda, interesante.

Una vez pasadas las sutilezas —siempre elaboradas en aquel país, según había advertido Ezio—, Manuel le hizo una señal a Shahkulu, que entró en el edificio detrás de ellos —una especie de puesto de vigilancia, aunque era evidente que ahora estaba abandonado—, del que sacó un pequeño pero pesado arcón de madera, que dejó a los pies de Tarik. El teniente jenízaro lo abrió y empezó a contar las monedas de oro que lo llenaban.

—Puedes comprobar la cantidad, Tarik —dijo Manuel con una voz tan empalagosa como su cuerpo—. Pero el dinero se queda conmigo hasta que vea el cargamento y determine su calidad.

Tarik gruñó.

—Entendido. Eres un hombre astuto, Manuel.

—Confiar sin cinismo es vano —recitó Paleólogo de forma empalagosa.

El jenízaro había contado rápido. Poco después, cerró el arcón.

—La cantidad es correcta, Tarik —dijo—. Está todo ahí.

—Bueno —le dijo Manuel a Tarik—. ¿Y ahora qué?

—Tendrás acceso al Arsenal. Cuando estés satisfecho, el cargamento se entregará en un lugar de tu elección.

—¿Están tus hombres dispuestos a viajar?

—No hay problema.

—*Poi kalà*. —El principito bizantino se relajó un poco—. Muy bien. Haré que te entreguen un mapa dentro de una semana.

Entonces se separaron y Ezio esperó hasta que no hubo moros en la costa antes de bajar del árbol y dirigirse al cuartel general de los Asesinos lo más rápido posible.



CAPÍTULO 37

Estaba anocheciendo cuando Ezio regresó al Arsenal y encontró a Yusuf esperándolo ya allí.

—Uno de mis hombres dice que vio cómo trajeron aquí antes un envío de armas. Así que nos picó la curiosidad.

Ezio reflexionó sobre aquello. Era como había sospechado.

—Armas. —Hizo una pausa—. Me gustaría verlas con mis propios ojos.

Examinó los muros exteriores del Arsenal. Estaban bien vigilados. La puerta principal parecía impenetrable.

—Como no matéis a todo el que veáis —dijo Yusuf, de acuerdo con los pensamientos de su Mentor—, no estoy seguro de que podáis entrar.

La plaza, a sus espaldas, todavía estaba llena de vida. La gente corría a casa después del trabajo, y los cafés y restaurantes abrían sus puertas. De repente, les llamó la atención un altercado que había estallado cerca de la puerta principal en los muros del Arsenal, entre un comerciante y tres jenízaros, que le estaban acosando.

—Te hemos avisado dos veces —decía uno de los jenízaros, un sargento—. ¡Los mercaderes no pueden estar cerca de los muros del Arsenal! —Se

volvió hacia sus hombres—. ¡Llevaos todo esto!

Los soldados rasos comenzaron a recoger los cajones de fruta del comerciante y se los llevaron.

—¡Hipócritas! —se quejó el hombre—. ¡Si vuestros hombres no compraran mis productos, no me pondría a venderlos aquí!

El sargento le ignoró y los soldados continuaron haciendo su trabajo, pero el comerciante no había terminado. Se acercó al sargento y le dijo:

—¡Eres peor que los bizantinos, traidor!

A modo de respuesta, el sargento jenízaro le pegó un fuerte puñetazo. Cayó al suelo entre quejas mientras se agarraba la nariz que le sangraba.

—¡Cierra el pico, parásito! —bramó el sargento.

Se dio la vuelta para supervisar la confiscación de fruta que no había acabado, mientras una mujer del gentío salía corriendo para ayudar al comerciante herido. Yusuf y Ezio observaron cómo le ayudaba a ponerse de pie y contenía la sangre del rostro con un pañuelo.

—Incluso en época de paz —dijo Yusuf tristemente—, los pobres siempre están sometidos a acoso.

Ezio se quedó reflexionando sobre circunstancias similares en Roma no hacía tanto tiempo.

—Tal vez si les ayudamos a desahogarse para que suelten esa ira, serviría a nuestra causa.

Yusuf se le quedó mirando.

—¿Te refieres a reclutar a esta gente? ¿Incitar a que se rebelen?

—No tiene que ser más que una manifestación. Pero, si tenemos suficientes de nuestro lado…

Los dos hombres observaron cómo los jenízaros, libres de obstáculos, procedían a llevarse lo que quedaba de la mercancía del hombre, dejando su puesto completamente vacío. Desaparecieron por una portezuela de la entrada principal.

—Fingir solidaridad para favorecer tus propios asuntos —dijo Yusuf con cierto desdén—. ¡Menudo caballero!

—No está bien, lo sé. Pero funcionará, créeme.

—Lo que haga falta. —Yusuf se encogió de hombros—. Y no encuentro otra manera de conseguir entrar.

—Ven, aquí hay una multitud y parece que ese comerciante es bastante popular. Vayamos a hacer campaña entre esa gente.

Durante la siguiente media hora o más, Ezio y Yusuf estuvieron hablando a la muchedumbre, lanzando indirectas y convenciéndolos, engatusándolos, inspirando a los trabajadores sencillos que les rodeaban, que resultaron ser muy dóciles ante la idea de poner fin a su opresión. Por lo visto, lo único que necesitaban era a alguien que prendiera la mecha. En cuanto se hubo reunido el número suficiente de personas, Ezio se dirigió a ellos. El frutero se puso a su lado, ahora desafiante. Yusuf se había encargado de que la mayoría de los hombres y mujeres se hubieran armado de un modo u otro. El frutero sostenía una gran podadera curva.

—Luchad con nosotros, hermanos —clamó Ezio—, y vengad esta injusticia. ¡Los jenízaros no están por encima de la ley! Demostrémosles que no vamos a tolerar su tiranía.

—¡Sí! —rugieron varias voces.

—Me pone enfermo ver el tipo de abusos que ejercen —continuó Ezio —. ¿No os ocurre lo mismo?

—¡¡Sí!!

—¿Lucharéis con nosotros?

—¡¡¡Sí!!!

—¡Pues vamos!

En aquel momento, un destacamento de jenízaros armados salía del Arsenal y la puerta se cerró con firmeza detrás de ellos. Se colocaron delante, con las espadas desenvainadas, de cara a la turba, cuyo humor estaba al rojo vivo. Impertérrita ante la demostración de fuerza de los soldados —más bien, indignada—, la muchedumbre, cuyo volumen aumentaba según pasaban los minutos, avanzó en tropel hacia la puerta. Cada vez que un jenízaro era lo bastante imprudente como para acercarse a la gente de la primera fila, le vencía el peso de la cantidad de personas y o bien acababa arrojado a un lado o pisoteado por los pies que avanzaban. Poco después, la multitud se arremolinaba en la puerta, con Ezio y Yusuf dando las órdenes necesarias para que su unidad de ataque improvisada la echara abajo.

—¡A por los jenízaros! —gritaron cientos de voces.

—¡No estáis por encima de la ley! —gritaron cien más.

—¡Abrid la puerta, cobardes, antes de que la echemos abajo!

—La puerta no seguirá cerrada mucho más —le dijo Ezio a Yusuf.

—La gente te está haciendo un favor, Mentor. Devuélveselo para que no les hagan daño.

Mientras Yusuf hablaba, dos destacamentos de jenízaros de refuerzo salieron de unas puertas laterales en los muros del norte y del sur, y se cernieron sobre la multitud a izquierda y derecha.

—Esto requiere un cuerpo a cuerpo —dijo Ezio mientras, acompañado por Yusuf, activaba el gancho y la hoja oculta antes de lanzarse a la refriega.

Animados por las habilidades profesionales de ambos Asesinos, los hombres y mujeres a cada flanco de la muchedumbre se volvieron con valor hacia el contraataque de los jenízaros. Estos últimos quedaron atónitos al encontrarse tan firme resistencia por parte de un sector tan inesperado, y vacilaron de forma funesta hasta ser rechazados. Entretanto, los que estaban en la puerta fueron recompensados al ver que los firmes tablones de la puerta primero crujieron y luego cedieron, se torcieron y se rompieron. Con un chasquido, la viga transversal que mantenía la entrada cerrada desde dentro se partió como una astilla, y las puertas cayeron hacia atrás, quedando colgadas de las enormes bisagras de hierro.

La multitud rugió con una sola voz, como una gran bestia triunfadora, y entraron en el Arsenal, donde unas voces individuales se oyeron por encima del resto:

—¡Abrid paso!

—¡Estamos dentro!

—¡Justicia o muerte!

En el interior, los jenízaros defensores no podían impedir la avalancha, pero con su gran disciplina consiguieron controlarla cuando comenzó una violenta pelea en el cuadrilátero principal del Arsenal. A pesar de todo, Ezio se coló como un espectro en los confines interiores del edificio que parecía una fortaleza.



CAPÍTULO 38

Lejos de la puerta hecha añicos, en las profundidades del sector occidental del Arsenal, Ezio por fin llegó al lugar que estaba buscando. Allí estaba todo muy tranquilo, puesto que la mayoría de los hombres de la guarnición del Arsenal estaba combatiendo en el cuadrángulo, y cuando no podía pasar desapercibido ante los pocos guardias con los que se encontraba, los eliminaba enseguida. Tendría que afilar su hoja gancho en cuanto terminara este trabajo.

Bajó por un largo pasillo, tan estrecho que nadie podía entrar en la cámara por aquel extremo, con la esperanza de sorprender a los que se hallaban en el interior. Ezio se acercó despacio, sigiloso, hasta que llegó a una escalera de hierro clavada a la pared, cerca de la entrada a la cámara, que llevaba a una galería con vistas a la sala. Se ató la funda de la espada a la pierna para que no repiqueteara y subió rápidamente, con el mismo ruido que hace una flor al abrirse. Desde su posición estratégica, clavó la vista con denuedo en la escena que tenía lugar abajo.

Manuel y Shahkulu estaban en medio de la sala, rodeados de un revoltijo de cajones grandes, algunos de ellos abiertos. Una pequeña unidad

de vigilancia jenízara estaba atenta en el interior, justo al otro lado de la puerta. Si Ezio hubiera intentado entrar, habría caído víctima de una emboscada. Respiró suavemente, aliviado. Su instinto y experiencia le habían salvado esta vez.

Manuel detuvo su inspección de los contenidos de los cajones. El ángulo de visión de Ezio no le permitía ver lo que era, pero podía suponerlo.

—Veinte años en esta ciudad, viviendo como un cero a la izquierda —estaba diciendo Manuel—, y ahora, por fin, todo se está poniendo en su sitio.

Shahkulu contestó, con cierto tono amenazador en su voz:

—Cuando se restaure el linaje de Paleólogo, Manuel, no olvides quién fue el que te ayudó a recuperarlo.

Manuel le miró intensamente, con aquellos ojillos brillando con frialdad en medio de los pliegues de carne.

—¡Por supuesto que no lo haré, amigo mío! No se me ocurriría traicionar a un hombre de tu influencia. Pero debes tener paciencia. ¡*Nova Roma* no se construyó en un día!

Shahkulu gruñó, evasivo, y Manuel se volvió hacia el capitán de su escolta.

—He quedado satisfecho. Llevadme a mi barco.

—Seguidme. Hay un pasadizo a la puerta oeste por el que podemos evitar la lucha —dijo el capitán.

—Espero que pronto lo tengáis bajo control.

—Estamos en ello, príncipe.

—Si se daña un solo artículo aquí dentro, el dinero me lo quedaré yo. Decídselo a Tarik.

Ezio observó cómo se marchaban. Cuando consiguió quedarse solo, bajó a la cámara, inspeccionó rápidamente los cajones y levantó la tapa de uno que no se había abierto.

Rifles. Cien o más.

—*Merda!* —susurró Ezio.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un fuerte sonido metálico. Seguramente era el estrépito de la puerta oeste al cerrarse tras la marcha de

Manuel. Justo después, oyó el sonido de unos pasos sobre la piedra, acercándose. Los jenízaros volvían para cerrar de nuevo las cajas que habían abierto. Ezio se pegó a la pared y cuando los soldados entraron, los mató. A los cinco. Si hubieran podido entrar a la vez, en vez de uno en uno, habría sido distinto. Pero el estrecho pasillo había resultado un aliado.

Volvió por donde había venido. En el cuadrángulo la batalla se había terminado, dejando las habituales secuelas repugnantes de un combate. Ezio pasó despacio por el mar de cuerpos, la mayoría inmóviles, algunos retorciéndose mientras agonizaban. Tan solo se oían los lamentos de las mujeres arrodilladas junto a los caídos, al tiempo que soplaba el viento despiadado que se colaba por la enorme puerta.

Con la cabeza agachada, Ezio salió de aquel lugar. El precio pagado por la información que había obtenido parecía realmente muy alto.



CAPÍTULO 39

Ya era hora de regresar a la librería de Sofía. Se apresuró para llegar de inmediato.

La tienda estaba todavía abierta y las luces del interior brillaban con intensidad. Al ver entrar a Ezio, Sofía se quitó las gafas y se levantó de su mesa de trabajo al fondo de la sala, donde estaba extendido, entre varios libros abiertos, el mapa que había descubierto en Yerebatan.

—*Salute* —dijo como recibimiento, cerró la puerta y bajó las persianas—. Es hora de cerrar. Dos clientes en toda la tarde. ¿No es increíble? Más vale cerrar por hoy.

Entonces vio la expresión del rostro de Ezio y le llevó hasta una silla, donde él se dejó caer. Le fue a buscar un vaso de vino.

—*Grazie* —dijo, agradecido, contento de que no empezara a hacerle preguntas.

—Tengo localizados dos libros más. Uno está cerca de Topkapi Sarayi y el otro, en el Distrito de Bayezid.

—Probemos primero en el de Bayezid. El de Topkapi será un callejón sin salida. Fue allí donde los Templarios descubrieron la llave que tienen.

—¡Ah, sí! Debieron de encontrarla por casualidad o por medios distintos a los nuestros.

—Tenían el libro de Nicolás.

—Entonces debemos dar gracias a la Madre de Dios por que lo hayas recuperado antes de que siguieran utilizándolo.

Volvió al mapa, se sentó delante de él y continuó escribiendo. Ezio se inclinó hacia delante, sacó el ejemplar de Empédocles y lo dejó sobre la mesa, al lado de Sofía. La segunda llave que había encontrado ya estaba con la primera, a buen recaudo, en el cuartel general de los Asesinos, en Gálata.

—¿Qué me dices de esto? —preguntó.

Lo cogió con cuidado y le dio la vuelta en sus manos, con veneración. Tenía unas manos delicadas, pero no huesudas, y unos dedos largos y delgados. Se había quedado boquiabierta.

—¡Oh, Ezio! *È incredibile!*

—¿Vale algo?

—¿Una copia de *Sobre la Naturaleza* en este estado? ¿Con su cubierta original en copto? ¡Es fantástico!

Lo abrió con cuidado. El mapa codificado de su interior ya no brillaba. De hecho, Ezio pudo comprobar que ya no era visible.

—Asombroso. Esta debe de ser una transcripción del siglo tres del original —decía Sofía, con entusiasmo—. Supongo que no existirá otro ejemplar como este.

Pero los ojos de Ezio examinaban, sin descanso, la sala. Algo había cambiado y aún no podía concretar lo que era. Al final su mirada se posó en una ventana cerrada con tablas. No tenía cristal.

—Sofía —dijo, preocupado—, ¿qué ha pasado aquí?

Su voz adoptó un tono irritado, aunque claramente atenuado por el entusiasmo.

—Oh, eso pasa dos o tres veces al año. La gente intenta entrar porque creen que encontrarán dinero. —Hizo una pausa—. No tengo mucho aquí, pero esta vez tuvieron suerte y se llevaron un retrato de cierto valor. No hace más de tres horas, cuando salí de la tienda un rato. —Se puso triste—. Da la casualidad de que era un retrato mío muy bueno. Lo echaré de menos,

y no solo por lo que valía. Voy a buscar un sitio seguro donde guardar esto —añadió mientras daba unos golpecitos sobre el ejemplar de Empédocles.

Ezio sospechó que podía haber algo más detrás del robo del cuadro. Deambuló por la habitación buscando cualquier tipo de pista. Entonces tomó una decisión. Ya había descansado suficiente y le debía a aquella mujer un favor. Pero había más. Quería hacer lo que pudiera por ella.

—Sigue trabajando —dijo—. Yo encontraré tu retrato.

—Ezio, el ladrón podría estar ahora en cualquier parte.

—Si el ladrón vino a buscar dinero, no lo encontró y se llevó a cambio ese retrato, debe de seguir en este distrito, cerca, ansioso por deshacerse del cuadro.

Sofía se quedó pensando.

—Hay un par de calles cerca de aquí donde varios marchantes tienen su negocio.

Ezio ya estaba a medio camino de la puerta.

—¡Espera! —le llamó—. Tengo que hacer algunos recados en esa dirección. Te mostraré el camino.

Él esperó a que ella guardara con cuidado *Sobre la Naturaleza*, bajo llave, en un arcón acorazado junto a una pared. Después, la siguió mientras Sofía dejaba la tienda y cerraba la puerta con firmeza al salir.

—Por aquí —dijo—. Pero nos separaremos en la primera bocacalle. Te indicaré desde allí la dirección correcta.

Siguieron caminando en silencio. Unos cuantos metros calle abajo, llegaron a un cruce y ella se detuvo.

—Por ahí —dijo, señalando.

Luego le miró. Había algo en sus ojos claros que Ezio esperaba que no fueran imaginaciones.

—Si por casualidad lo encuentras en un par de horas, por favor, ven a encontrarte conmigo en el Acueducto de Valente —dijo—. Hay una feria del libro a la que tengo que asistir, pero me encantaría verte allí.

—Haré lo que pueda.

Volvió a mirarle y después apartó la vista enseguida.

—Sé que lo harás —dijo ella—. Gracias, Ezio.



CAPÍTULO 40

El barrio de los marchantes no fue difícil de encontrar. Eran un par de calles estrechas, en paralelo, con unas tiendecillas que resplandecían bajo la luz de los faroles que brillaba sobre los tesoros que almacenaban.

Ezio pasó despacio por delante y miró a la gente que curioseaba, más que a las obras de arte en sí. No tardó mucho en fijarse en un personaje con aspecto sospechoso, vestido con ropa chillona, que salía de una de las galerías, absorto, contando las monedas de una bolsa de cuero. Ezio se acercó a él. El hombre se puso enseguida a la defensiva.

—¿Qué quieres? —preguntó, nervioso.

—Acabas de hacer una venta, ¿no?

El hombre se acercó.

—Como si eso fuera asunto tuyo…

—¿El retrato de una señora?

El hombre trató de golpear a Ezio y se preparó para agacharse y salir corriendo, pero Ezio era demasiado rápido para él. Le puso la zancadilla, y cayó al suelo despatarrado y las monedas se esparcieron por los adoquines.

—Recógelas y dámelas —dijo Ezio.

—No he hecho nada —gruñó el hombre, obedeciendo no obstante—. ¡No puedes demostrarlo!

—No me hace falta —respondió Ezio—. Seguiré golpeándote hasta que hables.

El tono del hombre se convirtió en un quejido.

—Me encontré ese cuadro. Bueno, quiero decir que alguien me lo dio.

Ezio le aporreó.

—Piénsalo antes de mentirme en la cara.

—¡Que Dios me ayude! —gimió el hombre.

—Tiene mejores cosas que hacer en vez de escuchar tus plegarias.

El ladrón terminó su tarea y, dócilmente, le entregó la bolsa entera a Ezio, que le puso derecho y le pegó a una pared que había allí cerca.

—No me importa cómo obtuviste el cuadro —dijo Ezio—. Tan solo dime dónde está.

—Se lo vendí a un marchante de por aquí. Por doscientos pésimos *akçe*. —Al hombre se le quebró la voz cuando le indicó la tienda—. ¿Con qué me alimentaré ahora?

—La próxima vez encuentra una manera mejor de ser un *canaglia*.

Ezio dejó marchar al hombre, que se fue correteando por la calle, maldiciendo. Ezio le contempló un instante y después entró en la galería.

Miró con detenimiento los cuadros y las esculturas que estaban en venta. No le costó localizar lo que estaba buscando porque el propietario de la galería acababa de colgarlo. No era una obra grande, pero sí hermosa. La cabeza y los hombros, tres cuartos del perfil de Sofía, un retrato que la mostraba unos cuantos años más joven, con el cabello lleno de tirabuzones, un collar de azabache y diamantes, y una cinta negra atada en el hombro izquierdo de su vestido de satén, color bronce. Ezio supuso que debió de haberse hecho para la familia Sartor, durante la breve estancia de *Meister* Durero en Venecia.

El dueño de la galería, al ver que lo admiraba, se acercó.

—Está a la venta, por supuesto, si os gusta. —Retrocedió un poco para compartir el tesoro con su futuro cliente—. Un retrato luminoso. Parece muy viva. ¡Irradia belleza!

—¿Cuánto pides?

El propietario de la galería vaciló.

—Es difícil ponerle precio a lo que no lo tiene, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Pero veo que sois un entendido. Digamos… ¿quinientos?

—Has pagado doscientos.

El hombre alzó las manos, horrorizado.

—*Efendim!* ¡Cómo podría yo aprovecharme de un hombre como vos! De todas maneras, ¿cómo lo sabéis?

—Acabo de tener un par de palabras con el vendedor. Hace menos de cinco minutos.

El dueño de la galería se dio cuenta enseguida de que Ezio era un hombre con el que no se podía jugar.

—¡Ah! Claro. Pero yo tengo mis gastos, ¿sabéis?

—Lo acabas de colgar. Te he visto.

El dueño de la galería parecía consternado.

—Muy bien…, ¿cuatrocientos, entonces?

Ezio le fulminó con la mirada.

—¿Trescientos? ¿Doscientos cincuenta?

Ezio colocó con cuidado la bolsa en las manos del hombre.

—Doscientos. Ahí los tienes. Cuéntalos si quieres.

—Tendré que envolvéroslo.

—¿No esperarás una propina por eso?

Refunfuñando en voz baja, el hombre descolgó el cuadro y lo envolvió con cuidado en una tela de algodón que cogió de un rollo junto al mostrador. Luego se lo entregó a Ezio.

—Un placer hacer negocios con vos —dijo, secamente.

—La próxima vez, no tengas tantas ganas de coger bienes robados —dijo Ezio—. Podrías haber tenido un cliente que quisiera saber la procedencia de un cuadro tan bueno como este. Has tenido suerte y yo lo he pasado por alto.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Soy amigo de la modelo.

Estupefacto, el propietario de la galería le acompañó hasta la puerta, con tanta prisa como le permitía la cortesía.

—Ha sido también un placer hacer negocios contigo —dijo Ezio, con sequedad, al marcharse.



CAPÍTULO 41

Ezio no pudo encontrarse con Sofía aquella noche y le envió una nota para citarla al día siguiente, en la mezquita de Bayezid, donde le devolvería el cuadro.

Cuando llegó, ya la encontró allí, esperándole. Bajo la luz tamizada del sol, la vio tan hermosa que el retrato apenas le hacía justicia.

—Es un buen retrato, ¿no crees? —dijo ella, mientras él lo desenvolvía y se lo daba.

—Prefiero el original.

Ella le dio un contundente codazo.

—*Buffone* —dijo cuando empezaron a caminar—. Es un regalo que me hizo mi padre para mi décimo octavo cumpleaños cuando estábamos en Venecia. —Hizo una pausa al recordarlo—. Tuve que posar para *Messer* Alberto Durero una semana entera. ¿Te imaginas? ¿Yo sentada, inmóvil, durante siete días? ¿Sin hacer nada?

—No.

—¡Una tortura!

Pararon junto a un banco que había por allí cerca y se sentaron. Ezio contuvo la risa al pensar en ella posando, intentando no mover ni un músculo, durante todo aquel tiempo. Pero el resultado sin duda había merecido la pena, aunque él prefiriera el original.

La risa se apagó en sus labios cuando Sofía sacó un papelito. Se puso serio de inmediato y ella también.

—Te devuelvo el favor… —dijo—. He encontrado la ubicación de otro libro. La verdad es que no está lejos de aquí.

Le pasó el papelito doblado.

—*Grazie* —dijo.

La mujer era un genio. Se despidió de ella con un gesto de la cabeza y se dispuso a marcharse, pero ella le detuvo para hacerle una pregunta.

—Ezio, ¿de qué va todo esto? No eres un erudito, eso está claro. —Le echó un vistazo a la espada—. ¡No pretendo ofenderte, claro! —Hizo una pausa—. ¿Trabajas para la Iglesia?

Ezio se rio al hacerle gracia.

—Para la Iglesia no. Pero soy una especie de… profesor.

—¿Y entonces?

—Te lo explicaré algún día, Sofía. Cuando pueda.

Ella asintió, decepcionada, pero, como comprobó, no estaba desolada. Tenía suficiente juicio como para esperar.



CAPÍTULO 42

La clave descifrada llevó a Ezio a un edificio antiguo apenas a tres manzanas de distancia, en el centro del Distrito de Bayezid. Por lo visto había sido un almacén, ahora en desuso, y parecía muy bien cerrado, pero la puerta cedió al intentar abrirla. Con cautela, miró a ambos lados de la calle para comprobar que no hubiera rastro de los guardias otomanos o los jenízaros, y entró.

Siguiendo las instrucciones del papel que sostenía en la mano, subió por una escalera hasta el primer piso y siguió por un pasillo, al final del cual encontró una pequeña habitación, un despacho, cubierto de polvo; pero las estanterías aún estaban llenas de libros de contabilidad, y sobre el escritorio había una pluma y un abrecartas. Examinó la habitación detenidamente, pero entre sus paredes no parecía haber rastro ninguno de lo que buscaba, hasta que por fin su buena vista advirtió que las baldosas que rodeaban la chimenea eran distintas.

Lo exploró delicadamente con los dedos y descubrió que una se movía al tocarla. Usó el abrecartas de la mesa para sacarla, sin dejar de prestar atención por ver si oía cualquier movimiento abajo, aunque estaba seguro

de que nadie le había visto entrar en el edificio. La baldosa se despegó tras intentarlo unos instantes y al otro lado apareció un panel de madera. Lo quitó y, bajo la tenue luz, vio un libro detrás, que retiró con cuidado. Era un libro pequeño y muy antiguo. Le echó un vistazo al título en el lomo: era una versión de *Fábulas* de Esopo, escrita en verso por Sócrates cuando estaba sentenciado a muerte.

Sopló para quitarle el polvo y, con expectación, lo abrió por una de las primeras páginas en blanco. Allí, tal como había esperado, apareció un mapa de Constantinopla. Lo examinó detenidamente, concentrado, con paciencia. Y mientras la página brillaba con una luz sobrenatural, vio que estaba señalada la Torre de Gálata. Se guardó el libro con cuidado en la cartera del cinturón y se marchó del edificio en dirección norte, atravesando la ciudad para coger el *ferry* que cruzaba el Cuerno de Oro hasta llegar a un muelle al pie de la torre.

Tuvo que usar todas sus dotes de camuflaje para pasar por delante de los guardias sin que le vieran, pero en cuanto estuvo dentro, el libro le guio por una escalera curva, de piedra, hasta un rellano entre dos plantas. No parecía contener nada más que sus paredes desnudas. Ezio comprobó dos veces el libro para asegurarse de que estaba en el lugar correcto. Palpó las paredes para ver si encontraba alguna grieta que le indicara una abertura oculta, y esperó en tensión el menor sonido de pisadas en la escalera, pero nadie se acercó. Por fin encontró un hueco entre la mampostería que no estaba relleno con argamasa, lo resiguió con los dedos y descubrió una entrada muy estrecha y escondida.

Quiso investigar más a fondo, y empujó con cuidado las piedras que la rodeaban, hasta que encontró una a un metro del suelo que cedía un poco, lo que permitía abrir la puerta. En el interior del muro de la torre, dio con una pequeña habitación que apenas era lo bastante grande para entrar. Dentro de una columna estrecha se hallaba otra llave circular de piedra: la tercera. Metió la mano como pudo para sacarla y comenzó a brillar. Su luz se intensificó de inmediato. La habitación, en cambio, parecía aumentar de volumen y Ezio notó cómo se transportaba a otra época, a otro lugar.

Cuando la luz disminuyó hasta alcanzar un brillo normal, el resplandor del sol, Ezio volvió a ver Masyaf. Pero el tiempo había avanzado. En su

corazón, Ezio sabía que habían pasado muchos años. No tenía ni idea de si estaba o no soñando. Parecía un sueño, pero no formaba parte de él; pero al mismo tiempo, de alguna manera, estaba implicado. Además de tener la sensación de estar soñando, la experiencia también era, de un modo que Ezio no podía definir, como un recuerdo.

Incorpóreo, en armonía con la escena que se le presentaba, aunque sin formar parte de ella, observó y esperó… Y allí, una vez más, apareció el joven vestido de blanco, aunque ya no era joven; debían de haber pasado décadas enteras.

Y su expresión era de preocupación…



CAPÍTULO 43

Tras una larga ausencia viajando por el este, Altaïr había regresado a la sede de la Orden de los Asesinos. Era el Año de Nuestro Señor 1228. Altaïr, ahora con sesenta y tres años, pero todavía un hombre delgado y vigoroso, estaba sentado en un banco de piedra en el exterior de una vivienda de Masyaf, pensando. La adversidad le resultaba familiar y parecía que, una vez más, sobrevendría el desastre. Pero a pesar de todo, él había mantenido a salvo el gran y terrible artefacto. ¿Cuánto tiempo más resistiría su fuerza? ¿Cuánto tiempo más se negaría su espalda a torcerse bajo los golpes que el Destino dejaba caer sobre ella?

Sus reflexiones fueron interrumpidas —y la interrupción no fue inoportuna— por la aparición de su esposa, María Thorpe, la inglesa que hacía mucho tiempo había sido su enemiga, una mujer que había deseado ser miembro de la Compañía de los Templarios. El tiempo y el azar habían cambiado todo aquello. Ahora, tras un largo exilio, habían regresado a Masyaf para enfrentarse juntos al Destino.

Se sentó con él en el banco al notar que estaba decaído. Él le contó las noticias que traía.

—Los Templarios han reconquistado su archivo de Chipre. Abbas Sofian no envió refuerzos para ayudar a los defensores. Ha sido una masacre.

María se quedó boquiabierta por la sorpresa y la consternación.

—¿Cómo ha permitido esto Dios?

—María, escúchame. Cuando nos marchamos de Masyaf hace diez años, nuestra Orden era fuerte. Pero desde entonces todo nuestro progreso, todo lo que construimos, se ha deshecho, se ha desmontado.

Su rostro era una máscara de ira silenciosa.

—Abbas tiene que responder ante esto.

—¿Responder ante quién? —replicó Altaïr, enfadado—. Ahora los Asesinos tan solo obedecen sus órdenes.

La mujer colocó una mano en su hombro.

—Resiste tu deseo de venganza, Altaïr. Si dices la verdad, se darán cuenta del error que han cometido.

—¡Abbas mató a nuestro hijo pequeño, María! ¡Merece la muerte!

—Sí, pero si no puedes volver a ganarte a la Hermandad de manera honorable, sus cimientos se derrumbarán.

Altaïr no respondió en aquel momento, sino que se sentó en silencio meditando sobre alguna profunda lucha interna. Pero al final alzó la vista, con el rostro despejado.

—Tienes razón, María —dijo, tranquilo—. Hace treinta años, dejé que la pasión se impusiera a mi juicio. Era obstinado y ambicioso, y provoqué una ruptura dentro de la Hermandad que nunca se ha curado del todo.

Se levantó y María se puso de pie con él. Despacio, inmersos en la conversación, caminaron por la polvorienta aldea.

—Habla razonablemente, Altaïr, y los hombres razonables escucharán —le animó.

—Algunos, tal vez. Pero no Abbas. —Altaïr negó con la cabeza—. Debería haberle expulsado hace treinta años, cuando intentó robar la Manzana.

—Pero, cariño, te ganaste el respeto de los demás Asesinos porque fuiste compasivo y dejaste que se quedara.

Él le sonrió tímidamente.

—¿Cómo sabes todo eso? Ni siquiera estabas allí.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Me casé con un maestro en narrar historias —contestó, sin darle importancia.

Mientras caminaban, apareció la enorme estructura del castillo. Había un aire de abandono que se cernía sobre él; de desolación, incluso.

—Mira este lugar —gruñó Altaïr—. Masyaf es una sombra de lo que era antes.

—Ten en cuenta que hemos estado mucho tiempo fuera —le recordó María con tacto.

—Pero no estuvimos escondidos —dijo, irritado—. La amenaza de los mongoles, la Tormenta del Este, las hordas encabezadas por Khan Genghis, requirieron nuestra atención, y fuimos a enfrentarnos a ellos. ¿Qué hombre aquí puede decir lo mismo?

Continuaron caminando. Un poco después, María rompió su silencio y dijo:

—¿Dónde está nuestro hijo mayor? ¿Sabe Darim que su hermano está muerto?

—Le envié a Darim un mensaje hace cuatro días. Con suerte, ya debe de haberle llegado.

—Entonces le veremos pronto.

—Si Dios quiere. —Altaïr hizo una pausa—. ¿Sabes? Cuando pienso en Abbas, casi me da lástima. Lleva ese gran rencor hacia nosotros como una capa.

—Su herida es profunda, cariño. Tal vez…, tal vez eso le ayude a oír la verdad.

Pero Altaïr negó con la cabeza.

—No le importará, a él no. Un corazón herido ve toda la sabiduría como la punta de un cuchillo. —Volvió a hacer una pausa y miró a su alrededor, al puñado de aldeanos que pasaban a su lado, con la mirada baja o apartada—. Al caminar por este pueblo, noto un gran miedo en las personas, no amor.

—Abbas ha desbaratado este lugar y le ha arrebatado toda la alegría.

Altaïr dejó de caminar y miró con serio semblante a su esposa. Buscó su rostro, arrugado ya pero aún hermoso. Sus ojos conservaban su claridad,

aunque creyó ver reflejado en ellos todo por lo que habían pasado juntos.

—Puede que caminemos hacia nuestra perdición, María.

Ella le cogió la mano.

—Puede. Pero caminamos juntos.



CAPÍTULO 44

María y Altaïr habían llegado a los límites del castillo y comenzaron a encontrar Asesinos —los miembros de la Hermandad— que conocían. Pero el recibimiento no fue muy amistoso. Cuando uno de ellos pasó a su lado como si no los reconociera, Altaïr le detuvo.

—Hermano. Habla con nosotros un momento.

El Asesino se dio la vuelta a regañadientes, pero con una expresión adusta.

—¿Por qué razón tendría que hablar contigo? ¿Para que me retuerzas la mente con ese artefacto diabólico tuyo?

Y se fue corriendo, negándose a seguir hablando.

Pero pisándole los talones iba otro Asesino. Sin embargo, este también quiso evitar cualquier contacto con su antiguo Mentor y su esposa.

—¿Estás bien, hermano? —preguntó Altaïr, abordándole, con cierto tono desafiante.

—¿Quién pregunta? —replicó, bruscamente.

—¿No me reconoces? Soy Altaïr.

Le miró con ecuanimidad.

—Ese nombre me suena a hueco y tú… tú no eres más que un cero a la izquierda, nada más. Aprendería más hablando con el viento.

Se dirigieron a los jardines del castillo sin que nada lo impidiera. Una vez allí, supieron por qué les habían dejado penetrar hasta tan lejos, pues de repente se vieron rodeados por unos Asesinos vestidos de negro, leales a su Mentor usurpador, Abbas, y dispuestos a atacar en cualquier momento. Entonces, en un baluarte encima de ellos apareció el mismo Abbas, con el aire despectivo de quien tiene el poder.

—Dejadles hablar —ordenó con una voz imperiosa. Y les dijo a Altaïr y María—: ¿Por qué habéis venido? ¿Por qué habéis regresado a este lugar, si no sois bienvenidos? ¿Para corromperlo aún más?

—Buscamos la verdad sobre la muerte de nuestro hijo —respondió Altaïr con una voz clara y tranquila—. ¿Por qué mataron a Sef?

—¿Queréis la verdad o una excusa para la venganza? —replicó Abbas.

—Si la verdad nos da una excusa, actuaremos en consecuencia —le contestó María.

Aquella réplica hizo que Abbas se callara, pero al cabo de unos instantes de reflexión, dijo en tono más bajo:

—Entrega la Manzana, Altaïr, y te explicaré por qué mataron a tu hijo.

Altaïr asintió como si hubiera entendido algo secreto y se dio la vuelta, dispuesto a dirigirse a la Hermandad de Asesinos reunida. Alzó la voz de modo imperativo:

—¡Ah, la verdad ha salido ya a la luz! Abbas quiere la Manzana para él. ¡No para abriros la mente sino para controlarla!

Abbas se dio prisa en responder:

—Has tenido ese artefacto durante treinta años, Altaïr. Te has deleitado en su poder y has acaparado todos sus secretos. ¡Te ha corrompido!

Altaïr contempló el mar de caras, la mayoría hostiles, aunque algunos mostraban signos de duda. Su mente trabajó rápido y preparó un plan que podía funcionar.

—Muy bien, Abbas —dijo—. Cógela.

Y sacó la Manzana de la bolsa que llevaba en el costado y la levantó.

—¿Qué…? —dijo María, sorprendida.

Los ojos de Abbas brillaron al ver la Manzana, pero vaciló antes de hacer unas señas a su escolta para que fuera a cogerla de la huesuda mano de Altaïr.

El escolta se acercó. Cuando estuvo al lado de Altaïr, un demonio le poseyó y con una expresión divertida en el rostro, se inclinó hacia su antiguo Mentor para susurrarle al oído:

—Fui yo quien mató a tu hijo Sef. Justo antes de asesinarlo, le dije que fuiste tú quien ordenó su muerte. —No vio el relámpago en los ojos de Altaïr. Continuó hablando, satisfecho consigo mismo y apenas reprimiendo la risa—. Sef murió creyendo que fuiste tú el que lo traicionó.

Altaïr entonces le miró con fuego en los ojos. La Manzana explotó en su mano con la luz de una estrella reluciente.

—¡Ahhhh! —gritó de dolor el escolta.

Todo su cuerpo se retorcía sin control. Se llevó las manos a la cabeza, buscando las sienes. Era como si tratara de arrancarse la cabeza del cuerpo en un intento de parar la angustia.

—¡Altaïr! —gritó María.

Pero Altaïr no la escuchaba. Tenía los ojos negros de furia. Guiado por una fuerza oculta, el escolta, aunque intentaba contener sus propios impulsos, sacó un cuchillo largo del cinturón y, con las manos temblando y tratando de combatir la fuerza que las dirigía, lo alzó, dispuesto a clavarlo en su propia garganta.

María cogió el brazo de su marido, le zarandeó y volvió a chillar.

—¡Altaïr! ¡No!

Finalmente, sus palabras tuvieron efecto. Un instante después, visiblemente afectado, Altaïr salió del trance que le había dominado. Sus ojos volvieron a la normalidad y la Manzana se apagó, quedando oscura y sin brillo, inerte en su mano.

Pero el escolta, liberado de la fuerza que le había poseído, se sacudió como un perro, miró a su alrededor como un loco, enfadado y aterrado, vociferó una terrible maldición, se lanzó sobre María y le clavó el cuchillo en la espalda. Luego se retiró y dejó el cuchillo hundido allá donde lo había colocado. Un débil grito surgió en los labios de María. La compañía de

Asesinos al completo se quedó inmóvil, impertérrita. El mismo Abbas permanecía en silencio, boquiabierto.

Fue Altaïr quien se movió. Al escolta le pareció que su anterior Mentor accionaba la hoja oculta con una lentitud sobrecogedora. La cuchilla salió y el sonido fue tan fuerte como el de una roca al romperse por el calor del sol. El escolta vio la hoja acercarse a él, hacia su cara, la vio aproximarse centímetro a centímetro, segundo a segundo, o eso le pareció. Pero entonces la velocidad aumentó y fue atroz cuando notó que le cortaba la cara entre los ojos. Hubo una explosión en su cabeza y luego, nada.

Altaïr se quedó quieto una fracción de segundo mientras el cuerpo caía al suelo y la sangre manaba de su cabeza entre los ojos destrozados. Entonces cogió a su mujer cuando empezó a desplomarse y la depositó con cuidado sobre la tierra, que sabía que la acogería pronto. Una bola de hielo creció en su corazón. Se inclinó sobre ella, con la cara tan pegada a la suya que parecían amantes a punto de besarse. El silencio les envolvió como una armadura. Ella intentaba hablar y él se esforzaba por oírla.

—Altaïr. Mi amor. Fuerza.

—María… —Su voz no fue más que un susurro angustiado.

Luego, los sonidos, el polvo y los olores se alzaron con violencia a su alrededor de un modo sobrecogedor, chocando contra la armadura protectora, y por encima de todo ello se oyó la voz de Abbas chillando:

—¡Está poseído! ¡Matadle!

Altaïr se puso en pie, se irguió cuan alto era, y retrocedió lentamente.

—¡Coged la Manzana! —gritó Abbas—. ¡Ahora!



CAPÍTULO 45

Altaïr huyó antes de que pudieran reaccionar. Salió del castillo, por su enorme portal, bajó la escarpa y entró en el bosque poco denso que delimitaba el área entre la fortaleza y la aldea por el lado norte. Y allí, en un claro, como por obra de un milagro, se encontró con otro hombre como él, pero una generación más joven.

—¡Padre! —exclamó el recién llegado—. He venido en cuanto leí vuestro mensaje. ¿Qué ha pasado? ¿Llego demasiado tarde?

En el castillo que tenían a sus espaldas, los cuernos daban la alarma.

—¡Darim! ¡Hijo mío! ¡Regresa!

Darim miró detrás de su padre, por encima de su hombro. Allí, más allá del bosque, vio grupos de Asesinos reuniéndose, preparándose para perseguirlos y atraparlos.

—¿Se han vuelto todos locos?

—Darim, todavía tengo la Manzana. Tenemos que marcharnos. Abbas no debe ponerle las manos encima.

Como respuesta, Darim descolgó su fardo y sacó una funda con cuchillos arrojadizos antes de colocarla en el suelo.

—Hay más cuchillos ahí dentro. Cógelos si los necesitas.

Los Asesinos leales a Abbas ya lo habían visto; algunos se dirigían hacia ellos, mientras que otros se abrían en abanico para flanquearlos.

—Intentan tendernos una emboscada —dijo Altaïr en tono grave—. Quédate con unos cuantos cuchillos. Debemos estar preparados.

Cruzaron el bosque, adentrándose más en él.

Era un camino peligroso. A menudo, tenían que refugiarse cuando veían grupos de Asesinos delante o que intentaban alcanzarlos por el lado u oblicuamente desde atrás.

—¡No te alejes! —dijo Darim—. Vamos juntos.

—Intentaremos coger un desvío. Hay caballos en el pueblo. En cuanto los tengamos, podremos tratar de llegar a la costa.

Hasta entonces, Darim había estado demasiado preocupado por el peligro inmediato para pensar en nada más, pero ahora dijo:

—¿Dónde está mi madre?

Altaïr negó con la cabeza, tristemente.

—Ha fallecido, Darim. Lo siento.

Darim inspiró.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Déjalo para luego. Ya hablaremos más tarde. Ahora tenemos que luchar.

—Pero son nuestros Hermanos. Nuestros compañeros Asesinos. Estoy seguro de que podemos hablar con ellos para convencerles.

—Olvídate de los razonamientos, Darim. Los han envenenado con mentiras.

Se hizo el silencio entre ambos. Luego Darim dijo:

—¿Fue Abbas quien mató a mi hermano?

—Mató a tu hermano. Mató a nuestro gran camarada, Malik al-Sayf. Y a muchísimos más —respondió Altaïr, sombrío. Darim agachó la cabeza.

—Está loco. No tiene remordimientos. Ni conciencia.

—Es un loco con un ejército.

—Morirá —dijo Darim, con frialdad—. Algún día lo pagará.

Llegaron a las afueras del pueblo y tuvieron la suerte de alcanzar los establos sin problemas, puesto que la aldea estaba repleta de guerreros

Asesinos. Ensillaron los caballos a toda prisa y montaron. Mientras se marchaban cabalgando, oyeron la voz de Abbas, bramando como una bestia dolorida, encima de la torrecilla de la plaza del pueblo.

—¡La Manzana será mía, Altaïr! ¡Y conseguiré tu cabeza por toda la deshonra que has traído a mi familia! ¡No podrás correr siempre! ¡No huirás de nosotros, ni de tus mentiras!

Su voz se perdió en la distancia mientras se alejaban galopando.

Tras ocho kilómetros de camino, frenaron. No les habían seguido, al menos por ahora. Habían ganado tiempo. Pero Darim, que iba detrás, advirtió que su padre iba alicaído en la silla, agotado y angustiado. Espoleó a su caballo para que se acercara y miró el rostro de Altaïr con preocupación.

Altaïr iba encorvado y estaba al borde de las lágrimas.

—María. Mi amor —oyó Darim que murmuraba.

—Venga, Padre —dijo—. Debemos seguir cabalgando.

Haciendo un esfuerzo supremo, Altaïr espoleó al caballo para que saliera al galope, y los dos hombres se alejaron a toda velocidad hasta que no fueron más que dos motas que desaparecieron en el imponente paisaje.



CAPÍTULO 46

Tras depositar la nueva llave con las otras, a buen recaudo en el cuartel general de los Asesinos en Constantinopla, y después de entregar el ejemplar de Esopo escrito por Sócrates y dejar maravillada a Sofía, Ezio decidió que había llegado el momento de informar al príncipe Suleiman acerca de lo que había descubierto en el Arsenal.

Tenía alguna idea de dónde encontrarle y se dirigió a un parque de moda, cerca de la mezquita de Bayezid, donde halló a Suleiman y a su tío Ahmet sentados a la sombra de un plátano al que la luz del sol aumentaba el verde brillante de sus anchas hojas. Unos guardias jenízaros estaban a su alrededor, a una discreta distancia, mientras jugaban al ajedrez. Ezio se colocó donde podía observar sin ser visto. Quería hablar con el príncipe a solas. Pero estaba interesado en el tablero de ajedrez, puesto que las estrategias de aquel juego le habían enseñado muchas técnicas aplicables en cualquier terreno, y siguió el desarrollo de la partida con interés.

Los dos jugadores parecían bastante igualados. Al cabo de un rato, Suleiman, tras reflexionar sobre un movimiento de su tío, que ponía a su rey en peligro, respondió con un enroque.

—Ese movimiento no es reglamentario —dijo el príncipe Ahmet, sorprendido.

—Es una variación europea, *arrocco*.

—Es interesante, pero no precisamente justo, cuando juegas con distintas normas a las de tu oponente.

—Puede que pienses diferente cuando seas sultán —respondió Suleiman de plano.

Ahmet reaccionó como si le hubieran dado una bofetada, pero no dijo nada. Suleiman cogió su rey.

—¿Lo retiro? —preguntó.

Como respuesta, Ahmet se puso de pie.

—Suleiman —dijo—, sé que ha sido difícil para ti el hecho de vernos a tu padre y a mí pelear por el trono de Bayezid.

El joven se encogió de hombros.

—El abuelo te ha elegido a ti y su palabra es la ley, *kanun*. No hay discusión.

El príncipe Ahmet miró a su sobrino con una admiración reticente.

—Antes tu padre y yo estábamos muy unidos, pero su crueldad y ambición han…

—He oído rumores, tío —le interrumpió Suleiman, con vehemencia.

Avergonzado, Ahmet apartó la mirada hacia el parque por un momento, antes de volver a centrarla en el tablero de ajedrez.

—Bueno —dijo finalmente—, tengo una reunión con el consejo de visires en breve. ¿Continuamos en otro momento?

—Cuando quieras —dijo Suleiman, cordial.

Se levantó y le hizo una reverencia a su tío, que se la devolvió, antes de marcharse con su escolta. Ezio esperó un momento y observó cómo Suleiman se volvía a sentar para contemplar el tablero de ajedrez.

Entonces avanzó.

Suleiman le vio acercarse y les hizo unas señas a sus guardias para que permitieran acercarse al visitante.

—Ezio —dijo.

Ezio fue directo al grano.

—Tarik ha estado vendiendo armas a un avaro de por aquí, Manuel Paleólogo.

El rostro de Suleiman se ensombreció y apretó el puño.

—Paleólogo. Una triste noticia para mis oídos. —Se volvió a poner de pie—. El último emperador bizantino fue Constantino Paleólogo. Si su heredero está armando una milicia de algún tipo, habrá conflicto y se intensificará. Todo eso en un momento en que mi padre y mi abuelo están en desacuerdo.

Se calló, perdido en sus pensamientos. Ezio imaginó que debía de estar dándole vueltas a una de las decisiones más difíciles que había tenido que tomar en toda su vida.

—Tarik sabe a dónde van esos rifles —dijo—. Si le encuentro primero, las armas me llevarán directas a los bizantinos.

Suleiman le miró.

—Tarik estará con los jenízaros en su cuartel. Así que si quieres acercarte, tendrás que convertirte en jenízaro.

Ezio sonrió.

—No hay problema —contestó.

—*Güzel* —dijo Suleiman—. Perfecto. —Se quedó pensando un momento, y quedó claro que la decisión que iba a tomar le disgustaba; pero en cuanto la tomó, fue firme—. Consigue la información que necesites y luego mátalo.

Ezio levantó una ceja. Aquella era una cara de Suleiman que no había visto antes.

—¿Estás seguro, Suleiman? Me habías dicho que Tarik y tu padre eran amigos íntimos.

Suleiman tragó saliva y después respondió, desafiante:

—Es cierto. Pero tal manifiesta traición contra mi abuelo merece la muerte.

Ezio se lo quedó mirando un momento y después dijo:

—Entendido.

No había más que hablar. Ezio se marchó. Cuando miró atrás, Suleiman volvía a estudiar el tablero de ajedrez.



CAPÍTULO 47

Con un poco de ayuda de los Asesinos de Yusuf, Ezio fue capaz de aislar y acorralar a un jenízaro desprevenido y fuera de servicio en el Bazar, para quitarle su uniforme. Pero pagó su precio. El jenízaro ofreció gran resistencia e hirió gravemente a dos Asesinos antes de que le redujeran; pero no antes de que él mismo sufriera una herida mortal. Ezio tuvo que limpiar, con la ayuda de Azize, las manchas de sangre de las prendas blancas antes de ponérselas. Así podría pasar por un guardia jenízaro sin que le interrogaran, siempre que mantuviera tapada su barba con un pañuelo blanco y dejara visible tan solo el bigote.

Cuando se dirigió al cuartel, le hizo gracia y al mismo tiempo le desconcertó la reacción que suscitó entre la población local, tanto en hombres como en mujeres, en otomanos y bizantinos por igual, aunque las reacciones eran una mezcla parecida a la de todas las nacionalidades con las que se topó. Algunos al parecer le admiraban y otros hasta se congraciaban con él. Otros mostraban sutilmente desdén, y aun así predominaba el miedo y la incertidumbre. Estaba claro que los jenízaros en el mejor de los casos eran tolerados y en el peor, detestados. No había ni rastro de auténtico

afecto ni admiración. Pero por lo que pudo deducir, parecía haber un especial desdén hacia los jenízaros que pertenecían al cuartel de Tarik. Ezio guardó aquella experiencia en la memoria, con la certeza de que le resultaría útil en un futuro, pero de momento se centró en su objetivo.

Al ver que el uniforme le permitía pasar sin obstáculos ni oposición hacia el cuartel se sintió aliviado, y más aún cuando poco después se enteró de que ya habían descubierto que los Asesinos habían matado a un jenízaro. Al acercarse a su destino, pasó por una plaza donde un heraldo *seljuk* estaba anunciando la muerte de un hombre a una multitud de curiosos interesados.

—Malas noticias, ciudadanos de Kostantiniyye —proclamaba el heraldo —. Un sirviente de nuestro sultán ha muerto a manos de un criminal, que le ha quitado la ropa. —Miró a su alrededor y levantó la voz un poco—. Estad atentos ante cualquier actividad sospechosa.

Ezio cruzó la plaza de forma tan discreta como le fue posible, pero inevitablemente se fijaron en él. Rezó por poder entrar en el cuartel sin problemas. Si sabían lo del asesinato y que habían matado a aquel hombre para quitarle el uniforme, no tardarían ni un segundo en extremar las medidas de seguridad.

—¡Pobre del asesino que le ha quitado la vida a un querido jenízaro! —continuó clamando el heraldo—. ¡Hay que encontrar al enemigo de la civilización y llevarlo ante la justicia! ¡Si veis algo, avisad! —Recorrió la multitud con una mirada desafiante, imponente, y agitó su pergamino para enfatizar el efecto, antes de seguir—: ¡Cuidado, ciudadanos! Un asesino acecha nuestras calles, un hombre sin conciencia que tiene como objetivo los sirvientes de nuestro sultán. Los jenízaros han dedicado su vida a la protección del imperio. Devolvedles el favor que nos han hecho, ¡y encontrad a este asesino antes de que ataque otra vez!

La poterna de la guarnición jenízara estaba abierta, aunque flanqueada por una guardia doble. Se pusieron firmes cuando Ezio llegó y se dio cuenta de que había tenido la suerte de abordar a un suboficial superior o un oficial subalterno, puesto que la ropa que llevaba sin duda imponía respeto, aunque al ojo profano le resultara prácticamente imposible distinguir entre oficiales jenízaros uniformados y civiles. Entró en los barracones sin problemas, y en

cuanto lo hizo, empezó a captar fragmentos de una conversación relativa al asesinato.

—*Khardeshlerim*, hace menos de una hora han encontrado a uno de los nuestros asesinado y sin ropa. Y dicen que el cadáver lo tiraron cuesta abajo como si fuera basura —dijo un soldado a un par de compañeros suyos, que murmuraron, enfadados, ante la noticia—. Mantened los ojos alerta en las calles cuando caminéis por ellas —continuó diciendo el primero—. Alguien planea atacar, usando nuestro uniforme como tapadera. Debemos estar en guardia constantemente, hasta que cojan al culpable.

—Y le destripen —añadió otro.

Ezio decidió ser tan prudente como fuera posible mientras estuviera en los barracones. Con la cabeza gacha, se movió por el cuartel para familiarizarse con él y, mientras lo hacía, escuchó a escondidas varias conversaciones. Lo que oyó fue muy revelador, de gran valor.

—Selim entiende nuestra difícil situación. Los bizantinos, los mamelucos, los safávidas… Solo él ha tenido la valentía de enfrentarse a las amenazas que esos pueblos representan para nosotros —dijo un soldado.

—Es cierto. Selim es un guerrero como lo fueron Osman y Mehmet antes que él —contestó otro.

—Entonces, ¿por qué nuestro sultán ha elegido a un minino en vez de a un león?

—El príncipe Ahmet comparte el temperamento tranquilo del sultán. Esa es la razón. Me temo que son demasiado parecidos.

Un tercer soldado se unió a la conversación.

—El sultán Bayezid es un buen hombre y un gobernante que se ha portado bien con nosotros… Pero ha perdido el ardor que le hizo grande.

—No estoy de acuerdo —opinó un cuarto—. Sigue siendo un luchador. ¡Mirad el ejército que ha levantado contra Selim!

—¡Eso tan solo confirma su decadencia! ¡Tomar las armas contra su propio hijo! Es vergonzoso.

—No tergiverséis la verdad para amoldarla a vuestra pasión, *efendim* —le reprendió el cuarto hombre—. Fue Selim, al fin y al cabo, el que atacó primero al sultán.

—*Evet, evet*. Pero Selim lo hizo por la gloria del imperio, no por sí mismo.

—Hablando de la guerra, ¿hay noticias del norte? —intervino un quinto soldado.

—He oído que las fuerzas de Selim han retrocedido a Varna —dijo un sexto—. Me han dicho que ha habido grandes pérdidas.

—Increíble, ¿no? Rezo por que se acabe rápido.

—Sí, pero ¿en qué dirección?

—No sabría decirlo. Mi corazón está de parte de nuestro sultán, pero mi cabeza tiene la esperanza de que prevalezca Selim.

—¿Y qué decís del hijo de Selim, el príncipe Suleiman? —añadió un séptimo jenízaro—. ¿Lo habéis conocido?

—No personalmente —contestó un octavo—, pero le he visto. Sé que es un chico excepcional.

—Ya casi ha dejado de ser un niño, es un joven competente. Con una mente magnífica.

—¿Ha salido a su padre?

El séptimo jenízaro se encogió de hombros.

—Tal vez. Aunque sospecho que en general es otro tipo de hombre.

Aparecieron dos jenízaros más, que se unieron a la conversación, mientras Ezio se mantenía al margen. Uno de ellos sin duda un poco bromista.

—¿Qué hace el príncipe Ahmet en esta ciudad? —preguntó, con ironía —. Sabe que no es bien recibido.

—Es como una polilla merodeando junto a la luz. Espera que su padre muera para quedarse con el trono.

—¿Habéis oído que le ofreció un soborno a Tarik a cambio de nuestra lealtad? —dijo el gracioso.

—¡Maldito sea! ¿Qué hizo Tarik?

El otro guardia se rio.

—¡Se gastó la mitad del dinero en comida para caballos y le envió el resto a Selim!



CAPÍTULO 48

Había varias tiendas engalanadas montadas en el interior del amplio recinto, protegido por los altos muros que lo rodeaban. Ezio dejó a los soldados jenízaros y siguió caminando para acercarse más al centro, donde creía que encontraría las dependencias de Tarik. En efecto, al aproximarse, oyó el tono familiar de la voz de Tarik, que hablaba con un mensajero. Les acompañaba un tercer jenízaro, sin duda un edecán.

—Tarik *bey* —dijo el mensajero—. Una carta para vos.

Tarik cogió la carta sin comentarios, rompió el sello y la leyó. Rio con satisfacción incluso antes de llegar al final.

—Perfecto —dijo y plegó el papel para guardarlo en su túnica—. Los rifles han llegado a Capadocia, a la guarnición de Miguel Paleólogo.

—Y nuestros hombres, ¿siguen con él? —preguntó el edecán.

—*Evet*. Contactarán con nosotros cuando los bizantinos levanten el campamento. Luego nos encontraremos con ellos cuando lleguen a Bursa.

El edecán sonrió.

—Entonces todo se va poniendo en su lugar, *efendim*.

—Sí, Chagatai —contestó Tarik—. Por una vez.

Se despidió de los hombres y comenzó a caminar entre las tiendas. Ezio le siguió a una distancia prudente. Pero no pudo pasar totalmente desapercibido, y cuando los guardias se pusieron firmes o los soldados de rango similar al suyo le saludaron, se alegró del poco turco que había aprendido desde su llegada a Constantinopla. Pero no fue todo coser y cantar. Una o dos veces le perdió de vista y antes de volver a localizarle, advirtió que le dirigían miradas suspicaces. En una ocasión hasta le detuvieron. Dos guardias le bloquearon el paso.

—¿De qué regimiento sois, *efendim*? —le preguntó el primero con educación, pero con cierto tono en la voz que le hizo desconfiar a Ezio.

Antes de que Ezio pudiera responder, el segundo le interrumpió.

—No creo que te conozca. No veo tu insignia imperial. ¿Eres de la caballería?

—¿Cuándo entraste? —preguntó el primero, con una voz que había dejado de ser amistosa.

—¿Dónde está tu capitán?

El turco de Ezio no estaba a aquel nivel. Y se dio cuenta de que, de todas formas, era evidente que había suscitado sospechas. Rápidamente sacó la hoja gancho, se la clavó a uno y le lanzó contra el otro. Después echó a correr a toda velocidad entre las tiendas, saltando entre las cuerdas tensoras, pero sin quitarle el ojo de encima a Tarik, que ahora estaba más lejos.

Alguien gritó a sus espaldas:

—¡Impostor!

—¡Embustero! ¡Morirás!

—¡Detenedle!

—¡Es el bandido que mató a Nazar! ¡Cogedle!

Pero los barracones eran muy amplios y Ezio se aprovechó de que, vestidos de uniforme y con bigotes casi idénticos, un jenízaro era muy parecido a otro. Dejando confusión a su paso, no tardó en recuperar la pista de Tarik y lo localizó en un rincón tranquilo del cuartel, donde se hallaban las salas de mapas de los oficiales superiores.

Ezio observó cómo Tarik entraba en una de las salas de mapas, echó un vistazo para asegurarse de que el hombre estaba solo y que había despistado

a sus perseguidores, y le siguió. Cerró la puerta y echó el pestillo.

Ezio ya había reunido toda la información que creía necesaria. Sabía que Tarik planeaba un encuentro con Manuel en Bursa, y sabía que el envío de armas había llegado a Capadocia, a la guarnición de Manuel. Así que cuando Tarik desenvainó enseguida su espada y se lanzó hacia él, no tuvo que interrogarle antes. Se hizo a un lado hacia su izquierda, cuando Tarik dio una estocada, luego accionó la hoja oculta de su mano izquierda, la clavó con fuerza en la parte derecha de la espalda del capitán, y le atravesó el riñón con la hoja antes de retirarla.

Tarik se estrelló contra una mesa, esparció los mapas que la cubrían y los manchó de sangre al caer sobre ellos. Contuvo la respiración y, echando mano de sus últimas reservas de fuerza, se apoyó sobre el codo derecho para incorporarse y dio media vuelta para mirar a su atacante.

—Tu vileza ha terminado, soldado —dijo Ezio con aspereza.

Pero Tarik parecía resignado, como si aquello le divirtiera. De repente, a Ezio le abordaron las dudas.

—¡Ah, qué amarga ironía! —exclamó Tarik—. ¿Es este el resultado de la investigación de Suleiman?

—Has conspirado con los enemigos del sultán —dijo Ezio, cuya confianza disminuía—. ¿Qué esperabas de una traición como esa?

Tarik sonrió con pesar.

—La culpa es mía. —Hizo una pausa, respirando con dolor, mientras la sangre manaba de forma constante de su costado herido—. No fue por traición, sino por orgullo desmedido. —Miró a Ezio, que se había acercado para oír su voz, convertida en apenas un susurro—. Estaba preparando una emboscada. Me disponía a atacar a los Templarios bizantinos en el preciso instante en que se sintieran más seguros.

—¿Qué pruebas tienes de eso?

—Mira. Ten.

Dolorido, Tarik sacó un mapa de su cinturón con la mano derecha.

—Toma —dijo.

Ezio lo cogió.

—Esto te conducirá a los bizantinos de Capadocia —continuó Tarik—. Destrúyeles si puedes.

Ezio también había bajado la voz hasta convertirla en un susurro.

—Has hecho bien, Tarik. Perdóname.

—Nadie tiene la culpa —respondió Tarik. Le costaba hablar. Pero se obligó a ello, pues sabía que sus siguientes palabras serían las últimas—. Protege mi patria. *Allah ashkina!* En nombre de Dios, recupera el honor que perdimos en esta lucha.

Ezio se colocó el brazo de Tarik por encima del hombro y le puso sobre la mesa, se quitó a toda prisa el pañuelo del cuello y le ató tan fuerte como pudo la herida que le había hecho.

Pero era demasiado tarde.

Volvió a oír fuera el alboroto que había provocado, que se acercaba. No había tiempo para lamentar su error. Se arrancó el uniforme a toda prisa, y se quedó con la simple túnica gris y las mallas que llevaba debajo. La sala de mapas estaba cerca del muro del cuartel. Con la ayuda de su gancho, sabía que podría escalarlo.

Había llegado el momento de marcharse.



CAPÍTULO 49

Ezio llegó al cuartel general de los Asesinos, se cambió, y volvió a Topkapi Sarayi con el alma por los suelos. Era evidente que les habían ordenado a los guardias que lo dejaran pasar, y le acompañaron hasta una antecámara privada, donde, al cabo de unos minutos, Suleiman fue a su encuentro. El joven príncipe parecía sorprendido de verle, y nervioso.

Ezio anticipó la pregunta en sus ojos.

—Tarik no era un traidor, Suleiman. También iba detrás de los bizantinos.

—¿Qué? —El disgusto de Suleiman era evidente—. Entonces, ¿le…?

Ezio asintió con gravedad.

Suleiman se sentó. Parecía enfermo.

—Que Dios me perdone —dijo en voz baja—. No debería haberle juzgado tan rápido.

—Príncipe, fue leal a tu abuelo hasta el final y gracias a sus esfuerzos tenemos los medios para salvar vuestra ciudad.

Ezio le explicó brevemente lo que había descubierto, le contó de lo que se había enterado al escuchar a los jenízaros y le enseñó el mapa que Tarik

le había dado.

—Ah, Tarik —suspiró Suleiman—. No tenía que haber sido tan reservado, Ezio. ¡Qué manera tan horrible de hacer algo bueno!

—Se han llevado las armas a Capadocia. Debemos actuar de inmediato. ¿Puedes llevarme hasta allí?

Fueron interrumpidos por la llegada del príncipe Ahmet. Por suerte, este llamó a Suleiman con impaciencia antes de aparecer, así que Ezio tuvo tiempo de retirarse a un rincón de la sala donde llamaría menos la atención.

Ahmet entró en la estancia. No perdió el tiempo y fue al grano.

—¡Suleiman, me han tendido una trampa y me han hecho quedar como un traidor! ¿Te acuerdas de Tarik, el jenízaro?

—¿El hombre con el que te peleaste?

Ahmet mostró signos de estar realmente enfadado.

—Lo han matado. No era ningún secreto que él y yo no estábamos de acuerdo. Ahora los jenízaros me acusarán del crimen.

—¡Qué noticia más terrible, tío!

—Pues sí. ¡Cuando se entere mi padre de esto, me desterrará de la ciudad!

Suleiman no pudo reprimir una mirada nerviosa por encima del hombro de su tío, hacia Ezio. Ahmet se dio cuenta y se dio la vuelta. Inmediatamente se mostró más reservado.

—Ah. Perdóname, sobrino. No sabía que tenías un invitado.

Suleiman vaciló y luego dijo:

—Es… Marcello. Uno de mis consejeros europeos en Kefe.

Ezio hizo una reverencia.

—*Buona sera*.

Ahmet hizo un gesto impaciente.

—Marcello, mi sobrino y yo tenemos un asunto privado que tratar —dijo con dureza.

—Desde luego. Por favor, disculpadme. —Ezio volvió a hacer una reverencia, incluso más pronunciada, y regresó a la puerta tras intercambiar una mirada rápida con Suleiman que, esperaba, le sacaría de aquella situación. Por suerte, el joven príncipe supo por dónde iba y dijo con una

voz oficial y entrecortada—: Ya conoces las órdenes. Como he dicho, habrá un barco esperándote cuando estés preparado para marcharte.

—*Grazie, mio principe* —respondió Ezio.

Abandonó la sala entonces, pero se entretuvo un poco fuera, deseando oír cómo terminaba la conversación. Lo oído no le convenció de que estuviera fuera de peligro en absoluto.

—Localizaremos al autor de este crimen, tío —estaba diciendo Suleiman—. Ten paciencia.

Ezio meditó sobre aquellas palabras. ¿Podía ser tan grave? Apenas conocía a Suleiman. ¿Y qué le había advertido Yusuf? Que no se metiera en la política otomana.

Salió cabizbajo del palacio. Necesitaba ir a un lugar donde pudiera relajarse —lo necesitaba muchísimo— y poner sus ideas en orden.



CAPÍTULO 50

Por el camino entramos encubierto
mi guía y yo, buscando el claro mundo;
y, sin querer descanso, a descubierto
subimos, él primero y yo segundo;
y entonces pude ver las cosas bellas
que el cielo da, por un hueco rotundo:
y otra vez contemplamos las estrellas.

Ezio había comenzado a releer *El Infierno* de Dante como Sofía le había sugerido hacía unos días. Ya lo había leído cuando era estudiante, pero nunca lo había asimilado, puesto que su mente estaba preocupada por otros asuntos en aquella época, pero ahora le parecía toda una revelación. Al terminarlo, dejó el libro con un suspiro de placer. Contempló a Sofía, que llevaba las gafas apoyadas en la nariz y estaba sentada, con la cabeza gacha,

mirando del mapa original a sus libros de referencia y luego a una libreta en la que estaba escribiendo. Se la quedó observando mientras trabajaba, pero no la interrumpió, puesto que parecía sumamente dedicada a la tarea que tenía entre manos. En su lugar, decidió volver a coger el libro y pensó en comenzar *El Purgatorio*.

Justo entonces, Sofía levantó la vista de su trabajo y le sonrió.

—¿Te gusta el poema?

Él le devolvió la sonrisa, dejó el libro en la mesa, junto a la silla, y se puso de pie.

—¿Quiénes son esos hombres a los que condenó al infierno?

—Oponentes políticos, hombres que le habían juzgado mal. La pluma de Dante Alighieri es hiriente, ¿no?

—Sí —respondió Ezio, pensativo—. Es una manera sutil de buscar venganza.

No quería volver a la realidad, pero la urgencia del viaje que pronto debía emprender le presionaba. Aun así, no había nada que pudiera hacer hasta que recibiera noticias de Suleiman. Siempre y cuando pudiera confiar en el príncipe. Pero sus pensamientos se habían calmado. ¿En qué le beneficiaba a Suleiman traicionarle? Volvió a sentarse, cogió otra vez *La Divina Comedia*, y abrió el libro por donde lo había dejado.

Ella le interrumpió.

—Ezio —comenzó diciendo, vacilante—. Planeo un viaje a Adrianópolis dentro de unas semanas para visitar una nueva imprenta que hay allí.

Ezio notó el tono tímido de su voz y se preguntó si Sofía había captado la suavidad en su manera de hablar cada vez que hablaba con ella. ¿Se había percatado del gran… afecto que le tenía? Para compensarlo, no quiso darle importancia cuando contestó:

—Será divertido.

Ella continuaba cohibida.

—Está a cinco o seis días a caballo de aquí y necesitaré un acompañante.

—*Prego?*

Ella se sintió inmediatamente incómoda.

—Lo siento. Eres un hombre de negocios.

Ahora le tocaba a él ponerse nervioso.

—Sofía, me encantaría acompañarte, pero se me acaba el tiempo.

—Eso nos pasa a todos.

Él no supo qué responder a eso, lo entendió de varias maneras, y se quedó callado. Estaba pensando en los veinte años que les separaban.

Sofía bajó la vista al mapa durante un momento y luego volvió a alzarla.

—Bueno, podría intentar terminar ahora este último código, pero necesito ir a hacer un recado antes de la puesta de sol. ¿Puedes esperar un día?

—¿Qué necesitas?

Apartó la vista y volvió a mirarle.

—Es una tontería, pero… un ramillete de flores frescas. Tulipanes blancos, en concreto.

Ezio se levantó.

—Te traeré las flores. *Nessun problema*.

—¿Estás seguro?

—Será un agradable cambio de rutina.

Ella le sonrió cálidamente.

—*Bene!* Mira, reúnete conmigo en el parque que hay justo al este de Hagia Sofia. Intercambiaremos flores por… ¡información!



CAPÍTULO 51

El Mercado de las Flores era un derroche de color y aromas agradables, y no había jenízaros a la vista. Ezio lo cruzó con inquietud, puesto que en toda aquella abundancia no había sido capaz de encontrar las flores que buscaba.

—Pareces un hombre con dinero para gastar —le dijo un vendedor de flores al acercarse Ezio a su puesto—. ¿Qué necesitas, amigo?

—Estoy buscando tulipanes. Blancos, si es que tienes.

El vendedor de flores se quedó dudando.

—Ah. Tulipanes. Perdóname, pero se acaban de terminar. ¿No quieres otra cosa?

Ezio negó con la cabeza.

—Por desgracia, no depende de mí.

El vendedor de flores reflexionó un momento sobre el problema y luego se inclinó hacia delante para decirle confidencialmente:

—Vale, no se lo digas a nadie, es mi secreto. Muchos de los tulipanes blancos que vendo, los cojo cerca del hipódromo. No es mentira. Ve a comprobarlo tú mismo.

Ezio sonrió, cogió su cartera y le dio una generosa propina al vendedor.

—*Grazie*.

A toda prisa recorrió las calles, calentadas por el sol, hacia el hipódromo y, en efecto, en la hierba a un lado del circuito, encontró tulipanes blancos que crecían en abundancia. Contento, se agachó y accionó la hoja oculta para cortar tantos como imaginaba que Sofía quería.



CAPÍTULO 52

El Parque Imperial al este de Hagia Sofia estaba diseñado como unos jardines formales, intercalados con césped verde salpicado con bancos de mármol blanco y pérgolas ideales para encuentros privados. En una de ellas encontró pronto a Sofía.

Había organizado un pequeño picnic y Ezio advirtió de un vistazo que no se trataba de comida y bebida de la zona. De alguna manera se las había arreglado para preparar un almuerzo que incluía algunas especialidades de sus respectivas ciudades natales, como por ejemplo *moleche* y *rixoto de gò* de Venecia, y *panzanella* y *salame toscano* de Florencia. También había llevado higos de Tuscolo y olivas de Piceno, y había un plato de macarrones y rodaballo. El vino que había escogido era un Frescobaldi. Había una cesta de mimbre junto a un mantel blanco y pulcro que había dispuesto.

—¿Qué es esto? —preguntó, maravillado.

—Un regalo. Siéntate.

Ezio se inclinó para entregarle las flores como si estuviera regalándoselas.

—Son preciosas, gracias —dijo, aceptando el enorme ramo de tulipanes que había cortado para ella.

—Para que no creas que no sé apreciar los problemas que has tenido.

—Quería darte las gracias por dejarme desempeñar un pequeño papel en tu aventura.

—No lo llamaría pequeño, precisamente, pero un papel «pequeño» es suficiente en esta aventura, créeme.

Se rio en voz baja.

—Eres un misterio, Ezio Auditore.

Parecía preocupado.

—Lo siento, no pretendía serlo.

Ella volvió a reírse.

—¡Está bien! —Hizo una pausa y luego añadió—: Es atractivo.

Ezio no supo qué responder a aquello, así que se concentró en la comida.

—Tiene una pinta deliciosa.

—¡Vaya, gracias!

Ezio sonrió. No quería estropear aquel momento, pero una sombra había caído sobre sus pensamientos. No debía estar celebrando nada, ni esperar nada, antes de tiempo. La miró con más seriedad y ella enseguida supo lo que estaba pensando.

—¿Ha habido suerte con el último código? —preguntó con tanta informalidad como pudo.

—Ah, el código —contestó ella, todavía con cierta picardía, y Ezio se sintió aliviado—. Sí, lo he resuelto hace unas horas. Pero deberás tener paciencia. Lo conseguirás muy pronto.

Y entonces le miró de un modo que acabó con todas las defensas que le quedaban a Ezio.



CAPÍTULO 53

El último libro estaba situado en un lugar al que era más difícil acceder. Nicolás Polo había conseguido esconderlo en lo alto de la fachada frontal de la mismísima mezquita de Hagia Sofia, sobre el gran arco curvo que se hallaba antes de la cúpula principal de la antigua basílica.

Ezio eligió completar su misión de madrugada, antes del amanecer, ya que entonces habría el menor número de personas deambulando. Llegó al edificio sin obstáculos y con cuidado se dirigió al exonártex que daba al precipicio de piedra que ahora tenía que escalar. Había pocas grietas para asirse con el gancho, pero, tras varios intentos sin éxito, consiguió subir hasta el lugar que Sofía le había señalado. Allí encontró un panel de madera desgastado y con telarañas, que sobresalía.

Logró asegurarse en una cañería que había cerca y, tras probarla, le pareció bastante sólida para aguantar su peso; así que volvió a utilizar la hoja gancho para abrir el panel haciendo palanca. La tabla de madera cayó al suelo de abajo, con lo que a oídos de Ezio fue un repiqueteo ensordecedor y retumbante, y el Asesino se quedó allí colgando, bajo la luz gris del falso amanecer, rezando en silencio por que a nadie le hubiera

alertado el ruido. Pero después de esperar tres minutos enteros y no haber reacción, metió la mano en la cavidad que ocultaba la tabla y de allí sacó el libro que buscaba.

En cuanto volvió al suelo, salió corriendo hasta encontrar un lugar tranquilo en el mismo parque en el que había comido con Sofía tan solo un día antes, y allí examinó su hallazgo. El libro era un ejemplar de *Misión en Constantinopla*, escrito por Liutprando de Cremona. Se permitió imaginar por un momento, antes de abrirlo, cuánto le complacería a Sofía ver tal rareza.

Las páginas en blanco resplandecieron con tanto brillo como los finos rayos de la salida del sol que se veía al este por el Bósforo. Apareció un mapa de la ciudad, que, mientras observaba con esperanza, terminó enfocándose. En él apareció otra luz, más brillante que el resto, que marcaba claramente el Foro del Buey.

Siguiendo el rastro que le indicaba el libro, Ezio se dirigió al Foro, al oeste de la ciudad, pasada la Segunda y Tercera Colina, a medio camino entre el Acueducto de Valente al norte y el Puerto de Teodosio al sur. Era un buen paseo, pero, cuando llegó, todavía era demasiado pronto para que hubiera nadie por allí. Ezio recorrió con la mirada la enorme plaza desierta, en busca de alguna pista, pero el punto señalado en el libro resplandecía intensamente, y recordó el sistema de cisternas subterráneas que había bajo la ciudad. Se centró en su búsqueda y localizó, después de un rato, una boca de alcantarilla por la que descendían unos escalones de piedra hacia las entrañas de la tierra.

Ezio cerró el libro y lo guardó en su bolsa, donde estaría a salvo. Sustituyó la hoja gancho por la pistola, comprobó la hoja oculta, y con cautela bajó los peldaños.

Pronto se encontró en una caverna abovedada sobre un dique de piedra junto al que corría un río. En las paredes había antorchas encendidas en apliques y, mientras pasaba sigilosamente por el estrecho y húmedo pasillo, oyó, por encima del sonido que hacía el agua, unas voces retumbantes que se alzaban sobre el estruendo del río. Las siguió y se topó con dos Templarios bizantinos.

—¿Qué has encontrado? —preguntó uno—. ¿Otra llave?

—Una especie de puerta —respondió su compañero—. Está tapiada con piedra.

Ezio dobló una esquina y vio a unos cuantos soldados a poca distancia, junto a un viejo embarcadero que sobresalía del río. Uno de ellos estaba descargando un barril de una de las dos balsas.

—Suena prometedor —dijo el primero de los Templarios que estaban más cerca—. La primera llave se encontró tras una puerta similar.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo la abrieron?

—No lo hicieron ellos, sino el terremoto.

Tras una señal de los hombres más cercanos a Ezio, los demás soldados aparecieron con un barril, que depositaron contra la puerta. Ezio vio entonces que la abertura estaba sellada con unos bloques ajustados, de algún tipo de roca negra, cortada por un maestro mampostero.

—¡El terremoto! Sirvió de mucha ayuda —dijo el segundo Templario —. Y lo único que tenemos son unos pocos barriles de pólvora.

—Este debería bastar para volarlo —replicó el primero.

Ezio entornó los ojos. En silencio, sacó la pistola y retiró el percusor.

—Y si no, iremos a por más —continuó el primer Templario.

Ezio levantó el brazo y apuntó, pero el cañón de la pistola reflejó la luz de una antorcha con un destello, y aquella luz fuera de lo común atrajo la atención de uno de los soldados.

—¿Qué? —dijo bruscamente.

Vio la pistola y saltó enfrente del barril en el momento en que Ezio disparó. La bala le alcanzó y cayó muerto al instante.

Ezio maldijo para sus adentros.

Pero los soldados ya se le echaban encima.

—¡Es el Asesino! ¡Salgamos de aquí!

Ezio intentó recargar, pero los soldados ya estaban de camino hacia las balsas. Los siguió, desesperado por detenerlos antes de que dieran la alarma, pero cuando llegó al embarcadero, ya se marchaban. Para cuando Ezio saltó a la segunda balsa y se puso a desatar las amarras, los soldados ya se alejaban flotando en medio de la corriente.

Había soltado amarras y los estaba siguiendo cuando le abordó una idea: ¿le tenían miedo o le estaban engañando? Bueno, ahora era demasiado

tarde. Tendría que jugar hasta el final.

Como su balsa era más ligera, la corriente comenzó a acercarle. Los soldados parecían aterrorizados, pero aquello no les impidió preparar bombas y cargar los mosquetes.

—Tenemos pólvora a bordo, ¡deberíamos usarla! —gritó uno.

—Le haremos volar por los aires con granadas —sugirió otro, al tiempo que lanzaba una bomba que explotó en cuanto tocó el agua apenas a un paso de la proa de Ezio.

—Dejadme sitio —chilló otro soldado, intentando estabilizarse para apuntar con su mosquete.

—¡Dispárale!

—¿Qué crees que estoy intentando hacer?

—¡Mata a ese cabrón!

Bajaban a toda velocidad por el río. Ezio había conseguido para entonces coger la barra del timón de su balsa y la tenía bajo control, mientras se agachaba para esquivar las balas del mosquete que iban hacia él, aunque el cabeceo de la balsa de los soldados les hacía imposible apuntar bien. Entonces uno de los barriles a bordo se soltó de las cuerdas y rodó por la cubierta, llevándose a dos soldados hacia el torrente; uno de ellos, el que llevaba el timón. La balsa dio fuertes sacudidas y tiró a otro hombre al agua negra, y luego chocó contra un lado del dique. Los supervivientes se dirigieron con dificultad a la orilla. Ezio alzó la vista hacia la elevada bóveda, que estaba a unos seis metros por encima del río. En la penumbra, vio que una cuerda tensa recorría el techo. Sin duda allí enganchaban a menudo las barcazas y las balsas para guiarse por el río. Tan solo hacía falta una persona a bordo con un palo para desenganchar y volver a enganchar cada uno de los ojetes a los que estaba fijada la cuerda, a intervalos regulares. Ezio vio que la cuerda también se inclinaba poco a poco. Justo lo suficiente para lo que había planeado.

Se preparó, condujo la balsa hacia el dique y, cuando chocó con la que estaba persiguiendo, saltó al camino de piedra que había a orillas del río.

Para entonces, los soldados supervivientes ya estaban un poco más allá, corriendo para salvar sus vidas, o para ir en busca de refuerzos. Ezio no tenía tiempo que perder.

Se movió rápido, cambió la pistola por la hoja gancho, subió a duras penas por el lateral de la pared de la caverna y se lanzó hacia la cuerda que había sobre el río. Tomó suficiente impulso para alcanzarla con su gancho y no tardó en salir despedido río abajo por encima del agua, mucho más rápido de lo que podían correr los soldados, aunque tenía que desengancharse y engancharse con una sincronización perfecta en cada ojete del techo para evitar caer al rugiente torrente a sus pies.

Al alcanzar a los soldados invirtió su primera maniobra y se desenganchó en el momento crucial, antes de lanzar su cuerpo de lado para caer sobre el dique, delante de los Templarios, que se detuvieron en seco, frente a él.

—Está loco —dijo el primer Templario.

—Esto no es un hombre, sino un demonio —gritó otro.

—Veamos si los demonios sangran —bramó un compañero más valiente, que se dirigió hacia Ezio, girando la espada en su mano.

Ezio hizo un gancho y vuelta sobre su espalda y lo lanzó al río, aprovechando que había perdido el equilibrio. Quedaban tres soldados. No tenían ganas de pelea, pero Ezio sabía que no podía permitirse ser compasivo. El enfrentamiento que hubo a continuación fue breve y sangriento, y dejó a Ezio con un corte profundo en el brazo izquierdo y tres cadáveres a sus pies.

Cogió aire y volvió a la puerta sellada. Habían bajado un buen tramo del río y tardó unos diez minutos en alcanzar el embarcadero donde las balsas habían estado amarradas originalmente. Pero al menos sabía que no debía temer una persecución inminente; y el barril de pólvora estaba aún donde los soldados templarios lo habían colocado.

Ezio sustituyó la hoja gancho por la pistola una vez más, la cargó, eligió una posición río arriba, desde donde podía protegerse tras un contrafuerte que sobresalía, apuntó bien y disparó.

Se oyó el chasquido de la pistola y el silbido de la bala cuando disparó al barril, incluso el ruido sordo al alcanzar su objetivo, pero luego, durante lo que pareció una eternidad, se hizo el silencio.

No pasó nada.

Pero entonces…

La explosión en aquellos confines fue como un trueno y Ezio se quedó sordo. Pensó, mientras unas piedras minúsculas caían a su alrededor, que podría haber volado el techo, que podría haber dañado de un modo irreparable lo que hubiera detrás de la puerta. Pero cuando el polvo se hubo asentado, vio que a pesar de la fuerza de la explosión, la entrada sellada estaba solo parcialmente abierta.

Lo suficiente, no obstante, para que pudiera meterse y ver el pedestal familiar sobre el que, para su gran alivio, se hallaba, intacta, la llave circular de obsidiana, compañera de las otras que había recogido. Pero no tenía tiempo de relajarse. Incluso cuando fue a cogerla, notó que emanaba de ella el mismo resplandor que había visto en las otras. Conforme aumentaba su intensidad, intentó, en esta ocasión, oponer resistencia a su poder. Se sintió debilitado, inestable por las extrañas visiones que siguieron a la luz cegadora que esperaba.

Pero fue inútil, y se vio entregado una vez más a un poder mucho más grande que el suyo.



CAPÍTULO 54

A Ezio le parecía que habían pasado veinte largos años. Conocía el paisaje y allí, alzándose como una garra gigante, se hallaba el castillo de Masyaf, que ya le resultaba familiar. No lejos de la entrada, había un grupo de tres Asesinos, sentados junto a una hoguera llameante…

Los rostros de los Asesinos eran propios de seres cuyos mejores sueños se hubieran ensombrecido. Al hablar, lo hicieron en voz baja, cansados.

—Dicen que grita mientras duerme y llama a su padre, Ahmad Sofian —dijo uno de ellos.

Otro se burló con amargura.

—Así que Cemal se pone a llamar a su papi, ¿no? ¡Qué hombre tan miserable es Abbas!

Estaban de cara al fuego y al principio no advirtieron la presencia del anciano con capucha, vestido con una túnica blanca, que se acercaba en la oscuridad.

—No somos quién para juzgar, Teragani —dijo el segundo hombre, con frialdad.

—Yo creo que sí, Tazim —le interrumpió Cemal—. Si nuestro Mentor se ha vuelto loco, yo quiero saberlo.

El anciano ahora estaba más cerca y se dieron cuenta de ello.

—Calla, Cemal —dijo Tazim y se dio la vuelta para saludar al recién llegado—. *Masa'il kher*.

La voz del anciano era seca como una hoja muerta.

—Agua —dijo.

Teragani se puso de pie y le pasó una pequeña calabaza que había metido en una jarra de agua que tenía al lado.

—Sentaos. Bebed —dijo Cemal.

—Muchas gracias —dijo el anciano.

Los demás observaron, en silencio, cómo bebía.

—¿Qué os trae aquí, anciano? —preguntó Tazim, después de que su invitado hubiera bebido hasta saciarse.

El desconocido reflexionó un momento antes de hablar y luego dijo:

—Compadeceos de Abbas, pero no os burléis de él. Ha vivido como un huérfano la mayor parte de su vida y avergonzado por el legado de su familia.

Tazim se quedó impresionado ante aquella declaración, pero Teragani sonrió sin decir nada. Miró la mano del anciano y vio que le faltaba el dedo anular de la mano izquierda. Así que, a menos que fuera una extraordinaria coincidencia, el hombre era un Asesino. Teragani miró con disimulo el rostro arrugado y demacrado. Había algo que le resultaba familiar…

—Abbas está desesperado por el poder porque carece de poder —continuó el anciano.

—¡Pero es nuestro Mentor! —gritó Tazim—. ¡Y a diferencia de Al Mualim o Altaïr ibn-La'Ahad, nunca nos ha traicionado!

—Tonterías —dijo Teragani—. Altaïr no era un traidor. —Miró al anciano con entusiasmo—. Altaïr fue expulsado injustamente.

—¡No sabes de lo que hablas! —bramó Tazim y se fue hacia la oscuridad a grandes zancadas.

El anciano observó a Teragani y a Cemal desde debajo de su capucha, pero no dijo nada. Teragani volvió a mirarle a la cara. La mayor parte quedaba ensombrecida por la capucha, pero no podía ocultar los ojos. Y Teragani se había dado cuenta de que el puño derecho de la túnica no lograba ocultar el arnés de la hoja oculta.

El Asesino habló con vacilación.

—¿Sois… sois vos? —Hizo una pausa—. He oído rumores, pero no los creí.

El anciano dejó entrever una sonrisa.

—Me pregunto si debería hablar yo mismo con Abbas. Ha pasado mucho tiempo.

Cemal y Teragani se miraron. Cemal respiró hondo. Tomó la calabaza que sostenía el anciano para rellenársela y se la devolvió con veneración. Habló, incómodo.

—Sería imposible. Ahora Abbas utiliza *Fedayeen* deshonestos para mantenernos alejados del sanctasanctórum del castillo.

—Menos de la mitad de los luchadores son verdaderos Asesinos —añadió Teragani, que hizo una pausa y después dijo—: Altaïr.

El anciano sonrió y asintió casi imperceptiblemente.

—Pero veo que los auténticos Asesinos siguen siendo así, auténticos —dijo.

—Habéis estado lejos mucho tiempo, Mentor. ¿Adónde habéis ido?

—He viajado. Estudiado mucho. Descansado. Me he recuperado de mis pérdidas, he aprendido a vivir sin ellos. En resumen, hice lo que cualquiera en mi lugar habría hecho. —Hizo una pausa y su tono se alteró un poco al continuar—: También visité a nuestros hermanos en Alamut.

—¿Alamut? ¿Qué tal están?

Altaïr negó con la cabeza.

—Todo ha terminado para ellos. Los mongoles bajo las órdenes de Khan Hulagu los invadieron y tomaron la fortaleza. Destruyeron la biblioteca. Los mongoles se extienden hacia el oeste como una plaga de langostas. Nuestra única esperanza es reafirmar nuestra presencia aquí y en el oeste. Debemos ser fuertes aquí. Pero tal vez nuestras bases, a partir de ahora, deberían estar entre la gente, no en una fortaleza como Masyaf.

—¿De verdad sois vos? —preguntó Cemal.

—¡Calla! —le interrumpió Teragani—. No queremos que le maten.

Cemal de repente se puso tenso.

—¡Tazim! —dijo de pronto, preocupado.

Teragani sonrió abiertamente.

—Tazim es perro ladrador poco mordedor. Le gusta discutir por discutir más que nada en el mundo. Y está tan desanimado como nosotros, lo que no ha mejorado su estado de ánimo. Además, ¡se marchó antes de que este jueguecito llegara al desenlace! —Se volvió hacia Altaïr, sin ningún rastro de su abatimiento anterior—. Sin duda tenemos trabajo que hacer.

—Bueno —dijo el anciano—, ¿por dónde empiezo?

Cemal volvió a mirar a Teragani. Ambos se levantaron y se pusieron la capucha para cubrir sus cabezas.

—Con nosotros, Altaïr —dijo.

Altaïr sonrió y se levantó también. Lo hizo como un anciano, pero en cuanto estuvo de pie, se irguió con firmeza.



CAPÍTULO 55

Caminaron juntos hacia el castillo.

—Decís que esos hombres son crueles —dijo Altaïr—. ¿Alguno ha alzado su hoja contra un inocente?

—¡Ay, sí! —respondió Cemal—. La brutalidad parece ser su única fuente de placer.

—Entonces deben morir, puesto que han comprometido a la Orden —dijo Altaïr—. Pero debemos perdonar la vida a los que aún viven de acuerdo con el Credo.

—Podéis confiar en nosotros —afirmó Cemal.

—Estoy seguro de eso. Ahora, dejadme —pidió Altaïr—. Me gustaría reconocer el terreno yo solo, y no es que no me resulte familiar este sitio.

—Estaremos por aquí.

Altaïr asintió y se volvió de cara a las puertas del castillo, mientras sus dos compañeros retrocedían. Se acercó a la entrada, manteniéndose en las sombras, y pasó los centinelas sin dificultad, pero con pesar, porque ningún verdadero guardián Asesino le habría dejado colarse con tanta facilidad. Se pegó a los muros del patio exterior, bordeándolos hasta que pudo cruzar a

un puesto de vigilancia iluminado por antorchas, no lejos de las puertas del interior, donde vio a dos capitanes entablando una conversación. Altaïr se detuvo a escucharlos. Después de que intercambiaran unas cuantas palabras, supo que eran hombres fieles a Abbas. ¡Abbas!

«¿Por qué fui clemente con ese hombre?», pensó Altaïr.

¡Cuánto sufrimiento se habría ahorrado en caso contrario! Pero, tal vez, después de todo, la misericordia había sido lo que se merecía Abbas, fuera cual fuera el precio.

—¿Has oído lo que se dice por el pueblo? —preguntó el primer oficial.

—¿Sobre Abbas y sus pesadillas?

—No, no. —El primero bajó la voz—. Sobre Altaïr.

—¿De Altaïr? ¿Qué?

—La gente dice que el viejo Asesino le salvó la vida a un mercader en el valle. Dicen que luchó con una hoja oculta.

El segundo oficial negó con la cabeza, quitándole importancia.

—Son rumores. No me creo ni una palabra.

—Sea cierto o no, no le digas nada a Abbas. Está paranoico.

—Si Altaïr está por aquí, deberíamos actuar primero; buscarlo y matarlo como el vil bellaco que es. Tan solo difundirá quejas, como hizo anteriormente, y responsabilizará a cualquier hombre de sus actos para debilitar la autoridad que ha hecho grande a Abbas.

—Mano de hierro. Eso es lo que todo el mundo entiende.

—Tienes razón. No hay orden sin control.

Altaïr se había tomado su tiempo para evaluar la situación. Sabía que Cemal y Teragani estaban en alguna parte, ocultos entre las sombras, detrás de él. Aquellos dos oficiales por lo visto eran todo lo que se interponía entre él y el patio interior, y su conversación había demostrado que eran fieles a las doctrinas de Abbas. Unas doctrinas que tenían que ver más con la forma de pensar de los Templarios que con la de los verdaderos Asesinos.

Tosió, muy bajo, y se movió hacia el foco de luz.

Los dos oficiales se volvieron hacia él.

—¿Quién coño eres tú?

—Lárgate, viejo, si sabes lo que te conviene.

El primero en hablar rio con crueldad.

—¿Por qué no le matamos aquí mismo? Los cerdos se alegrarán de tener comida extra.

Altaïr no habló, sino que extendió su mano izquierda, con la palma hacia ellos, para que pudieran ver que le faltaba el dedo anular.

Retrocedieron un paso y al mismo tiempo desenvainaron sus cimitarras.

—¡El usurpador ha vuelto! —espetó el segundo capitán.

—¡Quién lo habría pensado! Después de tanto tiempo.

—¿Qué te trae de vuelta?

—Como el perro que vuelve a su vómito…

—Habláis demasiado —dijo Altaïr.

Economizando los movimientos como un anciano, pero no con la lentitud típica de su edad, accionó la hoja oculta al avanzar y embistió —una y dos veces— con una precisión mortal.

Continuó hacia la entrada al patio interior, todavía alerta, y su cautela mereció la pena. Vio a un tercer capitán junto a ella, y se apartó justo a tiempo de su vista antes de que el hombre advirtiera su presencia. Mientras observaba, oyó un débil chillido detrás de él y apareció un joven Asesino corriendo hacia el oficial. Le susurró algo y los ojos del capitán se abrieron como platos, llenos de sorpresa y enfado. Sin duda, ya habían descubierto los cuerpos de los Asesinos corruptos que acababa de despachar. Ahora era evidente que su presencia había dejado de ser un secreto. Enseguida, Altaïr sustituyó la hoja oculta por la pistola a resorte que había desarrollado a partir de unos diseños, durante sus estudios en el este.

—¡Enviadle un mensaje, rápido! —le ordenaba el capitán a su joven esbirro. Alzó la voz—. ¡Asesinos de la Hermandad de Abbas! ¡A mí!

Altaïr se quedó en silencio, sopesando sus opciones, cuando cerca de él oyó una voz que decía:

—¡Mentor!

Se dio la vuelta para ver a Cemal y Teragani. Les acompañaban media docena de compañeros Asesinos.

—No pudimos evitar que descubrieran a esos capitanes que mataste. Eran dos de los más crueles del grupo y nunca se hubieran alzado para ponerse a las órdenes de nadie que no fuera Abbas —le explicó enseguida

Cemal—, pero hemos traído refuerzos. Y esto no es nada más que el comienzo.

—Bienvenidos.

Altaïr sonrió y Cemal le devolvió la sonrisa. Detrás de él, el pequeño destacamento de auténticos Asesinos subió sus capuchas casi al unísono.

—Será mejor que le hagamos callar —dijo Teragani, señalando con la cabeza al tercer capitán bravucón.

—Dejádmelo a mí —dijo Altaïr—. Necesito ejercicio.

Avanzó para enfrentarse al oficial Asesino. Para entonces un grupo de soldados renegados había acudido en su ayuda.

—¡Ahí está! —gritó el capitán—. ¡Matadlo! ¡Matad a todos los traidores!

—Piensa antes de actuar —dijo Altaïr—. Toda acción tiene sus consecuencias.

—¡Patético avaro! ¡Retírate o muere!

—Podrías haber salvado tu vida, amigo —dijo Altaïr, cuando sus seguidores salieron de las sombras.

—No soy tu amigo, anciano —replicó el capitán, que se abalanzó sobre Altaïr, atacándole con una estocada, aparentemente sin que el viejo Mentor estuviera totalmente preparado. Pero sí estaba listo. El enfrentamiento fue breve y sangriento. Al final el capitán y la mayoría de sus hombres yacían muertos bajo la cancela.

—Seguidme hasta la torre del homenaje —gritó Altaïr— y no derraméis más sangre, si podéis evitarlo. Recordad el verdadero Código.

En el portal del patio interior, había otro capitán, vestido de negro; el emblema de los Asesinos brillaba en su cinturón bajo la luz de las antorchas. Era un hombre mayor, de unos cincuenta abriles.

—Altaïr ibn-La'Ahad —dijo con una voz firme que no conocía el miedo—. Dos décadas han pasado desde la última vez que te vi dentro de estos muros. Dos décadas que, por lo que veo, han sido más amables con tu rostro de lo que han sido con nuestra Orden decrépita. —Hizo una pausa—. Abbas nos solía contar historias… Sobre Altaïr el arrogante. Altaïr el impostor. Altaïr el traidor. Pero yo nunca me las creí. Y ahora veo ante mí a Altaïr el Maestro. Y me siento honrado.

Dio un paso adelante y extendió el brazo en señal de amistad. Altaïr lo cogió con firmeza y le agarró con la mano la muñeca como hacían los romanos para saludarse. Un grupo de guardias Asesinos, sin duda sus hombres, se alinearon detrás de él.

—Vuestra sabiduría podría sernos útil, gran Maestro. Ahora más que nunca. —Se retiró para dirigirse a sus tropas—. ¡Nuestro Mentor ha vuelto!

Los soldados enfundaron sus armas desenvainadas y se subieron las capuchas. Unieron sus fuerzas al grupo ya existente de Asesinos fieles a Altaïr y se dirigieron hacia la oscura torre del homenaje de Masyaf.



CAPÍTULO 56

Pero apenas se hallaban en los confines del patio interior cuando el mismísimo Abbas apareció detrás de un destacamento de Asesinos deshonestos. Abbas, aún reconocible, pero también un anciano, de mejillas y ojos hundidos. Un hombre angustiado, asustado y enloquecido.

—¡Matadlo! —bramó Abbas—. ¡Matadlo ya!

Sus hombres vacilaron.

—¿A qué estáis esperando? —gritó Abbas, con la voz quebrada por el esfuerzo.

Pero estaban paralizados por la indecisión, mientras miraban a sus compañeros, enfrente de ellos, y se miraban entre sí.

—¡Idiotas! ¡Os ha hechizado!

Seguía sin suceder nada. Abbas los miró, escupió, y desapareció en el interior de la torre del homenaje.

Se enfrentaban Asesinos contra Asesinos, y hubo un estancamiento. En aquel tenso silencio, Altaïr levantó su mano izquierda, mutilada durante la iniciación en la Hermandad.

—Aquí no hay brujería —se limitó a decir—. Ni hechicería. Haced lo que os diga vuestra conciencia. Pero la muerte lleva demasiado tiempo acechando por aquí. Y tenemos demasiados enemigos reales como para enfrentarnos unos contra otros.

Uno de los reacios defensores de Abbas se quitó la capucha y avanzó hasta arrodillarse delante de Altaïr.

—Mentor —dijo.

Enseguida otro se unió a él.

—Bienvenido a casa —añadió.

Luego un tercero.

—Lucharé por vos. Por la Orden.

Los demás rápidamente siguieron el ejemplo de los primeros tres hombres, saludaron a Altaïr como a un hermano al que no veían hacía mucho tiempo, aceptando a sus antiguos oponentes como compañeros. Tan solo un puñado seguía soltando insultos y se retiró después de Abbas hacia la torre del homenaje.

Altaïr, a la cabeza de su tropa, les llevó en la misma dirección. Se detuvieron en el gran vestíbulo, con la vista clavada donde estaba Abbas, en lo alto de la escalera central. Estaba flanqueado por sus leales y deshonestos Asesinos, y lanceros y arqueros alrededor de la galería.

Altaïr los contempló con calma. Bajo su mirada, los Asesinos deshonestos vacilaron. Pero no rompieron filas.

—Diles a tus hombres que se retiren, Abbas —ordenó.

—¡Nunca! ¡Estoy defendiendo Masyaf! ¿No harías tú lo mismo?

—Abbas, has corrompido todo lo que representamos y has perdido todo lo que conseguimos. Todo sacrificado en el altar de tu propio rencor.

—Y tú —soltó Abbas—, tú has desperdiciado tu vida mirando esa maldita Manzana, soñando solo con tu propia gloria.

Altaïr dio un paso adelante. Mientras lo hacía, dos de los lanceros de Abbas también avanzaron, blandiendo sus armas.

—Abbas, es cierto que he aprendido muchas cosas de la Manzana. Sobre la vida y la muerte, acerca del pasado y del futuro. —Hizo una pausa —. Lo lamento, viejo compañero, pero veo que no me queda otra opción

que demostrarte una de las cosas que he aprendido. Nada más podrá detenerte. Y no cambiarás nunca ni verás la luz que todavía se te ofrece.

—¡Matad a los traidores! —gritó Abbas como respuesta—. ¡Matadlos a todos y tirad sus cuerpos al estercolero!

Los hombres de Abbas se encresparon, pero pospusieron el ataque. Altaïr sabía que ahora no había vuelta atrás. Levantó el brazo de la pistola, la sacó de su eje y, mientras saltaba hacia su mano, apuntó y disparó al hombre que, hacía siete décadas, por poco tiempo, había sido su mejor amigo. Abbas se tambaleó por el impacto de la bala que le había dado, con una expresión de incredulidad y sorpresa en su rostro arrugado. Soltó un grito ahogado, se balanceó y trató de buscar apoyo, desesperado, pero nadie fue en su ayuda. Y entonces cayó, rodando por la larga escalera de piedra hasta llegar a los pies de Altaïr. Se había roto las piernas en la caída y sobresalían de su cuerpo en ángulos extraños.

Pero no estaba muerto. Aún no. Con mucho dolor, logró incorporarse lo suficiente para mantener la cabeza erguida y miró a Altaïr directamente a los ojos.

—Nunca te perdonaré, Altaïr —consiguió decir con voz ronca—, por las mentiras que dijiste de mi familia, de mi padre. Por la humillación que he sufrido.

Altaïr bajó la vista para mirarlo, pero no vio más que pesar en sus ojos.

—No eran mentiras, Abbas. Tenía diez años cuando tu padre vino a mi habitación a verme. Estaba llorando y me suplicó que le perdonara por traicionar a mi familia. —Altaïr hizo una pausa—. Luego se rajó el cuello.

Abbas siguió mirando a los ojos de su enemigo, pero no habló. El dolor de su rostro era el de un hombre enfrentándose a una verdad que no podía soportar.

—Vi cómo se consumía poco a poco —continuó Altaïr—. Nunca olvidaré aquella imagen.

Abbas gimió, agonizante.

—¡No!

—Pero no era un cobarde, Abbas. Recuperó su honor.

Abbas sabía que no le quedaba mucho más tiempo de vida. La luz en sus ojos ya se estaba apagando cuando dijo:

—Espero que haya otra vida después de esta. Así al menos podré verle y saber la verdad de sus últimos días…

Tosió, el movimiento le sacudió todo el cuerpo y cuando recobró el aliento mientras se esforzaba por hablar, el estertor ya estaba allí. Pero cuando recuperó su voz, fue firme e impenitente.

—Y cuando llegue tu hora, oh, Altaïr, entonces, entonces te encontraré. Y no quedarán más dudas.

Abbas se desplomó y su cuerpo cayó al suelo de piedra.

Altaïr se quedó encima de él, en el silencio que los rodeaba, con la cabeza inclinada. No hubo ningún movimiento, salvo el de las sombras, agitadas por la titilante luz de las antorchas.



CAPÍTULO 57

Cuando Ezio volvió en sí, temía que hubiera amanecido, pero tan solo vio los tonos de rojo pálido en el cielo, al este, y el sol ni siquiera había rozado las bajas colinas marrones de Asia que se veían a lo lejos, más allá de la ciudad.

Cansado, agotado por la experiencia, se dirigió al cuartel general de los Asesinos, para dejar la llave a buen recaudo con Azize. Luego, con las piernas doloridas, fue casi por instinto a la tienda de Sofía. Todavía era pronto, pero no dejó de llamar a la puerta del apartamento que había arriba hasta que ella se despertó. Esperaba que se alegrara de verle —o al menos, cuando viera la nueva adquisición para su biblioteca—, pero francamente estaba demasiado cansado para preocuparse de si le entusiasmaría o no. Tan solo quería tumbarse y dormir. Más tarde había quedado con Yusuf en el Mercado de Especias, y tenía que estar despejado.

También estaba impaciente por tener noticias de su barco, el que le llevaría a Mersin, desde donde viajaría al norte, hacia Capadocia. Y aquel viaje requeriría toda la energía que podría reunir.

El Mercado de Especias ya estaba abarrotado cuando Ezio llegó, aunque se había contentado con dos meras horas de descanso. Se abrió camino a empujones entre la gente que se arremolinaba alrededor de los puestos hasta que, a unos metros delante de él, vio un ladrón que estaba cogiendo una bolsa grande y consistente de especias. Empujó con malicia al anciano comerciante que intentó detenerlo y se dio a la fuga.

Por suerte, el ladrón corrió en dirección a Ezio, esquivando a la muchedumbre con extraordinaria agilidad. Cuando alcanzó a Ezio, el Asesino le puso la zancadilla con la hoja gancho. El ladrón dejó caer la bolsa al tropezarse y miró a Ezio, pero una mirada de su atacante bastó para que olvidara cualquier represalia; así que se puso de pie y desapareció entre la muchedumbre tan rápido como una rata escapa a su agujero.

—Gracias, *efendim* —dijo el agradecido comerciante cuando Ezio le devolvió su bolsa—. Azafrán. Me habéis ahorrado una gran pérdida. ¿Tal vez aceptaríais…?

Pero Ezio vio a Yusuf entre el gentío y, tras negar con la cabeza y sonreír brevemente al comerciante, se acercó a su teniente.

—¿Qué noticias traes? —preguntó al alcanzarle.

—Nos han comunicado, con discreción, que tu barco está preparado para zarpar —contestó Yusuf—. No sabía que tenías planeado dejarnos.

—¿No es un secreto todo lo que hago? —dijo Ezio, riéndose un poco, pero contento de oír que Suleiman había mantenido su palabra.

—Los espías del joven príncipe son casi tan buenos como los nuestros —respondió Yusuf—. Espero que diga algo porque sabía que estabas… ocupado.

Ezio pensó en las dos horas que había pasado con Sofía y se alegraba de haber podido hacerlo, porque ahora no sabía cuándo volvería a verla; o si volvería a verla. Y aun así no se había atrevido a confesarle sus sentimientos, que cada vez más crecían en su interior y que ya no podía negar. ¿Podría ser que por fin hubiera terminado la larga espera del amor? En ese caso, habría valido la pena.

Pero ahora tenía cosas más urgentes en la cabeza.

—Esperábamos tener reparada ya tu hoja oculta rota —continuó Yusuf —, pero el único armero lo bastante diestro para realizar el trabajo está en Salónica y no volverá hasta el mes que viene.

—Quedaos la cuchilla y cuando esté reparada, añadidla a vuestra propia armería —dijo Ezio— a cambio de la hoja gancho. Es un trato justo.

—Me alegro de que aprecies sus cualidades. Acabo de verte con ese ladrón y veo que tienes más que dominado su uso.

—No podría haberlo conseguido sin ella.

Los dos hombres se dedicaron una amplia sonrisa y luego Ezio se puso serio.

—Aunque espero que mi viaje no esté en boca de todos.

Yusuf se rio un poco.

—No te preocupes, hermano. El capitán de tu capitán es amigo mío y ya te conoce.

—¿Quién es?

—Piri Reis. Todo un honor. —Yusuf hizo una pausa, preocupado—. Pero ninguno de los dos se irá ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Los jenízaros han levantado la cadena de la desembocadura del Cuerno de Oro, y han ordenado un bloqueo total hasta que te atrapen. —Yusuf hizo una pausa—. Hasta que bajen la cadena, nada entra ni sale del puerto.

Ezio se sintió bastante orgulloso.

—¿Me estás diciendo que han levantado la cadena por mí?

A Yusuf le hizo gracia.

—Lo celebraremos más tarde. Ven, tengo algo para ti.

Se llevó a Ezio a un rincón discreto, sacó una bomba y se la entregó con cuidado.

—Trátala con respeto. Tiene una explosión cincuenta veces más potente que nuestras bombas habituales.

—Gracias. Y será mejor que reúnas a tu gente. Esto llamará la atención.

—Aquí tienes dos bombas de humo. También las encontrarás útiles.

—*Bene*. Sé lo que tengo que hacer.

—Estoy seguro. El suspense es palpable —bromeó Yusuf.

—Iré a la torre de la orilla sur. Está más cerca.

—Me reuniré contigo en el muelle y te señalaré cuál es tu barco. *Sinav icin iyi sanslar!*

Ezio sonrió abiertamente.

—Buena suerte a ti también, amigo mío.

Yusuf estaba a punto de marcharse, cuando Ezio le paró.

—Yusuf, espera. *Un favore*.

—¿Sí?

—Hay una mujer que lleva una librería en el antiguo establecimiento comercial de Polo… Sofía. Échale un vistazo. Es una dama extraordinaria.

Yusuf le miró con entusiasmo y luego se puso serio.

—Tienes mi palabra.

—Gracias. Y ahora tenemos trabajo que hacer.

—¡Cuanto antes, mejor!

Ezio colocó la bomba con cuidado en la bolsa que llevaba en el costado y enganchó las bombas de humo en su cinturón. Después, cambió la hoja oculta que llevaba en la mano izquierda por la pistola y enseguida se apresuró al norte, hacia la torre enfrente de Gálata, en la parte sur del Cuerno. La enorme cadena estaba suspendida entre las dos orillas.

Allí se reunió con Yusuf.

—Mis arqueros están colocados. Cubrirán tu huida —dijo—. Bueno, mira ahí, en el puerto exterior. ¿Ves el *dhow* rojo con la vela blanca recogida y el gallardete plateado? Es el barco de Piri. Ya preparado, con la tripulación a bordo. Te está esperando.

La torre estaba rodeada de baluartes. Y en el extremo este y oeste había pequeñas atalayas. Encima de cada una de ellas, las tensas cuerdas de transporte bajaban hasta los embarcaderos. En el exterior de una de ellas, Ezio advirtió un emplazamiento de artillería. Había preparado un enorme cañón lanzallamas para el fuego griego, calentado, preparado para la acción, atendido por tres hombres. Alrededor de la misma torre había unos cuantos guardias otomanos. Ezio tendría que ponerlos a todos fuera de servicio antes de colocar la bomba, y le dio las gracias a Yusuf en silencio por las

granadas de humo. No había sitio donde cubrirse, así que audaz y rápidamente avanzó para un ataque frontal.

En cuanto le vieron los guardias, se formó un revuelo y se concentraron para abalanzarse sobre él. Se mantuvo firme, dejó que se acercaran, se tapó con el pañuelo la nariz y la boca, y se bajó la capucha hasta los ojos.

En cuanto estuvieron a su alcance, tiró de la anilla de las granadas y las lanzó a izquierda y derecha de los guardias. Detonaron al instante y salió un denso humo gris, que rodeó a los guardias en un momento. En medio de la confusión, Ezio, con los ojos entrecerrados por los gases ácidos, desenvainó su cimitarra y mató a los soldados indefensos mientras caminaban tambaleándose, desorientados por la niebla inesperada que de pronto les envolvía. Tenía que actuar deprisa, puesto que la suave brisa que soplaba desde el Bósforo no tardaría en dispersar el humo; pero lo consiguió y dejó la bomba en el saliente de la base de la torre, justo debajo del primer enorme eslabón de la cadena, que se elevaba por encima de su cabeza hasta la sala del cabestrante en el interior. Luego, retrocedió unos cuantos pasos hacia la orilla, allí sacó la pistola para disparar a la bomba, que se encendió, y Ezio corrió a ponerse a cubierto detrás de un gran bolardo del muelle.

La explosión fue tremenda. La mugre y las piedras volaron por todas partes, la colosal cadena se desenganchó de la torre al romperse y pasó por encima de la cabeza de Ezio con una sacudida, hacia el agua, donde rompió algunos mástiles de barcos al pasar volando. Mientras Ezio observaba, la misma torre se movió en la base. Volvió a moverse y pareció que se estabilizaba, pero entonces explotó y se derrumbó en una masa de ladrillos rotos y polvo.

Instantes después, una sección de jenízaros entró corriendo en la plaza, directos a Ezio, que para entonces se había quedado sin ningún lugar donde ponerse a cubierto. Pasó esquivándolos y utilizó su hoja gancho para trepar por la atalaya del este. Dejó sin conocimiento al guardia que había arriba y se enganchó a la cuerda que llevaba hasta el embarcadero donde estaba colocado el cañón lanzallamas. Mientras se preparaba para lanzarse en tirolina, vio a los jenízaros poniendo flechas en sus arcos. Antes de que les diera tiempo a apuntar y disparar, ellos mismos acabaron derribados por una lluvia de flechas que provenía de arcos Asesinos. Más Asesinos llegaron

corriendo a aquella zona que rodeaba la torre en ruinas, brincando sobre los escombros para entablar combate con los jenízaros que habían sobrevivido al primer ataque.

Entre ellos estaba Yusuf, que alzó la vista y le gritó a Ezio:

—¡Recuerda, el *dhow* rojo! Y los barcos que hay entre tú y él van armados, por lo que intentarán detenerte si pueden.

—Me encargaré de ellos —respondió Ezio, en tono grave.

—¡Nosotros despejaremos el muelle!

Ezio dejó que la cuerda recogiera su peso sobre el gancho y se alejó de la atalaya zumbando hasta donde estaba colocado el lanzallamas, donde saltó hasta alcanzarlo. Se arrojó hacia el soldado que estaba más cerca, el que estaba preparándose para girar el arma hacia los Asesinos junto a la torre. Al primero lo echó al agua, donde el hombre quedó aplastado entre los cascos de dos barcazas amarradas que se movieron. A los otros los despachó enseguida con la hoja gancho.

Examinó el lanzallamas y rápidamente se familiarizó con el mecanismo. Tenía una base giratoria, accionada por una manivela en el lado izquierdo. El cañón estaba hecho de latón y la boca tenía la forma de una cabeza de león, desde donde sobresalía un poco el tubo de bronce. En el borde había un pedernal, que se encendía con un mecanismo detonador por el que salía vapor de petróleo presurizado que lanzaba el tanque térmico en la base del arma.

Oyó una voz dirigida a él desde la melé cerca de la torre derrumbada. Era Yusuf.

—¡Eso es! Alcanza a esos barcos con el fuego griego —estaba gritando —. ¡Me gusta cómo piensas, Ezio!

Al otro lado del Cuerno, en la orilla norte, la guardia otomana estaba subiendo dos cañones, apuntando a los Asesinos que luchaban junto a Ezio. Poco después, mientras Ezio arrancaba el lanzallamas con la manivela y apuntaba a los barcos más cercanos, vio las bocanadas de humo de las bocas de los cañones, y luego oyó la explosión de sus detonaciones. La primera bala cayó en el agua, cerca de donde se encontraba, pero la segunda alcanzó el embarcadero y lo hizo tambalearse peligrosamente.

Pero no se desplomó.

Ezio recobró el equilibrio y presionó el gatillo. Tras un fuerte estruendo, salió enseguida una larga lengua de fuego, que enfocó hacia el astillero y las cubiertas de los tres barcos que se interponían entre él y el *dhow* de Piri. El fuego ardió al instante. Ezio siguió apretando el gatillo hasta que se acabó todo el petróleo del tanque, luego abandonó el arma, saltó a una de las barcazas bajo el embarcadero, la recorrió de punta a punta y volvió a saltar para agarrarse a la borda exterior del primer barco en llamas. Tomó impulso con la hoja gancho para subir a la cubierta y allí logró deshacerse de dos marineros desesperados que se acercaron a él con unas cabillas. Subió por el trinquete desde la cubierta en llamas, justo a tiempo de bajar en tirolina hasta el segundo barco en línea antes de que el mástil a sus espaldas se rompiera por el fuego y cayera en un caos de llamas a la cubierta del barco que acababa de dejar.

La segunda nave también ardía violentamente y estaba empezando a hundirse por el extremo posterior. Corrió hacia la proa, apartando a un puñado de marineros aterrorizados, y por el bauprés para saltar desde allí al tercer barco, menos dañado que los dos primeros, donde la tripulación se preparaba para girar el cañón hacia el *dhow* rojo, que estaba a tan solo veinte metros de distancia. Ezio vio con gran preocupación que Piri gritaba órdenes para zarpar. Sus marineros estaban desplegando las velas desesperadamente para aprovechar el viento y salir del campo de tiro.

Ezio alzó la voz y pidió ayuda a la Hermandad. Cuando miró a su alrededor vio que varios de sus compañeros Asesinos ya habían seguido su arriesgado recorrido y estaban detrás de él, listos para saltar. Entre ellos atacaron a los pelotones y a continuación se desarrolló una refriega violenta y sangrienta, que acabó con varios Asesinos y marineros del barco de bloqueo. En el *dhow* rojo, Piri había alzado un brazo para detener las operaciones y estaba gritándole a Ezio para que se diera prisa, aunque su voz se perdía en el tumulto del cañón.

Por fin Ezio estaba en la borda del barco de bloqueo. Usó su ballesta para disparar una cuerda hacia el *dhow*, que la tripulación de Piri amarró, y después cruzar en tirolina el agua picada. Detrás de él, los Asesinos supervivientes se despidieron antes de marcharse en los botes del barco condenado para llegar a la orilla.

Ezio les devolvió el saludo al tiempo que cogía aire y resollaba un poco. Flexionó las articulaciones, que tenía un tanto rígidas. Después, le rodeó un grupo de hombres de Piri, que comprobaron si estaba herido y lo llevaron a la timonera, donde se hallaba Piri ante el trinquete, ahora completamente desplegado.

—Has tardado un poco —dijo Piri Reis, con una amplia sonrisa, mezclada con preocupación.

—Sí, perdona el retraso.

Los hombres de la proa ya estaban izando el ancla y, unos instantes más tarde, el *dhow* recogía el viento y zarpaba, con cautela pero libre de obstáculos, pasando por la fila de barcos en llamas. El viento que les llevaba hacia delante también se había encargado de que se propagara el fuego que Ezio había empezado, y habían estado anclados demasiado cerca para estar a salvo.

—Por suerte, el viento soplaba en otra dirección —apuntó Piri—, pero espero que lo notaras desde el principio.

—Naturalmente —dijo Ezio.

—Bueno —dijo Piri mientras el *dhow* rojo salía con cuidado del Cuerno hacia el Bósforo, en dirección al sur—, tengo la impresión de que será un viaje interesante.

SEGUNDA
PARTE

La imagen que formé de lo que oía
era la misma que el oído prende
cuando el órgano expande su armonía
y, a veces, las palabras no comprende.

El Purgatorio de Dante



CAPÍTULO 58

En Mersin, Ezio se separó del almirante turco. El sol brillaba en el mar.

—Que Alá te proteja, amigo mío —dijo el navegante.

—Gracias, Piri Reis.

—Esperaré a que vuelvas. Pero no podré quedarme aquí para siempre.

—Lo sé.

—¿No te llevas alguno de mis hombres contigo?

—No, es mejor que viaje solo.

—Pues al menos déjame que te dé un caballo. Viajarás más rápido y más seguro.

—Te lo agradecería.

—Eres un hombre valiente, Ezio Auditore, y un digno discípulo del gran Mentor, Altaïr.

—Me honras demasiado. —Ezio miró tierra adentro, con la expresión seria—. Si no he regresado en dos ciclos de la luna…

Piri Reis asintió, serio.

—Ve con el dios que te guíe —dijo mientras le estrechaba la mano para despedirse.

Al viaje de dos semanas por mar le siguieron dos semanas más de caminata hacia el norte, primero por el Monte Tauro; luego, tras interrumpir su viaje en Nidge, entre la cadena montañosa de Tauro y Melendiz, se dirigió de nuevo al norte por unas colinas bajas hasta Derinkuyu, donde Ezio sabía que se concentraba el ejército rebelde de Manuel Paleólogo.

Volvió a detenerse, esta vez en la lúgubre aldea de Nadarim, desde la que se veía la ciudad que era su meta. La suciedad del lugar contrastaba con el hermoso paisaje campestre en el que estaba situado. Apenas había gente puesto que aún no había amanecido, y los pocos que se encontró le miraron con recelo mientras cabalgaba hacia la plaza central, que a un lado tenía una iglesia.

No había rastro de actividad militar y Ezio, tras guardar en una cuadra a su caballo, decidió subir al campanario de la iglesia para tener una vista mejor de Derinkuyu.

Miró con ojos de águila el cielo iluminado, examinando los edificios bajos que componían la ciudad no tan lejana, en cuyo perfil destacaban un par de chapiteles. Pero sin duda allí no había ninguna guarnición.

Pero él ya sabía que tenía que haber algún motivo para eso.

Volvió a bajar. La plaza estaba desierta y Ezio enseguida se puso en guardia. Pretendía seguir cabalgando, pero entonces se preguntó si sería seguro recuperar su caballo. Sus sospechas aumentaron cuando descubrió una figura merodeando entre las sombras de la iglesia abandonada. Decidió acercarse.

Al hacerlo, la figura se dio la vuelta hacia él, blandiendo un puñal. Era una joven. Fuerte, morena, alta y delgada. Casi salvaje.

—¡No te acerques tanto, *adi herif*! —gruñó.

Ezio levantó las manos.

—¿A quién llamas cerdo? —preguntó con calma y vio que sus ojos reflejaban duda.

—¿Quién eres tú? ¿Uno de los canallas de Manuel?

—Tranquila. Me envía Tarik.

La chica vaciló y después bajó el arma.

—¿Quién eres?

—Ezio Auditore.

Se relajó un poco más.

—Nos avisó el joven príncipe —dijo—. Soy Dilara, la agente principal de Tarik aquí. ¿Por qué te han enviado solo a ti? ¿Por qué a nadie más? ¿No han recibido mis informes en Kostantiniyye?

—Conmigo basta. —Ezio miró a su alrededor—. ¿Dónde está tu gente?

Dilara escupió.

—Los bizantinos los capturaron hace una semana. Yo iba vestida como una esclava y conseguí escapar. Pero los demás… —Calló y negó con la cabeza. Después le lanzó una mirada—. ¿Eres un luchador competente?

—Eso me gustaría pensar.

—Cuando te aclares, ven a buscarme. A esa ciudad de ahí. Estaré esperando en la puerta oeste de la ciudad subterránea.

Le enseñó los dientes y se marchó tan rápido como un lagarto.



CAPÍTULO 59

Ezio se equipó con una pistola en la muñeca izquierda, su hoja oculta en la derecha, y una abrazadera de bombas de humo sujeta al cinturón. Dejó la hoja gancho en su fardo.

Dos horas más tarde, encontró a Dilara esperando en el sitio señalado. La puerta que había mencionado era grande, de hierro, y estaba cerrada.

Le saludó de manera cortante y comenzó sin más preámbulos:

—Hace unos días, los bizantinos se llevaron a mis hombres a este sistema de cuevas. Por lo que sé, esta entrada es la menos protegida de todas. De vez en cuando los soldados tiran los desperdicios por aquí, pero casi siempre está desierto.

—Entonces, ¿nos colamos, liberamos a tus hombres y los sacamos por aquí?

—Exacto…

Ezio intentó abrir la puerta. No se movió. Se volvió hacia Dilara con una sonrisita de desilusión, sintiéndose avergonzado.

—Iba a decirte que antes tenías que abrirla por dentro —concluyó Dilara con sequedad.

—Por supuesto.

—Acompáñame.

Le llevó hasta otra puerta más grande, hecha con una enorme piedra circular que se podía abrir y cerrar rodando. Se abrió mientras ellos observaban y salieron unos soldados que formaron filas antes de marcharse de patrulla.

—Esa es la entrada principal, al pie de la colina. Pero está muy bien vigilada.

—Espera aquí —le dijo Ezio.

—¿Adónde vas?

—Tengo que reconocer el terreno.

—Necesitarás una guía.

—¿Por qué?

—Es una madriguera. ¿Ves esas torres de ahí?

—Sí.

—Son las astas de la ventilación y los conductos del agua. Hay once pisos de ciudad que bajan noventa metros.

—Me las arreglaré.

—Eres un hombre arrogante.

—No, soy prudente. Voy preparado. Sé que este lugar lo construyeron los frigios hace quinientos años, y lo conozco lo suficiente para orientarme.

—Entonces también deberías saber lo que hay ahí abajo: un sistema de ríos subterráneos en el fondo, y diez niveles por encima, iglesias, escuelas, tiendas, almacenes, establos y espacio para cincuenta mil personas.

—Lo bastante grande como para esconder una guarnición, la verdad.

Dilara se lo quedó mirando.

—Necesitarás una guía —repitió.

—Necesito a alguien aquí.

—Entonces, ve con Dios —dijo—. Pero date prisa. En cuanto hayan salido todas las patrullas, volverán a cerrar la puerta. Con un poco de suerte, podrás entrar con los carros de provisiones que hay ahí. Esperaré en la puerta oeste.

Ezio asintió y se marchó en silencio.

Él se mezcló con los bizantinos locales, que no parecían muy contentos con la presencia militar. Logró pasar por la puerta sin dificultad, caminando junto a una carreta tirada por bueyes.

El interior estaba iluminado con antorchas, cuya luz teñía de un color amarillento las paredes de suave roca volcánica, ensuciada con el hollín de los años, aunque el aire era fresco. Las calles —si se podía llamar así a los anchos pasillos mugrientos— eran un hervidero de soldados y ciudadanos, que se empujaban unos a otros mientras se ocupaban de sus asuntos. Ezio se abrió camino entre ellos, penetrando cada vez más en el interior de la ciudad subterránea.

Por fin, en el segundo piso bajo tierra, llegó a una sala espaciosa con una bóveda de cañón, decorada con frescos descoloridos. Avanzó por una de las galerías y bajó la vista a las figuras de la habitación principal a sesenta metros debajo de él. La acústica allí era buena y pudo oír con facilidad qué se decían los dos hombres. Los había reconocido de inmediato: la figura corpulenta de Manuel Paleólogo y la delgada de Shahkulu. Cerca de ellos, un grupo de guardias estaba atento. Ezio advirtió que había un ancho túnel que llevaba al oeste, posiblemente era el camino hasta la puerta que le había enseñado Dilara antes.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que mis soldados estén preparados para utilizar estas armas? —preguntaba Manuel.

—Unas semanas como mucho —respondió el adusto turcomano.

Manuel parecía pensativo.

—La principal fuerza jenízara ya debe de saber que la he traicionado. Pero ¿tienen recursos para castigarme?

—Lo dudo. La guerra del sultán con Selim requiere casi toda su atención.

Manuel empezó a reírse, pero aquella risa pronto se convirtió en tos y arcadas.

—¡Ah! —Soltó un grito ahogado—. ¿Qué demonios es ese olor? ¿Se han bloqueado los ventiladores?

—Lo siento, Manuel. Tal vez el viento haya cambiado. Algunos de los prisioneros otomanos que nos llevamos hace una semana han resultado ser… muy frágiles. Tuvimos que ponerlos en algún sitio después de su desafortunado… incidente.

A Manuel casi le divertía aquello, pero al mismo tiempo estaba preocupado.

—Shahkulu, intenta moderar tu ira. Sé que el sultán humilló a tu pueblo, pero no hace falta despreciar a los hombres que están por debajo de nosotros.

—¡Humilló a mi pueblo! —gritó Shahkulu—. ¡Intentó aplastarnos como si fuéramos cucarachas! Por eso me puse del lado de Ismael de Persia y adopté el nombre de «Shahkulu», sirviente de Shah. Bajo ese nombre, me impondré a todo lo que los *seljuks* intenten lanzar contra los turcomanos, y aquellos que seguimos a Safavid y la ley de Shia.

—Claro, claro…, pero, no obstante, deshazte de las pruebas —dijo Manuel al marcharse, tapándose la nariz con un pañuelo perfumado.

Shahkulu le vio marchar con resentimiento; luego chascó los dedos a la escolta que quedaba.

—Vosotros tres, recoged los cadáveres y tiradlos fuera, al estercolero del oeste.

El sargento de la guardia parecía nervioso.

—Shahkulu, no tengo la llave de la puerta oeste —tartamudeó.

Shahkulu explotó de rabia.

—¡Pues encuéntrala, idiota! —gritó y se fue echando chispas.

Solos, los guardias se miraron entre ellos.

—¿Se os ocurre quién puede tener la llave? —preguntó el sargento con irritación. No le gustaba que le llamaran idiota delante de sus hombres, y no le gustaban tampoco sus sonrisitas.

—Creo que la tiene Nikolos —dijo uno de ellos—. Hoy está de permiso.

—Entonces tiene que estar en el mercado, en la Tercera Planta —terció otro soldado.

—Dándose un atracón, seguro —refunfuñó el primer hombre—. *Hristé mou!* ¡Me gustaría atravesar a Shahkulu con una lanza!

—¡Eh, eh! —exclamó el sargento con severidad—. No lo digas en voz alta, *edáxi?*

Ezio apenas oyó las últimas palabras. Ya estaba de camino al mercado, un piso más abajo.



CAPÍTULO 60

Aparte del hecho de que la entrada estaba muy bajo tierra, el mercado era como cualquier otro. Había puestos que vendían carne, verduras y especias, cuyos aromas estaban por todas partes y se podía decir que incluso eran más densos aquí que al aire libre. También vendían ropa y zapatos, todo lo que la gente necesitaba. Había algunas tabernas y vinotecas. Junto a una de ellas, en un espacio abierto, había comenzado una pelea de borrachos; sin duda, provocada por una prostituta de piel clara. Una mujer mayor y delgada, sentada elegantemente en una silla, en una de las mesas de la vinoteca, disfrutaba del espectáculo.

Se había formado un círculo alrededor de los dos hombres que se pegaban puñetazos y los transeúntes los incitaban con falsos gritos de ánimo. Ezio se acercó a mirar.

—¡Dale!

—¡Golpéale!

—¡Mata a ese cabrón!

—¿No eres capaz de nada más?

—¡Sangre! ¡Sangre!

—¡Destrózalo!

Entre los que miraban —la mayoría tan borrachos como los alborotadores—, había un soldado gordo, con la cara enrojecida, una barba desaliñada y la barbilla hundida, que sujetaba un odre y rugía con los demás. Ezio se había dado cuenta de que llevaba la cartera desabrochada en el cinturón y allí vio que sobresalía una gran llave de hierro. Miró a su alrededor y vio a los tres soldados de la sala pintada, que se aproximaban desde el otro extremo del mercado.

No tenía tiempo que perder. Se acercó sigilosamente al soldado gordo por atrás y le quitó la llave de la cartera justo cuando sus compañeros le llamaron por su nombre.

Nikolos tendría mucho que explicar, pensó Ezio, mientras volvía a la Segunda Planta, y al túnel del que emanaba aquel hedor; el túnel que suponía que llevaba a la puerta oeste.



CAPÍTULO 61

—Te tomaste tu tiempo —dijo Dilara en un duro suspiro, mientras Ezio abría la puerta oeste desde dentro y la dejaba entrar.

—Bienvenida —masculló Ezio.

Dilara entonces hizo justo lo que Ezio esperaba: se llevó las manos a la cara.

—*Aman Allahim!* ¿Qué es eso?

Ezio retrocedió para señalar una pila de cadáveres, amontonados en un ancho hueco del interior.

—No hicieron a todos prisioneros.

Dilara corrió hacia el montón y se paró en seco, con la mirada fija.

—¡Pobres hombres! ¡Que Dios los asista! —Bajó los hombros cuando se le cayó el alma a los pies. Parecía un poco más humana bajo la fiera fachada que mantenía—. Lo ha hecho ese turcomano renegado, Shahkulu, lo sé —continuó.

Ezio asintió.

—¡Le mataré!

La chica salió corriendo.

—¡Espera! —la llamó, pero era demasiado tarde. Ya se había ido.

Ezio la siguió y la encontró a cierta distancia en un lugar apartado que daba a una pequeña plaza pública. Se acercó con cuidado. Ella estaba de espaldas a él y tenía la vista clavada en algo que estaba sucediendo en la plaza, que Ezio aún no veía.

—No eres muy dada a la cooperación —le dijo.

La chica no se dio la vuelta.

—Estoy aquí para rescatar a los hombres que me quedan —dijo con frialdad—. No para hacer amigos.

—No tenemos que ser amigos para cooperar —dijo Ezio, acercándose más—. Pero ayudaría saber dónde están tus hombres, así podría contribuir a que les encontraras.

Fue interrumpido por un grito angustioso y corrió a colocarse junto a la espía turca. Su rostro se había endurecido.

—Ahí mismo —dijo, señalando.

Ezio siguió la dirección de su dedo y vio, en la plaza, una serie de prisioneros otomanos sentados en el suelo, con las manos atadas. Mientras les miraban, los guardias bizantinos tumbaron a uno de ellos. Al lado había una horca improvisada y de ella colgaba otro otomano de las muñecas, con los brazos doblados hacia atrás. Junto a él se hallaba Shahkulu, reconocible al instante a pesar de la máscara de ejecutor que llevaba. El hombre gritó cuando Shahkulu golpeó una y otra vez su cuerpo.

—Es Janos —le dijo Dilara a Ezio, volviéndose hacia él por fin—. ¡Tenemos que ayudarle!

Ezio se fijó en lo que estaba pasando.

—Tengo una pistola, pero no puedo utilizarla —dijo—. La armadura que lleva es demasiado gruesa para las balas. —Hizo una pausa—. Tendré que acercarme más.

—No queda mucho tiempo. Esto no es un interrogatorio. Shahkulu torturará a Janos hasta matarlo. Y luego seguirá con otro… Y otro…

Hacía una mueca de dolor con cada golpe, con cada grito.

Podían oír la risa y los insultos de los hombres de Shahkulu.

—Creo que ya sé cómo podemos hacerlo —dijo Ezio y desenganchó una granada de humo de su cinturón—. Cuando tire esto, ve por la derecha

y mira si puedes empezar a cortar las ataduras de tus hombres bajo la protección del humo de esta bomba.

Ella asintió.

—¿Y Shahkulu?

—Déjamelo a mí.

—Asegúrate de que terminas con esa rata.

Ezio tiró de la anilla de la granada, esperó un momento a que empezara a salir el humo y la lanzó hacia la horca con una esmerada puntería. Los bizantinos pensaban que se habían encargado de todos los adversarios y no esperaban ningún ataque. Les pilló totalmente por sorpresa.

En medio de la confusión, Ezio y Dilara bajaron por la cuesta hacia la plaza y se separaron, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Ezio mató de un disparo al primer guardia que se le acercó y con la muñequera de su antebrazo izquierdo le rompió la mandíbula a otro. Luego, accionó la hoja oculta y se acercó rápidamente a Shahkulu, que había desenvainado una pesada cimitarra y no cedía terreno, girando a izquierda y derecha, sin estar seguro de dónde vendría el ataque. En cuanto desvió su atención, Ezio saltó sobre él y le clavó la hoja en la parte superior del pecho, entre la parte inferior de la máscara y la armadura de su cuerpo. La sangre oscura salió a borbotones, y rodeó el puño de Ezio mientras mantenía la hoja donde estaba. Shahkulu cayó al tiempo que Ezio le acompañaba y terminaba de rodillas sobre el hombre, cuyos esfuerzos perdían violencia. Cerró los ojos.

—Los hombres que convierten el asesinato en un fetiche no merecen compasión —dijo Ezio con los labios pegados a la oreja de Shahkulu.

Pero los ojos del hombre estaban abiertos de par en par como los de un maníaco y agarró bien el cuello de Ezio con un guante de malla. Shahkulu comenzó a reírse como un loco. Mientras lo hacía, la sangre salía bombeando de la herida más deprisa, y Ezio le clavó aún más la hoja y la retorció brutalmente. Con un último espasmo, Shahkulu se quitó a Ezio de encima y este cayó sobre el polvo, despatarrado. Entonces su espalda se arqueó mientras agonizaba, de su garganta salió un estertor y cayó hacia atrás, inerte.

Ezio se puso de pie y limpió su hoja en la capa de Shahkulu. Dilara ya había soltado a algunos de sus hombres y Ezio la vio justo cuando se

lanzaba a la espalda del último bizantino superviviente que estaba huyendo. Le derribó y le cortó el gaznate con un movimiento limpio. Apartándose del muerto, saltó, aterrizó como un gato y se volvió hacia sus tropas rescatadas.

Ezio le dio al cadáver de Shakulu una patada para asegurarse de que esta vez estaba muerto, mientras Dilara ayudaba a sus hombres a ponerse de pie.

—Bendita seas, Dilara —dijo Janos, mientras le cortaba las ataduras.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí.

Ezio se acercó.

—¿Era tuyo el destacamento que trajo las armas a Manuel?

Ella asintió.

—Debemos destruirlo.

Ella volvió a asentir.

—Pero la mayoría no funcionan en realidad. Aunque la pólvora es real, eso no pudimos falsificarlo.

—*Bene* —dijo Ezio. Miró a los otomanos que había a su alrededor—. ¡Manteneos a cubierto hasta que oigáis las explosiones y luego corred!

—¿Explosiones? —preguntó Dilara—. Si estalla, el infierno se desatará. Aterrorizarás a toda la ciudad.

—Cuento con eso —respondió Ezio—. Las explosiones destruirán todas las armas que haya y, en cuanto al pánico, solo puede ayudarnos.

Dilara se quedó reflexionando.

—Muy bien. Llevaré a mis hombres a un lugar seguro. Pero ¿y tú?

—Cuando acaben las explosiones, iré a por Manuel Paleólogo.



CAPÍTULO 62

En la ciudad subterránea había grandes bóvedas, enormes cavernas artificiales donde estaba almacenado el alijo de armas y la pólvora para el ejército de Manuel. Habían colocado un sistema de poleas para transportar de un lugar a otro, mediante unas cuerdas tensas, los barriles de pólvora y, mientras Ezio observaba desde su posición estratégica en una galería de la Quinta Planta, vio grupos de civiles bizantinos dedicados a dicha actividad, bajo la vigilancia de las tropas renegadas de Manuel. Era la oportunidad perfecta y dio gracias a Dios porque descuidaran tanto la seguridad. Era evidente que estaban seguros de que no había amenaza de ataque y Ezio se había movido demasiado rápido como para que le alcanzaran tras el descubrimiento del cadáver de Shahkulu y los cuerpos de sus compañeros torturadores.

Había sustituido la hoja oculta por el gancho y recargado la pistola. Se mezcló con un grupo de trabajadores y observó mientras bajaban un barril por una de las cuerdas, entre dos polipastos. A su alrededor, había cientos de barriles apilados unos encima de otros, y las paredes estaban cubiertas de cajones de madera que contenían mosquetes.

—¡Que no se mueva! —gritaba un capataz—. ¡Esto es pólvora, no mijo!

—¡Entendido! —respondió un hombre que manejaba un torno.

Ezio inspeccionó los alrededores e hizo planes. Si conseguía una explosión, provocaría una reacción en cadena en los tres almacenes que había…

Podía funcionar.

Mientras recorría las salas, haciéndose pasar por un trabajador, escuchó con detenimiento sus conversaciones para ver en qué estado de ánimo estaban. Y al hacerlo, descubrió que no todos los bizantinos eran villanos. Como de costumbre, eran los que tenían un ego demasiado grande, los que ansiaban el poder, los culpables de la desgracia del resto.

—Podría ser peor, ¿sabes? —le decía una mujer a uno de sus compañeros.

—¿Peor? ¿Peor que esto?

—Es mejor el turbante de un turco que la tiara de un Papa. Al menos los otomanos tienen cierto respeto por la Iglesia Ortodoxa.

—¡Shhh! ¡Te van a oír! —la avisó otra mujer.

—¡Está loca! —El hombre se volvió hacia la primera mujer—. ¡Oye lo que dices!

—Vale, estoy loca. ¡Si preferís trabajos forzados y vivir bajo tierra como topos, muy bien!

El hombre se quedó reflexionando.

—Bueno, es cierto que no quiero ir a la guerra. Solo quiero alimentar a mi familia.

Otro hombre, un capataz vestido con un uniforme templario, había oído su conversación y les interrumpió con cierta comprensión.

—Nadie quiere la guerra, amigo, pero ¿qué podemos hacer? ¡Míranos! ¡Mira cómo vivimos! Esos turcos nos han quitado la tierra. ¿Crees que deberíamos rendirnos sin luchar?

—No, no —dijo el primer hombre que había hablado—. Solo digo que…, no sé. Estoy harto de todo esto. ¡También estamos cansados de luchar!

«Lo mismo digo», pensó Ezio mientras se escabullía entre hileras de barriles de seis metros.

En cuanto estuvo solo, espitó un barril en el suelo con la punta de su cimitarra y, después de recoger un poco de pólvora en una bolsa de cuero, dejó un rastro por el pasillo entre las filas de barriles hasta la entrada de una segunda sala. Allí hizo lo mismo, y lo repitió en la tercera sala, hasta que el rastro llegó a la puerta arqueada que llevaba a la salida. Entonces esperó, paciente, hasta que todos los trabajadores normales se hubieran marchado para que no sufrieran ningún daño aquella noche.

Tan solo quedaban los guardias.

Ezio aseguró su retirada, se colocó a pocos metros de la entrada, sacó la pistola y disparó al barril más próximo. Después, se dio la vuelta y echó a correr.

Las series de explosiones titánicas que hubo a continuación sacudieron los cimientos de la ciudad subterránea como un terremoto. El techo se desmoronó y cayó detrás de él mientras huía. Por todas partes había humo, polvo, escombros y caos.



CAPÍTULO 63

Ezio llegó a la gran cámara de la Segunda Planta casi al mismo tiempo que Manuel, que entró a trompicones, rodeado de muchos guardias de primera. Ezio se escondió detrás de un contrafuerte, observó y esperó. Iba a acabar con todo aquello esa noche si podía. Había visto que Manuel llevaba en la mano la llave de Masyaf que le faltaba, la que los Templarios habían desenterrado debajo del palacio de Topkapi. Si la llevaba consigo, el que pretendía ser el siguiente emperador de Bizancio debía de estar preparando su huida.

—¿Qué coño está pasando? —bramó Manuel, medio enfadado, medio aterrorizado.

—Sabotaje, Manuel —respondió un capitán templario a sus espaldas—. Tenéis que poneros a salvo.

Una multitud nerviosa y vociferante había llenado un extremo de la cámara. Ezio observó a Manuel mientras se guardaba la llave en una cartera que colgaba de su cuerpo corpulento, y apartó de un codazo al oficial templario.

—Quítate de en medio —le ordenó bruscamente.

Se subió a un podio y se dirigió a la multitud, a la que se unió Ezio para acercarse cada vez más a su presa mientras Manuel hablaba.

—¡Ciudadanos! —dijo Manuel en voz alta—. ¡Soldados! Serenaos. ¡No cedáis ante el miedo! Nosotros somos los auténticos pastores de Constantinopla. Somos los señores de esta tierra. ¡Somos bizantinos! —Hizo una pausa para darle mayor efecto, pero si esperaba un aplauso, no lo recibió. Así que continuó—. *Kouráyo!* ¡Tened valor! ¡Manteneos firmes! No dejéis que nadie rompa vuestros…

Se calló cuando se dio cuenta de que Ezio se acercaba. Un sexto sentido debió de desencadenar una alarma en su interior, pues maldijo para sus adentros y saltó con agilidad del podio para salir corriendo hacia una salida al fondo de la sala, mientras gritaba a su escolta:

—¡Detened a ese hombre! ¡El alto con una capucha en pico! ¡Matadlo!

Ezio se abrió camino entre la confundida muchedumbre y empezó a perseguir a Manuel, esquivando y derrotando a guardias templarios en su avance. Estos estaban tan confundidos como la gente de la ciudad y miraban en todas las direcciones, salvo la que él había escogido, gritando desafíos, dando órdenes y corriendo con determinación sin pensar. El mismo Manuel se había escabullido demasiado rápido y a ninguno de sus hombres le había dado tiempo a seguirle. Tan solo la buena vista de Ezio no le había perdido el rastro.

Para ser una persona tan corpulenta, Manuel se movía muy bien. Ezio bajó por un largo pasillo, apenas iluminado, parándose solo para echar un vistazo en los cruces y asegurarse de que su presa no había girado. Alcanzó a ver, más adelante, una túnica de seda brillante que había reflejado la luz de una antorcha cuando Manuel subió apresuradamente unas estrechas escaleras de piedra que había en la roca y ascendían a la Primera Planta. El hombre que pretendía ser rey estaba buscando la salida más rápida al haberse quedado sin municiones y estar su ejército totalmente desorganizado.

Ezio salió corriendo detrás de él.

Por fin, lo acorraló en una casa vacía, hecha en la roca viva de la Primera Planta. Manuel se dio la vuelta para mirarle con una curiosa sonrisa que esbozaban sus labios lascivos.

—¿Has venido a por la llave de Masyaf? —preguntó—. ¿Es eso? ¿Has venido a robarnos dos años de esfuerzo y a recuperar lo que los Asesinos desperdiciaron?

Ezio no contestó, sino que se lo quedó mirando con recelo. No sabía qué trucos podría tener aquel hombre en la manga.

—¡Luchas en una batalla perdida, Asesino! —continuó Manuel, aunque la desesperación comenzaba a filtrarse en su voz—. Somos cada vez más y nuestra influencia se expande. ¡Estamos ocultos a plena vista!

Ezio avanzó un paso.

—Detente a pensarlo un momento —dijo Manuel, alzando una mano ensortijada—. Piensa en las vidas que has desbaratado hoy. ¡Nos has utilizado para favorecer tu propia búsqueda inútil! ¡Pero nosotros luchamos por dignidad, Asesino! Luchamos por restablecer la paz en esa tierra atribulada.

—Los Templarios siempre se apresuran a hablar de paz —replicó Ezio —, pero tardan mucho en mencionar el poder.

Manuel hizo un gesto para quitarle importancia.

—Eso es porque el poder trae la paz. ¡Idiota! No puede ser al revés. ¡Esta gente se ahogaría sin una mano firme que los levantara y los mantuviera a raya!

Ezio sonrió.

—Y pensar que tú eres el monstruo que he venido a matar…

Manuel le miró a los ojos y Ezio tuvo la inquietante impresión de que el hombre estaba resignado a su destino. Había una curiosa dignidad en aquella figura gorda y acicalada, con sus joyas destellantes y su bigote bien cuidado. Ezio accionó la hoja, se la clavó profundamente a Manuel en el pecho y acabó ayudando al hombre a bajar al suelo mientras se ponía de rodillas. Pero Manuel no cayó. Se apoyó en el respaldo de un banco de piedra y miró a Ezio con calma. Al hablar, su voz sonó cansada.

—Debería haber sido el sucesor de Constantino. Tenía tantos planes… ¿Sabes cuánto llevaba esperando?

—Tus sueños morirán contigo, Manuel. Tu imperio ha desaparecido.

Aunque no cabía duda de que le dolía, Manuel consiguió hablar como si le hubiera hecho gracia.

—Ah, pero no soy el único con esta visión, Asesino. El sueño de nuestra Orden es universal. Otomano, bizantino… tan solo son etiquetas, disfraces y fachadas. Debajo de esa parafernalia, todos los Templarios son parte de la misma familia.

Ezio estaba perdiendo la paciencia, era consciente de que el tiempo pasaba. Aún no había salido de allí.

—Basta de cháchara. He venido a por la llave de Masyaf. —Se agachó y le cogió la cartera que aún llevaba colgada al hombro. De repente, Manuel parecía mucho mayor de cincuenta años.

—Pues cógela —dijo con dolorosa diversión—. Cógela y busca tu fortuna. Mira a ver si consigues acercarte cien leguas al archivo de Masyaf antes de que nosotros acabemos contigo.

Entonces todo su cuerpo se puso tenso, y estiró los brazos como si acabara de despertarse, antes de lanzarse a la oscuridad sin dimensión ni sonido.

Ezio se quedó mirando el cuerpo durante un rato, pensando en sus cosas, y luego buscó rápidamente en la cartera de Manuel. No cogió nada más que la llave, que guardó en la bolsa que llevaba en el costado, y tiró la cartera al lado de Manuel.

Luego se dio la vuelta para marcharse.



CAPÍTULO 64

Las tropas bizantinas y templarias, leales a sus oficiales, habían sellado las plantas superiores de la ciudad subterránea, al no estar seguros de lo que sucedería a continuación. No tardarían mucho en descubrir el cadáver de Manuel. Y Ezio decidió que la mejor —y tal vez la única— manera de escapar sería por el río subterráneo que ocupaba la Décimo Primera Planta del complejo.

Los niveles inferiores de Derinkuyu eran como un infierno en la tierra. El humo y los gases llenaban las calles y se habían incendiado las plantas que había encima y debajo de los almacenes donde Ezio había destruido el arsenal y el depósito de municiones de Manuel. Los techos y paredes que se habían derrumbado bloqueaban muchos caminos y Ezio tuvo que dar algunos rodeos. Varias veces, al pasar por montones de escombros, vio que sobresalían las extremidades de los que habían quedado aplastados por la mampostería que había caído. Trató, sin éxito, de no pensar en las consecuencias de lo que había hecho. Tanto los soldados como los ciudadanos deambulaban como aturdidos, con pañuelos tapándoles la cara y los ojos llorosos. Ezio, al que a veces le costaba respirar, continuó hacia

abajo, obstinadamente, usando una serie de rampas, pasillos y escaleras, hechos en la roca, hasta que llegó a la planta más baja.

Allí estaba más despejado, y ya en la Novena Planta él ya había empezado a notar el húmedo olor del agua de aquel espacio reducido.

Gracias al tumulto y la confusión que habían provocado las explosiones, Ezio pudo atravesar la ciudad sin problemas, y ahora estaba solo junto al embarcadero de un lago subterráneo artificial. Más allá de lo que imaginaba que era el sur, puesto que allí abajo era difícil orientarse, vio una luz tenue donde el río que alimentaba el lago se alejaba hacia el aire libre. Tenía que recorrer un buen trecho colina abajo desde Derinkuyu. Ezio no tenía tiempo de reflexionar sobre aquello, porque, en un embarcadero a unos veinte metros de distancia, vio una balsa con media docena de marineros bizantinos. Pero fue el pasajero el que le llamó la atención. Un elegante hombre con barba, en la cubierta de popa.

El príncipe Ahmet Osman.

Ahmet también había visto a Ezio y ordenó a los remeros que se dirigieran a él. Cuando se acercó lo suficiente para que le oyera, le habló en tono burlón.

—Pobre Manuel. El último de los Paleólogo.

Ezio estaba demasiado sorprendido para hablar en aquel momento, pero luego dijo:

—Veo que las noticias vuelan.

—Los Asesinos no son los únicos que tienen espías. —Ahmet se encogió de hombros—. Pero no debí poner a Manuel a cargo de nuestra expedición en Masyaf. Era un hombre arrogante. Imposible de mantener a raya.

—Me has decepcionado, Ahmet. ¿Por qué has elegido a los Templarios?

—Bueno, Ezio, ¿o debo seguir fingiendo y continuar llamándote Marcello? Es tan simple como esto: estoy harto de todas las peleas sangrientas e inútiles que han enfrentado a padres contra hijos, y a hermanos contra hermanos. Para conseguir la paz verdadera, la humanidad debe pensar y moverse como un solo cuerpo con una mente maestra. —Hizo una pausa—. Los secretos del Gran Templo nos otorgarán precisamente eso. Y Altaïr nos guiará hasta él.

—¡Te engañas a ti mismo! ¡Los secretos de Altaïr no son para ti! ¡Y nunca encontrarás el Gran Templo!

—Ya lo veremos.

Ezio advirtió que Ahmet miraba más allá y, al darse la vuelta, vio a unos soldados bizantinos acercándose al embarcadero en el que él se hallaba.

—De todas maneras, no me interesa discutir sobre moralidad y ética contigo, Asesino. He venido a por las llaves de Masyaf.

Ezio sonrió burlón, sacó la llave que acababa de quitarle a Manuel y la levantó.

—¿Quieres decir que hay más de estas?

—Eso he oído —contestó Ahmet cortésmente—. Pero tal vez deberías preguntarle a alguien que estuviera mejor informado que tú. Sofía Sartor. ¿He dicho bien el nombre?

Ezio se preocupó de inmediato, aunque intentó que no se le notara.

—¡Ella no sabe nada! ¡Déjala en paz!

Ahmet sonrió.

—Ya veremos.

Le hizo una señal a sus hombres, que se dispusieron a alejar la balsa.

—Te mataré si la tocas.

—Sé que lo intentarás, querido Ezio. Pero dudo que lo consigas. —Alzó la voz, dirigiéndose a los hombres en tierra—. Matadle y coged la llave. Después traédmela inmediatamente.

—¿No te quedas a ver el espectáculo? —preguntó Ezio, con frialdad.

—Le tengo mucho más respeto a mi propia seguridad —replicó Ahmet —. Conozco tu reputación y he visto hoy aquí un ejemplo de tu trabajo. Imagino que, acorralado como estás, eres el doble de peligroso. Además, detesto la violencia.

La balsa se fue y dejó a Ezio enfrentándose a los soldados bizantinos que se alineaban delante de él. El Asesino consideró sus opciones.

Pero no tenía opciones.

Estaba al final del embarcadero, sin poder retirarse, no había posibilidad de que pudiera escapar nadando. Debían de ser unos veinte o treinta. Algunos llevaban mosquetes que no se habían destruido en el almacén. El capitán del destacamento se acercó.

—Danos la llave, *kyrie* —dijo con sarcasmo—. No creo que te quede otra opción.

Los mosqueteros que le flanqueaban levantaron sus armas.

Ezio les miró. Esta vez sabía que le habían vencido. Tenía la pistola, que era capaz de disparar dos tiros como mucho, la hoja oculta y la cimitarra. Pero, aunque se moviera más rápido que nunca, las balas de sus mosquetes le atravesarían. Tal vez dispararían igualmente; sería la manera más simple de conseguir la llave. Quizá le daría tiempo a arrojarla al lago antes de morir.

Ezio tan solo podía rezar para que Yusuf no dejara que las otras cuatro llaves cayeran en manos de los Templarios y que Sofía se ahorrara una tortura innecesaria, puesto que, por su propia seguridad, él no le había dicho dónde las había guardado.

Pero estaba claro que no había tenido el cuidado suficiente.

Bueno, el camino de todos tiene que acabar en algún sitio.

El capitán levantó la mano y los dedos de los mosqueteros se curvaron alrededor de los gatillos.



CAPÍTULO 65

Cuando los mosqueteros dispararon, Ezio se tiró al suelo del embarcadero.

Unas flechas desde atrás y por encima cayeron sobre los soldados bizantinos como la lluvia. En cuestión de segundos, todos los soldados del príncipe Ahmet yacían muertos o heridos junto a la orilla del lago.

Una bala había quemado la capucha de Ezio, pero por lo demás estaba ileso, y dio gracias a Dios por que la edad no hubiera ralentizado su capacidad de reacción. Al ponerse de pie, vio a Dilara al otro lado del embarcadero. Sus hombres bajaban desde unas posiciones estratégicas en la parte superior de las escaleras que llevaban hasta allí. Los que habían llegado se movían entre los bizantinos, para comprobar los que estaban muertos y atender a los heridos.

—No se te puede dejar solo ni un momento —dijo Dilara.

—Eso parece —dijo Ezio—. Gracias.

—¿Has conseguido lo que venías a buscar?

—Sí.

—Entonces será mejor que nos vayamos de aquí. Has desatado el infierno, ¿sabes?

—Eso parece.

Ella negó con la cabeza.

—Tardarán años en recuperarse de esto. Si es que se recuperan del todo. Pero aún les quedan ganas de hacerte volar por los aires si te encuentran. ¡Vamos!

Se dirigió a las escaleras.

—¡Espera! ¿No debería salir con un bote de aquí?

—¿Estás loco? Te estarán esperando donde el río sale al aire libre. Es un desfiladero estrecho. Serías hombre muerto al instante y no quiero que lo que he hecho aquí se malogre.

Ezio la siguió, obediente.

Volvieron a subir varias plantas y cogieron una calle que se alejaba hacia el sur. El humo en aquella zona se había disipado en cierto modo, y los que seguían allí estaban demasiado preocupados apagando el fuego como para prestarles atención. Dilara se puso a caminar a paso rápido y en breve llegaron a una entrada similar a la que Ezio había abierto en la parte oeste de la ciudad. La chica sacó una llave y abrió la puerta de madera, revestida de hierro.

—Estoy impresionado —dijo Ezio.

—Deberías. Diles en Kostantiniyye que pueden descansar en paz, que los de aquí estamos haciendo un buen trabajo.

Ezio entrecerró los ojos por la luz del sol que se filtraba por la puerta, que después de la penumbra en la ciudad subterránea, parecía cegadora. Vio un camino que se alejaba hacia el sur, con la lúgubre aldea de Nadarim acurrucada en el camino.

—Tu caballo está ensillado en los establos y acaba de comer y beber agua. Tienes comida y bebida en las alforjas. Puedes pasar a recogerlo sin correr peligro. La aldea se ha liberado y ya han empezado a encalar sus edificios. Alá sabe que necesitan ánimo ahora que se han librado de sus opresores —dijo Dilara, con los orificios nasales henchidos por el triunfo —. Pero márchate. Ahmet no tardará en recibir la noticia de lo que ha sucedido. Por supuesto, no se atreverá a regresar, pero puedes estar seguro de que enviará a alguien para perseguirte.

—¿Le queda alguien?

Dilara sonrió, un poco reticente, pero sonrió.

—Venga, vete. Deberías llegar a Nigde a finales de esta semana. Estarás de vuelta en Mersin en la luna llena, si nadie te corta el camino.

—Antes de lo programado.

—Felicidades.

—¿Y tú qué harás?

—Nuestro trabajo aquí no ha terminado. De todas maneras, no nos moveremos sin una orden directa de Kostantiniyye. Dale recuerdos a Tarik.

Ezio se la quedó mirando un instante en un desalentador silencio y luego dijo:

—En la Sublime Puerta, la sede del parlamento otomano, les diré lo mucho que te deben.

—Hazlo. Y ahora debo volver con mis hombres para reorganizarnos. Tus fuegos artificiales han destrozado nuestro cuartel general, entre otras cosas.

Ezio quiso decir algo más, pero ella ya se había ido.



CAPÍTULO 66

El viaje de vuelta a la costa fue rápido y, gracias a Dios, sin incidentes.

—Llegas pronto —dijo Piri Reis, cuando Ezio apareció a los pies de la pasarela del *dhow* rojo.

—Y menos mal. Debemos regresar a Kostantiniyye tan pronto como sea posible.

—¿Tienes la quinta llave?

Ezio sonrió y dio unas palmaditas en la bolsa que llevaba en el costado.

—Muy bien —celebró Piri, devolviéndole la sonrisa—. ¿Y Manuel?

—Manuel ya no será un problema para nosotros.

—Mejor que mejor. A este paso, te convertirán en un *sövalye*.

—Todavía queda mucho para ganar la batalla. Debemos apresurarnos.

—Tenemos que avituallar el barco y esperar una marea favorable. Pero podemos ocuparnos de una cosa mientras hacemos la otra. —Piri se dio la vuelta y le dio órdenes contundentes al capitán del barco, que se había unido a ellos—. Tenemos que reunir también a la tripulación. No esperábamos que terminaras tus asuntos en Derinkuyu tan rápido.

—Tuve la suerte de contar con una ayuda extraordinaria.

—He oído hablar de la jefa de los espías que la Sublime Puerta puso ahí. Su reputación siempre la precede —dijo Piri.

—Entonces tengo motivos para dar las gracias al gobierno otomano.

—Bajo Bayezid, la Sublime Puerta se ha convertido en un modelo de administración práctica. Es una suerte que las peleas de la Familia Real no impidan que siga funcionando.

—Hablando de ellos, creo que debemos tener mucho cuidado con Ahmet —dijo Ezio en voz baja—. He descubierto que tiene unos amigos muy indeseables.

—Los Asesinos no deberían meterse en asuntos otomanos.

—Esos amigos de Ahmet hacen que esos asuntos también sean nuestros.

Piri levantó una ceja, pero no dijo nada más sobre el tema.

—Tienes preparado el camarote —dijo—. Sin duda querrás descansar hasta que estemos preparados para zarpar.

En cuanto se quedó solo, Ezio se despojó de su equipo, y limpió y afiló sus armas. Cuando tuvo todo preparado, aseguró la puerta del camarote, sacó la quinta llave, la colocó en la mesa plegable y se sentó delante de ella. Tenía curiosidad por ver si se comportaría de la misma manera que las demás. Tenía que saber qué más le diría de Altaïr, sobre todo porque no había modo de saber si había representado algún tipo de revelación mística a los Templarios que la habían descubierto primero. ¿Qué información les habría transmitido? ¿O tenía alguna manera de saber, por así decirlo, cuándo hablar y cuándo permanecer callada?

También estaba preocupado por Sofía y estaba impaciente por volver a Constantinopla para protegerla y garantizar la seguridad de las otras cuatro llaves. Pero por ahora tenía que esforzarse y tener paciencia, puesto que estaba a merced del mar y el viento.

Esta llave era similar a las otras, tenía el mismo diámetro y proporciones que sus compañeras, y estaba decorada con extraños símbolos indescifrables y llena de surcos precisos pero misteriosos. Se preparó y extendió la mano para tocarla. No le decepcionó. Enseguida, la suave luz del camarote pareció volverse más oscura y, por contraste, el resplandor que empezó a emanar del disco de obsidiana aumentó cada vez más…



CAPÍTULO 67

En cuanto se vio arrastrado a Masyaf —en armonía con el lugar, pero sin llegar a formar parte de él—, Ezio supo que habían pasado diez años más desde la última vez que había estado allí. Observó y, al hacerlo, se perdió en los acontecimientos que se desarrollaron a continuación…

Los hombres estaban en el soleado patio interior de Masyaf, bajo la sombra de un enorme canelo muy antiguo, que no dejaba de crecer.

Altaïr, con una piel como el papel, el cuerpo demacrado, y tan envuelto en sus ropas que solo eran visibles su rostro y sus largas y pálidas manos, se hallaba acompañado de dos venecianos bajos y fornidos, de unos treinta y pocos años. El mayor de ellos llevaba un emblema en la manga: un escudo azul en el que había una jarra coronada por una sola insignia, con una hilera de tres estrellas de cinco puntas de color amarillo, todo ello rematado por un timón plateado. Un poco más allá, un gran número de guerreros Asesinos se preparaban para la batalla.

El Mentor tocó la manga del hombre de forma familiar y amistosa. Se movía con cuidado y precisión, como un anciano, pero no sin la debilidad

que cabía esperar en alguien con noventa y un inviernos, sobre todo alguien a quien la vida había exigido tanto.

—Nicolás —dijo Altaïr—, hace mucho que la familia Polo está en nuestros corazones, tú, y tu hermano aquí presente, aunque sé que el tiempo que hemos pasado juntos ha sido breve. Pero tengo fe en que este Códice, que ahora os entrego, responderá a todas las preguntas que os queden por hacer.

Altaïr le hizo señas a un edecán, que avanzó y depositó en manos de Nicolás Polo un volumen encuadernado en cuero.

—Altaïr —dijo el italiano—, este regalo no tiene precio. *Grazie*.

Altaïr asintió en señal de reconocimiento cuando el edecán le entregó una bolsa pequeña.

—Bueno —dijo, volviéndose al hermano Polo mayor—, ¿adónde iréis ahora?

—Maffeo y yo regresaremos a Constantinopla durante un tiempo. Intentamos establecer un gremio allí antes de volver a Venecia.

Altaïr sonrió.

—Tu hijo, Marco, estará impaciente por oír las fabulosas historias de su padre.

—Solo tiene tres años, es demasiado pequeño para que se las cuente. Pero pronto llegará el día en que, efectivamente, las oirá.

Fueron interrumpidos por la llegada de Darim, que entró corriendo por la puerta interior hacia ellos.

—¡Padre! ¡Se ha abierto paso una vanguardia de los mongoles de Hulagu! ¡El pueblo está en peligro!

—¿Tan pronto? —Altaïr se puso tenso. Cuando volvió a hablar con Nicolás, utilizó un tono apremiante—. Nicolás, vuestro cargamento y provisiones os están esperando junto a la entrada del pueblo. Os escoltaremos hasta allí. Después debéis marcharos a toda velocidad.

—Gracias, Mentor.

Altaïr se volvió hacia dos Asesinos que se habían separado del grupo más grande, dispuestos para la futura batalla que ya se les echaba encima.

—Preparad las catapultas —ordenó— y estad atentos a mi señal.

Ellos inclinaron la cabeza para dar su aprobación y salieron corriendo para hacer lo que se les había mandado.

—No os alejéis —le dijo Altaïr a los hermanos Polo.

—Debemos ir al pueblo de inmediato, Padre —dijo Darim—. Creo que es mejor que te quedes con Nicolás y Maffeo. Yo despejaré el camino.

—Ten cuidado, Darim. Y cuidado con los fundíbulos.

Altaïr miró cómo sus hombres colocaban las enormes catapultas montadas con honda.

Darim sonrió.

—Si me dan a mí, le darán a una docena de mongoles al mismo tiempo.

—No deberías tomarte a broma a un enemigo como Khan Hulagu.

—Estamos listos para enfrentarnos a él.

Altaïr se volvió hacia sus invitados.

—Vamos —dijo.

Montaron en los caballos que les habían preparado y salieron de la fortaleza a un ritmo tranquilo, por una vía alejada de la batalla principal, que ya había llegado a las pendientes de las estribaciones cercanas.

—¿Podréis retenerlos? —preguntó Nicolás, incapaz de disimular el nerviosismo de su voz.

—Durante el tiempo que sea necesario —le aseguró Altaïr, calmado—. Envidio vuestro viaje —continuó—. Bizancio es una ciudad espléndida.

Nicolás sonrió ligeramente, puesto que era más que consciente del peligro en el que se encontraban, aunque Altaïr parecía no reconocerlo. Pero ya había estado antes en situaciones más duras y sabía lo que Altaïr intentaba hacer: quitarle importancia. Así que le siguió el juego.

—Veo que prefieres el nombre antiguo. ¿Has estado alguna vez allí?

—Hace mucho. Cuando los venecianos desviasteis a los cruzados francos para que la conquistaran en vez de Jerusalén.

—Constantinopla era nuestro gran rival en el comercio por aquel entonces. Fue un golpe maestro.

—Abrió Europa al este en más de un sentido.

—Los mongoles nunca llegarán tan lejos —dijo Nicolás, pero reflejaba nerviosismo en su voz.

Altaïr no siguió por ahí y en su lugar dijo:

—Ese pequeño conflicto en 1204 me impidió llevar el Credo a Europa.

—Bueno, con suerte, y paciencia, nosotros terminaremos lo que tú empezaste.

—Si tenéis la oportunidad, la vista desde la parte superior de Hagia Sofia es la mejor de la ciudad.

—¿Cómo se puede llegar hasta el punto más alto?

Altaïr sonrió.

—Con entrenamiento y paciencia. —Hizo una pausa—. Cuando os marchéis de aquí no intentaréis ir por tierra, ¿no? Iréis en barco a Bizancio, ¿verdad?

—Sí. Cabalgaremos hasta Latakia y allí cogeremos el barco. Los caminos de Anatolia están empañados de recuerdos de las cruzadas.

—Ah —dijo Altaïr—, las más intensas pasiones pueden ser las más mortales.

—Visítanos si puedes, Altaïr. Tendremos espacio de sobra para ti y tu séquito.

—No —dijo Altaïr—. Gracias, pero ese no es país para ancianos, Nicolás. Me quedaré aquí ahora, como siempre debí haber hecho.

—Bueno, si cambias de opinión, nuestra puerta está siempre abierta.

Altaïr estaba contemplando la batalla. Habían colocado los fundíbulos y les habían sacado partido. Las piedras que lanzaban sobre las filas mongolas estaban causando estragos.

Un jinete se separó del cuerpo principal de la caballería Asesina y se dirigió a ellos al galope. Era Darim.

—Descansaremos un poco en la aldea —le dijo Altaïr al acercarse—. Parece que lo tenéis bajo control.

—Pero ¿cuánto tiempo, Padre?

—Tengo fe en ti. Al fin y al cabo, ya no eres un niño.

—Tengo sesenta y dos años.

—Me haces sentir muy viejo —bromeó Altaïr. Pero Darim vio la palidez de sus mejillas y se dio cuenta de lo cansado que en realidad estaba su padre.

—Por supuesto que descansaremos y despediremos a nuestros amigos como es debido.

Cabalgaron hasta los establos del pueblo y los hermanos Polo se apresuraron a traspasar sus pertenencias a los caballos de carga que les habían suministrado, junto con las dos monturas frescas para su viaje hacia el oeste, hacia la costa. Altaïr, que por fin podía descansar, tuvo un momento de debilidad y se apoyó en Darim.

—Padre, ¿estás herido? —preguntó Darim con voz de preocupación y le acompañó a un banco bajo un árbol.

—Dame un segundo —dijo Altaïr entre jadeos, reacio a ceder ante el dolor que sentía.

Se dejó caer en el banco e inspiró al tiempo que miraba al castillo. Un hombre de avanzada edad, pensó, no era nada más que algo mísero, como una capa hecha jirones sobre un palo, pero él al menos se había preocupado por la felicidad de su alma.

—El fin de una era —susurró.

Miró a su hijo y sonrió. Cogió la bolsa que el edecán le había entregado antes y sacó su contenido. Cinco discos de obsidiana, esculpidos de forma intrincada. Los apiló con cuidado.

—Cuando era muy joven —dijo—, fui lo bastante tonto para creer que nuestro Credo pondría fin a estos conflictos. —Hizo una pausa—. Ojalá hubiera poseído la humildad para decirme a mí mismo: ya he hecho bastante con mi vida. Ya he cumplido mi parte. —Con esfuerzo, se puso de pie—. Pero no hay gloria mayor que luchar para encontrar la verdad.

Recorrió con la vista el pueblo y después miró más allá de la batalla.

Nicolás se acercó.

—Estamos preparados —dijo.

—Un último favor, Nicolás —dijo Altaïr, dándole los discos—. Llévalos contigo y protégelos bien. Escóndelos, si hace falta.

Nicolás le miró intrigado.

—¿Qué son estos… artefactos?

—De hecho, sí, son un tipo de artefacto. Son llaves y cada una de ellas lleva imbuido un mensaje.

Nicolás examinó una con detenimiento. Estaba desconcertado.

—¿Un mensaje? ¿Para quién?

Altaïr cogió la llave.

—Ojalá lo supiera…
Levantó la llave. Esta comenzó a brillar. Él cerró los ojos, absorto.



CAPÍTULO 68

Ezio volvió a ser consciente de dónde estaba. La luz del camarote recuperó su acogedora penumbra. Olió la madera de cedro de sus paredes y accesorios, vio las motas de polvo en la luz del sol que se filtraba por el ojo de buey, y oyó los sonidos de los pies que corrían por la cubierta, los gritos de los marineros y los chirridos de las velas al izarse.

Estaban en movimiento.

Mar adentro, vieron la vela de pirata beréber, y ello hizo que Ezio y Piri pensaran en su viejo amigo, al-Scarab, pero el barco pirata se apartó y no los atacó. Durante la mayoría de la travesía de cincuenta días estuvieron solos en las aguas oscuras como el vino, abarrotadas de caballas, y Ezio pasó el tiempo intentando descifrar en vano los símbolos de la llave, deseando que Sofía estuviera allí para ayudarle, preocupado por su seguridad y cada vez más impaciente por llegar a su destino.

Pero por fin amaneció, cuando las cúpulas, las torres que tocaban las nubes, las paredes, los campanarios y los minaretes de Constantinopla

aparecieron en el horizonte.

—Llegaremos a mediodía —dijo Piri Reis.

—Cuanto antes, mejor.

El puerto estaba más abarrotado que nunca, aunque el día era húmedo y sofocante, y hora de la siesta. En particular alrededor del heraldo se apretaba una muchedumbre sobre un podio, junto al muelle principal. Le recibió un pelotón de jenízaros con túnicas blancas, largas y sueltas. Mientras descargaban el *dhow* rojo, Ezio se acercó para ver qué decía el hombre.

—¡Ciudadanos del imperio y viajeros de tierras extranjeras, prestad atención! Por orden de los jenízaros, se aplicarán nuevas restricciones a todo aquel que entre o salga de la ciudad. Por la presente comunico que se entregará una recompensa de diez mil *akçe*, sin pedir explicaciones, a cualquiera que traiga información que lleve al arresto inmediato del Asesino Ezio Auditore.

Ezio volvió la vista hacia Piri Reis y ambos intercambiaron una mirada. Piri se acercó con discreción.

—Sal como puedas de aquí —aconsejó—. ¿Llevas la llave contigo?

—Sí.

—Entonces, coge tus armas y márchate. Yo me encargaré del resto de tu equipo.

Ezio le hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento y se escabulló entre la multitud hacia la ciudad.

Fue por un atajo a la tienda de Sofía, comprobando de vez en cuando que no le estaban siguiendo ni le habían reconocido. Cuando estuvo cerca, comenzó a sentirse aliviado y bien antes de tiempo. Pero cuando dobló la esquina de su calle, se paró en seco. La puerta de la tienda estaba abierta de par en par, había un grupo de personas congregadas y varios Asesinos de Yusuf, incluidos Dogan y Kasim, de guardia.

Ezio fue hacia ellos enseguida, con la garganta seca.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Kasim.

—Vamos dentro —respondió Kasim lacónicamente.

Ezio vio que tenía lágrimas en los ojos.

Entró en la tienda. Dentro estaba todo más o menos igual que cuando se había marchado, pero al llegar al patio interior, se le paró el corazón al ver lo que había delante de él.

Tumbado sobre un banco, boca abajo, yacía Yusuf. La empuñadura de una daga sobresalía entre sus omoplatos.

—Había una nota clavada en su espalda, enganchada en el puñal —dijo Dogan, que le había seguido—. Está dirigida a ti. Ten.

Le dio a Ezio un trozo de pergamino manchado de sangre.

—¿La has leído?

Dogan asintió.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hoy. No puede haber sido hace mucho porque no hay moscas todavía.

Ezio, preso del llanto y la rabia, retiró la daga de la espalda de Yusuf. No salía sangre de la herida.

—Te has ganado tu descanso, hermano —dijo en voz baja—. *Requiescat in Pace*.

Luego desplegó el trozo de pergamino. Era un mensaje de Ahmet, breve, pero su contenido hizo que Ezio se enfureciera todavía más.

Otros Asesinos habían entrado en el patio y Ezio los miró uno a uno.

—¿Dónde está Sofía? —preguntó, con los dientes apretados.

—No sabemos adónde se la han llevado.

—¿Falta alguien más?

—No encontramos a Azize.

—¡Hermanos! ¡Hermanas! Por lo visto, Ahmet desea que toda la ciudad se alce contra nosotros, mientras el asesino de Yusuf observa y espera en el Arsenal, riéndose. ¡Luchad conmigo y demostrémosle qué significa contrariar a un Asesino!



CAPÍTULO 69

Se dirigieron en masa al Arsenal y allí, sin ganas de entretenerse, se encargaron de un modo breve y brutal de la guardia jenízara leal a Ahmet. El príncipe no esperaba un ataque sorpresa tan repentino o había subestimado tanto la furia como la fuerza de los Asesinos, cuyo poder había ido creciendo bajo el mando de Yusuf. Eso o bien Ahmet creía que todavía dominaba la partida porque, cuando Ezio le acorraló, no mostró ningún signo de alarma.

Ezio, llevado por la ira, contuvo sus ganas de matar al príncipe otomano justo en el último momento y lo tiró al suelo para después cogerle por el cuello, pero entonces, con furia, llevó la hoja oculta contra los azulejos, a unos centímetros de la cabeza de Ahmet. Pero si mataba a Ahmet, no podría rescatar a Sofía. Eso había quedado claro en la nota. Aunque por un instante la sangre había nublado el juicio de Ezio.

Su rostro estaba pegado al del príncipe. Ezio olía el aroma de violetas en su aliento. Ahmet le devolvió aquella mirada de odio, con calma.

—¿Dónde está? —preguntó Ezio con rudeza.

Ahmet se rio en voz baja.

—¡Cuánta cólera! —exclamó.

—¿Dónde-es-tá?

—Querido Ezio, si crees que estás en posición de establecer las condiciones, será mejor que me mates ahora y acabemos con esto.

Ezio no le soltó de momento ni retrajo la hoja oculta, pero unos segundos más tarde su sensatez se impuso, se levantó y flexionó la muñeca para que la hoja retrocediera en el arnés.

Ahmet se incorporó y se frotó el cuello, pero se quedó donde estaba, con aquella voz risueña. Era casi como si el príncipe estuviera jugando un placentero juego, pensó Ezio, con una mezcla de frustración y desprecio.

—Siento haber llegado a esto —dijo Ahmet—. ¿Dos hombres que deberían ser amigos peleándose… por qué? Las llaves de un viejo y polvoriento archivo. —Se puso de pie, se sacudió y continuó—: Ambos luchamos por el mismo fin, *Messer* Auditore. Tan solo difieren nuestros métodos. ¿No lo ves? —Hizo una pausa. Ezio suponía lo que venía a continuación. Había oído con demasiada frecuencia la base de sus ambiciones dictatoriales—. Paz. Estabilidad. Un mundo donde los hombres vivan sin miedo. La gente desea la verdad, sí, pero cuando la consigue, se niega a verla. ¿Cómo luchar contra ese tipo de ignorancia?

La voz del príncipe cada vez era más vehemente. Ezio se preguntó si en realidad se creía lo que estaba clamando.

—La libertad puede ser complicada, príncipe —replicó—, pero no tiene precio.

Y pensó: «La tiranía siempre está mejor organizada que la libertad».

—Claro —respondió Ahmet, secamente—. Y cuando las cosas se desbaratan y las luces de la civilización se atenúan, Ezio Auditore se alza ante la oscuridad y dice con orgullo: «Permanezco fiel a mi Credo». —Ahmet se dio la vuelta, controlándose—. Abriré el archivo de Altaïr, entraré en su biblioteca y encontraré el Gran Templo. Y, con el poder que hay allí oculto, destruiré las supersticiones que mantienen a los hombres divididos.

—No en esta vida, Ahmet —respondió Ezio, sin alterarse.

Ahmet resopló, impaciente, y se dispuso a marcharse. Ezio no intentó detenerle. En la puerta, el príncipe se volvió hacia él una vez más.

—Trae las llaves a la Torre de Gálata —dijo—. Hazlo y se le perdonará la vida a Sofía Sartor. —Hizo una pausa—. Y no te retrases, Ezio. El ejército de mi hermano no tardará mucho en llegar. Cuando llegue, todo cambiará. Y necesito estar preparado.

Tras decir aquellas palabras, Ahmet se marchó. Ezio observó cómo se iba y les hizo una señal a sus hombres para que no se lo impidieran.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un sutil carraspeo a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio al príncipe Suleiman ante él.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó.

—Lo suficiente. Detrás de ese tapiz. He oído vuestra conversación. Pero llevo siguiendo a mi querido tío desde que regresó de su viaje al extranjero. De hecho, le he estado vigilando desde que trató de matarme. Un intento que frustraste convenientemente con tu laúd. —Hizo una pausa—. No obstante, nunca hubiera esperado oír… todo esto.

—¿Y qué opinas?

Suleiman reflexionó un momento antes de contestar y luego dijo con un suspiro:

—Es un hombre sincero, pero esa fantasía templaria es peligrosa. Ignora la realidad. —Hizo una pausa—. Mira, Ezio, yo no he vivido mucho, pero sí lo suficiente para saber que el mundo es un tapiz de muchos colores y diseños. Un líder justo lo celebraría, no querría destruirlo.

—Teme el desorden que derive de las diferencias.

—Por eso creamos las leyes, un *kanun* que se aplica a todos en igual medida.

Fueron interrumpidos por la llegada de una patrulla de guardias jenízaros que habían dejado pasar a los Asesinos que estaban fuera, puesto que esta cohorte era fiel a Suleiman. Pero cuando su teniente vio a Ezio, desenvainó la cimitarra.

—¡Retroceded, mi *prens*! —dijo el oficial, haciendo que arrestaran a Ezio.

—Detente, soldado —dijo Suleiman—. Este hombre no es nuestro enemigo.

El teniente vaciló un momento, luego ordenó a sus hombres que salieran y masculló una disculpa.

Suleiman y Ezio se sonrieron.

—Hemos recorrido un largo camino desde el primer viaje —dijo Suleiman.

—Me estaba preguntando cómo sería tener un hijo como tú.

—No estás muerto todavía, amigo. Tal vez llegues a tener un hijo digno de ti. —Suleiman se dispuso a marcharse, cuando le vino una idea a la cabeza—. Ezio, sé que te presionarán, pero no mates a mi tío, si puedes.

—¿Lo haría tu padre?

Suleiman no vaciló.

—No lo había pensado, pero no.



CAPÍTULO 70

Ezio se dirigió al cuartel general de los Asesinos en Estambul a la máxima velocidad posible. Una vez allí, cogió las cuatro llaves que ya había recuperado y añadió la que le había quitado a Manuel en Derinkuyu. Las guardó con cuidado en un bolso que se colgó al hombro. Se ató la hoja gancho a la muñeca derecha, la pistola, en la izquierda; y por si una huida rápida de la Torre resultara necesaria, colocó el paracaídas de Leonardo en una mochila.

Pero antes de ir a la Torre, tenía una rápida obligación que llevar a cabo. Se apresuró a ir al cementerio de Gálata, donde habían llevado a enterrar el cuerpo de Yusuf.

Dogan había asumido el puesto de capitán de los Asesinos en Estambul y se adelantó para recibir a Ezio.

—Mentor.

—Mentor —dijo Irini, que se acercó para saludarle.

Ezio se dirigió a ellos brevemente, junto al féretro.

—Sé que ahora debería ser un momento para recordar y llorar, pero nuestros enemigos no nos permiten ese lujo. —Se volvió hacia Dogan—. Sé

que Yusuf te tenía en gran consideración y no encuentro razones para cuestionar su opinión. ¿Tu corazón lo sabe y guiará a estos hombres y mujeres, para mantener la dignidad de nuestra Hermandad, con la pasión que lo hizo Yusuf?

—Sería un honor —respondió Dogan.

—Como será un honor continuar trabajando para nuestra causa y apoyar el Credo —dijo Evraniki, que estaba a su lado.

—*Bene* —dijo Ezio—. Me alegro. —Retrocedió y miró los edificios que rodeaban el cementerio, hacia la Torre de Gálata—. Nuestro enemigo está cerca —prosiguió—. Cuando hayan terminado las exequias, colocaos alrededor de la Torre y esperad mis órdenes.

Se marchó corriendo. Cuanto antes estuviera Sofía a salvo, mejor.

Se acercó a Ahmet, acompañado de un solo guardia, en un baluarte cerca del pie de la torre.

—¿Dónde está? —preguntó.

Ahmet sonrió con aquella irritante sonrisa suya, y contestó:

—Te admiro, Ezio, pero tu sed de sangre me impide considerarte un amigo.

—¿Mi sed de sangre? Es un insulto extraño viniendo de un hombre que ordenó atacar a su propio sobrino.

Ahmet perdió parte de su templanza.

—Se suponía que tenían que secuestrarlo, no matarlo.

—Entiendo. Los bizantinos le secuestrarían para que su tío pudiera rescatarle y así le consideraran un héroe. ¿Era ese el plan?

Ahmet se encogió de hombros.

—Más o menos.

Entonces asintió. Enseguida aparecieron de la nada media docena de soldados templarios y rodearon a Ezio.

—Bueno, *Messer* Auditore, las llaves, por favor.

Extendió la mano.

Pero Ezio también hizo una señal y detrás del semicírculo de Templarios apareció un gran número de Asesinos con cimitarras en sus

manos.

—La chica primero —dijo Ezio con voz fría.

Ahmet se rio a carcajadas.

—Es toda tuya.

Hizo un gesto hacia el cielo. Ezio siguió la dirección de su brazo y vio, sobre la Torre, a una mujer junto a un guardia, que sin duda estaba colocado para tirarla. La mujer llevaba un vestido verde, pero la cabeza la tenía tapada con un saco de arpillera. Estaba atada de pies y manos.

—¡Sofía!

Ezio lanzó un grito ahogado involuntariamente.

—¡Dile a tus hombres que se retiren! —dijo Ahmet con brusquedad.

Indignado, Ezio hizo unas señas a los Asesinos para que hicieran lo que había pedido. Luego le lanzó a Ahmet la bolsa que contenía las llaves. Este la cogió con agilidad y comprobó el contenido. Después, sonrió.

—¡Como he dicho, es toda tuya!

Al decir aquello, desapareció del baluarte y sus hombres le siguieron. Se subió a un carruaje que le esperaba y salió a toda velocidad de la ciudad, en dirección a la Puerta Norte.

Ezio no tenía tiempo de mirar cómo se marchaba. Dio un salto con carrerilla y comenzó a ascender por la Torre. Acelerado por la ansiedad y la ira, en cuestión de minutos llegó a la almena más alta, junto a la mujer. El guardia retrocedió hacia la escalera que llevaba abajo. Ezio dio un salto, apartó a la mujer del borde de la Torre y le quitó la bolsa de la cabeza.

¡Era Azize!

Estaba amordazada para impedir que le avisara. Ezio le quitó el pañuelo de la boca.

—*Tesekkür, Mentor. Chok tesekkür ederim!* —dijo ella entre jadeos.

El guardia rio socarronamente y echó a correr escaleras abajo. Le esperaba un desalentador recibimiento al llegar al pie.

Ezio estaba desatando a Azize cuando fue interrumpido por el grito de una mujer. Al darse la vuelta, vio que en otra almena, no muy lejos, se había levantado una horca provisional. En el cadalso, con el cuello ya rodeado con una cuerda, se hallaba Sofía, colocada sobre un taburete. Mientras él la miraba, un soldado bizantino tensaba la soga con manos ásperas.

Ezio calculó la distancia entre la parte superior de la Torre de Gálata y la almena que debía alcanzar. Dejó que Azize terminara de desatarse sola, se descolgó la mochila y preparó enseguida el paracaídas. En cuestión de segundos estaba volando por el aire, guiando el paracaídas con su peso hacia el cadalso donde los bizantinos le habían dado una patada al taburete bajo los pies de Sofía para tensar la cuerda. Todavía en el aire, accionó la hoja gancho y la usó para cortar la cuerda tensa a unos centímetros de la cabeza de Sofía. Aterrizó instantes después y la recogió en sus brazos.

Los guardias bizantinos se marcharon corriendo y maldiciendo. Los Asesinos corrían por las calles entre la Torre de Gálata y aquella almena, pero Ezio vio que los bizantinos se dirigían a ellos para impedir que se acercaran. Tendría que actuar solo.

Pero antes se volvió hacia Sofía, le quitó la soga del cuello con frenesí, mientras notaba la respiración agitada de su pecho pegado al suyo.

—¿Estás herida? —le preguntó con ansiedad.

Ella tosió, asfixiada, para recuperar el aliento.

—No, no estoy herida. Pero sí muy confundida.

—No quería involucrarte en todo esto. Lo siento.

—No eres responsable de los actos de otros hombres —respondió con voz ronca.

Ezio le dio un momento para recuperarse y la miró. ¡Cómo podía ser tan racional en un momento como ese…!

—Todo esto… pasará pronto. Pero antes tengo que recuperar lo que me han arrebatado. ¡Es de vital importancia!

—No entiendo lo que está sucediendo, Ezio. ¿Quiénes son esos hombres?

La interrumpió un cañonazo. Unos momentos más tarde, la almena se sacudió por el impacto de una bala de diez kilos. Sofía cayó al suelo cuando salieron volando por los aires fragmentos de mampostería.

Ezio la puso de pie y examinó la zona que tenían detrás. Su vista dio con un carruaje vacío, vigilado por dos tropas regulares de otomanos, que habían cubierto de inmediato el cañoneo que había comenzado.

Volvió a calcular la distancia. ¿Aguantaría el paracaídas el peso de los dos? Tendría que arriesgarse.

—¡Vamos! —dijo y la estrechó fuerte en sus brazos al saltar de la almena.

Por un terrible instante pareció que el paracaídas se iba a enganchar en las almenas, pero pasó por encima y ellos cayeron, muy rápido, aunque lo bastante despacio para aterrizar sanos y salvos cerca del carruaje. Ezio plegó el paracaídas y lo guardó en su fardo, sin molestarse en desengancharlo, y ambos echaron a correr hacia el carruaje. Ezio lanzó a Sofía al asiento del conductor, pegó a uno de los caballos en la ijada y saltó detrás de ella. Cogió las riendas y salió de allí como alma que lleva el diablo, al tiempo que los guardias otomanos gritaban en vano para que se detuviera mientras le perseguían a pie.

Ezio no paró y se dirigió al norte del Distrito de Gálata para salir de la ciudad.



CAPÍTULO 71

No se habían alejado demasiado de la ciudad cuando, tal como había esperado, Ezio vio más adelante el carruaje de Ahmet a toda velocidad por el mismo camino que ellos.

—¿Vas detrás de ese? —preguntó Sofía, sin aliento.

Ezio se puso en cuclillas sobre las riendas.

—Es él. ¡Les estamos alcanzando! ¡Agárrate!

Ahmet también les había visto y se asomó por la ventanilla para gritar:

—¡Bueno, bueno! Habéis venido a despedirme, ¿no?

Los dos hombres sentados en el asiento trasero exterior de su carruaje se habían dado la vuelta e intentaban conservar el equilibrio mientras apuntaban con ballestas a Ezio y Sofía.

—¡Derribadlos! —ordenó Ahmet—. ¡Ya!

Pero Ezio espoleó a sus caballos y no tardó en alcanzar al carruaje de Ahmet. Como respuesta, el cochero del príncipe viró bruscamente para chocar con su perseguidor. Ninguno de los vehículos volcó, pero Ezio y Sofía fueron arrojados con brutalidad a un lado. Sofía consiguió agarrarse al lateral del asiento, pero Ezio salió por los aires y solo tuvo tiempo de

cogerse a una cuerda del equipaje que estaba sujeta a la parte superior del carro. Notó que chocaba con la calzada, luego fue arrastrado detrás de su propio carruaje, aunque Sofía había cogido las riendas y se esforzaba por impedir que los caballos galoparan frenéticamente.

«Esto se está convirtiendo en una costumbre», pensó Ezio en tono grave e intentó subir por la cuerda. Pero el carruaje giró, él salió disparado violentamente y apenas pudo esquivar un árbol retorcido al borde del camino. Sin embargo, no se soltó, pero sí se dio cuenta de que no podía subir más por la cuerda a aquella velocidad. Apretó los dientes, se agarró con una mano y con la otra sacó el paracaídas del fardo. La fuerza del aire lo abrió y el gancho al que iba sujeta su mochila aguantó.

Ezio notó que se elevaba, por detrás del carruaje, y de nuevo estaba detrás del de Ahmet, que aceleraba y se alejaba de ellos. Pero ahora Ezio podía manejar mejor la cuerda, aunque tenía que luchar contra el viento. Por fin, cuando estuvo lo bastante cerca, accionó la hoja gancho y cortó el paracaídas, cayendo con estrépito en el asiento junto a Sofía.

—Parece que Jesús te sonríe —dijo.

—Tu has controlado a los caballos, muy poca gente sería capaz de hacerlo —respondió Ezio, recobrando el aliento—. Tal vez te sonría a ti también. —Advirtió que tenía sangre en el vestido—. ¿Estás herida?

—Un arañazo que me he hecho al darme con el lateral del asiento.

—¡Conserva esa fuerza!

—¡Hago lo que puedo!

—¿Quieres que coja las riendas?

—¡No me atrevo a soltarlas!

Volvían a estar a la altura de Ahmet.

—¡Vuestra determinación sería encantadora si no fuera también exasperante! —les gritó. Era evidente que, pese a los peligros de la persecución, no había perdido la educación.

Se dirigían a un pueblo donde, según vieron, estaba destinada una sección de tropas otomanas, vigilando el camino a la ciudad. Tenían instalada una barrera a lo largo de la vía pública, pero estaba levantada.

—¡Detenedles! —bramó Ahmet cuando su carruaje pasó junto a los soldados desconcertados—. ¡Intentan asesinar a vuestro príncipe!

Los soldados se apresuraron a bajar la barrera cuando Sofía cargó hacia ellos y chocó con la barrera, lo que hizo que los soldados se dispersaran como gallinas.

—¡Perdón! —gritó ella y luego derribó una fila de puestos del mercado que estaba en la calle principal—. ¡Oh! —exclamó—. ¡Perdonadme!

—Sofía, debes tener cuidado —le dijo Ezio.

—No quiero oír ni un comentario socarrón sobre las mujeres que conducen —dijo bruscamente, enseñando los dientes mientras su carruaje golpeaba uno de los dos postes que sujetaban un estandarte que cruzaba la calle y caía sobre las cabezas de los furiosos aldeanos que vociferaban a su paso.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Ezio, con la cara pálida.

—¿Qué crees que estoy haciendo? ¡Mantenernos en el camino!

Entretanto, el cochero de Ahmet había ganado terreno y salía del pueblo a toda velocidad, mientras Ahmet continuaba dando órdenes a sus hombres. Ezio miró hacia atrás y vio que una patrulla de caballería se había puesto a perseguirlos. Los ballesteros en la parte trasera del carruaje de Ahmet se preparaban para disparar de nuevo y esta vez consiguieron lanzar un par de flechas. Una de ellas rozó el hombro de Sofía.

—*Aië!* —gritó—. ¡Ezio!

—¡Aguanta!

Pasó los dedos por la leve herida, acariciando su suave piel. A pesar de todo lo que estaba sucediendo, notó un cosquilleo en las yemas. Un cosquilleo que solo había sentido una vez, durante un experimento que le había mostrado Leonardo, cuando su amigo estaba jugueteando con algo que él llamaba «electricidad».

—Es un rasguño, no es nada grave.

—¡Ya son demasiados! ¡Podrían haberme matado! ¡¿En qué me has metido?!

—¡No te lo puedo contar ahora!

—¡Típico! ¡Excusas!

Ezio se dio la vuelta en el asiento y les echó un vistazo a los soldados de caballería que iban detrás.

—¡Deshazte de ellos! —le imploró Sofía.

Él sacó la pistola, la examinó, y apuntó con cuidado al jinete de delante al tiempo que se agarraba ante las sacudidas del carruaje. ¡Ahora o nunca! Respiró hondo y disparó.

El hombre levantó los brazos cuando el caballo viró bruscamente, fuera de control, cruzándose en el camino de los que le seguían. Se produjo un gran atasco cuando varios caballos chocaron entre sí, tropezando, cayendo y derribando a sus jinetes, mientras los que venían detrás no podían cambiar de dirección y se sumaban a la confusión. En medio de un caos total de hombres gritando, caballos relinchando y nubes de polvo, la persecución se paró de repente.

—¡Me alegro de que por fin hayas hecho algo útil! —dijo Sofía, mientras se alejaban del tumulto.

Pero cuando Ezio miró hacia delante vio que el camino ahora les llevaba por un desfiladero muy estrecho entre dos grandes riscos, que se alzaban a ambos lados. El carruaje de Ahmet acababa de pasar por allí, pero su vehículo era más ancho.

—¡Es demasiado estrecho! —musitó Ezio.

—¡Agárrate! —dijo Sofía, sacudiendo las riendas.

Salieron hacia el desfiladero a toda velocidad. La roca pelada pasó a pocos centímetros del hombro de Ezio.

Después, salieron por el otro lado.

—¡Bien! —exclamó Ezio entre jadeos.

Sofía le dedicó una sonrisa triunfal.

Se habían acercado lo suficiente para oír a Ahmet maldiciendo a sus ballesteros, que habían conseguido recargar y volvían a disparar, pero sus flechas se desviaron.

—¡Niños incompetentes! —chillaba—. ¿Qué os pasa? ¿Dónde aprendisteis a luchar?

Al salir del desfiladero, el camino giraba hacia el oeste y no tardaron en ver a su derecha las aguas resplandecientes del mar Negro, al norte.

—¡Mejorad o tiraos al océano! —gritaba Ahmet.

—Oh, no —dijo Ezio al mirar hacia delante.

—¿Qué? —preguntó Sofía y entonces vio lo que él había visto y dijo también—: Oh, no.

Otro pueblo. Y, más allá, otro puesto de vigilancia otomano. Otra barrera en el camino.

—Debo decir que controlas muy bien esos caballos —dijo Ezio, recargando la pistola con dificultad mientras el carruaje daba sacudidas y saltaba—. La mayoría de la gente ya los hubiera perdido y se habrían desbocado. No está nada mal para una veneciana.

—Deberías verme llevar una góndola —dijo Sofía.

—Bueno, ha llegado el momento de volver a demostrar de lo que son capaces —dijo Ezio.

—Observa.

Allí también era día de mercado, pero la muchedumbre se separó como el mar Rojo hizo con Moisés cuando los dos carruajes se dirigieron hacia ella.

—¡Perdón! —gritó Sofía cuando un puesto de pescado se derrumbó a su paso. Luego le tocó el turno a uno de cerámica. Los fragmentos volaron por todas partes y las palabrotas e imprecaciones enturbiaron el ambiente.

Lo siguiente que sucedió fue que un pollo cayó graznando sobre el regazo de Ezio.

—¿Acabamos de comprarlo? —preguntó.

—Es un autoservicio.

—¿Qué?

—No importa.

El pollo se esforzó por soltarse de las manos de Ezio, picoteándole por si acaso, y volvió medio volando a la seguridad del suelo.

—¡Cuidado! ¡Arriba! —gritó Ezio.

Los guardias habían dejado pasar a Ahmet, pero esta vez les bloquearon el paso a ellos, apuntando con picas a los caballos de Sofía. Unas desagradables miradas de triunfo anticipado iluminaban sus mezquinos rostros morenos.

—Es ridículo —dijo Sofía.

—¿El qué?

—Bueno, mira, tienen el control en mitad del camino, pero a los lados no hay nada más que tierra. ¿Nos toman por tontos?

—A lo mejor son ellos los tontos —dijo Ezio, divertido.

Entonces tuvo que agarrarse bien al asiento porque Sofía tiró fuerte de la rienda izquierda, hizo virar a los caballos y rodeó al galope la barrera que quedó a su derecha. Siguió hacia la derecha y volvió al camino treinta metros más allá de los soldados, algunos de los cuales les arrojaron las picas, impotentes.

—¿Ves a la caballería? —preguntó Sofía.

—Esta vez no.

—Bien.

Sacudió las riendas y nuevamente se dispusieron a salvar la distancia que les separaba de Ahmet.

Pero había otro pueblo, pequeño, más adelante.

—¡Otra vez no! —exclamó Sofía.

—Lo veo —dijo Ezio—. ¡Intenta acercarte ahora!

Sofía azuzó a los caballos pero, al llegar a la aldea, el cochero de Ahmet, con astucia, aminoró la marcha. Los soldados del asiento trasero habían sustituido sus ballestas por unas alabardas de palo corto y mal aspecto, cuyas puntas reflejaban el sol. A pesar de sus esfuerzos para ir también más despacio, Sofía no pudo evitar colocarse a su misma altura. El cochero de Ahmet consiguió virar y volvió a darles. Esta vez, logró que su carruaje perdiera el equilibrio y empezara a inclinarse. Pero el choque tuvo el mismo efecto en el vehículo del príncipe.

En el momento de la colisión, Ezio saltó del asiento por el aire para caer sobre el techo del carro de Ahmet. Sacó la hoja gancho y la agitó con violencia delante de los dos soldados a su izquierda, cortándoles a ambos y derribándolos antes de que pudieran poner en acción sus alabardas. El cochero había azuzado a los caballos de nuevo en un esfuerzo por poner derecho el carruaje, mientras que Sofía ya había volcado y se había estrellado detrás de ellos en una nube de polvo. Estaban junto a un precipicio abrupto y las ruedas de Ahmet se dirigieron hacia allí hasta que cayó el carruaje.

Ezio saltó, se puso de pie tambaleándose y miró a su alrededor, pero el polvo asfixiante ensombrecía toda la escena. Se oían gritos confusos provenientes de alguna parte, probablemente de los habitantes locales, pues

cuando el polvo comenzó a disiparse, Ezio vio el cuerpo del cochero tendido boca abajo entre unas rocas.

No había rastro de Ahmet.

Ni de Sofía.

Ezio gritó su nombre en vano.



CAPÍTULO 72

Cuando el polvo se asentó totalmente, Ezio pudo orientarse. Los aldeanos, sobresaltados, estaban un poco apartados y se miraban entre sí con aire vacilante. La mirada torva de Ezio bastó para mantenerlos a raya, pero sabía que tenía que actuar rápido. Las tropas otomanas que habían dejado atrás no tardarían en reagruparse y seguirles.

Contempló la escena. Ahmet estaba boca arriba a unos pasos del accidente. Se quejaba, sin duda porque sufría mucho. La bolsa que contenía las llaves estaba allí cerca. Entonces, para gran alivio de Ezio, Sofía apareció tras unos arbustos. Estaba magullada y conmocionada, pero, por lo demás, ilesa. Intercambiaron una mirada tranquilizadora cuando Ahmet, con esfuerzo, rodó sobre el estómago y se puso de pie.

Ezio recogió la bolsa y la abrió. Las llaves estaban intactas. Miró al príncipe derrotado.

—Bueno, ¿y ahora qué, Ezio? ¿Cómo termina esto? —preguntó Ahmet, cogiendo aire mientras hablaba.

Sofía se acercó por detrás de Ezio y le puso una mano en el hombro.

—Yo me pregunto lo mismo —le respondió.

Ahmet empezó a reír y no pudo parar, aunque estaba claro que le dolía al hacerlo. Logró ponerse de rodillas.

—Bueno, si por casualidad encuentras la respuesta…

De la nada, aparecieron una docena de soldados bizantinos. Iban armados y se colocaron en posición protectora alrededor del príncipe.

—¡… avísanos!

Ezio hizo una mueca, desenvainó la espada y le hizo unas señas a Sofía para que retrocediera.

—Eres un iluso, Ezio. ¿De verdad creías que iba a viajar sin refuerzos?

Ahmet estaba a punto de echarse a reír otra vez, pero fue interrumpido por una lluvia de flechas, de origen desconocido, que abatió a los bizantinos en un momento. Una flecha alcanzó a Ahmet en el muslo y retrocedió, emitiendo un alarido de dolor.

Ezio también estaba sorprendido. Sabía que no había Asesinos por los alrededores y no había modo de que otra Dilara pudiera llegar para rescatarle.

Se dio la vuelta y vio, a poca distancia, a una docena de jinetes jenízaros, poniendo nuevas flechas en sus arcos. A la cabeza iba un hombre de aspecto majestuoso de unos cuarenta y cinco años, vestido de negro y rojo, con una capa de pieles y un abundante bigote bien cuidado. Alzó la mano.

—¡Deteneos! —ordenó.

Los jenízaros bajaron los arcos.

El líder y dos capitanes desmontaron y se dirigieron a Ahmet, que seguía retorciéndose en el suelo. No le hicieron mucho caso a Ezio, que observaba con cautela, sin estar seguro de su próximo movimiento. Intercambió otra mirada con Sofía, que volvió a acercarse a él.

Con un esfuerzo sobrehumano, Ahmet se puso de pie y cogió una rama rota para apoyarse. Se irguió, y al mismo tiempo reconoció al recién llegado.

Al advertir el parecido familiar entre los dos hombres, Ezio comenzó a atar cabos. Al mismo tiempo, Ahmet empezó a hablar, dirigiéndose a los jenízaros con una voz que se esforzó en mantener firme y autoritaria.

—¡Soldados! ¡Selim no es vuestro amo! ¡Servís al sultán! ¡Solamente acatáis sus órdenes! ¿Dónde está? ¿Dónde está nuestro sultán?

Ahmet había retrocedido hasta una valla en el borde del acantilado que daba al mar, y allí, incapaz de seguir, se derrumbó. El otro hombre le había seguido y ahora estaba de pie ante él.

—Tu sultán está ante ti, hermano —dijo el hombre. Puso las manos sobre los hombros de Ahmet y se acercó para hablarle más bajo—. Nuestro padre ha tomado una decisión antes de abdicar. Era lo mejor.

—¿Qué vas a hacer, Selim? —farfulló Ahmet, al notar la expresión en los ojos de su hermano.

—Creo que será mejor eliminar toda posibilidad de desacuerdo, ¿no?

Las manos de Selim saltaron al cuello de Ahmet y le presionaron contra la valla.

—¡Selim, detente! ¡Por favor! —gritó Ahmet y luego empezó a ahogarse.

El sultán Selim Osman era indiferente a los gritos de su hermano. De hecho, parecían animarlo a que siguiera. Ezio se percató de que estaba apretando con más fuerza de lo que era realmente necesario. Ahmet buscó, desesperado, la cara de su hermano, en un inútil intento de apartarlo, y al hacerlo, la valla que se había combado de forma alarmante bajo su peso, al final se rompió y cedió. Selim le soltó justo en el momento en que Ahmet, con un hueco alarido de pánico, caía hacia atrás por el acantilado hasta las negras rocas que había sesenta metros más abajo.

Selim se asomó por el borde un momento con el rostro impasible. Entonces, se dio la vuelta y se acercó a Ezio a paso tranquilo.

—Tú debes de ser el Asesino, Ezio Auditore.

Ezio asintió.

—Yo soy Selim, el padre de Suleiman. Habla muy bien de ti.

—Es un chico extraordinario, *Ekselânslari*, con una mente magnífica.

Pero la cordialidad de Selim se había terminado. Su afabilidad había desaparecido, sus ojos se entrecerraron y se le oscureció el rostro. Ezio tuvo la fuerte impresión de que aquella falta de misericordia había llevado a aquel hombre a la posición de poder que ostentaba.

—Seamos claros —dijo Selim con la cara pegada a la de Ezio—. Si no fuera por la aprobación de mi hijo, te mataría aquí mismo. No necesitamos la influencia de los extranjeros. Márchate de este país y no vuelvas.

Incapaz de contenerse, Ezio sintió un acceso de ira ante tal insulto. Apretó los puños, algo que no notó Selim, pero enseguida Sofía le salvó la vida al refrenarle con una mano en su brazo.

—Ezio —susurró—, déjalo. Esta no es tu lucha.

Selim le miró a los ojos una vez más de forma desafiante. Después, se dio la vuelta y caminó hasta donde le esperaban sus capitanes y sus soldados de caballería.

Unos instantes más tarde, montaron en sus caballos y se marcharon en dirección a Constantinopla. Ezio y Sofía se quedaron con los muertos y el grupo de aldeanos boquiabiertos.

—No, no es mi lucha —estuvo de acuerdo Ezio—, pero ¿dónde termina una y empieza la siguiente?



CAPÍTULO 73

Un mes más tarde, con el nuevo año, Ezio se hallaba de nuevo a los pies de la gran fortaleza de Masyaf.

Habían sucedido muchas cosas desde la última vez que había estado allí y, tras las conquistas otomanas en la región, el castillo ahora estaba desierto. Un águila solitaria volaba en lo alto, pero no había señal de actividad humana. El castillo se hallaba solo y silencioso, protegiendo sus secretos. Comenzó a subir el largo y empinado sendero que seguía la escarpa hacia las puertas exteriores. Después de caminar durante un rato, se detuvo para darse la vuelta, preocupado por su compañera, que se había quedado un poco atrás, sin aliento. La esperó a la sombra de un antiguo y marcado tamarindo.

—¡Menuda cuesta! —dijo Sofía entre jadeos, mientras le alcanzaba.

Ezio sonrió.

—Pues imagínate si fueras un soldado cargado con una armadura y provisiones.

—Esto ya cansa bastante. Pero es más divertido que estar sentada en una librería. Solo espero que Azize la esté llevando bien.

—No temas. Ten.

Le pasó su cantimplora de agua y ella bebió, agradecida.

—¿Lleva mucho tiempo abandonado? —preguntó.

—Los Templarios vinieron e intentaron entrar en sus lugares secretos, pero no lo lograron. Ni tampoco consiguieron, al final, obtener las llaves que les darían acceso. Y ahora…

Se callaron un momento mientras Sofía contemplaba el esplendor de los alrededores.

—Todo esto es precioso —dijo finalmente—. ¿Y aquí es donde empezó tu Hermandad?

Ezio suspiró.

—La Orden comenzó hace miles de años, pero aquí renació.

—¿Y su *levatrice* fue el hombre que mencionaste, Altaïr?

Ezio asintió.

—Altaïr ibn-La'Ahad. Él construyó esto y nos liberó. —Hizo una pausa —. Pero vio que era una locura mantener un castillo como este. Se había convertido en un símbolo de arrogancia y un faro para todos nuestros enemigos. Al final, comprendió que el mejor modo de servir a la justicia era vivir la vida. No por encima de la gente a la que protegíamos, sino con ellos.

Sofía asintió y luego dijo en voz baja:

—Y el mandato de esas capuchas amenazantes, ¿también fue idea de Altaïr?

Ezio se rio un poco.

—Antes has mencionado un Credo —continuó Sofía—. ¿Qué es?

Ezio hizo una pausa.

—Altaïr realizó un gran… estudio, en los últimos años de su larga vida, sobre ciertos… códigos que nos concedió. Me sé de memoria un pasaje de sus escritos. ¿Quieres que te lo recite?

—Por favor.

—Altaïr escribió: Conforme avanza el tiempo, cualquier frase pronunciada durante el tiempo suficiente y lo bastante alto se consolida. Siempre que, por supuesto, puedas sobrevivir a la disconformidad y al silencio de tus oponentes. Pero si tienes éxito y ya no te quedan más

contendientes, entonces ¿qué tienes? ¡La verdad! ¿Es la verdad en un sentido objetivo? No. Pero ¿cómo se consigue un punto de vista objetivo? La respuesta no la tiene nadie. Es literal y físicamente imposible. Demasiadas variables. Demasiados campos y fórmulas que considerar. El método socrático lo comprendía. Preveía un acercamiento asintótico a la verdad. La línea nunca se encuentra con la curva en ningún punto finito. Pero la definición de asíntota implica una lucha infinita. Nos acercamos cada vez más a una revelación, pero nunca la alcanzamos. Nunca… Y por eso me he dado cuenta de que mientras existan los Templarios, tratarán de moldear la realidad a su antojo. Ellos admiten que no existe una verdad absoluta y que, si existe, nosotros no tenemos los recursos necesarios para reconocerla. Y así, en lugar de eso, buscan crear su propia explicación. Es el principio rector de lo que ellos llaman su Nuevo Orden Mundial: reestructurar la existencia a su imagen. No se trata de artefactos. No se trata de hombres. Eso no son más que herramientas. Se trata de conceptos. ¡Qué listos! Porque ¿quién va a luchar contra un concepto? Es el arma perfecta. Carece de forma física, aunque puede alterar el mundo que nos rodea de numerosas y violentas maneras. No puedes matar un Credo. Incluso si eliminas todos sus adeptos, y destruyes todos sus escritos, como mucho conseguirás un aplazamiento. Algún día, lo redescubriremos. Lo reinventaremos. Creo que incluso nosotros, los Asesinos, simplemente hemos redescubierto una Orden anterior al Antiguo Hombre de la Montaña… Todo el conocimiento es una quimera. Todo vuelve en el tiempo. Es infinito. Imparable. Plantea la pregunta: ¿qué esperanza hay? Mi respuesta es esta: debemos alcanzar un lugar donde esa pregunta ya no sea relevante. La lucha en sí misma es asintótica. Siempre se acerca a una solución, pero nunca llega a ella. Lo mejor que podemos esperar es allanar un poco el camino. Traer paz y estabilidad, aunque sea temporal. Y entiende, lector, que siempre será temporal. Puesto que mientras continuemos reproduciéndonos, daremos lugar a escépticos y rivales. Hombres que en ocasiones se rebelan contra el *statu quo* solo porque no tienen nada mejor que hacer. En la naturaleza del hombre está el hecho de no estar de acuerdo. La guerra es una de las muchas maneras de hacerlo. Creo que aún hay muchos que no comprenden nuestro Credo. Pero ese es el

proceso. El desconcierto. La frustración. La educación. La iluminación. Y luego, por fin, el entendimiento. Estar en paz.

Ezio se quedó callado y luego dijo:

—¿Tiene sentido?

—*Grazie*. Sí. —Ella se le quedó mirando mientras se levantaba, perdido en sus pensamientos, con los ojos en la fortaleza—. ¿Te arrepientes de tu decisión? ¿Vivir como Asesino durante tanto tiempo?

Él suspiró.

—No recuerdo haber tomado ninguna decisión. Esta vida me eligió a mí.

—Entiendo —contestó ella y bajó los ojos al suelo.

—Durante tres décadas he servido en memoria de mi padre y mis hermanos y he luchado por los que habían sufrido el dolor de la injusticia. No me arrepiento de aquellos años, pero ahora… —Respiró hondo, como si una fuerza superior a él se hubiera liberado de sus garras, y apartó la mirada del castillo para mirar el águila que continuaba volando alto—. Ahora ha llegado el momento de vivir mi vida y dejarlos. De dejar todo esto.

Ella le cogió de la mano.

—Entonces suéltalo, Ezio. Suéltalo. No caerás muy lejos.



CAPÍTULO 74

Era media tarde cuando llegaron a la puerta del patio interior. Estaba abierta y unas plantas trepadoras subían alrededor de los pilares. Encima tenían el mecanismo de los cabestrantes adornado con enredaderas. Cruzaron el patio interior y allí, también, las puertas estaban abiertas y había indicios de que alguien había salido apresuradamente. Un carro abandonado, medio lleno de provisiones, se encontraba cerca de un enorme platanero muerto debajo del cual había un banco de piedra roto.

Ezio se dirigió a la torre del homenaje y bajó por una escalera hasta las entrañas del castillo, portando una antorcha que les dio luz mientras atravesaban una serie de pasillos sombríos hasta que, por fin, se detuvieron ante una gigantesca puerta hecha con un tipo de piedra lisa y verde. Tenía cinco ranuras en la superficie, dispuestas en semicírculo a la altura del hombro.

Ezio se descolgó el fardo y de allí sacó las cinco llaves.

Sopesó la primera en la mano.

—El final del camino —dijo, tanto a sí mismo como a Sofía.

—Aún no —dijo Sofía—. Antes tenemos que averiguar cómo abrir la puerta.

Ezio examinó las llaves y las ranuras en las que debían encajar. Los símbolos que las rodeaban le dieron la primera pista.

—De alguna manera los símbolos tienen que encajar con las llaves —dijo, pensativo—. Sé que Altaïr habría tomado todas las precauciones posibles para proteger este archivo. Tiene que haber una secuencia. Si no consigo acertar, temo que la puerta permanezca cerrada para siempre.

—¿Qué esperas encontrar al otro lado?

Sofía habló como sin aliento, casi turbada.

La propia voz de Ezio se había convertido en un susurro, aunque no había nadie más que ella que pudiera oírle.

—Conocimiento, sobre todo. Altaïr era un hombre profundo y un prolífico escritor. Construyó este lugar como un depósito de toda su sabiduría. —La miró—. Sé que vio muchas cosas en su vida, y aprendió muchos secretos, tanto perturbadores como profundos. Adquirió tal conocimiento que habría llevado a la desesperación a hombres de menos valía.

—¿Y es prudente entrar ahí?

—Estoy preocupado, es cierto. Pero —sonrió—, como ya deberías saber, no soy un hombre de poca valía.

—Ezio…, el bromista de siempre.

Sofía le devolvió la sonrisa, aliviada por que la tensión se hubiera roto.

Dejó la antorcha en un aplique, donde les daba a ambos suficiente iluminación para poder leer. Advirtió que los símbolos de la puerta habían empezado a brillar con una luz indefinible, apenas perceptible pero clara, y que las llaves también resplandecían, por lo visto, como respuesta.

—Fíjate en los símbolos de estas llaves. Intenta describirlos en voz alta mientras yo miro los de la puerta.

Sofía se puso las gafas y cogió la primera llave que le había dado. Mientras hablaba, él estudiaba las marcas de la puerta con detenimiento.

Entonces Ezio soltó un grito ahogado al comprenderlo.

—Claro. Altaïr pasó mucho tiempo en el este y allí aprendió mucho. —Hizo una pausa—. ¡Los caldeos!

—¿Te refieres a que tiene algo que ver con las estrellas?

—Sí, las constelaciones. Altaïr viajó a Mesopotamia, donde vivían los caldeos.

—Sí, pero vivieron allí hace dos mil años. Tenemos libros, de Herodoto, de Diodoro Sículo, que nos cuentan que fueron grandes astrónomos, pero no hay detalles de su trabajo.

—Altaïr sí lo conoció y lo pasó aquí, codificado. Debemos aplicar nuestro escaso conocimiento de las estrellas.

—¡Es imposible! Todos sabemos que consiguieron calcular que había una diferencia de cuatro minutos con el año solar, y que eso es muy preciso, pero cómo lo hicieron eso ya es otra cuestión.

—Tuvieron en cuenta las constelaciones y los movimientos de los cuerpos celestes del cielo. Mediante ellos creyeron que podían predecir el futuro. Construyeron grandes observatorios…

—¡Eso son habladurías!

—Eso es lo único que tenemos y mira, mira aquí. ¿No reconoces esto?

Sofía miró el símbolo grabado en una de las llaves.

—Lo ha dejado poco claro adrede, pero ¿no es esa —señaló Ezio— la constelación de Leo?

Ella echó un vistazo a lo que le mostraba.

—¡Creo que sí! —exclamó y levantó la vista, entusiasmada.

—Y mira. —Ezio se volvió hacia la puerta y observó las marcas cerca de la muesca que acababa de examinar—. Aquí, si no me equivoco, hay un diagrama de la constelación de Cáncer.

—Pero esa es la constelación al lado de Leo, ¿no? ¿Y no es también el signo que precede a Leo en el Zodiaco?

—Que fue inventado por…

—¡Los caldeos!

—Veamos si la teoría se sostiene —dijo Ezio al mirar la siguiente muesca—. Aquí está Acuario.

—¡Qué apropiado! —bromeó Sofía, pero miró las llaves con seriedad. Por fin levantó una—. Acuario está acompañado de Piscis y Capricornio —dijo—, pero el que va después de Acuario es Piscis. ¡Y creo que aquí está!

—Veamos si aquí el orden va de forma similar.

Trabajaron afanosamente y a los diez minutos descubrieron que su suposición parecía funcionar. Cada llave llevaba el símbolo de una constelación que correspondía a un signo del Zodiaco, y cada signo en la llave correspondía a una muesca asociada con la constelación que la precedía inmediatamente en el ciclo zodiacal.

—¡Menudo hombre tu Altaïr! —exclamó Sofía.

—Aún no hemos terminado —respondió Ezio.

Con cuidado, puso la primera llave en lo que esperaba que fuera la muesca que le correspondía y… encajó.

Y lo mismo sucedió con las otras cuatro.

Y entonces, casi como un anticlímax, despacio, suave y silenciosamente, la puerta verde se deslizó por el suelo de piedra.

Ezio se quedó en la entrada. Un largo pasillo se abría ante él y, cuando miró, dos antorchas se encendieron a la vez, espontáneamente.

Cogió una de su aplique y avanzó. Entonces, vaciló y se volvió hacia Sofía.

—Será mejor que salgas de ahí vivo —dijo ella.

Ezio le dedicó una sonrisa pícara y le apretó fuerte la mano.

—Esa es mi intención —dijo.

Continuó avanzando.

Al hacerlo, la puerta de la cripta volvió a cerrarse, tan rápido que a Sofía apenas le dio tiempo a reaccionar.



CAPÍTULO 75

Ezio caminó despacio por el pasillo, que, conforme avanzaba, cada vez se inclinaba más hacia abajo y se ensanchaba. Apenas había necesitado la antorcha, puesto que las paredes estaban llenas de ellas, y se encendían por algún misterioso proceso al pasar. Pero no le causó inquietud ni temor. Era curioso, pero se sentía como si fuera a casa. Como si algo estuviera completándose.

El pasillo desembocaba en una vasta cámara redonda de cuarenta y cinco metros de diámetro y cuarenta y cinco de altura hasta la cúpula, como la nave circular de una basílica maravillosa. En aquella estancia había cajas que alguna vez habrían contenido artefactos, pero ahora estaban vacías. Las múltiples galerías que la recorrían estaban cubiertas de estanterías, todas las paredes estaban llenas de ellas.

Ezio advirtió asombrado que todas estaban vacías.

Pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre aquello, puesto que un enorme escritorio de roble en un alto podio, colocado en el otro extremo de la habitación, frente a la entrada, atrajo de forma irresistible su mirada. Una

luz brillante iluminaba directamente desde arriba la figura alta que estaba sentada allí.

Entonces Ezio sintió algo parecido al sobrecogimiento, porque en el fondo de su corazón sabía lo que era. Se aproximó con veneración y cuando estuvo lo suficientemente cerca como para tocar la figura encapuchada de la silla, se arrodilló.

La figura estaba muerta, llevaba muerta mucho tiempo. Pero la capa y la túnica blanca habían permanecido intactas al paso de los siglos, e incluso en su quietud el hombre muerto irradiaba… algo. Algún tipo de poder, pero no un poder terrenal. Ezio, después de hacerle una reverencia, se levantó de nuevo. No se atrevió a bajarle la capucha para ver su rostro, pero miró los huesos largos de sus manos esqueléticas, extendidos sobre la superficie del escritorio, como si le atrajeran. Había una pluma y unas hojas en blanco de pergamino antiguo en la mesa y un tintero seco. Bajo la mano derecha de la figura había una piedra circular, parecida a las llaves de la puerta, pero labrada con más delicadeza y del alabastro más fino que había visto jamás, pensó Ezio.

—No hay libros —dijo Ezio en el silencio—. No hay artefactos… Tan solo tú, *fratello mio*.

Apoyó una mano con cuidado sobre el hombro del hombre muerto. No estaban emparentados por sangre, pero los lazos de la Hermandad los unían más que los de una familia.

—*Requiescat in Pace*, oh, Altaïr.

Pensó que había captado un movimiento por el rabillo del ojo y bajó la mirada. Pero no había nada, salvo que la piedra del escritorio no estaba bajo la mano que Ezio imaginó que la tapaba. Un truco de la luz. Nada más.

Ezio supo por instinto lo que tenía que hacer. Usó un pedernal para encender la vela en el escritorio y estudió la piedra con más detenimiento. Acercó la mano para cogerla.

En cuanto la tuvo en la mano, la piedra comenzó a brillar.

La alzó hasta su rostro cuando unas nubes familiares se arremolinaron, envolviéndole…



CAPÍTULO 76

—¿Dices que Bagdad ha sido saqueada?

—Sí, Padre. Los mongoles de Khan Hulagu han pasado por la ciudad como una conflagración. No ha sobrevivido nadie. Él colocó una rueda de carro e hizo que la población pasara en fila. Mató a todos aquellos cuya cabeza sobresaliera del centro de la rueda.

—¿Dejó tan solo a los jóvenes y maleables?

—Sí.

—Hulagu no es tonto.

—Ha destruido la ciudad. Ha quemado todas las bibliotecas. Ha destrozado la universidad. Ha matado a todos sus intelectuales y al resto. La ciudad nunca había vivido tal holocausto.

—Y espero que no vuelva a suceder jamás.

—Lo mismo digo, Padre.

—Te elogio, Darim. Está bien que hayas tomado la decisión de viajar a Alejandría. ¿Te has ocupado de mis libros?

—Sí, Padre. Los que no les mandaste a los hermanos Polo, ya los he enviado a Latakia en carros para que los embarquen.

Altaïr se sentó encorvado junto a la puerta abierta de su gran archivo y biblioteca abovedada. Era muy distinta ahora que estaba vacía. Agarró una pequeña caja de madera. Darim tenía el juicio suficiente para no preguntar a su padre de qué se trataba.

—Bien. Muy bien —dijo Altaïr.

—Pero hay una cosa, algo fundamental, que no entiendo —dijo Darim—. ¿Por qué construiste un archivo y una biblioteca tan grande durante tantas décadas si no tenías la intención de guardar allí tus libros?

Altaïr le interrumpió con un gesto de la mano.

—Darim, sabes muy bien que he ansiado sobrevivir a mi tiempo. Pronto emprenderé un viaje que no requiere ningún equipaje. Pero eres tú quien ha respondido a tu propia pregunta. Lo que hizo Hulagu en Bagdad lo hará también aquí. Los echamos una vez, pero volverán y, cuando lo hagan, Masyaf debe estar vacío.

Darim se dio cuenta de que su padre abrazaba la cajita más fuerte contra su pecho mientras hablaba, como si la estuviera protegiendo. Miró a Altaïr, tan frágil que parecía hecho de pergamino, pero por dentro tan resistente como el papel de vitela.

—Entiendo —dijo—. Entonces ha dejado de ser una biblioteca para convertirse en una cripta.

Su padre asintió muy serio.

—Debe permanecer oculta, Darim. Lejos de las manos codiciosas. Al menos hasta que haya transmitido el secreto que contiene.

—¿Qué secreto?

Altaïr sonrió y se levantó.

—No importa. Vamos, hijo mío. Ve con tu familia y vive bien.

Darim le abrazó.

—Todo lo bueno en mí empezó contigo —dijo.

Se separaron. Luego, Altaïr cruzó la puerta. Una vez dentro, se preparó para tirar de una gran palanca en el interior, junto al dintel. Finalmente esta se movió y, tras completar el arco, se colocó en su sitio. Poco a poco, una pesada puerta de piedra verde surgió del suelo para cerrar la abertura.

Padre e hijo se quedaron mirando sin palabras cuando apareció la puerta. Darim intentó controlarse con todas sus fuerzas, pero al final no

pudo contener las lágrimas cuando la puerta encerró a su padre vivo en una tumba. Finalmente se vio frente a lo que a todos los efectos era una superficie lisa. Tan solo el color la diferenciaba de las paredes, eso y sus curiosas muescas.

Darim se golpeó el pecho, lleno de dolor, se dio la vuelta y se marchó.

«¿Quiénes eran los que vinieron antes?», pensó Altaïr mientras avanzaba sin prisa por el largo pasillo que le llevaba a la gran cámara subterránea, abovedada. Al pasar, las antorchas de las paredes iluminaban su camino, alimentadas por un gas combustible que les llegaba por unas tuberías ocultas en las paredes, y prendía gracias a unos pedernales, cuando su peso accionaba una presilla bajo el suelo. Ardían unos minutos a sus espaldas y luego volvían a apagarse.

«¿Qué les había llevado allí? ¿Por qué se habían marchado? ¿Y aquellos artefactos? Esos que nosotros hemos llamado Fragmentos del Edén. Mensajes en botellas. Instrumentos abandonados para ayudarnos, para guiarnos. ¿O luchamos por controlar sus desperdicios, otorgando un fin y un significado divino a simples juguetes de los que ellos se deshicieron?».

Continuó arrastrando los pies por el pasillo, agarrando la caja, con las piernas y los brazos doloridos por el cansancio.

Por fin llegó a la gran sala sombría y la cruzó sin más ceremonias. Llegó a su escritorio con el alivio que siente un hombre que se ahoga, cuando encuentra un palo al que aferrarse en el mar.

Se sentó, colocó la caja con cuidado a su lado, a su alcance, incapaz de apartar las manos de ella. Cogió papel, la pluma y la tinta. Mojó la pluma, pero no escribió. Pensó en cambio en lo que había escrito, algo de su diario.

La Manzana es más que un catálogo de lo que nos precede. Dentro de su interior que se retuerce y chisporrotea he visto retazos de lo que sería. Tal cosa no debería ser posible. Tal vez no lo sea. Quizá sea simplemente una sugerencia. Contemplo las

consecuencias de esas visiones: ¿son imágenes de cosas que van a pasar o solo lo que podría suceder? ¿Podemos influir en el resultado? ¿Nos atrevemos a intentarlo? Y al hacerlo, ¿aseguramos solo lo que hemos visto? Como siempre, me debato entre actuar o no, sin estar seguro de si marcará la diferencia.

¿Se supone que yo debo cambiar algo? Aun así, sigo escribiendo en este diario. ¿No es eso un intento de cambiar, o garantizar, lo que he visto?

Qué ingenuo es creer que habrá una sola respuesta a cada pregunta. A cada misterio. Que existe una única luz divina que trae paz y amor. Pienso que es una luz que nos ciega y nos obliga a seguir tropezando en la ignorancia. Ansío el día en que los hombres se apartarán de los monstruos invisibles y volverán a abrazar una visión del mundo más racional. Pero esas nuevas religiones son muy convenientes y prometen un terrible castigo para los que las rechazan. Me preocupa que el miedo nos mantenga pegados a lo que es la mayor mentira jamás contada...

El anciano se sentó un rato en silencio, sin saber si sentía esperanza o desesperación. Tal vez ninguna de las dos. Tal vez las había superado con la edad, las había sobrevivido. El silencio de la gran sala y su penumbra le protegían como los brazos de una madre. Pero seguía sin poder dejar al margen su pasado.

Apartó los materiales de escritura, acercó la caja hacia sí y colocó ambas manos sobre ella, protegiéndola, ¿de qué?

Entonces le pareció que Al Mualim estaba frente a él. Su viejo Mentor. El viejo traidor. Al que al final desenmascaró y destruyó. Pero cuando el hombre habló, lo hizo de forma amenazadora y autoritaria.

—En la sabiduría está el dolor. Y el que aumenta sus conocimientos aumenta su pena. —El fantasma se inclinó hacia delante para susurrar con urgencia al oído de Altaïr—. ¡Destrúyela! ¡Destrúyela como dijiste que harías!

—¡No, no puedo!

Entonces oyó otra voz y le dio un vuelco el corazón. Se dio la vuelta y Al Mualim desapareció. Pero ¿era ella? ¡No podía verla!

—Pisaste una línea muy fina, Altaïr —dijo María Thorpe.

Su voz era joven y firme, como cuando la había conocido, hacía siete décadas.

—Me ha dominado la curiosidad, María. Aunque este artefacto es terrible, contiene maravillas. Me gustaría entenderlo lo mejor que pueda.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué ves?

—Extraños mensajes y visiones. De quienes vinieron antes, de su ascenso, de su caída…

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Dónde estamos?

—Somos eslabones de una cadena, María.

—Pero ¿qué pasa con nosotros, Altaïr? ¿Con nuestra familia? ¿Qué dice la Manzana?

Altaïr contestó:

—¿Quiénes fueron los que vinieron antes? ¿Qué les trajo aquí? ¿Hace cuánto tiempo?

Pero se lo decía más a sí mismo que a María, que volvió a interrumpir sus pensamientos.

—¡Deshazte de esa cosa!

—Ese es mi deber, María —le dijo Altaïr a su mujer, con una voz llena de tristeza.

Entonces ella gritó de forma terrible y luego su garganta emitió un estertor y murió.

—Fuerza, Altaïr —susurró.

—¡María! ¿Dónde… dónde estás? —Y gritó a la gran sala—: ¡¿Dónde está?!

Pero la única respuesta fue el eco.

Entonces apareció una tercera voz, afligida, pero que intentó calmarlo.

—Padre, se ha ido. ¿No te acuerdas? Se ha ido —dijo Darim.

—¿Dónde está mi esposa?

—¡Han pasado veinticinco años, viejo iluso! ¡Está muerta! —le gritó su hijo, enfadado.

—Déjame. ¡Déjame con mi trabajo!

—Padre, ¿qué sitio es este? —dijo, más bajo ahora—. ¿Para qué sirve?

—Es una biblioteca. Y un archivo. Para mantener a salvo todo lo que he aprendido. Todo lo que me han enseñado.

—¿Qué te han enseñado, Padre? —Hubo una pausa—. ¿Qué pasó en Alamut antes de que vinieran los mongoles? ¿Qué descubriste?

Y entonces se hizo el silencio, que cubrió a Altaïr como un cielo cálido y en él dijo:

—Su propósito lo conozco ahora. Sus secretos son míos. Sus motivos son claros. Pero este mensaje no es para mí, sino para otro.

Miró la caja sobre el escritorio que tenía ante sí.

«No debería volver a tocar esa cosa espantosa. Pronto me marcharé de este mundo. Ha llegado mi hora. Todos los momentos del día están empañados por los pensamientos y los miedos nacidos de esta conciencia. Todas las revelaciones que me prometieron se han terminado. No hay otro mundo más allá. Ni vuelta a este. Simplemente se ha terminado. Para siempre».

Y abrió la caja. Sobre una base de terciopelo marrón estaba la Manzana. Un Fragmento del Edén.

«Me han dicho que esta Manzana primero estuvo oculta en Chipre y después se perdió en el mar, la arrojaron al océano… Nadie debe encontrar esta Manzana hasta que llegue el momento».

La miró un instante, luego se levantó y fue a un hueco oscuro que había detrás de él. Accionó una palanca que abría una puerta pesada que a su vez cubría una hornacina escondida, en la que había un pedestal. Altaïr sacó la Manzana de la caja, más pequeña que un balón, y la colocó enseguida en el

pedestal. Antes de verse tentado se movió rápidamente, y volvió a tirar de la palanca. La puerta del hueco se cerró con firmeza para siempre. Altaïr sabía que la palanca ya no volvería a funcionar durante dos siglos y medio. Tal vez había llegado el momento de que el mundo progresara. Aunque para él la tentación había cesado.

Se volvió a sentar en el escritorio y sacó de un cajón un disco de alabastro blanco. Encendió una vela que había a su lado y cogió el disco con ambas manos para levantarlo ante sus ojos. Los cerró para concentrarse, y empezó a imbuir al alabastro sus pensamientos, su testamento.

La piedra brilló e iluminó su cara durante largo rato. Entonces el brillo se apagó y quedó a oscuras.

Ezio le dio la vuelta al disco en sus manos, bajo la luz de la vela. No tenía ni idea de cómo había podido enterarse de todo lo que sabía ahora, pero sentía una profunda comunión, un parentesco, incluso, con la cáscara que estaba a su lado.

Miró a Altaïr, incrédulo.

—¿Otro artefacto? —preguntó—. ¿Otra Manzana?



CAPÍTULO 77

Sabía lo que hacer y lo hizo como si siguiera en un sueño. Con cuidado, dejó de nuevo el disco sobre el escritorio y se volvió hacia el oscuro hueco que tenía detrás. Sabía dónde buscar la palanca, que cedió al instante cuando tiró de ella suavemente. Al abrirse la puerta, soltó un grito ahogado.

«Creí que tan solo había una. La que Maquiavelo y yo enterramos para siempre en la cripta bajo la iglesia de San Nicola in Carcere. ¡Y ahora… son dos!».

Examinó la Manzana un momento. Era oscura y estaba fría, sin vida. Pero notó que su mano, como si fuera independiente de su voluntad, quería tocarla.

Con un gran esfuerzo, se contuvo.

—¡No! ¡Te quedarás aquí!

Retrocedió un paso.

Pero entonces la Manzana se encendió y su luz le cegó. Él retrocedió tambaleándose y se dio la vuelta para ver el mundo —¡el mundo!— en el centro de la cámara ahora deslumbrante, dando vueltas en el espacio, a seis

metros del suelo, una vulgar bola gigante de color azul, marrón, blanco y verde.

—¡No! —gritó, tapándose los ojos con las manos—. ¡Ya he hecho suficiente! He vivido mi vida lo mejor que he podido, sin saber su objetivo, pero atraído como una polilla a una luna distante. ¡Basta ya!

Escucha. Eres el canal de transmisión de un mensaje que tú no tienes que entender.

Ezio no tenía ni idea de dónde venía la voz o a quién pertenecía. Se quitó las manos de los ojos y se tapó con ellas los oídos, volviéndose hacia la pared, moviendo el cuerpo adelante y atrás como si le estuvieran pegando. Le dieron la vuelta para que mirara la habitación. Flotando en el aire, llenando el llamativo resplandor, había billones de números e iconos, cálculos y fórmulas, palabras y letras, algunos mezclados, otros unidos para conseguir un significado esporádico, que se volvían a separar para dar lugar al caos. Y en medio la voz de un anciano; vieja porque de vez en cuando temblaba. Pero con autoridad. Era la voz más poderosa que Ezio había oído en su vida.

¿Me oyes, cero a la izquierda? ¿Me oyes?

Y entonces, algo parecido a un hombre caminó hacia él desde una gran distancia, caminando por el remolino de todos los símbolos que el hombre había usado en algún momento para darle sentido a todo; caminando por el aire, por el agua, pero no por tierra. Ezio sabía que la figura no lograría tocarle. Estaban en dos extremos de un abismo insalvable.

Ah, estás ahí.

Los números alrededor de la figura se movieron, parpadearon y empezaron a huir unos de otros sin poder escapar, en una especie de pesadilla entrópica. Pero la figura era más nítida. Era un hombre. Más alto y robusto que la mayoría de los hombres. A Ezio le recordaba a una de esas estatuas de los dioses griegos que Miguel Ángel le había enseñado cuando el Papa Julio confiscó la colección de los Borgia. Aunque era un dios viejo. Zeus o Poseidón. Con una barba poblada. Los ojos le brillaban con una sabiduría sobrenatural. A su alrededor, los dígitos y las ecuaciones colgantes dejaron de batallar entre ellos y por fin comenzaron a marcharse, cada vez más rápido, hasta que ya no quedó ninguno, y el mundo tampoco estaba; lo

único que quedaba era aquel… hombre. ¿De qué otro modo iba a llamarlo Ezio?

Tinia. Me llamo Tinia. Creo que has conocido a mis hermanas.

Ezio miró a la criatura, pero esta miraba a la última fórmula que quedaba mientras se escabullía por el éter.

Cuando a continuación habló, su voz pareció extrañamente humana, un poco insegura.

Un lugar raro, este nexo de Tiempo. No estoy acostumbrado a los… cálculos. Ese siempre ha sido el campo de Menrva.

Miró a Ezio inquisitivamente. Pero había algo más: una profunda tristeza y una especie de orgullo paterno.

Veo que aún te quedan muchas preguntas. ¿Quiénes somos? ¿Qué fue de nosotros? ¿Qué deseamos de ti? —Tinia sonrió—. *Tendrás tus respuestas. Tan solo escucha y te las diré*.

La sala se vació de luz y una vez más un fantasmal globo azul giratorio apareció directamente detrás de Tinia, y poco a poco fue aumentando de tamaño hasta que ocupó casi la cámara entera.

Antes y después del final, buscamos salvar el mundo.

Unos pequeños puntos comenzaron a aparecer en el enorme globo giratorio, uno detrás de otro.

Esas son señales de donde construimos criptas en las que trabajar, cada una dedicada a una forma distinta de salvación.

Ezio vio uno de los puntos, entre todos los que había, que brillaba intensamente. Estaba cerca de la costa este de un vasto continente que nunca hubiera imaginado que de verdad existiera, salvo porque su amigo Amerigo Vespucio había descubierto una costa allí hacía una década, y él había visto el mapa de Waldseemüller que representaba el mundo descubierto. Pero lo que aquel mapa describía era tan solo el sur. ¿Podía haber más? ¿Un enorme trozo de tierra? Parecía imposible.

Se pusieron bajo tierra para evitar la guerra que se desarrollaba arriba, y también como precaución por si no lográbamos nuestro objetivo a pesar de los esfuerzos.

Ezio vio que los rayos de luz empezaban a extenderse como líneas por el globo que rotaba lentamente, desde todos los otros puntos marcados en él

hasta el del extraño nuevo continente, y continuaron hasta que el mundo entero estuvo cruzado por una filigrana de líneas de luz.

El conocimiento de cada una de las criptas se transmitió a un único lugar…

El punto de vista de Ezio cambió mientras observaba la gran imagen del mundo; parecía caer en picado hacia él y bajar por el espacio, hasta que le pareció que iba a chocar contra el suelo; luego volvió a bajar y bajar por un palo, como si estuviera en un pozo, hasta que apareció en un inmenso edificio subterráneo, como un templo o el salón de un palacio.

Era nuestro deber…, el mío, el de mis hermanas, Menrva y *Uni, clasificar y probar todo lo que recogíamos. Elegimos esas soluciones porque otorgaban la máxima esperanza y nos dedicamos a demostrar sus ventajas*.

Y de hecho, Ezio estaba en una gran sala, en la misteriosa cripta de una tierra misteriosa —o eso parecía—, y allí, cerca de Tinia, estaban Menrva y Uni, con las que Ezio se había encontrado antes…

Probamos seis seguidos y cada uno fue más alentador que el anterior. Pero ninguno funcionó.

Y entonces, el mundo se acabó.

La última declaración fue hecha de un modo tan simple y con tal tono realista que Ezio se sorprendió. Vio a Menrva, entristecida, y a Uni, enfadada. Continuó mirando mientras Tinia activaba un complejo mecanismo que provocó que las grandes puertas de aquel lugar se cerraran. Y entonces…

Entonces, una gran ola de indescriptible poder alcanzó la parte superior de la enorme bóveda del cielo y lo iluminó como diez mil luces del norte. Ezio parecía estar en medio de cientos de miles de personas, en una elegante ciudad, que contemplaban la muestra sobrenatural sobre sus cabezas. Pero la suave brisa que soplaba entre ellas cambió de céfiro a tormenta, y luego a huracán en menos de un minuto. Las personas se miraban unas a otras sin dar crédito y, luego, aterrorizadas, y se marcharon corriendo para ponerse a salvo.

El cielo, todavía ardiendo con llamas verdes, comenzó a chisporrotear, lleno de relámpagos. Los truenos retumbaban, aunque no había nubes, y los

rayos caían de los cielos hacia los árboles, los edificios y la gente. Los escombros volaban por el aire, destrozando todo a su camino.

A continuación, un temblor colosal hizo que el suelo se sacudiera. Los que quedaban al aire libre perdieron el equilibrio y fueron aplastados por piedras y rocas, arrastrados por el viento como pelotas de papel, antes de que pudieran levantarse. La tierra volvió a sacudirse, con más violencia esta vez, y los gritos de los afectados quedaron ahogados por el estallido de la tormenta y el aullido ensordecedor del vendaval. Los supervivientes corrieron a buscar refugio, algunos se esforzaban por mantener el equilibrio agarrándose a los laterales de los edificios que quedaban en pie, mientras intentaban seguir avanzando.

Sin embargo, en medio de la devastación general, los grandes templos se mantenían firmes, intactos ante la catástrofe a su alrededor, rindiendo tributo al ingenio técnico de aquellos que los habían construido. Pero otro gran temblor sacudió el suelo, y luego otro. Una ancha carretera se partió por la mitad en toda su longitud y la gente huyó del abismo que cada vez se abría más. Para entonces, el cielo estaba ardiendo, arcos de relámpagos iban de un horizonte a otro, y la parte superior del firmamento parecía a punto de estallar.

Después, Ezio creyó ver la Tierra desde lejos otra vez, envuelta por una erupción solar descomunal, atrapada en una red de bolas de fuego gigantescas, y entonces, de manera inconcebible, el mundo se movió de su eje y comenzó a rodar… La ciudad elegante, la colección refinada y sofisticada de edificios altos y parques muy cuidados, quedó dividida con heridas abiertas, cuando la tierra se separó y se hundió, llevándose edificios que antes estaban intactos y dejándolos hechos trizas. Las pocas personas que quedaban en las calles gritaban, un último grito desesperado de agonía cuando el cambio en los polos terrestres dejó la superficie de la Tierra vulnerable a una radiación mortal provocada por las erupciones solares. Las últimas estructuras salieron volando como un castillo de naipes derribado por el viento.

Y entonces, tan de repente como había empezado, todo se calmó. Las luces del norte cesaron como la llama de una vela se apaga cuando un hombre la sopla y, casi inmediatamente, el viento amainó. Pero la

devastación era total. No se había salvado casi nada. El fuego y el humo, la oscuridad y la decadencia lo dominaban todo.

A través del miasma, a Ezio le llegó la voz de Tinia. O la de alguien como él. Ya no estaba seguro de nada.

Escucha. Tienes que ir allí. Al lugar que creamos… Que creamos y perdimos. Toma mis palabras. Pásalas de tu cabeza a tus manos. Así abrirás el Camino. Pero te advierto que todavía habrá muchos cambios y no sé cómo terminarán las cosas, ni en mi tiempo ni en el tuyo.

La tormenta de polvo estaba amainando y la lava líquida se enfriaba. El tiempo se aceleró mientras unos brotes diminutos salían del suelo y volvían a arraigar. La entrada a una cripta subterránea se abrió, la gente de la Primera Civilización salió y comenzaron a reconstruir. Pero eran menos y no aumentaron. A lo largo de muchos siglos disminuyeron, hasta que solo quedaron unos cientos, después unas docenas y, más tarde, ninguno…

Lo que reconstruyeron fue reclamado por los bosques conquistadores. Sus nuevos edificios desaparecieron, devorados por el tiempo. Un paisaje de colinas bajas y densa vegetación envolvió aquellas grandes expansiones no cubiertas de llanuras. Y entonces, apareció gente, pero distinta a los Primeros Llegados. Ahora eran humanos. Los que los Primeros Llegados habían creado como esclavos ahora los liberarían, se convertirían en sus herederos. Algunos, de hecho, habían sido amantes de los Primeros Llegados y de ellos había surgido un pequeño linaje de personas con poderes sobrenaturales. Pero los verdaderos herederos eran los humanos. Los primeros en aquella tierra desconocida eran hombres y mujeres con la piel muy morena y el pelo largo, liso y negro. Un pueblo orgulloso, que cazaba un extraño ganado de pelo marrón oscuro, montaba ponis a pelo, y usaba arcos y flechas. Esta gente vivía en tribus disgregadas y luchaban entre sí, pero derramando poca sangre.

Entonces llegaron nuevas personas. Gente más pálida, cuya ropa era distinta y les cubría más el cuerpo. Esa gente venía en barcos desde Europa, atravesando el Mare Occidentalis. Esa gente mataba a otros y les echaban de sus tierras para establecer allí sus granjas, sus aldeas, y al final, pueblos y ciudades que compitieran con los de la civilización perdida que había desaparecido en la tierra hacia muchos milenios.

Nunca lo olvides. No es elección tuya abandonar la lucha por la justicia. Incluso cuando parezca que no pueda ganarse, que se ha perdido toda esperanza, la lucha, la lucha asegura la supervivencia de la justicia, la supervivencia del mundo. Vives manteniendo el equilibrio al borde de un precipicio, no puedes evitarlo. Tu trabajo es asegurarte de que el equilibrio no se incline nunca demasiado hacia el lado equivocado. Y puedes hacer otra cosa para asegurarte de que nunca suceda: puedes amar.

Ezio se aferró al escritorio. A su lado, Altaïr seguía sentado en su silla. No se había movido nada sobre la mesa, ni siquiera un trozo de pergamino, y el cabo de la vela ardía con una luz constante.

No sabía cómo había llegado del hueco al escritorio, pero retrocedió unos pasos. La Manzana seguía en el pedestal, fría e inerte. Apenas podía distinguir su contorno en la penumbra. Advirtió que su caja, cubierta de polvo, estaba sobre el escritorio.

Se calmó y volvió a cruzar la gran cámara para dirigirse al pasillo que le devolvería a la luz del sol, a Sofía.

Pero en la entrada de la gran biblioteca, se volvió una vez más. Le pareció estar muy lejos ya, y miró una última vez a Altaïr, sentado para toda la eternidad en el fantasma de su biblioteca.

—Adiós, Mentor —dijo.



CAPÍTULO 78

Al alcanzar la puerta exterior, Ezio encontró la palanca junto al dintel y tiró de ella. Obediente, la puerta verde se deslizó hasta meterse en el suelo. Y allí estaba Sofía, leyendo un libro, esperándole.

Sonrió al verle aparecer, se levantó, se acercó a él y le cogió de la mano.

—Has vuelto —dijo, incapaz de ocultar el tono de alivio en su voz.

—Te lo prometí.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—He encontrado… suficiente.

Ella vaciló.

—Creía…

—¿Qué?

—Creía que ya no volvería a verte.

—A veces nuestros peores presentimientos son en los que menos debemos confiar.

Ella le miró.

—Debo de estar loca. Creo que me gusta incluso más cuando te pones pedante. —Hizo una pausa—. ¿Qué hacemos ahora?

Ezio sonrió.
—Nos vamos a casa —contestó.

TERCERA PARTE

Oh eterna luz que en ti sola te inflamas,
sola te entiendes, y por ti entendida
y entendedora, te complaces y amas.
En la circulación que concebida
lucía en ti cual lumbre reflejada,
por mis ojos un tanto circuida,
dentro de sí.

El Paraíso de Dante



CAPÍTULO 79

Ezio estuvo callado la mayoría del viaje de vuelta a Constantinopla. Sofía, que recordaba la seria advertencia de Selim, se cuestionaba si era prudente regresar allí, pero se limitó a decir:

—Aún queda trabajo que hacer.

Se preguntó cómo se encontraba él, parecía tan encerrado en sí mismo…, casi enfermo. Pero cuando aparecieron las cúpulas doradas y los blancos minaretes en la costa norte, le mejoró el ánimo y ella vio cómo volvía aquel brillo a sus ojos gris oscuro.

Regresaron a su tienda. Estaba casi irreconocible. Azize la había modernizado y todos los libros estaban bien colocados en las estanterías, en un orden impecable. Azize casi se deshizo en disculpas cuando le devolvió las llaves a Sofía, pero la propietaria se había dado cuenta de que la librería estaba llena de clientes.

—Dogan desea veros, Mentor —dijo Azize cuando saludó a Ezio—. Y estad tranquilo. El príncipe Suleiman sabe que habéis regresado y tenéis su protección. Pero su padre insiste en que no deberíais quedaros mucho tiempo.

Ezio y Sofía intercambiaron una mirada. Llevaban ya mucho tiempo juntos, seis meses por lo menos, desde que ella se había empeñado en acompañarle en su viaje a Masyaf, una petición a la que él accedió, para su sorpresa, sin objeción alguna. De hecho, le pareció muy bien.

Con Dogan, Ezio se había asegurado de que los Asesinos turcos tuvieran una base firme en la ciudad con el acuerdo tácito de Suleiman y bajo su protección extraoficial. El trabajo había empezado expulsando de la ciudad y del imperio a los bizantinos y otomanos renegados, que ahora no tenían líder, tras la muerte de Ahmet y Manuel, y los jenízaros, bajo la mano de hierro de Selim, sabían que no había más desacuerdos en sus filas. No hacía falta, puesto que su príncipe preferido se había convertido en su rey.

En cuanto a los Templarios, habían perdido sus zonas de influencia en Italia y ahora en el este, así que habían desaparecido. Pero Ezio sabía que eran un volcán dormido, no extinto. Su preocupación se centró en el Lejano Oriente y se preguntó qué significaría la información transmitida por Tinia y el globo fantasmal para los continentes que aún no se habían descubierto —si existían— al otro lado del mar Occidental.

Dogan, aunque carecía del ímpetu de Yusuf, lo compensaba con sus dotes de organización y su completa devoción al Credo. Podría llegar a ser Mentor algún día, pensó Ezio. Pero sus propios sentimientos parecían ir a la deriva. Ya no sabía en qué creer, si es que creía en algo, y eso, entre otras cosas, fue lo que le preocupó durante el largo viaje a casa.

¡A casa! ¿A qué llamaba «casa»? ¿Roma? ¿Florencia? ¿A su trabajo? Pero no tenía un hogar de verdad y sabía en el fondo que su experiencia en la cámara oculta de Altaïr en Masyaf había marcado el final de una página en su vida. Había hecho lo que había podido, y había logrado paz y estabilidad —de momento— en Italia y en el este. ¿No podía permitirse pasar un poco de tiempo ocupándose de su vida? Sabía que se le estaban agotando los días, pero aún le quedaban unos cuantos para cosechar lo sembrado. Si se atrevía a arriesgarse.

Ezio pasó su quincuagésimo tercer cumpleaños, en el solsticio de verano de 1512, con Sofía. Cada vez le quedaban menos días de los que le había permitido quedarse Selim. Su estado de humor parecía sombrío. Estaban inquietos, como si un gran peso colgara sobre ellos. En su honor, ella había preparado un banquete totalmente florentino: *salsicce di cinghiale* y *fettunta*, luego *carciofini sott'olio*, seguido de *spaghetti allo scoglio* y *bistecca alla fiorentina*; y después un buen *pecorino* seco. El pastel que hizo fue un *castagnaccio*, y añadió algunos *brutti ma buoni* por si acaso. Pero decidió que el vino debía ser del Véneto.

Estaba todo delicioso y pusieron mucho de su parte ambos, pero ella se dio cuenta de que la comida, incluso la comida de casa, que le había costado una fortuna, era lo último que Ezio tenía en la cabeza.

—¿Qué harás? —le preguntó.

Él suspiró.

—Volver a Roma. Mi trabajo aquí ya ha terminado. —Hizo una pausa —. ¿Y tú?

—Quedarme aquí, supongo. Seguir adelante como siempre he hecho. Aunque Azize es mejor librera que yo.

—A lo mejor deberías probar algo nuevo.

—No sé si me atrevería yo sola. Esto es lo que conozco. Aunque… —Se le quebró la voz.

—¿Aunque qué?

Ella le miró.

—Estos últimos meses, casi hace un año ya, he aprendido que hay una vida aparte de los libros.

—Toda la vida está fuera de los libros.

—¡Has hablado como un auténtico erudito!

—La vida entra en los libros. No al revés.

Sofía le observó con atención. Se preguntó cuánto más dudaría. Y si alguna vez lo había pensado. Si se atrevería. Si es que no quería, aunque trató de quitarse esa idea de la cabeza, y si ella se atrevería a animarle. Aquel viaje a Adrianópolis sin él había sido la primera vez que se dio

cuenta de lo que le estaba pasando, y estaba segura de que a él le había sucedido lo mismo. Eran amantes, por supuesto que eran amantes. Pero lo que ansiaba todavía no había ocurrido.

Se quedaron sentados a la mesa un buen rato en silencio. Un silencio muy cargado.

—Azize, a diferencia de ti, no se ha recuperado de la terrible experiencia a manos de Ahmet —dijo Ezio, finalmente, y sirvió, despacio, dos copas de Soave—. Me ha pedido que te pregunte si puede trabajar aquí.

—¿Y qué interés tienes tú en esto?

—Este lugar sería un excelente centro de inteligencia para los Asesinos *seljuk*. —Se corrigió enseguida—. Una función secundaria, desde luego, y le otorgaría a Azize un papel más tranquilo en la Orden. Bueno, si tú…

—¿Y qué será de mí?

Ezio tragó saliva.

—Me preguntaba si…

Se apoyó sobre una rodilla y el corazón de ella se volvió loco.



CAPÍTULO 80

Decidieron que sería mejor casarse en Venecia. El tío de Sofía era el vicario general de Santa Maria Gloriosa dei Frari en el barrio de San Polo y se había ofrecido a oficiar la boda. En cuanto se enteró de que el difunto padre de Ezio había sido el eminente banquero Giovanni Auditore, había dado su bendición al matrimonio de todo corazón. La conexión de Ezio con Pietro Bembo también ayudó, y aunque el antiguo amante de Lucrecia Borgia no pudo asistir, pues estaba en Urbino, entre los invitados sí se encontraba el dux Leonardo Loredan y un pintor con mucho futuro, Tiziano Vecellio, que, enamorado de la belleza de Sofía, y celoso del cuadro que le había pintado Durero, se ofreció, por un precio de amigo, a hacer un doble retrato de ellos como regalo de boda.

La Hermandad de los Asesinos le había pagado a Sofía una generosa suma por su librería. Bajo la tienda, en la cisterna que Ezio había descubierto, tapió y selló las cinco llaves de Masyaf. Azize, aunque estaba triste por su marcha, también estaba encantada con su nueva profesión.

Se quedaron varios meses en Venecia, lo que le permitió a Sofía familiarizarse con la patria que apenas conocía, y convertir en amigos a los

parientes que le quedaban. Pero hacia Año Nuevo, Ezio comenzó a inquietarse. Había recibido cartas impacientes de Claudia desde Roma. El Papa Julio II, protector de los Asesinos desde hacía tiempo, se acercaba a su sexagésimo noveno cumpleaños y estaba enfermo. La sucesión todavía no estaba clara y la Hermandad necesitaba que Ezio se encargara de la situación durante el periodo intermedio que habría tras la muerte de Julio.

Pero Ezio, aunque estaba preocupado, aplazó los preparativos de su marcha.

—Ya no quiero formar parte de estas cosas —le dijo a Sofía en respuesta a su pregunta—. Necesito tiempo para pensar por mí mismo, por fin.

—Y pensar en ti mismo, tal vez.

—Tal vez eso también.

—Pero sigues teniendo una obligación.

—Lo sé.

Tenía otras cosas en mente. El líder de la rama del norte de Europa de la Hermandad, Desiderio Erasmo, le había escrito a Claudia desde la Universidad de Cambridge, donde el estudioso errante estaba ahora viviendo y dando clases. Le había escrito que allí había Doctor en Biblia de Wittenberg recién nombrado, un joven llamado Lutero, cuyas ideas religiosas deberían revisarse, puesto que parecían conducir a algo muy revolucionario, algo que podría amenazar de nuevo la frágil estabilidad de Europa.

Le contó a Sofía su preocupación.

—¿Qué está haciendo Erasmo?

—Observa y espera.

—¿Reclutarás hombres nuevos en la Orden si hay un cambio que la aleja de la Iglesia Romana en el norte?

Ezio extendió las manos.

—Me aconsejará Desiderio. —Negó con la cabeza—. En todas partes siempre hay desacuerdo y división.

—¿No es esa una característica de la vida?

Él sonrió.

—Tal vez. Y puede que ya no sea mi lucha.

—Eso no suena muy propio de ti. —Hizo una pausa—. Un día me tienes que contar qué ocurrió de verdad en aquella cripta bajo Masyaf.

—Algún día.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

La miró.

—Te diré esto. Me he dado cuenta de que el progreso de la humanidad hacia los objetivos de la paz y la unidad siempre será un viaje, nunca un destino. Es como el viaje por la vida de cualquier hombre o mujer. El final es siempre la interrupción de ese viaje. No hay conclusión. Siempre hay un asunto inacabado. —Ezio sujetaba un libro en sus manos mientras hablaba, *El Cancionero* de Petrarca—. Es así —continuó—, la muerte nunca espera a que termines un libro.

—Entonces lee lo que puedas mientras puedas.

Con una renovada determinación, Ezio hizo los preparativos para su viaje de vuelta a Roma.

Para entonces, Sofía estaba embarazada.



CAPÍTULO 81

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo Claudia bruscamente, luego tiró de él para darle un beso fuerte en cada mejilla—. *Fratello mio*. Te has engordado. Toda esa comida veneciana no te sienta muy bien.

Estaban en el cuartel general de los Asesinos en la isla Tiberina. Era finales de febrero. La llegada de Ezio a Roma había coincidido con el funeral del Papa Julio.

—Tengo buenas noticias, creo —continuó Claudia—. Va a ser elegido Giovanni di Lorenzo de' Medici.

—Pero tan solo es decano.

—¿Y desde cuándo ha impedido eso convertirse en Papa?

—Bueno, será una buena noticia si lo consigue.

—Tiene el apoyo de casi todo el Colegio de Cardenales. Ya han elegido un nombre, León.

—¿Se acordará de mí?

—Apenas puede olvidar aquel día en el *duomo*, en Florencia, cuando salvaste la vida de su padre. Y la suya, por cierto.

—Ah —dijo Ezio, al recordar—. Los Pazzi. Parece que fue hace mucho tiempo.

—Fue hace mucho tiempo. Pero el pequeño Giovanni ha crecido. Ahora tiene treinta y ocho años, ¿puedes creerlo? Y es un tipo fuerte.

—Siempre que recuerde a sus amigos…

—Es fuerte. Eso es lo que cuenta. Y nos quiere a su lado.

—En ese caso, le apoyaremos.

—Le necesitamos tanto como él a nosotros.

—Eso es cierto. —Ezio hizo una pausa para mirar la antigua sala. Cuántos recuerdos. Pero ahora era casi como si no tuvieran nada que ver con él—. Tengo algo que discutir contigo, hermana.

—¿Sí?

—La cuestión de… mi sucesor.

—¿Como Mentor? ¿Lo vas a dejar?

No parecía sorprendida.

—Ya te he contado la historia de Masyaf. He hecho todo lo que he podido.

—El matrimonio te ha ablandado.

—A ti no te ablandó y te casaste dos veces.

—Apruebo a tu esposa, por cierto. Aunque sea veneciana.

—*Grazie*.

—¿Cuándo será el feliz acontecimiento?

—En mayo.

Ella suspiró.

—Es cierto. Este trabajo agota. La Santísima Madre sabe que solo te he sustituido dos breves años, pero me doy cuenta de lo que has estado cargando sobre tus hombros durante tanto tiempo. ¿Has pensado en quién va a asumir la responsabilidad?

—Sí.

—¿Maquiavelo?

Ezio negó con la cabeza.

—No lo aceptaría nunca. Es demasiado pensador para ser un líder. Pero el trabajo, y lo digo con toda modestia, necesita una mente más fuerte. Hay

uno de los nuestros a quien nunca se le ha pedido que nos ayude salvo en misiones diplomáticas. Le he tanteado y creo que está preparado.

—¿Y crees que los demás, el mismo Nicolás, Bartolomeo, Rosa, Paola e Il Volpe le elegirán?

—Creo que sí.

—¿A quién tienes en mente?

—A Ludovico Ariosto.

—¿A él?

—Fue embajador de Ferrara en el Vaticano dos veces.

—Y Julio por poco lo mata.

—No fue culpa suya. Julio tenía un conflicto con el duque Alfonso por aquel entonces.

Claudia parecía estupefacta.

—Ezio, ¿has perdido la cabeza? ¿No recuerdas con quién está casado Alfonso?

—Con Lucrezia, sí.

—Lucrezia Borgia.

—Ahora lleva una vida tranquila.

—¡Díselo a Alfonso! Además, Ariosto es un hombre enfermo… ¡y, por San Sebastián, es poeta los fines de semana! He oído que está trabajando en unas paparruchas sobre *Sieur* Rolando.

—Dante era poeta. Ser poeta no te castra automáticamente, Claudia. Y Ludovico tiene tan solo treinta y ocho años, tiene todos los contactos adecuados, y sobre todo, es fiel al Credo.

Claudia se mostraba arisca.

—Se lo podrías haber pedido también a Castiglione —masculló—. Es actor los fines de semana.

—Ya he tomado la decisión —le dijo Ezio con firmeza—. Pero dejaremos que el Consejo de los Asesinos sea quien lo ratifique.

Ella se quedó callada un buen rato, luego sonrió y dijo:

—Es cierto que te hace falta un descanso, Ezio. Tal vez lo necesitemos todos. Pero ¿cuáles son tus planes?

—No estoy seguro. Creo que me gustaría enseñarle Florencia a Sofía.

Claudia parecía triste.

—Allí no queda mucho de los Auditore que puedas mostrarle. Annetta murió, ¿lo sabías?

—¿Annetta? ¿Cuándo?

—Hace dos años. Creía que te había escrito para contártelo.

—No.

Ambos se quedaron callados, pensando en su vieja ama de llaves, que había permanecido fiel y les ayudó a salvarse después de que su familia y su casa fueran destruidas por los agentes templarios hacía más de treinta años.

—De todas maneras, la llevaré allí.

—¿Y qué harás en Florencia? ¿Te quedarás a vivir?

—Hermana, no lo sé. Pero he pensado…, si encuentro el lugar adecuado…

—¿Qué?

—Puede que cultive vino.

—¡No tienes ni idea!

—Puedo aprender.

—¿Tú? ¿En un viñedo? ¡Cortando racimos de uvas!

—Al menos sé cómo usar una hoja.

Le miró con desdén.

—¡Brunello di Auditore, supongo! ¿Y qué más? Entre las vendimias, me refiero.

—Creo que… intentaré escribir algo.

Claudia estuvo a punto de explotar.



CAPÍTULO 82

Más adelante, a Claudia le encantarían sus visitas a la finca en las colinas sobre Florencia, que Ezio y Sofía encontraron medio derruida, pero que compraron y restauraron con lo recaudado de la venta de la librería a los Asesinos y el propio capital de Ezio. En dos años, convirtieron aquel lugar en un viñedo modesto, pero bastante rentable.

Ezio se adelgazó y se bronceó, y se pasaba el día con ropa de trabajo. Sofía le reprendía porque decía que por trabajar en las vides las manos se le estaban poniendo demasiado callosas para hacer el amor, y no le gustaba. Pero aquello no les había impedido tener a Flavia en mayo de 1513, ni a Marcello un año después, en octubre.

A Claudia le encantaban sus nuevos sobrinos, aún más de lo que había imaginado. Aunque dado que se llevaban veinte años, se aseguró de no convertirse en una especie de suegra de Sofía. No se entrometía nunca y se esforzaba en no visitar la finca Auditore, cerca de Fiesole, más que la mitad de las veces de lo que le habría gustado. Además, tenía que pensar en el nuevo marido que tenía en Roma.

Pero Claudia no podía quererlos más de lo que los quería Ezio. Gracias a ellos y a Sofía, por fin había encontrado la razón que había buscado durante toda una vida.



CAPÍTULO 83

Maquiavelo lo había pasado mal políticamente hablando e incluso había estado en prisión, pero cuando hubo pasado la marea y pudo volver a coger las riendas de su vida en Florencia, visitaba con frecuencia Villa Auditore. Ezio le echaba de menos cuando no estaba allí, aunque a veces no se tomaba muy bien los comentarios mordaces que hacía su viejo amigo sobre sus intentos, a menudo aplazados, de escribir sus memorias. El *raccolto* de 1518 no había sido muy bueno y Ezio cogió algún tipo de infección en el pecho a la que ignoró, pero arrastró todo el invierno.

Una tarde, cerca de primavera, Ezio estaba sentado solo junto al fuego del comedor, con un vaso de vino tinto de su propia cosecha. Tenía pluma y papel e intentaba empezar, por enésima vez, el capítulo XVI, pero los recuerdos le parecieron mucho menos interesantes que la acción y, al cabo de un rato, como siempre, apartó, impaciente, el manuscrito. Cogió la copa, pero se apoderó de él una tos muy molesta, y la volcó. Cayó con un terrible repiqueteo, y salpicó de vino toda la superficie de la mesa de madera de olivo, pero no se rompió. Él la cogió justo a tiempo cuando rodaba hacia el borde de la mesa. Sofía entró, atraída por el ruido.

—¿Estás bien, *amore*?

—No es nada. Siento el desorden. Pásame un trapo.

—Olvídate del trapo. Necesitas descansar.

Ezio buscó a tientas la silla mientras Sofía estaba a su lado para ayudarle.

—Siéntate —le ordenó con tacto.

Mientras él tomaba asiento, ella cogió el cuello de la botella sin etiqueta con un pequeño paño, y la levantó para comprobar cuánto vino quedaba.

—Es la mejor cura para un resfriado —dijo Ezio, avergonzado—. ¿Ha llegado ya Nicolás?

—Está justo detrás de mí —contestó y añadió secamente—: Será mejor que te traiga otra botella. Veo que esta está casi vacía.

—Un escritor necesita combustible.

Maquiavelo había entrado en la habitación sin la menor ceremonia, como el viejo amigo e invitado frecuente que era. Y le quitó el trapo a Sofía.

—Dame, déjame a mí.

Limpió la copa y después la mesa. Ezio le observaba, con cierta expresión avinagrada en su rostro.

—Te he invitado para beber, no para que limpies lo que he ensuciado.

Maquiavelo terminó su trabajo antes de responder, con una sonrisa.

—Puedo hacer ambas cosas. Una habitación ordenada y una buena copa de vino es todo lo que un hombre necesita para estar contento.

Ezio se rio con sorna.

—¡Tonterías! Suenas como un personaje de una de tus obras.

—Nunca has visto una de sus obras —terció Sofía, negando con la cabeza.

Ezio sintió vergüenza.

—Bueno, puedo imaginármelas.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no pones esa imaginación a funcionar? ¿Por qué no te pones a trabajar en serio en esto?

Maquiavelo señaló el manuscrito abandonado.

—Ya hemos hablado del asunto, Nicolás. No escribo. Soy un padre, un marido y un vinicultor. Me siento bastante satisfecho.

—Muy bien.

Sofía había ido a buscar otra botella de vino tinto y la dejó junto a ellos con dos copas limpias, unas servilletas y una cesta de *pandiramerino*.

—Os dejo solos para que discutáis sobre literatura —dijo—. En cuanto ayude a Andrea a meter a los niños en la cama, me pondré a escribir un poco.

—¿Y eso? —preguntó Maquiavelo.

—No te preocupes —dijo ella—. Esperaré a ver qué te ha parecido el vino. Está algo preocupado por varias botellas.

—Ella terminará antes de que tú hayas empezado —dijo Maquiavelo.

—No importa —respondió Ezio—. Prueba esto. Es de la cosecha del año pasado. Un desastre.

—Si pides mi opinión, la tendrás.

Bebió el vino que Ezio le había servido, se lo pasó por la boca para saborearlo y tragó.

—Es delicioso —sonrió—. Sangiovese de nuevo. ¿O has cambiado?

La cara de Sofía se transformó en una gran sonrisa, mientras acariciaba el hombro de Ezio.

—¿Ves? —dijo.

—Una mezcla —respondió Ezio, satisfecho—. Pero principalmente mi viejo Sangiovese. En realidad no pensaba que sería tan malo. Mis uvas son las mejores.

—Por supuesto que lo son.

Maquiavelo dio otro gran trago. Ezio sonrió, aunque Sofía había advertido que se llevaba la mano al pecho subrepticiamente, para masajearlo.

—Vamos —dijo Ezio—. Todavía hay luz en el cielo. Te enseñaré…

Salieron y caminaron por el paseo que llevaba a los viñedos.

—Trebbiano para el blanco —dijo Ezio, señalando con la mano una fila de vides—. Tienes que tomar un poco en la cena. Tendremos *tonno al cartoccio*. La especialidad de Serena.

—Me encanta cómo cocina el atún —contestó Maquiavelo y miró a su alrededor—. Lo has hecho bien, Ezio. Leonardo estaría orgulloso de ver lo que has cultivado aquí.

—Solo porque estoy utilizando las herramientas que me dio —dijo Ezio, riéndose—. Estaría celoso. He vendido el doble de vino que él en sus viñedos de Porta Vercinella. Aun así, nunca debería haber enviado al granuja de Salai desde Amboise para que se ocupara de aquel sitio. —Después, hizo una pausa—. ¿A qué te refieres con que habría estado orgulloso?

Maquiavelo se puso serio.

—He recibido una carta. En realidad, es para los dos, pero el correo tarda una eternidad en llegar a Fiesole. Mira, Ezio, no se encuentra demasiado bien. Le gustaría vernos.

Ezio se irguió.

—¿Cuándo nos marchamos? —dijo.

Llegaron a Clos Lucé, la casa solariega, cerca del castillo en Amboise, que el rey Francisco le había dado a Leonardo como parte del paquete de su patrocinio, a finales de abril. El Loira fluía tranquilo y las orillas de sus aguas marrones estaban llenas de árboles con hojas nuevas.

Cruzaron las puertas de la casa por un paseo bordeado de cipreses hasta que se encontraron con un criado. Dejaron sus caballos al cuidado de un mozo de cuadra y siguieron al criado hacia la casa. En una habitación espaciosa y aireada, cuyas ventanas abiertas daban a los jardines traseros, se encontraba Leonardo tumbado en una *chaise longue*, vestido con un traje de brocado, amarillo, y medio tapado con una piel de oso. Su barba y su pelo largo y blanco estaban descuidados y se había quedado calvo por arriba, pero los ojos seguían brillándole y se medio incorporó para saludarlos.

—Mis queridos amigos, ¡estoy muy contento de que hayáis venido! ¡Étienne! Tráenos vino y pasteles.

—Se supone que no tenéis que comer pasteles. Que sea solamente vino.

—Oye, ¿quién te paga el sueldo? No importa, no respondas a eso. ¡El mismo hombre que me paga a mí, lo sé! ¡Tan solo haz lo que te digo!

El criado hizo una reverencia y se marchó enseguida para volver con una bandeja que dejó ceremoniosamente sobre una brillante mesa que había

por allí cerca, antes de volver a marcharse. Pero mientras lo hacía, volvió a hacer otra reverencia y le dijo a los invitados de Leonardo:

—Perdonad el desorden. Es habitual por aquí.

Maquiavelo y Ezio compartieron una sonrisa. La mesa brillante y la reluciente bandeja eran una excepción en aquel agitado mar de caos. Las costumbres de Leonardo no habían cambiado.

—¿Cómo van las cosas, viejo amigo? —preguntó Ezio, tomando asiento cerca del artista.

—No puedo quejarme, pero estoy interesado en seguir adelante —contestó Leonardo, intentando que su voz sonara más fuerte de lo que era.

—¿A qué te refieres? —dijo Ezio, preocupado por que su amigo estuviera utilizando algún tipo de eufemismo.

—No hablo de morir —dijo Leonardo, irritado—. Estoy hablando de Inglaterra. Su nuevo rey está muy interesado en desarrollar su marina. Me gustaría ir allí y venderle mi submarino. Los venecianos nunca me pagaron, ¿sabes?

—No lo llegaron a fabricar.

—¡Eso no importa!

—¿No tienes suficiente en lo que ocupar tu mente aquí? —preguntó Maquiavelo.

Leonardo le miró, indignado.

—Si con ocupar mi mente te refieres a crear un león mecánico… —dijo con brusquedad—. Ese fue el último encargo de mi señor feudal. Un león mecánico que camina y ruge, ¡y como efecto final, se le abre el pecho y aparece un ramo de azucenas! —Resopló—. Es bastante bueno, supongo, ¡pedirme tal baratija a mí! ¡¡A mí!! ¡El inventor de máquinas voladoras y tanques!

—Y paracaídas —añadió Ezio en voz baja.

—¿Te resultó útil?

—Mucho.

—Bien. —Leonardo señaló con la mano la bandeja—. Servíos vosotros mismos. Pero a mí no. —Su voz decayó un poco—. Étienne tiene razón. Lo único que puedo tolerar estos días es leche caliente.

Se quedaron en silencio. Después Maquiavelo dijo:

—¿Sigues pintando?

Leonardo se puso triste.

—Me gustaría… Pero por algún motivo he perdido fuerza. Por lo visto no puedo terminar nada. Pero le he dejado a Salai la *Gioconda* en mi testamento. Le ayudará cuando sea anciano. Creo que a Francisco le encantaría comprarlo. Eso sí, yo no daría ni un céntimo. No es mi mejor trabajo, ni mucho menos. Prefiero lo que hice con el joven Salai representando a Juan Bautista… —Se calló y se quedó mirando en la distancia, a nada en concreto—. Ese querido chico. Una pena tener que dejarlo marchar. Le echo mucho de menos. Pero aquí era desdichado. Está mejor cuidando mis viñedos.

—Ahora yo también tengo viñedos —dijo Ezio dulcemente.

—¡Lo sé! Me alegro por ti. Es mucho más sensato para un hombre de tu edad que ir por ahí corriendo, cortando cabezas de Templarios. —Leonardo hizo una pausa—. Me temo que siempre estarán con nosotros, hagamos lo que hagamos. Tal vez sea mejor inclinarse hacia lo inevitable.

—¡No digas eso! —gritó Ezio.

—A veces no nos queda otra opción —respondió Leonardo con tristeza.

Se hizo de nuevo el silencio y luego Maquiavelo dijo:

—¿Por qué hablas de testamento, Leonardo?

Leonardo le miró.

—Oh, Nicolás, ¿qué sentido tiene fingir? Me estoy muriendo. Por eso os he pedido que vinierais. Nosotros tres hemos pasado mucho y quería despedirme de vosotros.

—Pensaba que tenías planes para ir a ver al rey Enrique de Inglaterra.

—Es un cachorrito optimista y me gustaría visitarle —respondió Leonardo—, pero no lo haré. No puedo. Esta habitación será el último lugar que vea. Y los árboles de ahí fuera. Llenos de pájaros, ¿sabéis? Sobre todo ahora que vuelve a ser primavera. —Yació en silencio durante tanto rato, sin moverse, que sus dos amigos se miraron, alarmados. Pero entonces Leonardo se movió—. ¿Me he quedado dormido? —preguntó—. No debería. No tengo tiempo para dormir. Ya me llegará la hora, pronto.

Entonces volvió a callarse. Se había quedado otra vez dormido.

—Volveremos mañana —dijo Ezio con dulzura.

Maquiavelo y él se levantaron para dirigirse hacia la puerta.

—¡Volved mañana! —La voz de Leonardo les hizo detenerse—. Hablaremos un poco más.

Se volvieron hacia él mientras el anciano se incorporaba sobre un codo. La piel de oso cayó de sus rodillas y Maquiavelo se agachó para ponerla en su sitio.

—Gracias, Nicolás. —Leonardo los miró—. Os contaré un secreto. Toda mi vida, mientras pensaba que estaba aprendiendo a vivir, tan solo estaba aprendiendo cómo morir.

Estuvieron con él una semana más, hasta que exhaló el último suspiro en la madrugada del dos de mayo. Pero ya no los conocía. Ya se había ido.

—Ya corre el rumor de que el rey Francisco le aguantaba la cabeza con sus manos cuando murió —dijo Maquiavelo con tristeza mientras regresaban a casa.

Ezio escupió.

—Algunas personas, incluso los reyes, harían cualquier cosa a cambio de propaganda —dijo.



CAPÍTULO 84

Las estaciones dieron cuatro vueltas más. La pequeña Flavia había cumplido diez años y Marcello se acercaba a los nueve. Ezio no podía creer que hubiera cumplido los sesenta y cuatro. El tiempo parecía transcurrir cada vez más rápido y sin tregua cuanto menos te quedaba, pensaba Ezio. Pero atendía sus viñedos y disfrutaba, y como Maquiavelo y Sofía le insistían continuamente, seguía escribiendo sus memorias. ¡Ya había llegado al capítulo XXIV!

También entrenaba, a pesar de la persistente tos que no le había abandonado del todo. Pero hacía tiempo que le había pasado sus armas de Asesino a Ariosto. No tenía noticias de Roma ni de Constantinopla, ni siquiera de Erasmo en Rotterdam, que le dieran una excusa para estar agobiado, aunque había tenido lugar la separación de la Iglesia que se había pronosticado, con el joven Lutero al frente de la reforma en el norte. Guerras nuevas amenazaban el mundo otra vez. Ezio tan solo podía observar y esperar. Cuesta deshacerse de las viejas costumbres, pensó. Y se había convertido en un campesino capaz de captar el olor de una tormenta.

Era por la tarde y miraba desde su veranda los viñedos al sur, donde veía tres figuras en un carruaje, perfiladas en la línea del horizonte. No las reconoció y estaban demasiado lejos para ver qué tipo de gente eran, aunque comprobó por sus extraños sombreros que eran extranjeros. Pero no se detuvieron. Supuso que esperaban llegar a Florencia antes de anochecer.

Volvió a la villa y se dirigió a su cuarto. A su estudio. Tenía los postigos cerrados para concentrarse. Una lámpara de aceite ardía en el escritorio, lleno de papeles. El día era un esfuerzo literario. Se sentó a regañadientes, se puso las gafas y leyó lo que había escrito, haciendo una ligera mueca. ¡La batalla contra los hombres lobo! ¿Cómo no había logrado hacerlo interesante?

Le interrumpió alguien que llamó a su puerta.

—¿Sí? —dijo, sin disgustarse por la interrupción.

La puerta se entreabrió y allí estaba Sofía, aunque no entró.

—Voy a llevar a Marcello a la ciudad —dijo alegremente.

—¿A qué? ¿Para ver la última obra de Maquiavelo? —preguntó Ezio, que alzó la vista de su lectura, pero no le prestó mucha atención a su mujer —. No creo que *La Mandrágora* sea apropiada para un niño de ocho años.

—Ezio, la obra de Maquiavelo terminó hace tres semanas. Además, no voy a Florencia, sino a Fiesole.

—¿Me la he perdido? Se pondrá furioso.

—Estoy segura de que no le importará. Sabe que te has puesto a trabajar en serio. Volveremos pronto. Échale un vistazo a Flavia, ¿vale? Está jugando en el jardín.

—Claro. Además, estoy harto de esto. Creo que me pondré a podar un poco.

—Debo decir que es una lástima que desperdicies esta gloriosa tarde encerrado aquí. —Le miró un tanto preocupada—. Un poco de aire fresco te vendría muy bien.

—¡No soy un inválido!

—Por supuesto que no, *amore*. Solo pensaba que…

Señaló las páginas arrugadas, esparcidas por su escritorio. Ezio mojó la pluma deliberadamente y cogió una hoja en blanco.

—*A presto!* Que vaya bien.

Sofía cerró la puerta suavemente. Ezio escribió unas cuantas palabras y luego se detuvo, mirando con el entrecejo fruncido la página.

Dejó la pluma, se quitó las gafas e hizo una bola con el papel. Luego salió de la habitación. Necesitaba aire fresco.

Fue a su cobertizo y cogió unas tijeras de podar y un cesto. Luego se dirigió por los jardines hacia la fila más cercana de vides. Buscó despreocupadamente a Flavia, pero no la veía por ninguna parte. No se preocupó demasiado. Era una chica sensata.

Estaba a medio camino del viñedo cuando oyó un repentino ruido que provenía de unos arbustos cercanos: Flavia se reía a carcajadas. ¡Le había tendido una emboscada!

—¡Flavia, tesoro, quédate donde pueda verte!

Se oyeron más risas y los arbustos se agitaron. Entonces Flavia se asomó. Ezio sonrió y negó con la cabeza.

Justo entonces le llamó la atención alguien en la carretera. Levantó la mirada y, a lo lejos, vio una figura vestida con un atuendo de extraños colores. Pero tenía el sol a sus espaldas y brillaba demasiado para que pudiera distinguirla del todo. Alzó la mano para protegerse los ojos, pero, al mirar de nuevo, la figura había desaparecido.

Se secó la frente y volvió a las vides.

Un poco más tarde estaba metido en los viñedos, podando uvas Trebbiano. La verdad es que no les hacía falta, pero le entretenía mientras su mente trabajaba en el problema de relatar la historia de su lucha, hacía mucho tiempo, contra el grupo de fanáticos que se hacían llamar los Hijos de Remo. Las vides le rozaban los codos mientras trabajaba. Se detuvo a examinar un racimo de uvas, cogió una y la estudió, dándole la vuelta. La apretó, la aplastó y vio que era jugosa. Sonrió, se comió la uva destrozada y se limpió los dedos en su basta túnica de lino.

Volvió a secarse la frente, satisfecho. Una brisa se levantó y las hojas de las vides susurraron. Respiró hondo, oliendo el aire cálido, y cerró los ojos un momento.

Entonces notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Abrió los ojos y se dirigió al límite de las vides, mirando en dirección a la villa. Allí, en el camino, vio a Flavia hablando con la persona que iba vestida de forma rara. La figura llevaba una capucha en punta.

Corrió hacia ellos, con las tijeras de podar agarradas como un puñal. El viento sopló más fuerte y se llevó sus gritos de advertencia. Comenzó a bajar el ritmo, resollando por el esfuerzo. Le dolía el pecho. Pero no tenía tiempo de preocuparse por eso. La figura se agachaba hacia su hija.

—¡Déjala en paz! —gritó, tropezándose.

La figura le oyó, giró la cabeza, pero continuó agachándose. En ese mismo momento, Flavia le arrancó de las manos algo que sin duda le había ofrecido.

Ezio estaba muy cerca de ellos. La figura se irguió, con la cabeza aún baja. Ezio le lanzó las tijeras como si fueran un cuchillo arrojadizo, pero se quedaron cortas y cayeron al suelo sin causar ningún daño.

Ezio se acercó a ellos.

—¡Flavia! ¡Vete adentro! —le ordenó, apartando el miedo de su voz.

Flavia se lo quedó mirando, sorprendida.

—Pero, papá, es simpática.

Ezio se interpuso entre su hija y la extraña, y cogió a aquella persona por las solapas del abrigo. La desconocida levantó la cabeza y Ezio vio el rostro de una joven china. La soltó y retrocedió.

La niña le mostró una pequeña moneda ovalada, con un agujero cuadrado en el centro. Allí había escrito, si es que aquello eran letras, algo muy extraño. Pictogramas. Un *qián* chino.

La mujer se quedó inmóvil, callada. Ezio, todavía tenso, la miró con detenimiento. Respiraba con dificultad, sin aliento, pero su mente seguía siendo aguda.

Entonces vio que en el cuello llevaba un emblema familiar.

El símbolo de la Hermandad de los Asesinos.



CAPÍTULO 85

Más tarde, cuando Sofía había regresado, los tres se sentaron a hablar en la villa, mientras los niños observaban, curiosos, desde la parte superior de las escaleras. Ezio fue todo lo hospitalario posible con una invitada inesperada, pero se mantuvo en sus trece.

—No sé qué más decir, Shao Jun. Lo siento mucho.

La joven china no respondió. No estaba enfadada, tan solo muy tranquila.

—Lo siento muchísimo, pero no puedo ayudarte. No quiero formar parte de esto.

Shao Jun levantó la vista para mirarle a los ojos.

—Quiero entender.

—¿Entender el qué?

—Cómo dirigir. Cómo reconstruir mi Orden.

Él suspiró, algo molesto.

—No. Para mí todo eso terminó. *Finito*. —Hizo una pausa—. Ahora creo que deberías marcharte.

—¡Ezio, piensa! —le reprendió Sofía—. Shao Jun ha venido desde muy lejos. —Se volvió hacia su invitada—. ¿Pronuncio bien tu nombre?

Jun asintió.

—¿Te quedarás a cenar?

Ezio fulminó a su esposa con la mirada y se dio la vuelta para mirar hacia la chimenea.

—*Grah-zie* —dijo Jun, en un italiano vacilante.

Sofía sonrió.

—Bien. Y ya tenemos una habitación preparada. Estás invitada a quedarte unas cuantas noches, o las que gustes.

Ezio gruñó, pero no dijo nada. Sofía se marchó en dirección a la cocina, mientras Ezio se daba la vuelta despacio y observaba a su invitada. Shao Jun se quedó sentada en silencio. Estaba totalmente serena. Examinó la habitación.

—Volveré antes de que anochezca —le dijo con mal genio.

Se marchó, furioso, prescindiendo de la mínima educación. Ella se limitó a verle marchar, con una sutil sonrisa en los labios.

En cuanto estuvo fuera, Ezio se refugió en sus viñedos.



CAPÍTULO 86

Ezio estaba en la habitación de los niños, observando sus figuras durmientes a la luz de la vela. Se acercó a la ventana y la cerró. Se sentó en el borde de la cama de Flavia y la miró a ella y a Marcello con el alma por los suelos. Parecían tan tranquilos, tan angelicales…

De repente hubo más luz en la habitación al entrar Sofía con otra vela. La miró y la sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y se sentó a los pies de la cama de Marcello.

Ezio no dijo nada de momento.

—¿Estás bien? —le preguntó con cierta timidez.

Volvió a mirar a sus hijos, perdido en sus pensamientos.

—Por lo visto, no puedo dejar atrás mi pasado —masculló y después se volvió para mirar a su esposa—. He empezado esta vida demasiado tarde, Sofía. Sabía que no tendría tiempo de hacer todo… Pero ahora me preocupa no tener tiempo de hacer nada.

Su mujer tenía los ojos tristes, pero llenos de comprensión.

Oyeron un ligero crujido arriba y miraron al techo.

—¿Qué está haciendo en el tejado? —murmuró Ezio.

—Déjala —dijo Sofía.

Encima de ellos, Shao Jun estaba sobre las tejas rojas, cerca de las chimeneas. Había adoptado una postura que estaba entre un ataque asesino y la que adoptaría alguien que se está relajando y disfrutando. Recorrió con la vista la campiña iluminada por la luz de la luna mientras el viento nocturno susurraba a su alrededor.

Al día siguiente Ezio salió de la villa temprano, bajo un cielo gris. Echó un vistazo al tejado pero, aunque la ventana del cuarto de la invitada estaba abierta, no había ni rastro de Shao Jun.

La llamó, pero no obtuvo respuesta. Fue a darle órdenes a su capataz, puesto que se acercaba el tiempo de la *vendange*, y rezó por una buena vendimia aquel año. Las uvas eran muy prometedoras y el clima en verano había sido favorable. La *veraison* también había sido buena, pero quería volver a comprobar los niveles de ácido y azúcar en las uvas antes de recogerlas. Después, mandaría al capataz a Fiesole y a Florencia, si hacía falta, para contratar temporeros. Iban a estar ocupados y Ezio esperaba con ganas aquella época todo el año. Había mucha actividad física y no le daba tiempo a pensar en nada más. La llegada de Shao Jun había afectado la seguridad que había conseguido con tanto esfuerzo y de la que disfrutaba hasta entonces. Eso le molestaba. Esperaba que se marchara antes de que amaneciera.

En cuanto terminó su reunión con el capataz, sintió unas ganas irresistibles de volver a la villa para ver si sus oraciones habían sido atendidas. Por algún motivo, lo dudaba, pero no había nadie cuando entró en la casa. Con denuedo, siguiendo una especie de instinto que salía de su estómago, se dirigió a su estudio.

Se detuvo en seco en la puerta. Estaba abierta. Entró en la habitación y se encontró a la china detrás de su escritorio —que seguía lleno de notas y páginas de los días anteriores—, leyendo parte del manuscrito terminado.

Ezio se puso furioso.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Largo de aquí!

Ella dejó el fajo de papeles que estaba leyendo y le miró con calma.

—El viento abrió la puerta.

—*Fuori!*

Pasó a su lado al salir de la habitación. Ezio fue rápidamente a su escritorio y buscó entre los papeles para coger uno que le había llamado la atención. Lo leyó y, poco impresionado, volvió a dejarlo en el montón. Se apartó del escritorio para mirar fijamente por la ventana. Vio a Jun en el patio, de espaldas a él, por lo visto, esperando.

Tenía los hombros caídos. Tras unos minutos más de vacilación, dejó el estudio y salió para encontrarse con ella.

Estaba sentada en un muro bajo de piedra. Se acercó a ella, tosiendo un poco bajo el cortante viento de octubre.

Ella se dio la vuelta.

—*Duibuqi*, lo siento. No debí haberlo hecho.

—No. —Hizo una pausa—. Creo que deberías marcharte.

Ella se quedó sentada en silencio un momento y luego, sin previo aviso, citó:

—«Me llamo Ezio Auditore. Cuando era joven, tenía libertad, pero no la veía; tenía tiempo, pero no lo sabía; y tenía amor, pero no lo sentía. Pasarían treinta años antes de que entendiera el significado de las tres cosas». —Hizo una pausa—. Es precioso —dijo.

Ezio estaba asombrado. Se quedó con la vista clavada más allá de Jun, reflexionando. A lo lejos, oyó el chasquido de las riendas de un caballo.

—Quiero entenderlo como tú —continuó Jun—, quiero saber cómo ayudar a la gente.

Ezio la miró con mejores ojos.

—Fui un Asesino durante mucho tiempo, Jun. Y sé que en cualquier momento alguien podría venir a por mí. O a por mi familia. —Hizo una pausa—. ¿Lo ves? Por eso tengo que tener cuidado.

Ella asintió y él vio que casi le compadecía. Ezio contempló sus viñedos.

—Debería empezar a contratar gente para que me ayudara en la *vendange*, pero…

Se calló. Jun inclinó la cabeza y escuchó.
—Ven adentro. Vamos a comer algo.
Se levantó del muro y le siguió.



CAPÍTULO 87

El mercado de la gran plaza al suroeste de la catedral estaba tan concurrido como siempre. Los mercaderes, hombres de negocios, sirvientes y campesinos se empujaban unos a otros de forma más o menos amistosa mientras pasaban entre los puestos. Jun se quedó en uno de los laterales de la columnata que lo rodeaba, observando el bullicio, mientras Ezio, que estaba por allí cerca, regateaba bajo la fría luz del sol con un comerciante por el precio de un cesto para recolectar uvas. Jun estaba embelesada, asimilando lo que veía y oía en Florencia. Se quedaba mirando fijamente a la gente cuando la gente se quedaba mirándola a ella. No le importaba.

Ezio terminó sus compras, se acercó a ella y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Tendré suerte si aguanta tres temporadas —dijo.

Ella le miró mientras le enseñaba el cesto, sin saber en qué se debía fijar para determinar su calidad. Ezio se dio cuenta y sonrió.

—Vamos —dijo—, quiero enseñarte algo.

Pasaron entre la multitud en dirección a la Piazza della Signoria, y se sentaron en un banco cerca de la logia, mientras observaban cómo la gente

iba y venía, vestida con colores intensos, salvo los que llevaban terciopelos caros y sedas negras.

—¿Quiénes son? —preguntó Jun.

—Son los banqueros —contestó Ezio—. Es una especie de uniforme, para que puedan reconocerse entre ellos; pero tiene otra ventaja, ¡así podemos verles venir!

Jun sonrió con aire vacilante.

—Es agradable, ¿no? —continuó Ezio—. ¡Está llena de vida!

—Sí.

—Pero no siempre. La mitad de mi familia fue asesinada en esta plaza. Ejecutados. Justo aquí. Hace cuarenta y cinco años. Yo tenía diecinueve. —Cerró los ojos un momento al acordarse y continuó—: Pero ahora, al verla así, tan *piena di vita*, no puedo evitar estar contento y satisfecho por que el dolor haya desaparecido. —La miró con seriedad—. La vida de un Asesino es dolor, Jun. Lo sufres y lo infliges. Ves cómo sucede, con la esperanza de poder ayudar a que desaparezca con el tiempo. Es terriblemente irónico, lo sé. Pero está ahí.

Se quedaron sentados en silencio durante un rato. Jun parecía atenta. Entonces Ezio vio que se ponía tensa. Por algo que había visto entre la multitud. ¿Un destello de un color en especial? ¿Un uniforme tal vez? ¿Uno de los guardias de la Signoria? Pero pasó aquel instante y no le dio importancia.

—Muy bien —dijo y se levantó—. Es hora de llevar a este anciano de vuelta a la villa.

Se marcharon, cruzaron la plaza y tomaron una calle muy familiar para Ezio, que iba hacia el este, justo al norte del Palazzo. Jun seguía mirando de vez en cuando hacia atrás.

La calle a la que habían llegado estaba mucho más vacía de gente, y por fin, mientras avanzaban por ella, quedaron solos. De repente, Ezio oyó un ruido del que Jun no se percató. Volvió enseguida la cabeza. Saltó hacia atrás, levantó el cesto para proteger a Jun, y en una fracción de segundo se incrustó en él un puñal. Apenas un instante después, alguien le dio a Ezio una fuerte patada en el vientre. Él se tambaleó hacia atrás y cayó junto a una pared de piedra. Entretanto, Jun había reaccionado a la velocidad del

rayo. Se había colocado ya entre Ezio y su atacante, otra china, vestida de forma similar a Jun, pero con una túnica de combate y pantalones.

Las dos mujeres dieron vueltas a su alrededor, como si ejecutaran una danza, despacio, y después se atacaron como impresionantes serpientes, golpeando de forma cortante con el borde de las manos o dando unas patadas tan rápidas que Ezio apenas podía seguir sus movimientos. Pero vio que Jun se estaba llevando la peor parte. Saltó hacia delante y golpeó a su agresora en la cabeza con el cesto, lo que la derribó.

Yacía boca abajo, inmóvil. Jun se acercó.

—¡Jun! ¡Está fingiendo!

En ese mismo instante, la mujer misteriosa volvió a ponerse en pie y arremetió contra Jun con un cuchillo levantado. Ambas cayeron al suelo, luchando con la ferocidad y la despiadada agilidad de los gatos. Sus extremidades y cuerpos se movían tan rápido que se hacían borrosos. De pronto, se oyó un grito. La agresora se soltó, con su propio cuchillo clavado en el pecho, justo encima del esternón. Se tambaleó de lado un momento, cayó de rodillas y se golpeó la cabeza con un contrafuerte de pedernal, donde quedó inmóvil. Esta vez no estaba fingiendo.

Ezio miró a su alrededor. No había nadie a la vista.

Cogió a Jun de la mano.

—¡Vamos! —dijo con los dientes apretados.

Mientras regresaban a casa en el carruaje de Ezio, Jun empezó a explicarse. Ezio se dio cuenta de que podría haberlo hecho antes si le hubiera dado la opción. La escuchó con tristeza mientras narraba su historia.

—Fue deseo de mi Mentor que te visitara. Nos marchamos juntos de China, en secreto. Pero nos siguieron. Nos alcanzaron en Venecia. Allí se llevaron prisionero a mi maestro. Me dijo que huyera, que completara nuestra misión. No volví a verle.

—¿Quiénes son?

—Son siervos de Zhu Huocong, el emperador Jiajing. Un joven, casi un niño, que no ha nacido para gobernar, pero el destino le dio el trono y ahora

nos controla con una mano despiadada y sangrienta. —Hizo una pausa—. Nací siendo una concubina, pero mi Mentor me liberó cuando era joven. Volvimos más tarde para salvar a más chicas, pero… —Hizo una pausa—. El emperador creía que si bebía su sangre todos los meses, conseguiría la vida eterna. —Se interrumpió, tragó saliva con un gran esfuerzo de autocontrol y continuó—: Jiajing es un hombre cruel. Mata a todo aquel que se opone a él y prefiere *ling chi* a decapitar.

—*Ling chi?*

Jun hizo varios movimientos de corte en la palma de su mano.

—Es un proceso lento. Mil cortes y luego la muerte.

Ezio se quedó de piedra y azuzó a sus caballos.



CAPÍTULO 88

Sofía estaba en el estudio de Ezio, encendiendo el fuego, cuando oyó que el carruaje se detenía enfrente de la casa. Alarmada, enseguida se puso de pie. Al cabo de un instante, Ezio entró de sopetón, seguido de Shao Jun. Corrió hacia la ventana y cerró los postigos, echando el pestillo. Entonces se volvió hacia su esposa.

—Haz unas cuantas maletas. Están enganchando caballos nuevos al coche. Algunos de nuestros hombres irán contigo.

—¡¿Qué…?!

—Deberás quedarte con Maquiavelo esta noche.

—¿Qué ha pasado?

—Un malentendido.

Sofía apartó la vista de su marido para centrarla en Jun, que bajó los ojos, avergonzada por haber traído sus problemas hasta su puerta.

—Dame un momento —dijo.

Poco después, ella y los niños se subieron al carruaje. Ezio se quedó en la puerta. Se miraron. Ambos querían decir algo, pero no les salieron las palabras. Ezio retrocedió y le hizo una señal al cochero con la cabeza. Le dio a las riendas y los caballos avanzaron hacia la penumbra en aumento.

Cuando ganaron velocidad, Sofía se asomó por la ventana y le lanzó un beso. Él levantó el brazo para despedirse y, sin esperar a ver cómo desaparecían, volvió a la villa y cerró la puerta.



CAPÍTULO 89

Ezio y Jun se sentaron el uno enfrente del otro en unos bancos de madera, que pusieron delante del rugiente fuego. Esperando.

—La primera vez que luché contra los Borgia, fue la venganza lo que me llevó a ello, y el primer impulso fue apuntar a la cabeza —le estaba diciendo Ezio—. Con el tiempo, sin embargo, aprendí que los que inspiran miedo tienen seguidores más devotos que aquellos que predican amor. No habría conseguido nada al matar a Rodrigo y Cesare si no hubiera sustituido su reino de terror por uno que incluyera alguna medida de fraternidad. —Se detuvo a pensar—. Así que pasé muchos años enseñando a hombres y mujeres a pensar y actuar por sí mismos. Primero en Roma y luego entre los de nuestra Hermandad en Constantinopla.

—Tengo ganas de leer tus hazañas. Tienes que acabar el libro.

—Lo importante es que el amor une nuestra Orden; el amor por la gente, por las culturas, por el mundo. —Se volvió a quedar callado un instante—. Luchar por preservarlo es lo que inspira esperanza. Recuperarás a tu gente, Shao Jun.

Jun se quedó mirando fijamente las llamas, pensando, mientras las magníficas posibilidades de su futuro se ampliaban en su imaginación.

—Tardaré mucho, mucho tiempo —dijo en voz baja, por fin.

—Pero si lo haces bien, lo conseguirás.

Jun respiró hondo y se puso derecha, con una expresión de determinación en su rostro. Miró a Ezio y asintió. Él se inclinó y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Ve a descansar —dijo.

Ella se levantó, le hizo una pequeña reverencia, y luego abandonó la habitación.

Ezio se volvió hacia el fuego y su resplandor le enrojeció el rostro.

Entrada la noche, inquieto por los sigilosos sonidos del exterior, Ezio se dirigió a la cocina. Desde lo alto en el cielo, la luna brillaba por las ventanas con barrotes. Ezio sacó varios cuchillos y comprobó su equilibrio. Al no estar satisfecho, los volvió a colocar en su sitio y buscó otro tipo de arma. ¿Un cucharón de hierro? No. ¿Una tabla de cortar? No. ¿Un atizador, tal vez? ¡Sí! Se fue hacia el hornillo y sacó uno de un metro de largo y pesado acero. Lo probó y dio un par de pasos para practicar.

Se puso tenso al oír un ruido que provenía de arriba. Unos segundos más tarde, un cuerpo cayó por la ventana. Ezio vio que Jun caía agachada y echaba a correr hacia la noche. Fue hacia la puerta y la abrió de golpe.

Allí había un chino, preparado para atacar, que enseguida se abalanzó sobre él con un *dao*. Ezio retrocedió y dio un portazo sobre el brazo del hombre, rompiéndole el radio y el cúbito. Se le cayó la espada de la mano y el chino dio un alarido de dolor. Ezio volvió a abrir la puerta y le dio al hombre fuerte en la cabeza con el atizador, partiéndole el cráneo. Saltó por encima del cadáver y salió corriendo.

No tardó en encontrar a Jun, entablando un combate con tres atacantes. No lo llevaba muy bien, pero él había llegado a tiempo de cambiar aquella situación, y los siervos del emperador Jiajing se retiraron en dirección a los viñedos. Allí, tomaron posiciones. Jun, que luchaba solo con puños y pies, se quitó de encima a uno de los oponentes casi de inmediato. Ezio derribó al

segundo con su atizador, golpeándole de lleno con una punta en la cara. El tercer chino consiguió quitarle el atizador de las manos, pero con una espiga de madera que cogió de las vides consiguió recuperar su ventaja y le golpeó al hombre hasta tirarlo al suelo, para después seguir golpeándole fuerte en la nuca, aplastándole las vértebras cervicales.

Se había acabado. Ezio se derrumbó en la cuesta poco empinada, entre las vides, agotado pero ileso. Miró a Jun e intentó reírse, pero su risa se convirtió en una tos con pitidos.

—Sueno como un gato moribundo —dijo.

—Vamos, te ayudaré.

Le ayudó a ponerse de pie y juntos volvieron a la villa.



CAPÍTULO 90

Se despertaron mucho antes de que amaneciera. La mañana era fresca. La luz del sol deslavazada se filtraba por la neblina.

Shao Jun estaba en la carretera con su fardo a la espalda. Con la mirada en la distancia, preparada para marcharse. Parecía perdida en sus pensamientos y tan solo se dio la vuelta cuando Ezio se acercó desde la villa. Todavía le costaba bastante respirar.

Él se acercó a ella.

—Es largo el camino a casa, ¿no?

—Pero hay mucho que ver en el trayecto. *Dashi, xiexie nin*: gracias, Mentor.

Hizo una pequeña reverencia.

Ezio llevaba algo. Una cajita antigua. Se la entregó.

—Ten. Te será útil algún día.

Jun la cogió y le dio la vuelta en sus manos. Comenzó a abrirla, pero Ezio la detuvo.

—No —dijo—. Es tan solo por si pierdes tu camino.

La guardó. Ezio entrecerró los ojos para mirar la carretera. Vio los estandartes de unos soldados que se aproximaban.

—Deberías marcharte —dijo.

Jun siguió su mirada, asintió, y se fue hacia los viñedos que crecían al otro lado de la carretera. Ezio observó mientras ella se alejaba rápidamente por la cima de una colina cercana.

Los soldados llegaron poco después y Ezio les saludó. Cuando volvió a mirar en dirección a Jun, había desaparecido.

Unas semanas más tarde, la vendimia había terminado y el noveno cumpleaños de Marcello había quedado atrás. Él estaba en su estudio y volvía a intentar escribir. Había hecho grandes progresos esta vez. Miró la última página en blanco que tenía delante, mojó la pluma y escribió unas cuantas palabras, concentrado. Las repasó y sonrió. Entonces dejó caer la pluma cuando un dolor punzante en el pecho le cogió desprevenido.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo, serenándose, y dejó la pluma en su sitio junto al tintero.

Sofía entró en la habitación.

—Me llevo a los niños a Fiesole. Volveremos antes de que anochezca.

—Bien.

—Mañana es día de mercado. ¿Nos acompañarás?

—Sí.

—¿Seguro?

—Estaré bien.

Sofía cerró la puerta. Ezio se sentó y se quedó pensando un momento; luego, satisfecho, comenzó a recoger los papeles de su escritorio, los apiló bien y los ató con una cinta alrededor.



CAPÍTULO 91

El día siguiente amaneció despejado y fresco. Se habían quedado a comer en Florencia y ahora Sofía estaba empeñada en hacer un par de compras más antes de volver a casa. Ezio caminaba por la calle unos pasos por detrás de su esposa y sus hijos, y de repente se estremeció, preso de un ataque de tos. Se apoyó en una pared y Sofía apareció a su lado enseguida.

—Deberías haberte quedado en casa.

Él le dedicó una sonrisa.

—Estoy en casa.

—Siéntate aquí. —Le indicó un banco que había allí cerca—. Espéranos. Vamos justo ahí. Tan solo tardaremos uno o dos minutos.

Asintió y contempló cómo ella se iba con los niños un poco más lejos, en esa misma calle. Se puso cómodo y dejó que el dolor disminuyera.

Observó a la gente ir y venir, ocupados en sus quehaceres diarios. Estaba contento, disfrutaba mirándolos. Olió los aromas del mercado que le envolvieron. Escuchó los sonidos que hacían los comerciantes.

—Me encanta —dijo para sus adentros—. El hogar. Por fin he encontrado mi hogar.

Su ensueño se vio interrumpido por la desagradable voz de un joven italiano que se dejó caer en el banco, a su lado. El joven hablaba, por lo visto, solo. No miró a Ezio.

—*Al diavolo!* Odio esta maldita ciudad. ¡Ojalá estuviera en Roma! He oído que las mujeres son…, mmm…, como Sangiovese en su punto, ¿sabes? No como aquí. *Firenze!*

Escupió en el suelo.

Ezio le miró.

—No creo que Florencia sea tu problema —comentó, consternado por lo que había dicho el joven.

—¿Perdona?

Ezio estuvo a punto de contestar, pero volvió a dominarle el dolor. Hizo una mueca y empezó a respirar entrecortadamente.

—Cálmate, anciano.

Agarró la muñeca de Ezio mientras este recuperaba el aliento. Ezio bajó la mirada a la mano que le sujetaba y pensó que le agarraba con una fuerza fuera de lo normal y que había algo extraño y casi familiar en la expresión de aquel hombre. Pero seguramente se lo estaba imaginando. Sacudió la cabeza para aclarar las ideas.

El joven miró a Ezio con detenimiento y sonrió. Ezio le devolvió la mirada.

—Descansa un poco, ¿eh? —dijo el joven.

Se puso de pie y se marchó. Ezio asintió al cabo de un momento, mientras observaba cómo se marchaba. Luego se recostó y buscó a Sofía entre la multitud que disminuía. La vio en un puesto, comprando verdura. Y allí, a su lado, estaban Flavia y Marcello, molestándose el uno al otro, jugando juntos.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Su respiración se calmó. El joven tenía razón. Tenía que descansar…

Sofía estaba guardando en el cesto la verdura que había comprado, cuando se le heló el corazón. Alzó la vista y la dirigió hacia donde Ezio estaba sentado. Había algo en la manera en la que estaba colocado.

Confundida, sin querer admitir lo que temía en el fondo, se llevó una mano a la boca y corrió hacia él, dejando a los niños jugando donde estaban.

Al acercarse, caminó más despacio. Finalmente se sentó a su lado, le cogió de la mano y se inclinó hacia delante para pegar la frente a su pelo.

Una o dos personas miraron en su dirección, y luego una o dos más con preocupación pero, por lo demás, la vida en la calle continuó.



CAPÍTULO 92

Mucho más tarde aquel día, de vuelta en casa, y tras despedirse de Maquiavelo, Sofía entró en el estudio. Los niños estaban en la cama. No creía que hubieran asimilado aún lo que había pasado.

En el estudio se había apagado el fuego. Encendió una vela y se acercó al escritorio para coger el fajo de papeles perfectamente amontonado, atado con una cinta, que había encima. Empezó a leer:

Cuando era joven, tenía libertad, pero no la veía; tenía tiempo, pero no lo sabía; y tenía amor, pero no lo sentía. Muchas décadas pasaron antes de que entendiera el significado de los tres. Y ahora, en el crepúsculo de mi vida, este entendimiento ha pasado a ser satisfacción. El amor, la libertad y el tiempo, que antes estaban tanto a mi disposición, son el combustible que me hace seguir adelante. El amor, sobre todo, queridísima mía, por

ti, nuestros hijos, nuestros hermanos y hermanas... y por el vasto y maravilloso mundo que nos ha dado la vida y nos mantiene en vilo. Con infinito amor, mi Sofía, siempre tuyo.

Ezio Auditore

RELACIÓN DE PERSONAJES

Abbas: enemigo de Altaïr ibn-La'Ahad
Al Mualim: Mentor de la Hermandad en el siglo XII
Al-Scarab: capitán pirata, azote del mar Blanco
Altaïr ibn-La'Ahad: Mentor de los Asesinos
Bartolomeo d'Alviano: amigo de Ezio
Bekir: agente de Lármaca
Capitán Tarik Barleti: capitán de la escolta de jenízaros del sultán
Claudia Auditore: hermana de Ezio
Darim: hijo de María y Altaïr
Dilara: la principal agente de Tarik
Dogan: teniente Asesino de Yusuf
Doménico Garofoli: gobernador de Chipre
Duccio Dovizi
Ezio Auditore da Firenze: el Mentor
Haras: traidor de la Hermandad en el siglo XII
Leonardo da Vinci: artista, científico, escultor, etc., 1452-1519
Ma'Mun: agente de aduanas
Manuel Paleólogo: príncipe bizantino, heredero del último emperador bizantino, que pretendía convertirse en emperador
María Thorpe: esposa inglesa de Altaïr

Nicolás Maquiavelo: Asesino, filósofo y escritor, 1469-1527

Piri Reis: almirante y encargado de la flota mercante turca

Príncipe Ahmet Osman: tío del príncipe Suleiman, el hijo favorito del sultán

Príncipe Selim Osman: padre del príncipe Suleiman y hermano de Ahmet

Príncipe Suleiman Osman: nieto del sultán Bayezid y gobernador de Kefe

Shahkulu: escolta de Manuel y turcomano renegado

Sofía Sartor: propietaria de una librería

Sultán Bayezid

Yusuf Tazim: líder de los Asesinos de Estambul

GLOSARIO DE TÉRMINOS ITALIANOS, GRIEGOS, CHINOS Y TURCOS

A presto: hasta pronto
Adi herif: cerdo
Al diavolo: al diablo
Affedersiniz: perdona
Affedersiniz, efendim: disculpad, señor
Akçe: antigua moneda turca
Allah ashkina: voluntad de Dios
Allaha ismarladik: ¡que Dios te bendiga!
Aman Allahim: ¡oh, querido!
Amore: amor
Apistefto: increíble
Arrocco: enroque
Aynen oyle: exacto

Ballata: balada
Bastardo: cabrón
Bene: bien
Beyfendi: Su Excelencia

Bir sey degil: de nada
Bistecca alla fiorentina: bistec florentino
Brutti ma buoni: feo pero bueno
Buffone: idiota
Buon giorno: buenos días
Buona donna: buena señora
Buona sera: buenas noches

Canaglia: sinvergüenza
Carciofini sott'olio: alcachofas pequeñas hechas en aceite de oliva
Castagnaccio: castaño
Cazzo: polla/mierda
Che sucede?: ¿qué pasa?
Çok üzüldüm: muy bien

Dao: sable
Dashi, xiexie nin: gracias, Mentor
Duibuqi: lo siento
Duomo: catedral

È incredibile: es increíble
Edáxi: vale
Efendim: señor, maestro
Evet: sí

Fettunta: pan de ajo
Finito: se acabó
Fratello mio: hermano mío
Fuori: fuera/largo

Gennaio: enero
Gerzek: tonto
Ghazi: guerrero sagrado
Giugno: junio
Grazie: gracias

Güle güle: muy bien
Güzel: excelente

Hajj: peregrinación
Haydi rastgele: buena suerte
Hristé mou: madre mía

Il diavolo: el Diablo
Inanilmaz: increíble

Janbiyah: puñal árabe, con una hoja curva y ancha
Kanun: ley

Karesi: plaza
Kargasha: caos
Kesinlikle: desde luego
Kouráyo: valor
Kyrie: señor

La Crociata Segreta: la Cruzada Secreta
Levatrice: comadrona
Ling chi: muerte de los mil cortes
Lokanta: café/restaurante

Maccaroin in brodo: sopa de macarrones
Masa'il kher: buenas noches
Merda: mierda
Merhaba: bienvenido
Messer: señor
Mia cara: cariño
Mio bel menestrello: mi apuesto trovador
Mio principe: mi príncipe
Moleche: cangrejo de caparazón blando
Molto curioso: muy curioso

Nessun problema: no hay problema

Pandiramerino: pan de romero
Panzanella: ensalada de pan y tomate
Pecorino: un tipo de queso
Pek güzel: muy bonito
Pekala: muy bien
Perdonate, buon signore: perdonadme, buen señor
Perfetto: perfecto
Piena di vita: llena de vida
Poi kalà: muy bien
Prens: príncipe
Prego: por favor

Qián: moneda

Raccolto: cosecha
Ragazzo: chico/niño
Requiescat in Pace: descansa en paz
Rixoto de gò: arroz de gobio

Sagliginiza: hasta pronto
Salame toscano: salami de la Toscana
Salsicce di cinghiale: salchicha de jabalí
Salute a voi, Assassini: saludos, Asesinos
Salve: hola
Sayin da Vinci bey: señor da Vinci, señor
Se solo: ojalá
Serefe: salud
Sharbat: sorbete
Shehzad/Shehzadem: príncipe
Sí, da molto tempo: sí, hace mucho tiempo
Sinav icin iyi sanslar: buena suerte, amigo mío
Souk: mercado/bazar

Sövalye: caballero
Spaghetti allo scoglio: pasta con marisco

Tesekkür ederim: gracias
Tesekkür, Mentor. Chok tesekkür ederim: gracias, Mentor. Muchísimas gracias.
Ti distihìa: qué miseria
Tonno al cartoccio: atún fresco rebozado

Un favore: un favor

Va bene: vale
Vendange: vendimia
Veraison: maduración de la uva

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias especialmente a:

Yves Guillemot
Jean Guesdon
Corey May
Darby McDevitt

Y también a:

Alain Corre
Laurent Detoc
Sébastien Puel
Geoffroy Sardin
Xavier Guilbert
Tommy François
Cecile Russeil
Christele Jalady
El departamento legal de Ubisoft
Chris Marcus

Etienne Allonier
María Loreto
Alex Clarke
Alice Shepherd
Anton Gill
Guillaume Carmona
Clémence Deleuze



ANTON GILL (Ilford, Reino Unido, 1948). Escritor y experto en el mundo del teatro inglés, en el curso de los últimos 27 años ha publicado 35 libros.

Hijo de padre alemán y madre inglesa, creció en Londres. Fue educado en Chigwell School y Clare College, Cambridge, ha trabajado en el teatro (sobre todo en el Royal Court Theatre de Londres), para el Consejo de las Artes y en la BBC y TV antes de pasar a la escritura a tiempo completo.

Ha escrito sobre una variedad de temas, principalmente históricos, entre ellos tres biografías. Su trabajo incluye ficción y no-ficción, donde su especialidad es la historia europea contemporánea, incluyendo: *The Journey Back from Hell, An Honourable Defeat* y *Berlin to Bucharest*. En la ficción, ha escrito una serie de misterios ambientados en el antiguo Egipto protagonizados por el escriba, Huy, que se han publicado en todo el mundo. Más recientemente, publicó *El Pergamino Sagrado*, una historia de misterio, con Penguin. Es también el autor de dos biografías sobre William Dampier y Peggy Guggenheim.

También publica bajo tres seudónimos: **Ray Evans, Antony Cutler** y **Oliver Bowden**, bajo este escribió la serie de novelas *Assassins Creed*, basados en los videojuegos homónimos.

Está casado con la actriz Marji Campi y divide su tiempo entre sus casas en Londres y París.